LA NATURALEZA
DEL SERVICIO SOCIAL

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)
(Câmara Brasileira do Livro, SP, Brasil)

Montaño, Carlos E.

La naturaleza del servicio social : un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción / Carlos E. Montaño. — São Paulo : Cortez, 1998. — (Biblioteca latinoamericana de servicio social. Série ensayos)

Bibliografía.

ISBN 85-249-0683-9

I. Política social 2. Serviço social 3. Serviço social — aspectos políticos 4. Serviço social — Filosofia 5. Serviço social como profissão I. Título. II. Série.

98-2338

CDD-361

Índices para catálogo sistemático:

I. Serviço social 361

BIBLIOTECA LATINOAMERICANA
DE SERVICIO SOCIAL

CARLOS MONTAÑO

LA NATURALEZA DEL SERVICIO SOCIAL

Un ensayo sobre su génesis,
su especificidad y su reproducción

Traducción: Alejandra Pastorini

Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social
Serie Ensayos
Coordinación: Carlos Montaña

Dirección: Elisabete Borgiani (Asesoría Editorial – Área de Servicio Social)

La Naturaleza del Servicio Social: Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción
Carlos Montaña

Traducción: Alejandra Pastorini
Diseño de carátula: obra de Carlos Clémen, Relieve, técnica mixta, 1988.
Corrección: Josephine Hernández
Composición: Dany Editora Ltda.
Coordinación editorial: Danilo A. Q. Morales

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o duplicada sin autorización expresa del autor y del editor

© 1998 by Carlos Montaña

Derechos para esta edición
CORTEZ EDITORA
Rua Bartira, 387 – Tel.: (011) 864-0111
05009-000 – São Paulo – SP

Impreso en Brasil – julio de 1998

*A Lucy, mi inspiradora madre,
Porque, "como dijo el poeta ... ,
que tengo yo que hablarte
Comandante, si la Poeta eres tú."*

Pablo Milanés

Sumario

Prólogo	IX
Presentación	I
<i>Capítulo I. La naturaleza del Servicio Social en su génesis</i>	5
1. La <i>génesis</i> del Servicio Social. Dos tesis sobre la <i>naturaleza</i> profesional	9
2. La <i>legitimación</i> social y funcional de los asistentes sociales	42
3. Las <i>políticas sociales</i> y el Servicio Social. ¿Instrumento de reversión o manutención de las desigualdades? (<i>Alejandra Pastorini</i>)	55
<i>Capítulo II. La reproducción de la naturaleza y legitimidad del Servicio Social</i>	81
1. El carácter de <i>subalternidad</i> del Servicio Social	87
2. Buscando la " <i>especificidad</i> " prometida. El <i>endogenismo</i> del Servicio Social	106
3. El " <i>practicismo</i> " profesional. Una crítica al análisis de la <i>relación teoría/práctica</i> en el Servicio Social	147
* 4. El asistente social, los " <i>campos tradicionales</i> " y las <i>nuevas demandas</i> sociales	181
Conclusiones generales	187
Referencias Bibliográficas	203
Nota sobre el autor	209

Prólogo

El Servicio Social, conocido en Hispanoamérica como Trabajo Social a partir del proceso de reconceptualización, es una profesión expuesta permanentemente a procesos de reflexión y cambio en tanto es histórica y socialmente determinada.

Caracterizada por una búsqueda constante de respuestas a su devenir histórico, la profesión exhibe tendencias que hoy se expresan en posiciones explicativas de los orígenes de la profesión, desde visiones extremas que atribuyen sendos significados a expresiones particulares de la asistencia social y fundamentados en la caridad y la filantropía, hasta concepciones sociohistóricas que la identifican como expresión de un proyecto político. Este estaría situando a la profesión como un instrumento político de la clase hegemónica, cuya acción es necesaria para viabilizar el requerido dominio político-económico, mediante la intervención directa en las contradicciones que establece la relación capital-trabajo a través de las políticas sociales.

El surgimiento de una visión crítica de los orígenes de la profesión, que articula y replantea los aportes de diversidad de autores, pero desde una perspectiva que trasciende los enfoques ahistóricos, representa una excelente contribución al Trabajo Social de América Latina porque apunta a identificar los fundamentos de la profesión considerando elementos relacionados con la práctica, la producción teórica, el instrumental técnico-operativo, la postura y participación en el surgimiento de instituciones públicas, el sur-

gimiento de nuevas organizaciones empleadoras, conjuntados para ofrecer una apreciación integral centrada en la afirmación de la existencia de dos tesis centrales:

a — una que se refiere al origen de la profesión, su evolución y profesionalización a partir de la caridad y la filantropía como los elementos que le dieron sustento.

b — otra que considera al Trabajo Social como una profesión que emerge en el marco del sistema capitalista, instrumentada para cumplir el papel político de intervenir en las contradicciones que crea la relación capital-trabajo, y con funciones correspondientes a la legitimación del orden social establecido en la división social del trabajo.

A esta segunda posición, el autor adiciona el estudio de las políticas sociales, como las orientaciones que marcan los espacios de actuación por excelencia de las y los profesionales del Trabajo Social, espacio que por lo demás no constituye un patrimonio exclusivo del Trabajo Social, en razón de lo cual no puede atribuirse especificidad a su quehacer.

Esta interesante reflexión sobre la inexistencia de especificidad de la profesión en su práctica constituye, a nuestra consideración, un aporte que sabemos genera polémica por cuanto rompe con una tesis manejada históricamente, que ha sido aceptada e incorporada por el colectivo profesional, sin mayores cuestionamientos y constituyéndose por lo demás en una "relativa verdad incuestionable" que sucumbe hoy ante una nueva mirada del surgimiento del Trabajo Social. Esta estaría afirmando la tesis de que el Trabajo Social nace y se desarrolla como profesión, cuando el capitalismo alcanza una madurez significativa y requiere de cuadros profesionales capacitados para intervenir en la mediación de las contradicciones sociales creadas por la relación capital-trabajo. De esta forma, se evita la efervescencia social y se mantiene el *status quo*, garantizando importantes niveles de legitimidad, incorporando, hasta donde el proyecto dominante lo permite, los intereses de sectores subalternos mediante las políticas sociales que actúan como catalizadores del conflicto social, anticipándose al mismo, reaccionando a éste o remediándolo cuando éste hubiere alcanzado importantes dimensiones como para atentar al orden social establecido.

Para la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Trabajo Social, entidad a la que representamos en la presente gestión, el trabajo de Carlos Montaña constituye una importante contribución en el marco de la diversidad de tendencias que incorporan sus tesis a la comprensión de la historia del Trabajo Social. En este caso particular, con gran beneplácito saludamos la salida a la luz de este trabajo, que estamos seguras se constituirá en un valioso aporte a esa necesaria relectura de la historia del Trabajo Social latinoamericano en el contexto actual y con una visión sociohistórica del proceso de desarrollo del capitalismo en América Latina que indudablemente se constituye en determinante macrosocial e histórico-político de la profesión.

María Cecilia Vega Guzmán

(Presidenta de A.L.A.E.T.S.)

San José de Costa Rica, abril de 1998

Presentación

El presente trabajo, originalmente escrito en portugués y traducido a la lengua castellana por Alejandra Pastorini, tiene por objetivo, por un lado, presentar sucintamente la discusión hecha, a lo largo de las últimas tres décadas, sobre la génesis del Servicio Social y, por otro, las repercusiones de la lógica heredada de su emergencia como profesión en el desarrollo actual de la profesión.

De esta forma, articulamos nuestro análisis en dos capítulos. En el primero distinguimos dos tesis contrapuestas — en relación a las causas, la lógica, los actores y el momento histórico — que procuran explicar la génesis del Servicio Social. La distinción de estas dos formas de considerar su emergencia, internamente heterogénea para cada una de las tesis, tiene repercusiones directas en las formas de comprender la legitimación de la profesión de esta profesión y en las maneras de caracterizarse las políticas sociales — aspecto, este último, que fue desarrollado y cedido gentilmente, para componer este trabajo, por *Alejandra Pastorini*, a quien debo estímulo, crítica y apoyo, además de la traducción, para que este trabajo fuera concluido.

Nuestra incursión por estas cuestiones procura la interlocución directa con los autores de una y otra tesis; intentamos reproducir, por lo tanto, los pasajes sustantivos de las principales consideraciones hechas en una y otra forma de considerar estas temáticas. La síntesis de estos debates, pensamos, tiene su significación en la medida en que procura, primeramente, rescatar lo esencial sobre estas cuestiones

y, por otro lado, interpela una tesis con la otra, enfrenta una concepción con la otra, cosa no desarrollada originalmente de forma explícita en los trabajos, en la medida que fueron conducidos en tiempos distantes (la primera tesis fundamentalmente vinculada al debate de la Reconceptualización mientras la segunda surge a partir de la década de los '80) y diferentes contextos (la primera siendo la versión dominante en los países hispanoamericanos entre tanto la segunda surge principalmente en el contexto brasileño).

En el segundo capítulo volamos en el tiempo y nos situamos en el análisis no ya de la emergencia de la profesión sino del Servicio Social en el actual contexto y con un nivel de desarrollo de más de 60 años que — vía Reconceptualización, debates, interlocución con otras disciplinas sociales, nuevas realidades — nos permiten observar un distanciamiento relativamente crítico en relación a su génesis.

Sin embargo, nuestra hipótesis concibe que hay una serie de aspectos *(auto)reproductores* de la lógica y de la razón de ser que crea el Servicio Social como profesión (dentro de la división sociotécnica del trabajo) que colocan aquellos movimientos críticos como “intenciones” de ruptura que no se efectivizaron en una nueva lógica y legitimación para la profesión; ellos contienen elementos de ruptura y continuidad.

Abordaremos, en este punto, cuatro elementos “(auto)reproductores” que consideramos sustantivos. Ellos refieren a algunas de las tesis vinculadas a la génesis del Servicio Social, a su legitimidad como profesión y a la conceptualización de las políticas sociales.

No puedo dejar de mencionar el reconocimiento a aquellos que ya en el inicio de mi vida académica, en Uruguay, me inspiraron con sus preocupaciones sobre la profesión en la Universidad de la República, *Enrique Iglesias* y *Javier Marsiglia*. Vinculado a los estudios de posgrado de la *Universidade Federal do Rio de Janeiro*, en Brasil, tuve la compañía de mis amigos y permanentes maestros, *José Paulo Netto* y *Marilda Villela Yamamoto*, de quienes no termino de recibir insumos para pensar el Servicio Social y la sociedad en la cual nos insertamos; va a ellos — y por su intermedio a todos los colegas de ambas instituciones — mi profundo agradecimiento por la amistad, estímulo y contribución.

El estímulo, siempre afectuoso, de *María Cecilia Vega*, para la publicación de este libro, debe ser igualmente reconocido. También a *Zoila Silva*, colega y amiga salvadoreña, siempre creyendo y aportando críticamente a mi trabajo, va un profundo agradecimiento; de la misma manera, al empuje de mis hermanos, *Luis* y *Paulo*, y de mis grandes amigos *Leo*, *Martín* y *Carlos*.

Deseo particularmente agradecer a *José Cortez*, y en las personas de *Erivan*, *Danilo* y *Chagas*, a toda la Editora, por el empeño y dedicación prestados a este proyecto editorial, del cual el presente libro es apenas un espacio en la Biblioteca Latinoamericana. A *Elisabete Borgianni* (Asesora Editorial) ¿qué decirle?; todo esto que fue/es posible gracias a su visión aguda y audaz para apostar activamente en este proyecto que estamos construyendo juntos.

Finalmente, me gustaría expresar mi profunda gratitud a quien me acompañó y estimuló en gran parte de este trabajo; va a *Yolanda Guerra* mi reconocimiento por sus contribuciones, sugerencias e insistente apoyo, motivándome a desarrollar y concluir el presente libro.

Carlos Montaña

Rio de Janeiro, otoño de 1998

CAPÍTULO I

La naturaleza del Servicio Social en su Génesis

Los asistentes sociales, en innumerables oportunidades, se debaten en torno a dos concepciones, *dos tesis sobre la naturaleza y el proceso de génesis del Servicio Social*.

Ahora bien, tales concepciones, que podemos, con relativa generalización, agrupar en dos posiciones, se comportan como *verdaderas tesis*. Ellas contienen un arsenal valorativo y teórico-metodológico que extrapola la mera consideración sobre la génesis del Servicio Social. Efectivamente, la ubicación de los teóricos que piensan esta temática se vincula, lógicamente y teóricamente, a sus concepciones sobre otros tópicos: *cuál es el fundamento de legitimación de esta profesión, y cómo son interpretadas las funciones de las políticas sociales dentro de un orden socioeconómico y político determinado*.

Así, el trípede "*génesis-legitimación-políticas sociales*" presenta una relación lógico-teórica que nos permite situar cada tópico en una u otra posición, en cierta armonía con las respectivas concepciones sobre las restantes temáticas.

Lo que aquí consideramos son dos tesis sobre tres fenómenos relacionados al período de creación, de surgimiento de esta profesión. Que ellos tengan repercusiones en la práctica y el debate del Servicio Social contemporáneo es una realidad; pero también es verdad que la evolución de la profesión, de su práctica, de su producción

teórica, de su instrumental técnico-operativo, de su posición y participación en las instituciones públicas, y el surgimiento de nuevas organizaciones empleadoras de asistentes sociales, todo ello permite distinguir y distanciar la profesión en su actualidad, de su génesis.

En este capítulo nos concentraremos por lo tanto, en los análisis y concepciones con los cuales los profesionales se han "debatido" sobre el momento que marca el surgimiento de la profesión, sobre el fundamento que explica la emergencia del Servicio Social. Los elementos de distanciamiento o continuidad, de ruptura o reproducción del Servicio Social contemporáneo respecto a la tradición de su génesis serán tratados en el capítulo II.

Sin embargo, hablar de "debate" entre las dos tesis no reproduce el verdadero percurso en relación a las consideraciones hechas sobre estas temáticas. Los análisis que los diferentes autores de cada una de estas perspectivas realizaron sobre la génesis del Servicio Social y sus derivaciones fueron desarrolladas en contextos espacio-temporales diferentes. Efectivamente, si la primera manera de pensar la emergencia de la profesión se vincula al período que va hasta la Reconceptualización (inclusive) y, en este caso, fundamentalmente ligada al debate hispanoamericano, la segunda surge en el debate contemporáneo (posterior al segundo lustro de los '80) particularmente en el Brasil.

Es en este sentido que afirmamos que estas tesis no plasmaron realmente un debate manifiesto y abierto; las dos perspectivas no se confrontaron directamente. La referencia explícita que los autores de la segunda tesis sobre la génesis del Servicio Social hacen de la primera es mínima, lo que confirma la casi ausencia de debate crítico explícito y abierto sobre ambas maneras de pensar esta cuestión. Así, las enormes contribuciones, avances y cambios de perspectivas — que se han desarrollado en los análisis de los autores vinculados a la segunda tesis no parecerían substituir los equívocos de la primera, generándose una convivencia pacífica entre ellas. Convivencia pacífica que, por tratarse de dos perspectivas antagónicas, puede derivar en errores de interpretación del real alcance de las contribuciones últimas, ya que al lector y estudioso de las obras de los autores de la primera perspectiva, que después lea la bibliografía vinculada a la segunda, puede no aparecerle con claridad

el antagonismo entre las dos, concluyendo en una *visión ecléctica* sobre la génesis y naturaleza del Servicio Social.

Nuestro propósito, en este capítulo, se centra en la puesta en escena de los autores más significativos, primero agrupados en *dos tesis contrarias*, y segundo, como *contrapuestas*, enfrentadas en un mismo espacio y tiempo y debatiendo una con otra.

Así, los objetivos delineados para el presente capítulo son establecer una síntesis crítica y organizada de las distintas contribuciones que diversos autores aportaron al debate de estos tópicos. Constituye por lo tanto, un estudio sintético sobre tales temáticas, que tiene la pretensión de traer a la reflexión ciertos elementos, estableciendo padrones comunes en una síntesis bipolarizada. La consideración en profundidad, necesaria para la apropiación real de estos debates, implica necesariamente la remisión a las fuentes, alcanzando los elementos diferenciadores, originales y particulares de las consideraciones de los distintos teóricos. Evidentemente, el análisis minucioso de los autores aquí tratados excede nuestros objetivos.

1. LA GÉNESIS DEL SERVICIO SOCIAL

Dos tesis sobre la naturaleza profesional

El Servicio Social es una profesión que por su ambigüedad en las expectativas y conceptualizaciones y por sus cambios de rumbos, a veces significativos, ha dedicado un importante espacio intelectual a la tentativa de responder sobre las causas de su origen como profesión y su legitimación, así como cuáles las funciones que cumple en la sociedad y en el Estado.

Existen *dos tesis* claramente opuestas sobre la génesis del Servicio Social. Éstas se enfrentan como interpretaciones extremas sobre el tema, siendo que, tal como fueron formuladas se constituyen en tesis alternativas y mutuamente excluyentes.

1.1. La perspectiva *endogenista*: la primera de las tesis sostiene el origen del Servicio Social en la *evolución, organización*

y profesionalización de las "anteriores" formas de ayuda, de la caridad y de la filantropía, vinculada ahora a la intervención en la "cuestión social".

Así, las bases de la profesión datan de las primeras formas de ayuda, encontrándose generalmente en las obras de Tomás de Aquino y Vicente de Paul algunos de los primeros precursores de la asistencia social. Esta tesis es defendida por la mayoría de los teóricos que consideran el tema de la historia, génesis o naturaleza del Servicio Social; lo que expresa una amplia gama de corrientes y perspectivas que confluyen, para la consideración de la génesis profesional, en la misma tesis. Sin embargo, no podemos dejar de destacar dos significativas distinciones internas en los autores que aquí se condensan; primeramente, aquí coparticipan autores provenientes de un Servicio Social *tradicional* conjuntamente con miembros del movimiento que marcó la "intención de ruptura" con aquel, la reconceptualización; en segundo lugar, hay autores en esta tesis que entienden los "antecedentes" del Servicio Social como siendo *cualquier forma anterior de ayuda*, retrotrayendo su análisis a la Edad Media o incluso al origen de la historia, mientras otro conjunto de autores piensa los antecedentes sólo ligados a las formas de ayuda, organizadas y vinculadas a la "cuestión social"¹ (post-Revolución Industrial).

Aparecen como autores de esta tesis: Herman Kruse, Ezequiel Ander-Egg, Natálio Kisnerman, Boris Alexis Lima, Ana Augusta de Almeida, Balbina Ottoni Vieira, José Lucena Dantas, entre otros. Es una tesis que tiene, por lo tanto, plena repercusión en la actualidad, apareciendo como la única u oficial interpretación sobre el tema en la mayoría de las instituciones de enseñanza.

• En esta corriente, vinculada a las primeras etapas reconceptualizadoras, **Herman Kruse** (1972), recupera una distinción de Greenwood para definir las tendencias del Servicio Social latinoamericano:

"Partiendo de una distinción entre la investigación pura y la investigación aplicada, Greenwood clasificó dos tipos de ciencias sociales:

1. Sobre la "cuestión social", ver nota 15.

las ciencias teóricas o puras y las ciencias aplicadas (...). Para él, el servicio social era una tecnología, pues su acción buscaba el cambio" (*idem.*: 63).

De esta forma, Kruse identifica un paradigma del Servicio Social en la perspectiva que lo coloca como *aplicación de teorías*, y otro que sitúa su *práctica como fuente de teorías* (ver Faleiros, 1993: 124). El primero representa la tradición del Servicio Social, cuyos antecedentes datan de Vicente de Paul; el segundo es caracterizado por la Reconceptualización.

• En un sentido semejante, **Natálio Kisnerman** (1980), pretende comprender la historia del Servicio Social evaluando "*su propio destino*" (*idem.*: 11)². De esta forma, remonta el origen de la profesión al positivismo de Comte, es decir, al siglo XIX. La génesis del Servicio Social aparece identificada aquí "claramente como una forma de ayuda sistemática de orientación protestante, por un lado, o como forma práctica de la sociología, por otro lado" (*idem.*: 19), pero negando como antecedentes de la profesión, al contrario de Kruse, todas las formas de ayuda no sistemáticas. Así, Kisnerman, esquematizando una pretendida perspectiva dialéctica, resume diciendo:

"el proceso del Servicio Social es dialéctico. La superación de cada etapa crea una nueva, que la contiene y la niega. La etapa *Asistencia Social* constituyó la tesis. Duró a partir de 1869 (fundación de la C.O.S. de Londres) hasta 1917 (aparecimiento del 'Social Diagnosis' de Mary Richmond). Durante muchos años no se pudo confrontar con otra forma de auxilio y al hacerlo surge el *Servicio Social* como antítesis, negando la *Asistencia Social* como momento, pero queda alienado al no fundar una nueva teoría. A partir de 1965 los *movimientos de Reconceptualización* niegan el Servicio Social — que ahora es calificado de tradicional — y procuran superarlo en una síntesis..." (*idem.*: 23).

En este proceso de sucesivas etapas, donde el origen del Servicio Social se remontaría al siglo pasado, Kisnerman no consigue

2. Vemos aquí una concepción focalista de la historia; la evolución del Servicio Social está contenida en su "*propio destino*". Quizás esta naturalización de la historia explique el camino teórico seguido por los autores de esta tesis.

distinguir una práctica asistencial-benéfica de otra vinculada a una estructura político-económica, dentro de una determinada división sociotécnica del trabajo.

• Un camino semejante siguieron **Ezequiel Ander-Egg** (1975) y **Juan Barreix** (s.d.), al establecer distinciones entre la *Asistencia Social* como una acción benéfico-asistencial, el *Servicio Social* como una profesión paramédica y/o parajurídica, aséptica, tecnocrática y desarrollista y el *Trabajo Social* como la intervención concientizadora revolucionaria³.

Para Barreix (*idem.*: 17-19),

"del enfrentamiento entre la tesis de 'hacer el bien en nombre del propio bien' y la antítesis de 'hacer bien el bien' surge la síntesis, que denominamos pionera. Afirman los pioneros: — Hay que proveer de asistencia, pero con conocimientos técnicos, al carente (...). Del enfrentamiento entre la tesis pionera con la antítesis de Mary Richmond surge como síntesis, la llamada Escuela Sociológica, que predominará hasta la Primera Guerra Mundial (...). La síntesis anterior (Escuela Sociológica), convertida en tesis, se enfrentará a la antítesis que precisamente nombramos Escuela Psicológica que, con sus dos ramificaciones conocidas (diagnóstica y funcional), tanto repercutirá en el Servicio Social".

Entre tanto, Ander-Egg (1975: 125) argumenta que

"la atención a los pobres y desvalidos, durante la época de la expansión capitalista, surge principalmente en los ambientes cristianos (protestantes y católicos), implicando que la asistencia social que se organiza en aquel entonces, se asemeja a aquella desarrollada en la Edad Media".

• La idea de etapas insinuada por Kisnerman, Barreix y Ander-Egg, es retomada y desarrollada por un autor marcadamente vinculado a los segmentos más críticos y progresistas de la reconceptualización, **Boris Alexis Lima** (1986). En esta óptica, el autor — siguiendo los criterios de grado de desarrollo de los métodos e instrumental profesional, el nivel de preparación profesional, el nivel

3. Como si el mero cambio de nomenclatura derivara en alteraciones en la naturaleza y significación social de la profesión.

de sistematización y organización de los servicios sociales y el nivel de elaboración teórica del Servicio Social⁴ — identifica cuatro grandes etapas históricas: la *etapa pre-técnica*, la *etapa técnica*, la *pre-científica* y la *científica*.

Así, el Servicio Social, en su primera etapa, es decir, en su génesis, se caracteriza "fundamentalmente por la caridad, la beneficencia y la filantropía como actitudes dominantes en la Edad Media" (*idem.*: 56).

De esta forma, aún teniendo una visión más estructural⁵, identifica el origen del Servicio Social más remotamente que los autores anteriores: en la Edad Media !! Así, distinguiendo dos tipos de acciones asistenciales: la caridad y la filantropía⁶, sitúa dentro de esta etapa, primera de la historia del Servicio Social, a: Juan Luis Vives, Vicente de Paul, Benjamín Thompson, Thomas Chalmers. Es que Boris Lima acepta como válida y evidenciada la afirmación de que el origen de la profesión está asociado a las múltiples manifestaciones asumidas por la caridad y por la filantropía. Siendo que para el autor, "la historia del Servicio Social, en verdad, se encuentra ligada a los llamados 'precursores del Trabajo Social', los cuales elaboraron las primitivas formas de caridad y filantropía en el naciente capitalismo" (*idem.*: 56).

• Con preocupación semejante, pero en este caso pensando la génesis profesional en la Argentina, **Norberto Alayón** (1980) llega hasta los inicios del siglo XIX rastreando los antecedentes del Servicio Social argentino, según relatan sus presentadores (*idem.*: 6). En realidad, él se distancia aún más, encontrando que "a principios del siglo XVII fue fundada, en Buenos Aires, la Hermandad de la

4. Todos estos criterios demarcadores de las etapas de la historia del Servicio Social, como podemos observar, refieren a la internalidad de la profesión.

5. Sitúa cada etapa en el pasaje de un tipo de sociedad a otra. Así, la "pre-técnica" se relaciona con la transición de la sociedad feudal a la pre-industrial; la "técnica" vinculada al pasaje de esta última para la sociedad industrial; la "pre-científica" surge a partir de la Segunda Guerra Mundial (1946). Ya la "científica" surgiría "per se", apenas vinculada a un movimiento interior de la profesión (la Reconceptualización).

6. Siguiendo a Juan Barreix, identifica la *caridad* como la "beneficencia" de inspiración religiosa, y la *filantropía* como ayuda humanitaria, no religiosa (masonería, burguesía, por ejemplo).

Santa Caridad, encomendándosele la atención de los pobres" (*idem.*: 13).

De esta forma, para Alayón, el pasaje en 1822 de la "Hermandad de Caridad" para la administración estatal, y su posterior "autorización para establecer una sociedad de damas, bajo la denominación de Sociedad de Beneficencia" (*idem.*: 13-14), estarían marcando, los antecedentes claros de lo que, luego de un "proceso de institucionalización" de estas "tareas benéfico asistenciales"⁷, será la profesión del asistente social.

• Ya en la perspectiva del Servicio Social tradicional, la idea de etapas, pero de esta vez ligadas a modelos de intervención, es también desarrollada por José Lucena Dantas (*in* Batista, 1980). Aquí el autor clasifica:

a) "el modelo asistencial" como aquél que "define la naturaleza de las prácticas y de la problemática social que antecedieron históricamente al apareamiento del Servicio Social, vigente en Europa en todo el período que va de la *Edad Media* al siglo XIX, así como en los Estados Unidos, hasta los años '30, cuando la práctica del *Casework* asumió su encuadre psicológico-social del cual no evolucionó más";

b) "el modelo de ajuste", que "se refiere específicamente al sentido de institucionalización de las prácticas conocidas como Servicio Social y define la naturaleza del Servicio Social norteamericano, cuyas prácticas, finalidades y valores se volvieron para el ajuste o adaptación de los individuos al Sistema Social"; y

c) "el modelo de desarrollo y cambio social", "aún en elaboración" y al cual pertenecen dos corrientes: la del "Servicio Social revolucionario" " eminentemente político-ideológico" y la del "Servicio Social para el desarrollo" " eminentemente científico" (*in* Batista, 1980: 74-75).

Mismo teniendo una perspectiva teórico-metodológica y política distinta de los otros autores anteriores, Lucena Dantas coincide con varios autores que sitúan los "antecedentes" del Servicio Social desde la Edad Media.

7. Como marcan sus presentadores (*in* Alayón, 1980: 6).

• Mucho más "osada" que los teóricos ya considerados, **Balbina Ottoni Vieira** (1977) inicia sus indagaciones sobre la génesis de la profesión aclarando que:

"como hecho social e intervención del hombre en el mundo, el Servicio Social solamente fue conocido con este nombre en el siglo XX. Pero el hecho o el acto de ayudar al prójimo, corregir o prevenir los males sociales, llevar a los hombres a construir su propio bienestar, existe desde el apareamiento de los seres humanos sobre la Tierra. Con otro nombre podemos seguir la evolución del Servicio Social en el transcurso de los siglos" (*idem.*: 27) (grifos nuestros).

Ottoni Vieira lleva su análisis de los antecedentes que crearon las condiciones para la emergencia de la profesión del asistente social a los orígenes mismos de la humanidad. En realidad esta autora, al considerar que "uno de los factores que nos permitirá comprender el Servicio Social de hoy es el estudio de las formas pasadas de ayuda al prójimo, de la caridad a la filantropía" (*idem.*: 15) es más consecuente en su análisis: si las formas de ayuda desarrolladas, por ejemplo, por Vives son consideradas como "antecedentes", precedentes del Servicio Social profesional, ¿por qué no considerar *todas* las formas de ayuda como antecedentes de la profesión? Lo cual nos llevaría a los orígenes de la vida humana mínimamente socializada.

Para ella, hablar de caridad, filantropía y Servicio Social, en cualquier caso, significa considerar las formas de ayuda, apenas diferenciadas por su *modus operandi* y su organización. Así, la "ayuda a los otros [puede ser vista] en cualquiera de sus dimensiones, sea caracterizada como caridad, filantropía o Servicio Social" (*idem.*: 14).

• En un más reciente trabajo, **García Salord** (1990), avanza en la consideración de la génesis del Servicio Social al situar su nacimiento en el siglo XX y derivado de tres elementos:

- la institucionalización de la beneficencia privada,
- la ampliación de las funciones del Estado, encargado de la confección e implementación de las políticas sociales (que crea un espacio laboral y legitima la profesión bajo la condición de asalariado y con un signo ideológico), y

— el desarrollo de las ciencias sociales (que genera un campo diversificado de saberes teóricos y técnicos) (ver *idem.*: 30-31).

No obstante eso, la autora continúa sosteniendo la tesis de que la profesión "se desprende del ejercicio de la caridad, entendida como la puesta en acto de un mandato divino: hacer el bien por amor a Dios; y deviene también del ejercicio de la filantropía, como la puesta en acto de un imperativo ético: hacer el bien por amor al hombre" (*idem.*: 24); entendiendo que "la referencia histórica de la especificidad de Trabajo Social remite a las llamadas formas de ayuda y asistencia social, no como meros antecedentes, sino como las prácticas de donde se desprende Trabajo Social como una profesión" (*idem.*: 23).

— Todos estos análisis representan, en realidad, diferentes matices y distintos énfasis de la misma tesis: *el Servicio Social es la profesionalización, organización y sistematización de la caridad y de la filantropía*. Sin embargo, esta tesis sobre la génesis no congrega, como ya fue dicho, un conjunto armónico y homogéneo de profesionales; muy por el contrario, aquí participan autores de las más variadas concepciones político-ideológicas y teórico-metodológicas, y de estratos socioeconómicos diversos: desde un Boris Lima, pasando por un Ander-Egg, hasta el otro extremo en una Ottoni Vieira.

¿Cómo entonces pueden existir en ella autores con perspectivas teórica, filosóficas e ideológicas, con opciones de clase, con vínculos políticos y con historias tan dispares — llegando en algunos casos a posiciones contradictorias?

Es que estos pensadores se diferencian en relación a su vínculo a una determinada clase social, a sus convicciones y afiliaciones políticas, a sus referentes teóricos, a su ideología, y por lo tanto, a sus proyectos profesionales; es decir, se enfrentan en cuestiones referentes a las concepciones y posicionamientos frente a la realidad social. Sin embargo, en el análisis que hacen sobre la naturaleza y funcionalidad del Servicio Social (en su génesis) ellos coparticipan de una postura *endogenista*: la profesión es vista a partir de sí mismo. Efectivamente, los análisis de estos autores en cuanto a la naturaleza del Servicio Social (a pesar de que diferentes cuando tratan la sociedad en su conjunto y su posicionamiento frente a la

realidad) no consideran la realidad (la historia de la sociedad) como el fundamento y causalidad de la génesis y desarrollo profesional, apenas situando las etapas del Servicio Social en contextos historiográficos. En ese sentido, las diferencias entre ellos, tan marcantes cuando se trata de lo social y de sus opciones políticas, desaparecen al considerar la profesión a partir de sí misma. Tiene, por esto, una *perspectiva endógena*, donde el tratamiento teórico le confiere al Servicio Social una autonomía histórica respecto a la sociedad, a las clases y luchas sociales.

Esta tesis tiene, por otro lado, una clara *visión particularista* o *focalista*, en la medida en que ve el surgimiento del Servicio Social directamente vinculado a las opciones particulares, tanto personales como colectivas, de los sujetos "filántropo-profesionales", en hacer evolucionar (sistematizar, organizar, profesionalizar) las acciones que ya desarrollaban de forma asistemática, desorganizada y voluntariamente. El surgimiento de la profesión es visto como una *opción personal* de los filántropos en organizarse y profesionalizarse, con el apoyo sea de la Iglesia, sea del Estado, pues la *explicación* de su génesis es *intrínseca* al Servicio Social y *remite siempre a sí mismo*. Los "actores", los "protagonistas" del surgimiento y evolución del Servicio Social (lo mismo ocurre cuando analizan la Reconceptualización) son, en esta perspectiva, siempre *personas singulares*, nombres, en definitiva, individualidades⁸: Vicente de Paul, Juan Luis Vives, Tomas de Aquino, Thomas Chalmers, Mary Richmond, entre otros, (o, en la Reconceptualización: Herman Kruse, Ezequiel Ander-Egg, Boris A. Lima, Seno Cornely, Vicente de Paula Faleiros, Paulo Freire). No se analiza, porque no se percibe, la existencia de actores colectivos⁹, de actores y relaciones sociales vinculados a categorías socioeconómicas y políticas, y condicionados por un contexto sociohistórico: la clase política dominante, la bur-

8. Ya decían Marx y Engels "cómo es absurda la concepción de la historia hasta hoy corriente, que se limita a las acciones de líderes y de Estados y deja de lado las relaciones reales" (Marx, K. y Engels, F.: "La ideología alemana"; in Bobbio, Norberto: 1987: 31).

9. Y cuando se analiza (ver Boris Lima, por ejemplo) apenas es como referencia de contexto, no como actores en lucha que determinan la necesidad histórica de nuestra profesión y en el cual se insertan aquellas personalidades.

guesía, la mujer, el trabajador asalariado, etc., dentro del orden burgués (o, en la Reconceptualización: el movimiento estudiantil, el profesional/docente, el profesional/militante, vinculado al movimiento obrero).

Los análisis en esta tesis sobre la génesis (e historia) del Servicio Social derivan de una perspectiva teórico-metodológica (muchas veces no asumida — lo que lleva a Netto a caracterizarlas como ingenuas y acriticas; ver las notas de pie nº 32 de este capítulo y nº 22 del capítulo II) que entiende la historia como la mera *crónica de los hechos y sucesos*, como *historiografía* (ver Netto, 1997: 63 y ss.). En este sentido, tal crónica sirve apenas para *situar históricamente* los eventos institucionales del Servicio Social y las personas protagonistas del desarrollo profesional. La historia y la sociedad son puestas apenas como el escenario de desarrollo profesional (no como su determinante), como una “maqueta” donde se inserta una pieza autónoma del contexto. En esta crónica historiográfica se realiza, por lo tanto, una descripción de los eventos históricos y en ellos, como siendo autónomos, se sitúan los eventos profesionales, sin relación inmanente visible entre el desarrollo del Servicio Social y la historia de la sociedad. De esta forma, los hechos, tanto del Servicio Social como de la historia, son *naturalizados*; se construye la “historia” (y la “historia del Servicio Social”) *sin recuperar la procesualidad* histórica, en un claro *etapismo*. Pero estas etapas se configuran en meros cortes formales: se separa el Servicio Social de la sociedad y se autonomiza el primero; se definen etapas para uno y otro (para la historia de la profesión y para la historia social); se vinculan o relacionan cronológicamente las etapas de uno (del Servicio Social) a las de la otra (de la sociedad), siendo estas últimas los marcos donde se sitúan las primeras (aunque no en una relación de determinación), y *voilà*: se obtiene la “historia del Servicio Social”.

Aquí no aparece un *análisis del contexto social, económico y político* como determinante o condicionante del proceso de creación de esta profesión; apenas, en la mejor de las hipótesis, se sitúa históricamente este fenómeno sin que él redunde en un análisis exógeno, estructural, del surgimiento del Servicio Social. Por lo tanto, en esta tesis, la relación del Servicio Social con la historia y la sociedad es adjetiva, circunstancial, accidental; hay una clara

visión de *externalidad*, de *exterioridad*, en la consideración de lo social para el análisis de la historia profesional¹⁰. No se analizan las luchas de clases fundamentales como sustrato en el cual se elaboran proyectos de sociedad antagónicos, lo que no permite visualizar el vínculo de nuestra profesión, como de tantas otras¹¹, al predominio hegemónico de una de ellas, la alta burguesía. No se analiza el Estado como instrumento del referido proyecto de clase, sino apenas se lo concibe como el campo privilegiado de empleo de estos profesionales.

Aquí no se considera *el papel que el Servicio Social representa en el orden social*. Él no cumple, en esta perspectiva, una función socioeconómica y política dentro de este orden; su tarea sólo es considerada autónomamente en la prestación de servicios a personas, grupos o comunidades particulares. Vale decir, se ve apenas al asistente social y a las funciones que desempeña en relación a los “usuarios”, a los destinatarios de su intervención; no se consigue visualizar, en esta perspectiva, el papel del Servicio Social en relación a la institución empleadora de este profesional y en relación al orden socioeconómico y político.

La génesis del Servicio Social es considerada aquí, como una evolución de las anteriores formas de asistencia y ayuda; siendo que el límite puesto en los antecedentes, en las fuentes, en los precursores que habrían llevado a la creación del Servicio Social es absolutamente arbitrario¹². ¿Será que no existieron formas de ayuda anteriores a Vicente de Paul, o a Juan Luis Vives? Siguiendo este criterio deberíamos entonces remontar la génesis del Servicio Social, a Eva (para los cristianos) o a los primeros primates (para los darwinistas) como antecesores y precursores del Servicio Social.

10. Recuérdese como los hechos sociales son considerados por Durkheim: anteriores, exteriores y superiores al individuo.

11. Ver el estudio de Lukács sobre el surgimiento de la sociología y las ciencias sociales particulares en su obra “El asalto a la razón”. (Lukács, 1975: cap. VI; también en Lukács, 1992: 132-172)

12. Esta afirmación sólo reconoce la excepción relativa en el análisis de Kiserman, quien limita los “antecedentes” del Servicio Social a las formas organizadas y sistemáticas de ayuda, y en los autores que entienden estos “antecedentes” de la profesión como siendo apenas aquellas formas de ayuda vinculadas a la “cuestión social”.

Esta línea de pensamiento representa un camino que es teóricamente equivocado, en la medida en que: 1) considera un número tan vasto de "antecedentes" del Servicio Social que pierde cualquier perspectiva crítica de la historia de la profesión; 2) no consigue explicar por qué no desaparecen aquellas prácticas filantrópicas y caritativas que según esta tesis habrían dado lugar al (y por lo tanto, habrían sido substituidas por el) Servicio Social profesional; 3) no visualizan que se da una ruptura del significado, de la funcionalidad y de la legitimación, entre aquellas prácticas filantrópicas, voluntaristas, y el Servicio Social, cuando el asistente social aparece como un trabajador asalariado, como un profesional (el único elemento diferenciador entre los "antecedentes" y el "Servicio Social profesional" es, en esta tesis, la propia racionalización, organización y tecnificación de esta última); 4) con el argumento de que el surgimiento de la "cuestión social" dio lugar a la génesis del Servicio Social, no se consigue explicar cómo hay más de un siglo de distancia entre aquéllas y éste — el Servicio Social surge en los años 1890-1940, en Europa occidental y en los Estados Unidos; conformándose en 1925 la primera Escuela latinoamericana (Dr. Alejandro del Río), en Chile; mientras tanto, las "cuestiones sociales" aparecen con fuerte y masivo impacto ya en la instauración de la Revolución Industrial¹³.

1.2. La perspectiva histórico-crítica: buscando un nuevo camino de análisis surge, en oposición a la anterior, una segunda tesis de interpretación sobre la génesis y naturaleza del Servicio Social. La misma entiende el surgimiento de la profesión del asistente social como un subproducto de la síntesis de los proyectos político-económicos que operan en el desarrollo histórico, donde se reproduce material e ideológicamente la fracción de clase hegemónica, cuando, en el contexto del capitalismo en su edad monopolista, el Estado toma para sí las respuestas a la "cuestión social".

13. Algunas de estas ideas surgen de innumerables conversaciones sobre estas cuestiones con Netto, tanto como de su curso "Historia del Servicio Social", en el Programa de Posgrado de Servicio Social de la Universidad Federal do Rio de Janeiro, 1996.

En esta perspectiva, sostenida diferentemente por Marilda Villela Iamamoto, José Paulo Netto, Vicente de Paula Faleiros, Maria Lúcia Martinelli, Manuel Manrique Castro, entre otros, se entiende al asistente social como un profesional que desempeña un papel claramente político, teniendo una función que no se explica por sí misma, sino por la posición que ocupa en la división sociotécnica del trabajo.

• La primera a pensar en esta línea teórica, realizando una verdadera inflexión en este debate, **Marilda Villela Iamamoto** (1997, 1992 y 1992b), pioneramente ya en el inicio de los '80¹⁴, procura captar

"el significado social de esa profesión en la sociedad capitalista, situándola como uno de los elementos que participa de la reproducción de las relaciones de clases y de la contradictoria relación entre ellas. En ese sentido, se realiza un esfuerzo de comprender la profesión históricamente situada, configurada como un tipo de especialización del trabajo colectivo dentro de la división social del trabajo peculiar a la sociedad industrial" (Iamamoto, 1997: 85).

Así visto, el Servicio Social tiene un papel a cumplir dentro del orden social y económico — como un engranaje en la división sociotécnica del trabajo —, enmascarado en la prestación de servicios: al asistente social le es demandado (y para eso fue creada la profesión) participar en la reproducción, tanto de la fuerza de trabajo como de la ideología dominante.

La profesión es comprendida por la autora, como un "producto histórico", y no como un desarrollo y evolución internos de las formas de ayuda, descontextualizada o apenas, en el mejor de los casos, insertada en una realidad social. "Así, su significado social depende de la dinámica de las relaciones entre las clases y de éstas

14. Como la propia autora expresa en la introducción de su obra para la edición castellana, "esta es una línea de análisis que hasta el momento de la elaboración de este trabajo no encontraba soporte en la bibliografía especializada del Servicio Social y de la sociología de las profesiones, apuntando para la necesidad de recuperar la teoría y el método de autores clásicos. Es en este sentido que este libro explicita los fundamentos del Servicio Social en la división del trabajo, como una contribución crítica al debate profesional latinoamericano" (Iamamoto, 1997: XXVI).

con el Estado (...), en el enfrentamiento de la 'cuestión social'¹⁵. Es en la *implementación de políticas sociales* (...) que ingresa el Servicio Social", según entiende Yamamoto al avanzar, en los '90, sus reflexiones sobre la génesis profesional (1992b: 2-3).

De esta forma, la autora entiende que

"el Asistente Social es solicitado no tanto por el carácter propiamente 'técnico-especializado' de sus acciones, sino, antes y básicamente, por las funciones de cuño 'educativo', 'moralizador' y 'disciplinador' (...) el Asistente Social aparece como *el profesional de la coerción y del consenso*, cuya acción recae en el campo político" (Yamamoto, 1997: 145).

• En una perspectiva teórico-metodológica semejante, José Paulo Netto (1997) contribuye para esta tesis, afirmando que es en la intersección del conjunto de procesos económicos, sociopolíticos y teórico-culturales que ocurren en el orden burgués, en el capitalismo de la edad de los monopolios, que se gestan las condiciones histórico-sociales que permiten la emergencia del Servicio Social como profesión en Europa. De lo contrario, "sin la consideración de este cuadro específico, el análisis de la historia del Servicio Social pierde concreción y termina por transformarse en una crónica esencialmente historiográfica y lineal"¹⁶ (*idem.*: 63)

Así, "la profesionalización del Servicio Social no se relaciona decisivamente a la 'evolución de la ayuda', a la 'racionalización de la filantropía' ni a la 'organización de la caridad'; se vincula, por el contrario, a la *dinámica de la organización monopolística*" (*idem.*: 68).

Por esto mismo, dice el autor, no es un accidente cronológico que la institucionalización de la profesión coincida rigurosamente con el tránsito del capitalismo competitivo al monopolista, situado

15. Entendida ésta como expresión del "proceso de formación y desarrollo de la clase obrera y de su ingreso en el escenario político de la sociedad, exigiendo su reconocimiento como clase por parte del empresariado y del Estado (ver Yamamoto, 1997: 91 y Netto, 1997: 5 - nota nº 1).

16. Netto llama este camino, tratado en la tesis anterior, de simple y, por veces, ingenuo.

en el segundo cuarto de siglo, en Europa, luego de la gran depresión¹⁷. Para Netto,

"El proceso por el cual el orden monopolístico instaura el espacio determinado, que en la división social (y técnica) del trabajo (...) propicia la profesionalización del Servicio Social, tiene su base en las modalidades a través de las cuales el Estado burgués se enfrenta con la 'cuestión social', tipificadas en *las políticas sociales*. Éstas, además de sus medulares dimensiones políticas, se constituyen también como conjuntos de procedimientos técnico-operativos; requieren, por lo tanto, agentes técnicos en dos planos: el de su formulación y el de su *implementación*" (*idem.*: 69) (grifos nuestros).

De esta forma, la formulación e implementación de las políticas sociales, propias de esta nueva fase del orden socioeconómico, estimulan la creación de diversas nuevas profesiones "especializadas", entre las cuales el Servicio Social aparece para desempeñar su papel, ocupando una posición subordinada en la división sociotécnica del trabajo, vinculada a la ejecución terminal de las políticas sociales¹⁸.

En cuanto profesión, concluye Netto, el Servicio Social no es sólo una posibilidad, no se crea a partir de sí mismo, no surge apenas como una evolución de las acciones que los filántropos resolvieron imprimirle a sus prácticas. Él es dinamizado y estimulado (pues es necesario a los fines y a la manutención de este orden) por el *proyecto conservador* que contempla las reformas dentro del sistema. Es que, como afirma el autor, "el capitalismo monopolista, por su dinámica y contradicciones, crea condiciones tales que el Estado por él capturado, al buscar legitimación política a través del juego democrático, es permeable a demandas de las clases subalternas" (*idem.*: 18).

Así, el surgimiento de la profesión debe su existencia a la síntesis de luchas sociales que confluyen en un proyecto político-económico de la clase hegemónica de manutención del sistema

17. Período que va desde 1873 a 1893, reapareciendo en 1914 (crisis de '29 mediante) hasta el pos-Segunda Guerra.

18. "En este ámbito — dice Netto — se sitúa el *mercado de trabajo* para el asistente social: *éste es investido como uno de los agentes de las políticas sociales*" (Netto, 1997: 69-70).

frente a la necesidad de legitimarlo en función de las demandas populares y de aumento de la acumulación capitalista. Para Netto, la "cuestión social" no determina por sí sola la génesis del Servicio Social. Ella sólo da base para el surgimiento de la profesión cuando se transforma en *objeto de intervención del Estado*, cuando surge una *mediación política entre la "cuestión social" y el Estado*; mediación ésta instrumentalizada por las políticas sociales cuyo ejecutor terminal es el asistente social¹⁹.

• Desde otras fronteras (nacionales y profesionales), pero a partir de una investigación programada por el CELATS²⁰, **Manuel Manrique Castro** (1993) procura pensar la génesis del Servicio Social latinoamericano no como un "*mero reflejo*"²¹ del europeo, sino como un producto histórico vinculado a las relaciones sociales y a la división del trabajo, y no apenas por opciones de un grupo de filántropos que quieren sistematizar sus tareas caritativas.

Su preocupación es determinar "*qué fuerzas operan en su génesis*" (Manrique, 1993: 21) y no qué personas participaron en ella. De esta forma, dice Manrique,

"Consecuentemente [a los cambios y crisis del capitalismo], diversas modalidades de acción social pasan a sufrir alteraciones substanciales; cambiada la perspectiva de su función, se reservaron para ellas — y éste es el caso del Servicio Social — ciertas tareas que requerían niveles especiales de preparación. Nótese que no se levanta, sobre las formas previas del Servicio Social, una nueva y moderna modalidad

19. Consideraciones desarrolladas en el curso presentado por Netto, sobre "Historia del Servicio Social" (UFRJ, 1996).

20. Investigación que tuvo también como resultado los trabajos de Yamamoto y Carvalho, de Maguñá y de Alayón (este último, sin embargo no supera la perspectiva "endogenista").

21. "Limitarse — dice Manrique — a esta simple constatación factual [de que el Servicio Social latinoamericano fue, hasta el momento en que dio el salto cualitativo, un *mero reflejo* de concepciones elaboradas en el exterior] es un riesgo que no podemos dejar pasar sin reservas" (*idem.*: 33). Así, continúa, "si se aparta la comprensión del papel de las relaciones de producción y sus formas específicas de articulación, si se recurre a la experiencia europea para entender nuestro continente (y si se piensa que el desarrollo del Servicio Social puede ser aprehendido como *mero reflejo*) — entonces se forjan las premisas para presentar la creación de la primera escuela de Servicio Social en América Latina, como resultante casi exclusiva de la lucidez y del espíritu visionario del Dr. Alejandro del Río" (*idem.*: 34).

de acción que suprime las anteriores — *las formas de acción social no emergen o sucumben según la voluntad de sus agentes; al contrario, son objetivaciones de la situación social prevalectante, expresando a su manera las características de las sociedades donde se articulan nuevas relaciones de producción*" (*idem.*: 32).

Resulta que Manrique está más preocupado con "establecer cómo entendemos *la función concreta que el Servicio Social desempeña en el interior de las relaciones sociales entre las clases*" (*idem.*: 39).

• Por su parte, **Maria Lúcia Martinelli** (1991), marcando una inflexión con análisis anteriores²², se propone "la comprensión del real *significado* de la profesión en la sociedad del capital, su participación en el proceso de reproducción de las relaciones sociales" (1997: 7). De esta forma, entiende el surgimiento del Servicio Social en Europa y Estados Unidos como un instrumento necesario de la burguesía que, aliada al Estado y a la Iglesia Católica, buscaba dotar de legitimidad el orden social burgués, ocultar sus contradicciones y desmovilizar o desarticular las reivindicaciones colectivas de los trabajadores. La autora, luego de un importante análisis, a partir del referencial teórico marxista, de la historia del capitalismo — donde surge la necesidad histórica de "agentes ejecutores de la práctica de la asistencia social" (1997: 71) como producto histórico de las contradicciones del modo capitalista de producción y de pensar — ve

"el origen del Servicio Social como profesión (...) [como teniendo] la marca profunda del capitalismo y del conjunto de variables que le son subyacentes — alienación, contradicción, antagonismo (...); es [por lo tanto] una profesión que nace articulada con un proyecto de hegemonía del poder burgués como una ilusión de servir (...) (*idem.*: 191, ver también pg. 71).

22. Recuérdese que en el '78 Martinelli afirmaba que "dentro de una concepción histórico-sociológica, se puede considerar que el Servicio Social, en su versión profesional moderna, *constituye la fase profesionalizada de un conjunto de prácticas anteriores* ..."; siendo que "el proceso de profesionalización del Servicio Social tiene, por lo tanto, una trayectoria histórica, significando antes de más nada una *evolución del fenómeno "asistencia"*, encontrado éste con una función persistente en la historia del hombre en la sociedad" (1978: 15).

Así, Martinelli examina "la compleja situación que se instaura cuando la profesión, capitulando frente a la lógica del capital, pasa a operar permanentemente con la *identidad atribuida*" (*idem.*: 11, 191), donde era prioritaria "su función económica de fondo ideológico, más que su función social" (*idem.*: 151). En este sentido, "la ausencia de identidad profesional fragiliza la conciencia social del colectivo profesional, determinando un percurso alienado, alienante y alienador de práctica profesional" (*idem.*: 9), "impidiéndola de ingresar en el universo de la 'clase en sí' y de la 'clase para sí' del movimiento obrero (...) [y de] participar de la práctica política de la clase obrera" (*idem.*: 12).

Según Martinelli, este profesional estaría, en su génesis, [fatalmente] sujeto y condicionado por una "identidad atribuida", totalmente externa e independiente de su voluntad, lo que significaría para la autora, en una perspectiva en cierta medida divergente de los autores precedentes²³, el retiro de la posibilidad histórica de construcción de su propia identidad, en la medida en que aquella

"expresaba una síntesis de las prácticas sociales pre-capitalistas — represoras y controladoras — y de los mecanismos y estrategias producidos por la clase dominante para garantizar la marcha expansionista y la definitiva consolidación del sistema capitalista" (*idem.*: 72).

De ese modo, considera la autora que el Servicio Social nace con funciones controladoras, integradoras, y por lo tanto políticas, necesarias a la manutención del orden social, cubriéndolas de un manto "filantrópico", lo que conformaría un verdadero "*fetichismo de la práctica*"²⁴ (ver Martinelli, 1997: 11, 72, 102, 152). Para esto son llamados los asistentes sociales a cumplir esta tarea.

23. Martinelli procura la naturaleza del Servicio Social bajo la forma de "*identidad*".

Así, la autora considera la génesis del Servicio Social a partir de una "*identidad atribuida*" desde fuera de la profesión, desde el Estado burgués y la Iglesia católica, aliados de la clase burguesa, trasluciendo de esta forma una cierta "*perspectiva determinista*" — la misma que Yamamoto critica por ésta "considerar la práctica profesional como socialmente determinada apenas por fuerzas dominantes de la sociedad" (ver Yamamoto, 1997: 190)

24. "Fetichizado místicamente como una práctica al servicio de la clase trabajadora, el Servicio Social era pues, en realidad, un importante instrumento de la burguesía, la

Martinelli hace una clara distinción entre las dos tareas que la burguesía debía enfrentar para atenuar los efectos de la "cuestión social": "la primera (...) — *reorganizar la asistencia* (...) — la clase dominante la asignó a la Sociedad de Organización de la Caridad", en cuanto "la segunda — *proponer políticas e implementar medidas legislativas* — quedó reservada al Estado burgués (...)" (Martinelli, 1997: 99); de esta forma, la autora parecería "volver" a la primera tesis por cuanto coloca la londinense C.O.S., en la segunda mitad del siglo XIX, como palco en el cual surgieron "*los primeros asistentes sociales, como agentes ejecutores de la práctica de la asistencia social*, actividad que se profesionalizó bajo la denominación de 'Servicio Social'" (*idem.*: 71), situando así, la génesis profesional anterior e independientemente del momento en que, en el marco del capitalismo monopolista, el Estado toma para sí las respuestas a la "cuestión social"²⁵.

• También podemos encontrar en Vicente de Paula Faleiros (1993)²⁶ algunas contribuciones tempranas a esta tesis. Así, estudiando el Servicio Social en América Latina, Faleiros niega la existencia de la profesión antes del siglo XX. Para él, "el Servicio Social se 'fundamenta' en la negación de los antagonismos del modo de producción capitalista. Él actúa en la práctica, en el 'camuflaje' o en la disminución de esos antagonismos. Deriva de allí su propia contradicción" (*idem.*: 14).

Así, esta profesión, según Faleiros, "nació dependiente de factores que guardan relación con el surgimiento del capitalismo: el desarrollo de las fuerzas productivas en la metrópolis y el desarrollo de las técnicas y de la ciencia" (*idem.*: 18-19).

que trató de inmediato de consolidar su identidad atribuida, apartándola de la trama de las relaciones sociales, del espacio social más amplio de la lucha de clases y de las contradicciones que las engendran y son por ella engendradas" (Martinelli, 1997: 72).

25. Articulando la génesis de la profesión al "capitalismo industrial" (Martinelli, 1997: 72) y no a su fase monopolista, afirma la autora que, "al iniciarse el siglo XX, el Servicio Social estaba presente en la mayor parte de los países europeos y también en los Estados Unidos ..." (*idem.*: 104).

26. Faleiros (1993), revisión crítica de: "Trabajo Social. Ideología y método"; publicado originalmente por la Editora ECRO, Buenos Aires, 1972.

Esta perspectiva de análisis se constituye para el autor, en un paradigma: *el paradigma de las relaciones de fuerza, poder y explotación*; en contraposición a la tesis anterior, que él sitúa como *el paradigma de las relaciones interindividuales*.

— En síntesis, esta segunda tesis sobre la génesis del Servicio Social²⁷ parte de una *visión totalizante*. Ve el surgimiento de la profesión vinculado, determinado y formando parte de un orden socioeconómico determinado, de un contexto, en fin, de la síntesis de proyectos enfrentados y de la estrategia de la clase hegemónica en esa lucha, en el marco del capitalismo monopolista. En él entiende la *"particularidad"* — *Servicio Social* — insertada y constitutiva de una *"totalidad"* más desarrollada que la contiene y determina.

Aquí surge el análisis de *"actores sociales"*, *"colectivos"*, constituidos a partir de segmentos socioeconómicos y políticos, y formando parte de un contexto, como los verdaderos protagonistas. No más las individualidades y los nombres propios son los que hacen la historia (y la historia del Servicio Social), sino que ahora son sujetos colectivos y determinados históricamente.

El contexto encuadrado por las luchas de clases en torno de proyectos antagónicos de sociedad, en la etapa monopolista del capitalismo, se presenta aquí como el marco explícito del surgimiento del Servicio Social.

Se desarrolla así una *estrategia del capital* para revertir la crisis que va expandiéndose desde finales del siglo XIX (1870) y que se extiende hasta 1929, con ella se procura también consolidar (legitimar, perpetuar y desarrollar) el sistema capitalista, así como aumentar la acumulación ampliada del capital. Esta estrategia deriva en la *creación del monopolio* (corporación que controla la producción y comercialización de áreas estratégicas revirtiendo la caída tendencial de la tasa de lucro), en la *expansión internacional de la producción y el comercio* (necesidad immanente al capitalismo), en el *desarrollo*

27. Nótese que aquí no cabe hablar de la "génesis del Servicio Social 'como profesión'". En esta concepción el Servicio Social se refiere siempre a la profesión, no siendo cualquier forma de ayuda anterior considerada como "antecedente", como un Servicio Social "pre-profesional".

de un Estado intervencionista (Welfare State, Estado de Bienestar social, keynesianismo, "populismo", según las diferentes experiencias) — y en él, de las políticas sociales, de la expansión de la democracia, de la ciudadanía y de los derechos y legislación del trabajo. Esta estrategia *integral* muchas veces fue tratada por teóricos sobre diferentes ópticas o énfasis; así, la nueva fase del capitalismo que surge en el pasaje del siglo XIX para el XX y que se conforma a partir de esta estrategia global del capital para revertir los efectos de la "Gran Depresión" fue denominada, bajo diferentes aspectos, de maneras diversas: imperialismo (Lenin, Rosa Luxemburgo), capitalismo monopolista (Baran, Sweezy), capitalismo monopolista de Estado (Bocará) y, en autores liberales, Estado de Bienestar social o keynesianismo.

Efectivamente, la fracción de clase hegemónica, en el viraje del capitalismo competitivo para su fase monopolista, precisa dotar de legitimidad al sistema socioeconómico y político que la sustenta. De esta forma, frente al aumento de conflictividad — real o potencial —, producto del desempleo, de las precarias condiciones laborales, de la caída del salario real y frente al aumento de la organización popular, especialmente sindical (piénsese en las "internacionales"), la hegemonía burguesa *amplía el Estado* (ver Coutinho, 1994: 42 y ss.), retirando la exclusividad de las luchas de clases de la órbita económica y de la sociedad civil y llevándola también a la esfera política y estatal. Así, la *lógica vinculante* que representa la participación democrática²⁸ debería *institucionalizar las disputas* políticas y económicas, reduciendo el factor crítico y revolucionario de las luchas de clases. En este marco democrático se desarrollan luchas en torno al aumento de los derechos civiles (libertades individuales), políticos (ampliación de la participación democrática) y sociales

28. En un régimen democrático, la participación social, electoral etc., hace con que los miembros de la sociedad acepten las decisiones estatales como legítimas, inclusive a pesar de contrariar sus intereses. Las reglas del juego democrático son que todos los miembros tienen el derecho (o la obligación) de participar con su voto en las decisiones y que, por lo tanto, estas últimas, adoptadas por la mayoría, deben ser respetadas por la/s minoría/s, quien/es debe/n someterse a tales veredictos.

(legislación laboral, mayor participación en la distribución de los bienes producidos) (sobre esto ver Marshall, 1967 y Barbalet, 1989).

Dentro de este contexto de conflictos institucionalizados es que surgen las *políticas sociales* como instrumentos de legitimación y consolidación hegemónica que, contradictoriamente, son permeadas por conquistas de la clase trabajadora (ver el siguiente punto).

Por otro lado, también debemos considerar la emergencia (más tardía, a partir de los años '60 — ver Mota, 1991: 41) del *Servicio Social en el campo empresarial*. Es que, con lógica semejante, el capitalista precisa, ahora en el ámbito de la industria, minimizar el nivel de conflictividad, maximizar la productividad del trabajador y, por lo tanto, reducir el valor de la fuerza del trabajo²⁹. Así, como afirma Mota,

“la cuestión social pasa a ser asumida por la empresa dentro de un contexto que es permeado tanto por la existencia de ‘pactos de dominación’, esto es, con el Estado, a través de sus políticas de reproducción general del capital, como por una tensión entre empleado-empendedor, identificada en la presión que la clase trabajadora ejerce por la vía de ‘sus’ problemas, infiriendo en el proceso organizativo de la producción” (Mota, 1991: 47).

Para la autora, los “problemas del trabajador”, refracciones del proceso de explotación, son asumidos, por la empresa, como “obstáculos a la producción”, lo que lleva a la empresa a crear “*políticas asistenciales*, cuando no privatiza los programas de las instituciones públicas, intentando mantener en equilibrio la relación empleado-empendedor” (*idem.*: 56). Siendo que, “*justamente para ejecutar tales políticas, la empresa requisita el asistente social*” (*ibídem.*) (grifos nuestros).

29. Ya en 1919, como afirma Harvey, procurando disciplinar a los trabajadores, dándoles “ingresos y tiempo de ocio suficientes para que consumieran”, “Ford envió un ejército de asistentes sociales a los hogares de sus trabajadores ‘privilegiados’” (Harvey, 1993: 122). Sin embargo, dado el abandono de esas experiencias, “fue necesario el *New Deal* de Roosevelt para salvar el capitalismo — haciendo, a través de la intervención del Estado, lo que Ford intentó hacer solo” en el ámbito empresarial (*ibídem.*).

Sin embargo, continúa Mota, el tratamiento de los problemas del trabajador por parte del asistente social encuentra su límite en las cuestiones salariales, despidos, negociaciones sindicales, problemas caracterizados como “de la empresa” y no “del personal” (*idem.*: 60), — es decir, en una lógica de segmentación de la realidad (ver *infra* y el punto 2 del capítulo II) en esferas autonomizadas, estas cuestiones serían “económicas” y no “sociales” —, por lo tanto, fuera de la órbita de la responsabilidad del asistente social. Es en este sentido que “el profesional [de Servicio Social] recibe y, por lo general, asume un mandato institucional de *agente conciliador y apaciguador de conflictos* de intereses entre empresas y empleados” (*idem.*: 61) (grifos nuestros); llevando este control más allá de la industria, hasta el espacio familiar del trabajador.

El efecto, según Mota, de esta práctica profesional, está en *despolitizar* “la problematización del trabajador acerca de sus condiciones de vida y de trabajo, metamorfoseándola en un desahogo momentáneo, emocional, individual” (*idem.*: 62).

En este sentido, vinculado a los postulados del *Movimiento de las Relaciones Humanas* (que tuvo en Kurt Lewin su principal exponente) — corriente que substituyó la hipótesis taylorista del “*homoeconomicus*” (que establece la motivación del trabajador mediante incentivos económicos) por el “hombre social” (que propone la idea de que el trabajador es más eficiente desde que se encuentre en un ambiente más humano, con relaciones más directas y amenas) —, la empresa contrata asistentes sociales para ejecutar justamente las políticas de cambios organizacionales y relacionales, y para gerenciar convenios (asistenciales y beneficiantes para los trabajadores) desarrollados entre la empresa y otra organización externa (generalmente el Estado)³⁰. De esta forma es que el Servicio Social también se vincula a las políticas sociales, no apenas estatales, sino ahora también (fundamentalmente en el Brasil) empresariales.

30. Véase los tiquets de alimentación, los convenios de transporte, los comedores, los convenios con colonias de vacaciones; pero también, la participación del asistente social, hoy, en los programas de Calidad Total, de incentivo al Despido Voluntario, del proceso de Tercerización etc.

Efectivamente, estas políticas sociales (fundamentalmente estatales, aunque también empresariales) se constituyen en instrumentos privilegiados de reducción de conflictos, ya que contienen *conquistas* populares, siendo éstas transfiguradas como *concesiones* del Estado. Todo indica que la preservación de estas políticas sociales y la incorporación de los sujetos a ellas es el resultado de una especie de acuerdo, de un "pacto social": el Estado concede estos beneficios a la población carenciada a cambio de que esta última acepte la legitimidad del primero. Así, de la misma forma como el FMI para destinar préstamos a un país exige de éste una "carta intención", donde este último renuncia a ciertos grados de libertad y autonomía en la orientación de su política económica y social, dictaminando el primero aspectos centrales de la vida político-económica del país, de semejante forma, el Estado (y los organismos representantes de las clases hegemónicas) al aparentar "conceder" los beneficios de las políticas sociales (mediadas por la intervención de los asistentes sociales) — fetichizando el hecho de que son producto de conquistas y derechos sociales usurpados por los que detentan el poder — pretende la pérdida de libertad de la población y el control de la vida privada — dentro y fuera de la fábrica — del trabajador.

Pero estas políticas sociales no son diseñadas a partir de una perspectiva de totalidad de la sociedad, la cual permite ver la realidad social como histórica y estructural. Por el contrario, la racionalidad burguesa, fundamentalmente después de los sucesos de 1848, incorpora una visión recortada, pulverizada de la realidad. Aquí surgen las ciencias sociales particulares (a este respecto ver Lukács, 1992; también Coutinho, 1994: 91 y ss.); aquí se des-economiza y des-politiza la esfera social, se des-economiza la política y se des-politizan las relaciones económicas; como si la sociedad pudiera ser entendida a partir de "recortes" de realidad (sobre la racionalidad burguesa ver Guerra, 1995). De esta forma, con esta perspectiva segmentada de la realidad, las políticas sociales se constituyen en instrumentos focalizados a cada una de las "cuestiones sociales" fragmentarias, transformándose en respuestas puntuales (ver Netto, 1997: capítulo 1)

Así, para el desarrollo de estas políticas sociales fragmentadas dos actores son necesarios; por un lado, un profesional que planifique

y las diseñe (a partir de los conocimientos teóricos y de las orientaciones políticas de otros actores), por otro lado, un profesional que se encargue de la implementación de tales instrumentos estatales.

De esta forma, el Servicio Social surge, dentro de esta segunda perspectiva, como aquella profesión cuya *funcionalidad en la sociedad* remite a la *ejecución terminal de las políticas sociales segmentadas* (ver, sobre este aspecto, Yamamoto, 1997; Netto, 1997; Martinelli, 1997). Aparece entonces como un actor subalterno y con una práctica básicamente instrumental. Su campo privilegiado de trabajo es el Estado (subordinado, además de a los "cientistas", a una lógica político-burocrática) y su base de actuación la conforman las políticas sociales.

Aquí recae, pues, la *base de sustentación funcional-laboral del Servicio Social* (ver Montaña, 1997): un profesional que surge dentro de un proyecto político, en el marco de las luchas de clases desarrolladas en el contexto del capitalismo monopolista clásico, cuyo medio fundamental de empleo se encuentra en la órbita del Estado, este último contratándolo para desempeñar la función de participar en la fase final de la operacionalización de las políticas sociales. Allí radica su *funcionalidad* y, por lo tanto, su *legitimidad*.

No obstante estas determinaciones, la práctica del Servicio Social (particularmente en la empresa y en el Estado), así como la práctica de tantas otras (si no todas las) profesiones, se presenta como *una práctica tensionada*, saturada de contradicciones, donde el asistente social aparece como un "profesional de la coerción y del consenso" (Yamamoto, 1997: 143 y ss.) como un profesional marcado por el dilema de "servir a dos o más señores" (Estevez, s.d.), como un profesional también presionado por los intereses de los trabajadores (organizados o no) (Mota, 1991: 63-64) (sobre esta discusión volveremos en el punto 1.3 del capítulo II).

— Veamos entonces: la distancia entre las dos tesis apuntadas no es apenas una cuestión de énfasis distintos; no es simplemente una diferente opinión sobre las "causas" de la génesis profesional. Expresa, por el contrario, análisis cuyos puntos de partida (perspectivas teórico-metodológicas) distintos arriban a conclusiones ra-

dicalmente diferentes sobre la naturaleza, funcionalidad y legitimidad del Servicio Social.

Así, en la *primera tesis, la naturaleza y funcionalidad profesional* aparecen como siendo el hecho de el Servicio Social consistir en una *forma de ayuda* (más organizada, evolucionada y tecnificada que las anteriores — y simultáneas — caridad, filantropía etc.) *vinculada al tratamiento de la "cuestión social"*. Siendo la naturaleza de los "antecedentes" profesionales la misma (formas de ayuda), esta tesis estaría entendiendo como *semejantes la naturaleza y la funcionalidad de la profesión y de las formas de ayuda "anteriores"* — lo que lleva a estos autores a ver la relación: formas "anteriores" de ayuda / Servicio Social, como una relación de *continuidad*, fundante en la idea de "evolución" entre las diversas formas de ayuda (caridad, filantropía etc.) con el Servicio Social (o el "Trabajo Social") en la línea final.

Ya en una perspectiva de análisis vinculada a la *segunda tesis, la naturaleza y funcionalidad* de las llamadas "protoformas" profesionales debe ser entendida como formas de ayuda que tienen como fundamento una *misión moral o religiosa* (mesiánica, misionaria, de apostolado), que parte de la vocación personal de la ayuda al prójimo; así, la "misión confesional-cristiana" de la caridad, o la "misión moral" de la filantropía, vinculada a los "críticos románticos del capitalismo", de revertir las injusticias sociales. Mientras tanto, en esta perspectiva, *la naturaleza y funcionalidad del Servicio Social* es esencialmente diferente; ella no recae en la ayuda como práctica altruista, sino que es entendida a partir de *su funcionalidad con el orden burgués, cuando el Estado toma para sí, en el pasaje del capitalismo competitivo a la fase monopolista, la respuesta de la "cuestión social", mediante las políticas sociales*³¹. Aquí la *función* del Servicio Social es de legitimación del orden y aumento de la acumulación capitalista, teniendo, por lo tanto, una naturaleza y

31. Como apunta Yamamoto, "ahí se establece una de las líneas divisorias entre la actividad asistencial voluntaria, desencadenada por motivaciones puramente personales e idealistas, y la actividad profesional que se establece mediante una relación contractual que reglamenta las condiciones de obtención de los medios de vida necesarios para la reproducción de ese trabajador especializado" (Yamamoto, 1997: 100).

funcionalidad *político-económica* y no *altruista* (como en las "protoformas") — lo que hace con que en esta perspectiva la relación: "protoformas" / Servicio Social sea entendida como una relación de *ruptura*, fundante en la comprensión de diferentes tipos de actores sociales que, coincidiendo en alguna medida en los tipos de prácticas desarrolladas en torno de la "cuestión social", son en su naturaleza y funcionalidad, esencialmente distintos.

Así, mientras la primera tesis entiende que hay continuidad (identidad) entre la esencia del Servicio Social y las prácticas de filantropía, caridad etc.: todas ellas serían formas de ayuda, mismo existiendo diferencias en las características de cada una: profesionalismo/voluntarismo, formación técnico-científica/espontaneismo, institucionalización/desarticulación; inversamente, la segunda tesis concibe la *ruptura* en la esencia y funcionalidad del Servicio Social en relación a las llamadas "protoformas", a pesar de estas tener algunas características comunes. En otros términos, considerando la relación "Servicio Social/formas de ayuda", si en la primera tesis la naturaleza es la misma, teniendo características diferentes, en la segunda la naturaleza es distinta, teniendo características semejantes.

De esta forma, rechazando la tesis "particularista" y "evolucionista" sobre la profesionalización de las formas "anteriores" de ayuda, esta *perspectiva histórico-crítica* se presenta como una alternativa teórico-explicativa enteramente distinta.

En realidad estas tesis engendran una contraposición: "*particularismo*" vs. "*totalidad*", apareciendo como necesaria y mutuamente excluyentes. Sin embargo, tal contraposición debe ser analizada matizadamente.

* Para poder comprenderse clara e históricamente las condiciones de surgimiento de la profesión de Servicio Social es necesario aprehender la particularidad Servicio Social como un subproducto histórico, a partir de una *perspectiva de totalidad*, presente en la tesis que entiende su vinculación a un orden socioeconómico y al proyecto político que viabiliza su instauración y desarrollo; viendo al asistente social como un trabajador asalariado que ocupa un lugar específico dentro de la división sociotécnica del trabajo, vinculado a la ejecución terminal y segmentada de las políticas sociales.

* No obstante, es necesario *reconocer la participación y opción* conscientes, aunque pudiera ser acrítica³² y hasta ingenua³³, *de los primeros agentes profesionales*. Los asistentes sociales legitimaron con sus acciones aquella "*identidad atribuida*", transformándola en "*identidad propia*"³⁴. Ellos aceptaron y hasta racionalizaron sus funciones y su papel en el orden social; revistieron éstos, debido a la extracción de esos agentes, de un manto de filantropía, de una imagen de ayuda al carente, de característica confesional. Ellos se especializaron y desarrollaron un nivel de profesionalización, de tecnicismo, de organización, que los llevaron a ampliar el campo de acción, su eficacia, "socializando" su práctica y ampliando las políticas sociales que les dan empleo y que, contradictoriamente,

32. Entendemos la participación de los precursores como acrítica, del mismo modo que Lukács entiende como acríticos tanto los "apologistas del capitalismo", cuanto los "críticos románticos del capitalismo". Ellos — dice Lukács — huyen cobardemente de la expresión de la realidad y enmascaran la fuga mediante el recurso al "*espíritu científico objetivo*" o a "ornamentos románticos". "En ambos casos es esencialmente acrítica, no va más allá de la superficie de los fenómenos, permanece en la inmediatez y toma al mismo tiempo migas contradictorias de pensamiento, unidas por el lazo del eclecticismo" (Lukács, 1992: 120).

Esta opción acrítica e ingenua está cargada de resignación ante los "males" de una sociedad naturalizada e inmodificable; parece fundada en una "*tendencia en buscar el camino de la salvación de la barbarie de la civilización no en la dirección del futuro, sino en el pasado*" (*idem.*: 118).

33. Guerra afirma que "ocupando históricamente funciones terminales, la intervención profesional se realiza al margen de las instancias de formulación de directrices y de la toma de decisiones acerca de las políticas sociales. Aquí, la escisión entre trabajo manual e intelectual cumple su función histórica: limita la comprensión de la *totalidad* de los intereses, intenciones y estrategias contenidas en el proyecto de la clase o segmentos de clase que elabora y controla la ejecución de las políticas sociales. A esto se añade el hecho de que la acción del asistente social se realiza en el ámbito de las estructuras técnicas, legales, burocráticas, formales y por lo tanto, de la *lógica* en que se inscriben las políticas sociales" (1995: 158).

34. Como afirma Yamamoto en el análisis que hace sobre la constitución del espacio profesional como producto histórico, se debe considerar "la práctica profesional como resultante de la historia, y al mismo tiempo como producto teórico-práctico de los agentes que a ésta se dedican" (1997: 189-190).

En otro trabajo, se entiende que "las respuestas del agente profesional a las demandas sociales, a pesar de condicionadas fundamentalmente por las variables sociales objetivas (...), dependen también del grado de desarrollo interno de la profesión. Tales respuestas son también un producto creado por los asistentes sociales, estando condicionadas por estos agentes" (Vv. Aa., 1991: 60-61).

prestan servicios a los usuarios, mientras legitiman y mantienen el orden social, económico y político que las crea³⁵.

Una nota debe ser hecha. Verificar el relativo protagonismo de los primeros profesionales (y si se quiere, de las "protoformas" del Servicio Social) no puede llevarnos, bajo ninguna hipótesis, a considerar la génesis de la profesión a partir de la mera voluntad de ciertas personas en tecnificar sus prácticas filantrópicas; ni el hecho de que los primeros asistentes sociales provenían de instituciones filantrópicas y de caridad nos debe llevar a suponer el Servicio Social como la evolución de las prácticas "anteriores" de ayuda³⁶.

Estas confusiones, propias de los estudios vinculados a la primera tesis, parten de la verificación factual de las primeras generaciones de asistentes sociales haber estado vinculadas a instituciones de caridad, filantrópicas etc. Tal hecho, en un estudio meramente historiográfico o empiricista, estaría confirmando la idea del Servicio Social como una fase más evolucionada de las formas (o "protoformas") de ayuda "anteriores".

Sin embargo, debemos hacer algunas consideraciones analíticas.

Entre los varios elementos que confluyen para caracterizar una profesión (formación profesional, procedencia de clase de sus miembros, tipo de instituciones de las cuales son reclutados etc.) uno de ellos se constituye en fundante para el estudio de su génesis: *la práctica que desarrolla como trabajador vinculado a una organización; lo que le confiere legitimidad*. Así, lo que dota de legitimidad a una profesión es básicamente el hecho de que ciertas necesidades

35. Esta actitud parcialmente protagónica de los asistentes sociales fue llevando al colectivo profesional a un relativo protagonismo y autonomía cada vez mayor, permitiendo, en determinadas condiciones, tanto el desarrollo de corrientes modernizadoras, como procesos de ruptura parcial con su herencia, como fue la propia reconceptualización.

36. Como afirma Yamamoto, "afirmar que la institución Servicio Social es producto o "reflejo" de la realidad social más amplia, apenas expresa un ángulo de la cuestión, insuficiente si es considerado aisladamente. De otro lado, reducir el tratamiento a los elementos "internos" — que supuestamente atribuyen a la profesión un perfil peculiar: su objeto, objetivos, procedimientos y técnicas de actuación etc. — significa extraer artificialmente al Servicio Social de las condiciones y relaciones sociales que le dan inteligibilidad y en las cuales se torna posible y necesario. Significa privilegiar la visión focalista y ahistórica que permea muchos de los análisis institucionales" (1997: XXIV).

sociales sean reconocidas y respondidas por determinadas instituciones y organizaciones, las cuales contratan a los profesionales para estudiar y/o intervenir en esas realidades. Vale decir, la legitimidad (funcional) (ver ítem 2.2 de este capítulo) es dada por el órgano empleador del profesional — aquel que transforma su práctica en una actividad laboral, donde se recibe un salario a cambio de la venta de su fuerza de trabajo, con el fin de dar respuesta a una necesidad social.

— En este sentido, *el Estado* (como producto histórico de las luchas sociales) se constituye, en los primordios de la profesión, en el principal órgano empleador, y por lo tanto legitimador, del Servicio Social. Es de esta forma que el estudio de la génesis de esta profesión debe contener el análisis del Estado, en la fase monopolista del capital, que ampliado e incorporando las luchas de clases, se constituye en instrumento de manutención del orden y de la hegemonía burguesa. En él, las políticas sociales conforman elementos significativos. Finalmente, para su ejecución terminal, fue preciso la constitución de un actor especial: el asistente social.

— Por otro lado, no dejamos de verificar ciertos elementos que caracterizan, diferenciadamente para cada país, a los primeros profesionales, por ejemplo: la mayoría de género femenino, proveniente de fracciones sociales altas y media-altas, reclutada muchas veces en instituciones de caridad y filantropía, habiendo sido formada, según las diversas realidades, en organismos ministeriales en el área de la salud, instituciones ligadas a la Iglesia etc. Estos elementos *caracterizan a los primeros asistentes sociales*, sin embargo nada nos dicen sobre la fundamentación y legitimación de la génesis profesional.

Así, si el análisis del Estado, principal órgano empleador de los asistentes sociales, y de las políticas sociales, principales instrumentos de inserción práctico-profesional, al determinar la legitimidad funcional de la profesión, nos permiten comprender la funcionalidad del Servicio Social, por otro lado, el estudio de las características de los primeros grupos de profesionales nos lleva a verificar cómo estos elementos que particularizan a los agentes termina redundando en una caracterización de la profesión: las características de los asistentes sociales terminan siendo características del Servicio Social.

Es este fenómeno que lleva erróneamente a identificar (y confundir) causas de la génesis profesional (y su funcionalidad) con las características de los precursores de la profesión (y de las “protoformas” profesionales).

En realidad, solamente a través de esta distinción analítica es que podemos percibir el doble proceso que contiene *continuidades* y *rupturas* del Servicio Social con las formas “anteriores” de ayuda. Al estudiar los fundamentos y naturaleza del Servicio Social en su génesis — donde el Estado (y sus políticas sociales) aparece como el órgano empleador e instrumento de control popular y manutención del *statu-quo* — *no hay evolución* de formas de ayuda no profesionales para una forma más desarrollada: la profesión de Servicio Social³⁷; por lo tanto no hay continuidad y sí “*ruptura*”. Sin embargo, en el estudio de las características de los primeros asistentes sociales, individualmente considerados, — donde gran parte había pertenecido (o aún pertenecía) a instituciones filantrópicas, de caridad etc. — se puede verificar una cierta *evolución* de prácticas de ayuda asistencial y voluntarista para una intervención profesional desarrollada por estos mismos sujetos (ahora como profesionales de Servicio Social), lo que lleva a la consideración del elemento de *continuidad*, pero una “continuidad” en las características, no en los fundamentos y naturaleza de estas actividades. El equívoco de muchos autores está en no percibir que *la continuidad* se verifica en la práctica de los pioneros de la profesión (ex-miembros de instituciones de ayuda), mientras en la fundamentación de la génesis del Servicio Social se procesa una “ruptura”³⁸. Esta confusión se explica por el hecho de que las características que presentan los primeros profesionales (prácticas voluntaristas, asistencialistas, confesionales etc.) pasan a caracterizar la profesión de Servicio Social.

37. Aquí la confusa noción de “antecedentes” o “protoformas” de la profesión lleva a la falsa idea de “*profesionalización*” del Servicio Social, como si existiera un Servicio Social no profesional que sufrió un proceso de profesionalización.

38. Como señala Netto, “la profesionalización creó un actor *nuevo* [alterando de modo significativo la *inserción socioocupacional* del propio asistente social (y el propio *significado social* de su trabajo)] que, asignado al atendimento de una demanda reconocida previamente, no desarrolló una operacionalización práctica substancialmente distinta en relación a aquella ya dada [en sus ‘protoformas’]” (Netto, 1997:97).

El equívoco radica en la consideración de que, por ejemplo, si los primeros asistentes sociales de un determinado país fueron reclutados de instituciones filantrópicas, de origen cristiana y formados en instituciones ligadas a la Iglesia, eso marcaría la génesis profesional a partir de las necesidades de la propia Iglesia. En este caso se olvida que el órgano empleador continúa siendo mayoritariamente el Estado y que debe procurarse ahí la explicación de funcionalidad profesional en su génesis.

Claro que esta separación analítica entre fundamentación de la génesis del Servicio Social (vinculada a las necesidades estratégicas del Estado en la fase monopolista del capitalismo) y las características, procedencia y prácticas de los pioneros, sólo puede ser considerada a efectos teóricos; en realidad estos procesos se manifiestan históricamente de forma simultánea y concomitante. Sin embargo, su identificación lleva a la confusión (muy común) entre fundamentación de la génesis y características de los primeros profesionales.

Con esta perspectiva estamos en condiciones de comprender más adecuadamente el alcance y significación de los análisis que los autores hacen sobre la historia del Servicio Social.

Así, *Otoni Vieira*, al investigar el origen profesional, entiende que esta última se constituye en una fase más evolucionada de las anteriores formas de ayuda, dado que el estudio que realiza se remite apenas a lo que aquí denominamos como las características de los primeros profesionales (procedencia social, género, instituciones de las cuales son reclutados, instituciones en las cuales se forman etc.), de forma tal que considera esas características (de los precursores) como siendo de la profesión de Servicio Social. En este sentido, para la autora el Servicio Social "profesionalizado" tendría una relación de continuidad con las formas no profesionales de ayuda; sería una *evolución* de éstas.

Contrariamente, *Martinelli* remite su estudio sobre el surgimiento de la profesión al análisis del desarrollo del capitalismo, el que concibe al Estado intervencionista como instrumento estratégico de control popular y manutención del *statu-quo*, y donde surge la necesidad de constitución de un nuevo profesional encargado de la práctica de la asistencia. Sin embargo, el hecho de no relevar las características de los primeros profesionales lleva a la autora a

entender la identidad del Servicio Social como meramente "atribuida" externamente. Por otro lado, la diferenciación poco expresiva de la significación del *organismo empleador* (el Estado y las organizaciones de las clases dominantes) en relación a las *instituciones formadoras* de los profesionales (en muchos casos instituciones ministeriales o ligadas a la Iglesia) o *de donde son reclutados* inicialmente (agencias de caridad, filantropía etc.), lleva a *Martinelli* a entender la génesis del Servicio Social como un instrumento de la burguesía que se vale tanto del Estado cuanto de la Iglesia católica³⁹. No obstante, *Martinelli* establece una clara distinción entre las tendencias inglesas y europeas (*social service* — como "una práctica servil, de donación, de ayuda, de prestación de servicio) de las norteamericanas (*social work* — que, diferentemente de la expresión inglesa *labour*, que refiere a la venta de la fuerza de trabajo, a la actividad de subsistencia, "remitía a un 'trabajo' que busca más la realización personal, la recreación intelectual, que la remuneración propiamente dicha" (*Martinelli*, 1997: 133).

Ya otros autores, como es el caso de *Boris Lima*, mismo haciendo un análisis del Estado dentro de un contexto de desarrollo del capitalismo y de luchas de clases, no hacen más que remitir el estudio de las características de los primeros asistentes sociales a aquel escenario sociohistórico. A la hora de entender la funcionalidad del Servicio Social subordinan el análisis social-global (que es utilizado para contextualizar la etapa histórica) al estudio de las características de los "precursores" (y sus "protoformas"). De esta forma, se vuelve a la idea del Servicio Social como *evolución* de las "anteriores" formas de ayuda.

Es en autores como *Iamamoto* y *Netto* que podemos observar una clara distinción entre el análisis de la fundamentación de la génesis profesional — vinculada a la estrategia burguesa de transformar el Estado (y sus políticas sociales) en un instrumento de control y manutención del sistema, tanto cuanto de la lucha de las clases trabajadoras en permear el Estado con sus demandas y reivindicaciones — y las características de los primeros profesionales

39. Un análisis diferenciador a este respecto se encuentra en *Netto*, 1997, (especialmente la sección 2.4).

— características éstas que, a pesar de que hayan sido transferidas para la profesión y constituidas en particularidades del Servicio Social, sin embargo nada nos dicen a respecto de la funcionalidad y legitimidad de la profesión. Así, para ellos, no hay evolución (de formas anteriores de ayuda para el Servicio Social "profesionalizado") sino la *creación* de un nuevo actor, de una nueva profesión que, sin embargo, no se constituye con una identidad meramente atribuida, en la medida en que los primeros profesionales "llevan" consigo sus propias características (su subalternidad de género, sus formas de práctica voluntarista ligadas a la asistencia y a la filantropía, su formación confesional, su origen de clase etc.).

2. LA LEGITIMACIÓN SOCIAL Y FUNCIONAL DE LOS ASISTENTES SOCIALES

Correlativamente a la discusión sobre la génesis del Servicio Social, existen dos tesis que remiten a la legitimación de la profesión. Legitimación frente a la sociedad y ante el Estado.

2.1. Así, la primera tesis, vinculada a la perspectiva "evolucionista-particularista" (endogenista), entiende que la legitimidad del Servicio Social radica en la "especificidad" de su práctica profesional.

En la primera tesis, considerándose el Servicio Social como una forma de ayuda profesionalizada, la legitimación de éste derivaría de los elementos diferenciadores tanto de "otras" formas de ayuda como de las restantes profesiones; o sea, de su "especificidad". Aquí, la estrategia profesional de legitimación es montar una barrera interprofesional, bajo el acuerdo de cada profesión de no invadir el espacio "específico" del otro. Este espacio específico, en el caso del Servicio Social, estaría dado por el objeto, por el método propio o por su fundamento en la práctica de campo, por sus objetivos etc. (sobre esto volveremos en el ítem 2 del capítulo II).

Esta especificidad, al ser considerada, según esta tesis, como el elemento que da sentido a la profesión, ha sido el centro de innumerables debates por el colectivo profesional. En esta perspectiva se entiende como "específico" del Servicio Social la prestación de

servicios dirigidos a los sectores empobrecidos y carentes de la población. También sería "específico" su tipo de investigación social, la cual aparece como orientada para la acción, contrariamente a las demás disciplinas sociales. Se define, de la misma manera, la metodología como "específica", los objetivos profesionales como "específicos" y los objetos de intervención también son entendidos como "específicos" del Servicio Social. Asimismo se encuentra un sujeto "específico" propio de la profesión: los "pobres", los carentes o, en la mejor de las hipótesis, los asistidos por las políticas sociales donde trabajan estos profesionales.

Todas estas "especificidades" no pasan, en realidad, de una *gran ilusión*⁴⁰, de quien necesita demostrar lo que hay de diferente, de propio, de autóctono, ... de "específico", en su quehacer profesional. Parece que si no se encontrara lo propio del Servicio Social, entonces éste no tendría motivo de existir como profesión, no estaría legitimado, no tendría razón de ser.

Pero ¿qué profesión no fue creada para responder a la realidad?; ¿cuál de ellas investiga sin tener como horizonte iluminar su práctica profesional?; ¿se podría afirmar que sólo el Servicio Social trabaja con los sectores carentes de la población?

Parecería que estas "ilusiones" están realmente lejos de ser reales.

No obstante, una de las ilusiones más perversas sobre estas "especificidades" se refiere a la exclusividad de los tradicionales campos de intervención profesional: salud, trabajo, minoridad, familia⁴¹. Se piensa que una profesión puede constituirse por la intervención en las áreas donde actuará en el momento en que fue creada (desarrollaremos esta cuestión el punto 4 del capítulo II). Se piensa, por lo tanto, que las "cuestiones sociales" existentes en un determinado período del desarrollo del capitalismo son las mismas

40. Para Martinelli, "el conjunto de expresiones que aparecen como manifestaciones específicas de su práctica son [en realidad] exteriorizaciones de su identidad atribuida" (1997: 73).

41. Ver, por ejemplo, los "campos del Servicio Social" que propone Balbina Ottoni Vieira: de la familia, de menores, escolar, de salud, psiquiátrico, correccional, de empresas (1977: 66-70).

ahora y consecuentemente serán las mismas en el futuro: esta visión congela el desarrollo social, económico y político, y lleva a la consideración o interpretación de los "problemas sociales" como "disfunciones", desajustes que mantienen las mismas características (a-históricamente) en el correr del tiempo.

Aquí se trata no sólo de una ilusión fetichizada; esta concepción es profundamente conservadora: dificulta fuertemente la incorporación de nuevas áreas y nuevas demandas sociales como campos de intervención profesional y de nuevas estrategias de intervención, congelando la legitimación y funcionalidad profesional (su base de sustentación funcional-laboral) al momento de su génesis. En realidad, esta tesis refleja una profunda ansiedad⁴², que lleva al colectivo profesional a rechazar cualquier modificación que debilite su "estabilidad", prefiriendo la cómoda y estable subordinación y subalternidad profesional (en la preservación de aquella "especificidad" que excluye a los "otros"), en lugar de la inestable y desafiante ruptura de límites, con su consecuente ampliación de sus espacios, fronteras y posibilidades de transformación de la realidad.

— Parece difícil aceptar la tesis de que la legitimidad del Servicio Social recaiga en la "especificidad" de su práctica. Especialmente en momentos en que espacios tradicionalmente ocupados por asistentes sociales están siendo hoy disputados por sociólogos, psicólogos sociales, terapeutas familiares y hasta profesionales no ligados directamente a lo "social": agrónomos, arquitectos, médicos, entre otros.

De esta forma, esta primera tesis resulta falsa e ilusoria; sin percibir el lugar que ocupa la profesión en el orden socioeconómico, resulta enteramente "funcional" al sistema y al capital. Propone generalmente, en esta pretendida "especificidad", un técnico encargado de desempeñar ciertas tareas ejecutivas, "apolíticas" y "neutras", o en el mejor de los casos, "practicista", iluminado por el conocimiento científico, también "neutro" y orientado por las definiciones políticas

42. Ansiedad provocada por la invasión de los tradicionales campos de trabajo del asistente social por otros profesionales y técnicos, así como por un sentimiento de pérdida de su *locus*, de su espacio de trabajo, de intervención, ... de su "especificidad" y, por lo tanto, de su empleo.

de un Estado que parece buscar el "bien común"; ocultando así, detrás de un manto de "equidad", las orientaciones de una clase dominante y hegemónica.

2.2. En oposición a esto, vinculado a la visión de totalidad (perspectiva histórico-crítica), surge una segunda tesis que parte de un Servicio Social legitimado oficialmente por el papel que cumple en, y para el Estado capitalista (y en y para el orden burgués), el cual se convierte en su principal empleador.

Aquí, en una perspectiva histórico-sistemática, se ve al Servicio Social ocupando un lugar en la división sociotécnica del trabajo, dentro de un proyecto político-económico hegemónico y desempeñando funciones de control y apaciguamiento de la población en general y de las clases trabajadoras en particular.

Su legitimación recae en su función prestada al orden burgués a través de su participación fundamentalmente en el Estado, como ejecutor terminal de políticas sociales, y no en su eventual "especificidad". Como dijera Yamamoto (1997: 145), la legitimidad del asistente social surge, no tanto por su carácter técnico-específico, sino por su *función política*, de cuño "educativo", "moralizador" y "disciplinador". Ella entiende que

"el Servicio Social se institucionaliza y legitima como profesión (...) cuando el Estado centraliza la política asistencial, efectivizando a través de la prestación de servicios sociales implementados por las grandes instituciones; con eso, *las fuentes de legitimación del quehacer profesional pasan a emanar del propio Estado* y del conjunto dominante" (Yamamoto, 1992: 95).

Así, para Netto, la legitimación es dada por el desempeño de las

"funciones ejecutivas, independientemente de la (auto-)representación que de ellas hagan. Estructurándose como colectivo profesional a partir de tipos sociales preexistentes al orden monopolista, originalmente conectados a un heterogéneo referencial ideal incorporado por el proyecto sociopolítico conservador (abierto a las reformas 'dentro del orden') propio de la burguesía monopolista" (Netto, 1997: 77).

Según el autor, es sólo en el orden monopolista "que la actividad de los agentes del Servicio Social puede recibir pública y socialmente un carácter *profesional*: la *legitimación* (...) por el desempeño de papeles, atribuciones y funciones a partir de la *ocupación* de un espacio en la división social (y técnica) del trabajo en la sociedad burguesa consolidada y madura" (1997: 68-69). Netto, criticando la influencia positivista que lleva a atribuir el "fundamento de legitimidad" profesional desde que tenga una estructura científica y método propio, entiende que "lo que ha legitimado nuestra profesión es, primeramente, una consagrada división social del trabajo" y sobretodo, la "atención a demandas, sean institucionales o no" (Netto, 1993: 56-57).

Es en este sentido que Mota, estudiando el Servicio Social de empresa, entiende que "si, aparentemente, la empresa apenas da *legitimidad* a una práctica profesional, ratificando *su utilidad social* [en el sentido de prestación de servicios] al profundizar la cuestión veremos que, más allá de lo que es considerado como *aspecto técnico*, está presente el *componente político* de la readquisición, identificado en la necesidad de *mediar intereses de clase*" (Mota, 1991: 17) (grifos nuestros).

Lo que legitima una profesión es, por lo tanto:

- 1) dar respuestas (no importa si exclusivas o no) a determinadas demandas sociales,
- 2) la existencia de instituciones con interés y capacidad de contratar esos profesionales.

En el caso del Servicio Social, requiere la existencia de: 1) la llamada "cuestión social" (inmanente al sistema capitalista industrial) y 2) organismos — históricamente el Estado y organizaciones ligadas a las clases dominantes — que desarrollen políticas sociales⁴³.

— Resulta entonces, de esta perspectiva, que existe una vinculación entre el carácter de empleado, de trabajador, de funcionario, con la legitimación del Servicio Social.

43. Entonces, si en contextos de Estados fuertes, intervencionistas y con importante peso en políticas sociales el Servicio Social prolifera; ¿qué pasa en momentos donde el Estado es minimizado y los recursos para políticas sociales son recortados? Es una cuestión abierta (sobre esto ver Netto, 1996 y Montaña, 1997).

Se debe distinguir por lo tanto, la *legitimidad funcional* de la *legitimación social*; en la medida en que cada una de esas categorías expresa una relación específica del profesional⁴⁴.

La primera, la *legitimidad funcional*, remite a la *relación asistente social / empleador*: el Estado y demás instituciones relacionadas a las clases privilegiadas o dominantes.

Según Martinelli, el Estado "como el creador [del Servicio Social] no podía dejar de legitimar a la criatura, tanto esa identidad atribuida como la práctica asistencial desarrollada por los asistentes sociales eran plenamente ratificadas por la burguesía", instalándose allí una gran paradoja: "la legitimación de su práctica no provino de la población usuaria sino de la clase dominante — los mandantes de la práctica — así como también de los contratantes de los servicios profesionales de los asistentes sociales" (Martinelli, 1997: 141-142).

Para Iamamoto, "las fuentes de legitimación de la demanda del Servicio Social no han sido, a lo largo de su historia, derivadas de aquellos segmentos sociales que son particularmente el foco de la acción profesional, sino de los segmentos que controlan las organizaciones en donde actúa el Asistente Social, y a través de las cuales procuran sedimentar su influencia sobre el conjunto de la sociedad" (Iamamoto, 1997: XXXI).

Netto afirma, en ese sentido, que "el Servicio Social se constituye como profesión [legítima], insertándose en el *mercado de trabajo*, con todas las consecuencias de ahí derivadas (principalmente con su agente haciéndose *vendedor* de su fuerza de trabajo)" (1997: 67).

De esta manera, lo que dota de legitimidad funcional a la actividad del asistente social es "la condición del agente y el

44. En Netto aparecen algunas fuentes que sostienen las crisis de identidad profesional del Servicio Social; entre ellas, dos que nos interesan para ilustrar lo que venimos diciendo: "Del lado de su *clientela inmediata*, toda la *validación* profesional tiende a ser promovida al interior de una moldura que anula la base propia de la profesionalización — la moldura de sus protoformas filantrópicas. Del ángulo de sus *financiadores directos*, su *legitimación* se torna *variable de su funcionalidad* en relación a los objetivos particulares que tengan en vista" (1997: 102).

significado social de su acción" (*ibidem.*), es, en definitiva, la existencia de un campo de trabajo que es demandado por el Estado — en consonancia con las necesidades de la clase hegemónica de perpetuarse en el poder y de consolidar el sistema — y que es ocupado por el profesional de Servicio Social. Son las "cuestiones sociales", puestas como problemas puntuales ("disfunciones") que afectan el supuesto "equilibrio" del sistema, las que constituyen los espacios sobre los cuales debe intervenir el asistente social, a partir de la demanda del Estado, instrumentalizado éste por las clases hegemónicas.

Así, afirma Iamamoto, "es en ese contexto, en que se afirma la hegemonía del capital industrial y financiero, que emerge sobre nuevas formas la llamada 'cuestión social', la cual se torna la base de justificación de ese tipo de profesional especializado" (1997: 91).

La *legitimidad social*, por el contrario, refiere a la *relación asistente social / usuario*: el sujeto para el cual van dirigidas las políticas sociales, y por lo tanto, para quien es desarrollada la acción profesional, la cual mayoritariamente se refiere a la población subalterna o carentiada.

Este profesional sólo puede desempeñar el papel para el cual es contratado (obteniendo su legitimación funcional) desde que sea aceptado y legitimado por la población asistida. Las políticas sociales que él ejecuta sólo se tornan eficientes a sus objetivos si ellas consiguen insertarse en la realidad de sus destinatarios, así su ejecutor debe poseer un cierto grado de legitimidad social, de aceptación. De esta forma, la génesis del Servicio Social está vinculada a una estrategia de la clase hegemónica de controlar no sólo el espacio público de las personas, sino también de llevar el control a la esfera de lo privado, a la vida cotidiana, a la intimidad de las personas; por lo tanto, este profesional debe estar legitimado por la población; esta última debe ver en el asistente social el "solucionador" de sus problemas.

La "cuestión social" se torna así, no apenas el factor "disfuncional" y amenazador del "equilibrio", llevando a la clase dominante, mediatizada por el Estado, a desarrollar una estrategia de control de ésta a través de las políticas sociales y contratando al asistente social como ejecutor de éstas (lo que lo legitima funcionalmente),

sino que ella se constituye también en el motivo por el cual la población "demanda" y acepta la intervención de este profesional para la solución de sus carencias (lo que legitima socialmente al asistente social). La legitimidad funcional refiere entonces, a una relación de trabajo, salarial, donde el asistente social desarrolla las funciones para las cuales es contratado, lo que le confiere una instrumentalidad social (ver Guerra, 1995), la legitimación social remite a la demanda por servicios, lo que torna al profesional aceptado y requisitado por la población.

El círculo se cierra: la clase hegemónica debe legitimar el sistema y controlar/contener las insatisfacciones populares que puedan amenazar su "equilibrio natural"; para eso desarrolla, en el contexto de un "pacto social", de una estrategia de bienestar, mediante la intervención estatal en las "cuestiones sociales" implementando políticas sociales; estas últimas precisan de un cierto agente que las ejecute: el asistente social; se contrata entonces este profesional que desempeñará su función a cambio de un salario (legitimándose funcionalmente); así el asistente social va a intervenir en los problemas de la población; esta última los recibirá en función de la imagen de ayuda, de nexos con el Estado, de la cual gozan los profesionales, y por "solucionar" sus carencias (lo que lo legitima entre la población); lo que se espera en medios oficiales, como resultado de esto, es la legitimación y consolidación del sistema.

En realidad, estas dos formas de legitimación no pueden ser vistas como fenómenos divorciados. Hay aquí dos tipos de demandas que, interrelacionadas, parten de actores diferentes y requieren cosas distintas. Primeramente, *la población carente demanda al Estado servicios sociales y asistenciales*. Así, dentro de una lógica de "pacto social" tenso (Estados "populistas", de Bienestar social, Keynesianos, en fin, Estados Providenciarios), con un Estado ampliado, no meramente coercitivo sino que precisa legitimarse también mediante el consenso (ver Coutinho, 1994: 42 y ss.), las clases hegemónicas y el Estado por ellas instrumentalizado precisan responder a algunas de estas demandas como forma de evitar levantes populares. Es aquí que aparece el segundo tipo de demanda: *el Estado, y los organismos "oficiales" del capital, demandan la intervención de los asistentes sociales para implementar las políticas sociales, las cuales irán a responder a algunas de aquellas demandas sociales.*

En este sentido, la demanda directamente hecha al profesional de Servicio Social parte del Estado, de la empresa etc. — lo que le confiere legitimidad funcional —, y es a estos que el asistente social se vincula orgánica y funcionalmente a través de un contrato de trabajo. No obstante, en realidad, aunque indirectamente, su demanda tiene como punto de partida las necesidades sociales: si la población dejara de demandar servicios, el resultado sería que el Estado dejaría de demandar la intervención de asistentes sociales⁴⁵. Así, esta doble relación (que deriva en las dos formas de legitimidad profesional): “asistente social / empleador” y “asistente social / usuario”, debe ser entendida como un proceso único: *demanda social por servicios estatales — ampliación del Estado e intervención social de éste a través de políticas sociales — demanda de asistentes sociales (para ejecutar estas últimas) por parte del Estado — legitimación (funcional) y consolidación profesional*.

La fuente de demanda de intervención está en la existencia de la llamada “cuestión social”, castigando los sectores trabajadores, aunque ella no sea directa ni visible. El compromiso *ético-profesional* por lo tanto, debe estar dirigido a la atención y respuesta de la situación, de los problemas que viven estas clases sociales (que viven del trabajo). Es por eso que la opción *político-profesional* debe, más allá de las orientaciones ideopolíticas de cada asistente social individualmente (el que puede reforzar o no aquella opción), dirigirse fundamentalmente a la defensa de los intereses de las clases trabajadoras; dado que, a pesar de que directamente la demanda

45. En el contexto de las sociedades capitalistas es infundado pensar que los trabajadores dejen de demandar servicios al Estado (son derechos del trabajador mismo que disfrazados de “concesiones”); no obstante, si pensáramos en un contexto diferente al que enmarcó el Estado Providencia, el “pacto de clases”, si consideráramos un contexto donde el Estado tiende a ser minimizado, las políticas sociales reducidas, donde en fin, las clases dominantes no precisen legitimar el Estado con tales medidas pues el sistema es aceptado por el “libre juego del mercado” (una discusión sobre esta cuestión se encuentra en Montaño, 1995: punto 3 del capítulo III), y no precisen más revertir la tendencia al subconsumo ni disminuir el costo de producción, de la fuerza de trabajo, pues el mercado de consumo y producción están “globalizados” (cualquier semejanza con la realidad actual no es mera coincidencia), en este contexto, mismo manteniéndose, y en aumento, la demanda social por los servicios sociales y asistenciales del Estado (y de las empresas), será el propio Estado y el capital que no promuevan y mantengan a estos últimos.

del profesional parte de los organismos ligados a las clases dominantes, la verdadera fuente — aunque indirectamente y fetichizada — de la demanda por asistentes sociales, y por lo tanto el fundamento último de su legitimación, está en la demanda que la población trabajadora hace de servicios sociales y asistenciales, lo que indirectamente significa en demanda (de esta vez hecha fundamentalmente por el Estado y la empresa) de agentes para la ejecución de tales servicios.

Es que, disfrazado en aquella dualidad de relaciones, como divorciadas, se retira del imaginario profesional el vínculo directo con la demanda social, pareciéndole al profesional su relación con la población como mediada por la (bondadosa) intervención del Estado. Así como el Estado transforma derechos y conquistas populares en aparentes “concesiones” de servicios, éste también transfigura la verdadera fuente y fundamento de la demanda de asistentes sociales: *demanda por servicios* que parte de aquellos derechos y conquistas de la población, y la muestra como una *demanda de trabajo* que parte del Estado.

Legitimidad funcional y social son, por su parte, elementos por veces contradictorios, en constante tensión, de tal forma que hacen del asistente social, como ya observamos, un “*profesional de la coerción y del consenso*”, un profesional que se debate entre “servir a dos señores”: el empleador y el usuario. Dos sujetos claramente diferenciados en sus intereses, objetivos, tiempos etc. Esta tensión que vive el asistente social entre desarrollar una intervención a servicio de su patrón (y del orden socioeconómico y político que representa) o servir al usuario de las políticas sociales, es “resuelta” rápida aunque intermitentemente a través de la creencia ilusoria de que los intereses de ambos sujetos son semejantes, o en lo mínimo, complementarios⁴⁶. Se piensa que el Estado, y las

46. O, como afirma Yamamoto, “esta tensión ha sido “resuelta” en la trayectoria histórica del Servicio Social en el sentido de la adhesión objetiva de sus agentes, consciente o no, a los intereses sociales de las clases hegemónicas, traducidos en la *dirección impresa a la práctica y al modo de pensar que la informa, lo que viene marcando al Servicio Social con el distintivo de la imposición*. Este carácter socialmente impositivo se encuentra en tensión permanente con uno de los requisitos de esa acción que supone obtener adhesión de los “clientes” a sus propósitos y fundamentos” (Yamamoto, 1997: XXXI).

políticas sociales, persiguen el bien común, se entiende que no hay luchas de clases, que honesta y "patrióticamente" todos, capitalistas y trabajadores, se benefician mutuamente, sin haber en eso ningún tipo de contradicción estructural, apenas problemáticas "disfuncionales". No obstante eso, en los servicios sociales y asistenciales están contenidas demandas de la población históricamente conquistadas; es así que Yamamoto afirma:

"si, por un lado, el profesional es solicitado para responder a las exigencias del capital, por otro, participa, aunque subordinadamente, de las respuestas a las necesidades legítimas de sobrevivencia de las clases trabajadoras. De esa forma se procura *aprehender el movimiento contradictorio de la práctica profesional en el juego de las fuerzas sociales presentes en la sociedad*" (Yamamoto, 1997: XXXVI).

En realidad, las clases hegemónicas — y el Estado capitalista por ellas instrumentalizado — necesitan perpetuar el orden socioeconómico y político. Para eso, frente a la insatisfacción popular, producto de las desigualdades sociales, políticas y económicas, se precisaba crear políticas sociales "aprobadas" y "aceptadas" por la población, de tal forma que disminuyeran real y ficticiamente aquellas desigualdades, disminuyendo con eso la insatisfacción y movilización popular en general y sindical en particular. Era necesario por lo tanto, camuflar su estrategia y sus implementadores. Así, por un lado, se precisaba reclutar personas que fueran aceptadas por la población, que tuvieran facilidad de "entrar" en sus vidas. Por otro lado, aquellas personas tenían el fundamental papel de viabilizar y tornar posible la implementación de las políticas sociales, necesarias para la disminución del descontento y movilización social. Finalmente, el vínculo laboral debería ser mantenido por el Estado con su apariencia de "neutralidad".

De esta manera, "la ideología dominante encubre, en lo cotidiano, la aprehensión de las relaciones de clase. Las relaciones Servicio Social / usuarios, se personalizan, *enmascarando su carácter de clase*. Más: aparece reforzado un *humanitarismo* que legitima mejor los intereses institucionales" (Vv. Aa., 1991: 60) (grifos nuestros).

Estos actores, esenciales para tornar efectivas estas políticas sociales y por lo tanto, para garantizar la estrategia de manutención

y consolidación del orden capitalista en su fase monopolista, deberían estar revestidos de un manto que encubriera su verdadera identidad, su real función, imprimiendo en su "cara visible" una *identidad transportada de la filantropía*. Sin embargo, disfrazar el carácter funcional del sistema dominante significa ocultarlo tanto de la población como de los propios ejecutores⁴⁷ de esta táctica dicha "redistributiva"⁴⁸.

* Así, por un lado, para tornar imperceptible la funcionalidad de las políticas sociales, y para que éstas sean aceptadas por la población, el Estado recluta originalmente, como implementadores de aquellas, a las personas otrora vinculadas a las organizaciones filantrópicas⁴⁹. Se reclutó entonces, a las "damas de caridad", las cuales disponían de legitimidad social y aceptación por su imagen "inofensiva" y caritativa⁵⁰; mujeres bondadosas que desempeñaban actividades de ayuda, caridad, filantropía. Esta aceptación les permitía "entrar" en la vida cotidiana del pueblo, llevando con ellas las

47. Según Guerra, "el vínculo entre la fuerza de trabajo del asistente social y el capital no se realiza de manera directa. (...) en la mayoría de los casos esa relación es mediatizada por el Estado: la interpolación del Estado engendra una representación fetichizada de la posición que el asistente social ocupa en el mercado de trabajo, ya que la requisición por el trabajo profesional aparece como una demanda del Estado y no del capital"; así, continúa, "de una parte, esta concepción *oscurece las condiciones concretas que determinan la intervención profesional*, como ser, su vínculo de asalariamiento. (...) De otra parte, la intervención profesional en cuanto prestación de servicios, al ser retirada del enfrentamiento directo entre capital-trabajo, *tiene oscurecida su función política* en la mediación de los antagonismos entre las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista" (Guerra, 1995: 155-156).

48. En realidad, de este proyecto político, económico e ideológico.

49. Martinelli afirma que "era para crear tales 'bases de sustentación' [ideológicas y sociales], capaces de garantizar la irreversibilidad del capitalismo, que la burguesía descaba utilizar la práctica social de los filántropos, entre otras estrategias". Lo que hacían "valiéndose de la facilidad del acceso de esos agentes a la familia obrera" y "ocultando sus reales intenciones en un abstracto discurso humanitario" (Martinelli, 1997: 70).

50. "La Acción Social y la Acción Católica [en el Brasil] se vuelven así una de las fuentes de preferencia de reclutamiento de esos profesionales" (Yamamoto, 1997: 162). La autora entiende que "ese origen confesional, articulado a los movimientos de Acción Social y Acción Católica, forma parte un tipo de *legitimidad* de la profesión cuyas fuentes de justificación ideológica se encuentran en la doctrina social de la Iglesia" (*idem.*: 97).

políticas sociales y sus efectos (los benéficos y los nocivos)⁵¹ transfiguradas en “concesiones” estatales y “soluciones” a los problemas.

* Por otro lado, para encubrir el fundamento político-económico de las políticas sociales de sus propios implementadores, haciéndoles sentir su función como “ayuda al trabajador” — en lo que Martinelli llama “el fetiche de la práctica” —, los asistentes sociales deberían someter su práctica a los controles políticos (y científicos), retirándola de la elaboración, hecha externamente al Servicio Social, de las políticas sociales. De esta forma, el Servicio Social puede desarrollarse técnica y hasta teóricamente, desde que no posea componentes de vista críticos y totalizantes. Asimismo, la profesión aparece vinculada subalternamente a las “ciencias”, las cuales le dotarían del conocimiento (segmentado) de la realidad sobre la cual el asistente social debería intervenir. Según afirma Yamamoto,

“la reificación de los métodos y técnicas de intervención, la burocratización de las actividades, la psicologización de las relaciones sociales, la absorción de una terminología más adecuada a la estrategia de crecimiento económico acelerado, son factores, entre otros, que contribuyen para *encubrir en la conciencia del profesional las reales implicaciones de su práctica* (...). Esa perspectiva implica la reafirmación y profundización de la subordinación del Servicio Social a las necesidades de la política estatal de dominación y control” (Yamamoto, 1997: 178).

De esta forma, este actor aparece como un profesional subalterno, donde la extrema “especialización” (y compartimentación) del conocimiento no permitía a los asistentes sociales (al servicio de los verdaderos controladores de esta estrategia) aprehender globalmente el verdadero sentido de su práctica⁵². Así, según Martinelli, en un verdadero “fetichismo de la práctica”,

51. Vean como la procedencia de los primeros asistentes sociales es alcatoría, adjetiva, secundaria en relación al hecho, éste sí fundante, sustantivo, de su funcionalidad a un proyecto de clase hegemónica.

52. Las repercusiones de esto en la actualidad serán tematizadas en el punto 2 del capítulo II.

“envolviendo sus agentes en la ilusión de servir y los destinatarios de su práctica en la ilusión de que eran servidos, la clase dominante procuraba enmascarar las reales intenciones del sistema capitalista, impidiendo que éste se tornara transparente” (Martinelli, 1997: 73).

Así, si las llamadas “protoformas” del Servicio Social vienen a caracterizar ciertas respuestas a las “cuestiones sociales” que, institucionalizadas, calificadas y organizadas, serán ahora desarrolladas por el Servicio Social, sin embargo, no se puede ignorar la sustantiva diferencia en los papeles y significación sociales, en la funcionalidad, en la base de sustentación funcional-laboral, y por lo tanto, en la *legitimidad* entre las “protoformas” y la profesión: un trabajador asalariado, reclutado fundamentalmente por el Estado para ejecutar políticas sociales públicas, como respuestas oficiales (y de las clases hegemónicas) a las “cuestiones sociales”, de forma tal de mediar intereses de clases, disminuyendo conflictos y propiciando la acumulación capitalista.

3. LAS POLÍTICAS SOCIALES Y EL SERVICIO SOCIAL

¿Instrumento de reversión o manutención de las desigualdades?

por *Alejandra Pastorini**

El tercer punto a considerar, conformando el trípode génesis/legitimación/políticas sociales en donde se contraponen dos tesis, refiere a la forma como son entendidas las políticas sociales y su funcionalidad en relación al sistema socioeconómico y político.

Los análisis desarrollados en los puntos precedentes nos permiten visualizar la existencia de un *vínculo genético entre el Servicio*

* El presente punto es de autoría de *Alejandra Pastorini*. El mismo fue gentilmente cedido con la finalidad de completar el análisis global tal como fue expuesto en: “*Génesis y Legitimidad del Servicio Social. Dos tesis sobre el origen del Servicio Social, su legitimidad y su función en relación a las Políticas Sociales*”; publicado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Uruguay) - F.C.U. Documentos de Trabajo Social n° 20; Montevideo, 1994.

Social y las políticas sociales; no sólo por su génesis simultánea como también por su posterior desarrollo paralelo.

Este vínculo estrecho deriva, tal como fue expresado, del lugar que a nuestro entender ocupa el Servicio Social en la división sociotécnica del trabajo, en los inicios de una sociedad capitalista en la fase monopolista. Así, este asistente social se legitima profesionalmente en tanto ejecutor de las políticas sociales, es decir, se legitima a partir del desempeño de papeles y funciones a él atribuidos por el Estado, donde estas políticas sociales son creadas e implementadas. De esta forma, la segunda tesis de ambos puntos anteriores nos otorgan subsidios esenciales para comprender la intrínseca relación, fundamentalmente en sus génesis, entre el Servicio Social y las políticas sociales. Estas últimas no son apenas un campo de trabajo privilegiado, sino el fundamento de la génesis profesional del asistente social.

Podemos visualizar la existencia de distintas formas de concebir a las políticas sociales; vale decir, éstas son pensadas diferentemente según la concepción que se tenga del Estado y según el énfasis que se otorgue a las diversas funciones que ellas cumplen en la sociedad.

De esta forma establecemos la hipótesis de que *a cada una de las grandes concepciones sobre las políticas sociales se relaciona teórica y lógicamente, y de forma coherente, una de las dos tesis referidas a la génesis/legitimación del Servicio Social.*

Esto no quiere decir que este vínculo sea mecánico, sino que existe una correlación lógica, que muestra mayor compatibilidad entre cada una de las consideraciones sobre políticas sociales y las tesis ya analizadas; lo cual permite ver una tendencia a vincular cada par de concepciones sobre políticas sociales y la génesis/legitimación del Servicio Social entre sí. Vale mencionar nuevamente que estas posiciones, lejos de ser sin sentido, se desprenden e integran las consideraciones que sus detentores hacen sobre el Estado, sobre la sociedad capitalista y sobre el cambio social; es decir, según los paradigmas económicos, sociológicos y políticos de los cuales se parta. Así:

3.1. Los autores que entienden las políticas sociales como aquellas acciones que procuran disminuir las desigualdades sociales generadas a partir de las "naturales" diferencias entre los sujetos y sus relaciones en la sociedad y en el mercado, tienden a concebir la génesis del Servicio Social "como profesión" a partir de la profesionalización de la filantropía (primera tesis)

Las políticas sociales son aquí entendidas como un conjunto sistemático de acciones que tienen como *principal función la redistribución social de la renta*. Así, en esta concepción de política social, ésta es pensada y definida como "*redistributiva*".

Aquí ellas son pensadas como un conjunto organizado de actividades dirigidas a corregir o reducir los efectos negativos que, para una parte de la población, produce la "lógica natural" del sistema capitalista. O sea, serían aquellas acciones que orientan el esfuerzo social para la obtención de un aumento en los niveles y calidad de vida de la población, contribuyendo de esta forma, para la disminución de las desigualdades sociales. Así, estos pensadores proponen como meta de las políticas sociales, y por lo tanto, de los asistentes sociales vinculados a ellas, la administración, racionalización y redistribución de los "escasos" recursos comunitarios y/o sociales, como forma de mejorar el bienestar de la población en su conjunto.

• De esta forma, Jorge Graciarena, dirá que

"las políticas sociales (...) [son] elaboraciones apendiculares, cuya función central es la *corrección* mediante la asistencia social *de los efectos malignos* que produce una determinada estrategia de crecimiento capitalista" (1982: 77).

El autor entiende que las políticas sociales surgen en el período donde el mercado, como instancia distributiva y equitativa, comienza a ser cuestionado, apareciendo así la necesidad de una importante intervención estatal — siendo las políticas sociales, para este autor, la alternativa a tales desigualdades sociales.

Así, estas acciones desarrolladas por el Estado, que son denominadas genéricamente como políticas sociales, tendrían en esta perspectiva un *carácter compensatorio, paliativo y correctivo* sufi-

ciente como para revertir las desigualdades producidas en el mercado, como consecuencia del desarrollo capitalista.

• En una línea de análisis semejante, **Rolando Franco** conceptualiza las políticas sociales como

“la intervención en la realidad, mediante acciones (ojalá coordinadas) que asignan recursos escasos para *aumentar el bienestar* de la población en su conjunto, lo que en general se logra (ante todo) disminuyendo los sectores que viven en situación de pobreza” (1988: 21).

Se evidencia en esta definición la exaltación de la búsqueda del “bien-común” por parte del Estado, la “naturalización” sin remedio del origen de las desigualdades y la pobreza, generadas en sociedades de “recursos escasos”, y la disminución “casi-mágica” de los sectores pobres, a través de la mera ejecución de políticas sociales, sin que siquiera sea tocado ningún elemento sistémico o estructural, sin que sea alterada la distribución original. Así, pensando que en toda sociedad existen “naturalmente” desigualdades, dice Franco que “la desigualdad es un componente estructural inevitable de toda sociedad” (Franco, 1988: 21), en donde “las políticas sociales — según este autor — sólo son un elemento entre otros para lograr sociedades menos desiguales” (*idem.*: 23).

De esta forma, frente a la naturalización de las desigualdades, se presenta como alternativa válida una mejor “redistribución”, o una “redistribución menos desigual” de los recursos sociales. Es así, y para ello, que entran en escena las políticas sociales, fundamentalmente ligadas a modelos de Estado benefactores, populistas etc. Las mismas, procurando revertir las desigualdades “naturales” producidas en la sociedad y en el mercado, se fundamentan en una *lógica de “desigualdad de signo contrario”*.

Es decir, las políticas sociales son creadas, según esta perspectiva, para compensar las desigualdades, de forma tal que, como si fuera un homeostato, se torna necesario que éstas sean tan desiguales como lo es la distribución original desarrollada en el mercado, pero en sentido contrario. Si la distribución original del “libre” mercado privilegia a unos y desfavorece a otros, las políticas sociales “redistributivas” deben favorecer a aquellos otros sin privilegiar a estos unos. Con este mecanismo de compensación, piensan

estos autores, se estaría re-equilibrando las desigualdades, se estaría combatiendo la pobreza; lo cual, en realidad, no pasa de una romántica esperanza.

En realidad, esta redistribución por vía de las políticas sociales no es suficiente siquiera para compensar las desigualdades socioeconómicas y políticas generadas en el mercado o en la esfera productiva. Es que, estos pensadores hacen alusión a la “*redistribución*” y no a la “*distribución*”, o sea, las políticas sociales tienen la finalidad de *repartir los recursos escasos y cuyos costos son socializados* (todos contribuyen para producirlos, y no sólo quienes son favorecidos o privilegiados en la sociedad) a través de la tributación (hoy, cada vez más indirecta).

Así, por un lado, los recursos con que cuentan las políticas sociales para “revertir” la situación de desigualdad son sumamente *escasos*, reducidos, insuficientes para alcanzar semejante objetivo, y aun más, ellos son obtenidos desconsiderándose, en cientos de casos, casi totalmente el nivel de riqueza de los “contribuyentes”, es decir, socializando casi homogéneamente los costos de las políticas sociales, cargando en toda la población casi por igual (y el impuesto al valor agregado — I.V.A. — es el mejor ejemplo) la responsabilidad de dotar de recursos a las políticas sociales. Estas son absolutamente insuficientes para las enormes distancias generadas en las esferas productiva y mercantil de la sociedad, en donde los recursos producidos y distribuidos son en realidad *abundantes*. De esta forma, las desigualdades generadas a partir de *recursos abundantes* (en las esferas de la producción y del mercado) no pueden ser revertidas por la (re)distribución de signo contrario, vía políticas sociales, con los *escasos recursos* con que éstas cuentan; de la misma manera, para usar un ejemplo banal, el reparto desigual de una torta de casamiento de tres pisos, no puede ser revertido con otro reparto desigual, que beneficie a los perjudicados en la primera distribución, sobre los restos en los platos. En verdad, lo que queremos remarcar es que tal “redistribución”, mismo siendo “desigual y de signo contrario” (al de la distribución original) no revierte la situación de desequilibrio social, ya que la “distribución original” se realiza sobre la totalidad de los recursos sociales producidos, mientras que la “redistribución” vía políticas sociales, se efectúa sobre una muy pequeña parte de ellos.

Por otro lado, esta vinculación de las políticas sociales a la "re-distribución" (y no la distribución) hace de éstas un instrumento "dócil" y funcional al sistema capitalista, que para nada incide, cuestiona o condiciona la distribución desigual original que tiene inicio en la esfera productiva y que se realiza en el mercado. Es decir, la intervención estatal a través de las políticas sociales no implica que éste intervenga en la economía de forma significativa (revirtiendo las desigualdades), salvo para reforzar la lógica capitalista (contribuyendo para la valorización del capital) a través de unos pocos beneficios otorgados a aquellos perjudicados en el mercado.

Como se puede ver, esta concepción de política social aborda prioritariamente una faceta de la cuestión; aquí el aspecto *económico-redistributivo* es exaltado por sobre otros elementos (político y político-económico), y hasta puede en muchos casos ser visto como exclusivo. Esta visión resulta de un doble divorcio que entendemos profundamente equivocado:

a. por un lado, a los *aspectos económicos* les es retirada cualquier connotación política o social, vale decir, son "*despolitizados*", transformándolos en elementos naturales a toda sociedad.

b. por otro lado los *aspectos políticos* son "*deseconomizados*"; de esta forma, separando la política de la economía, aquella es convertida apenas en la "administración de las cosas".

Existe por lo tanto un claro divorcio, en esta perspectiva, entre la dimensión política y la económica, siendo que, de esta forma, priorizando el aspecto económico-redistributivo ("despolitizado") de las políticas sociales nunca se podría llegar más allá de la mera constatación de éstas como mecanismos redistributivos, correctivos y paliativos.

Es que al "despolitizar" la esfera económica, tanto en la producción como en la distribución, ella es "naturalizada" y considerada como "un mal necesario", como una instancia que, sin remedio, necesariamente genera desigualdades, lo cual implica igualmente, naturalizar las diferencias socioeconómicas. De esta forma, estos autores olvidan obviamente que las políticas sociales son un producto concreto del desarrollo capitalista, de sus contradicciones, de la acumulación creciente del capital etc.; son, por lo tanto, un producto histórico y no un desarrollo "natural".

Asimismo, como sugieren las expresiones de los autores de esta corriente, existe la imagen de un Estado representante del "bien-común", como un instrumento que atiende igualmente los diversos intereses de la sociedad en su conjunto, vale decir, como una instancia "deseconomizada" que, considerada desde una perspectiva eminentemente administrativa, procura elevar los niveles de vida de todos los habitantes, maximizando la igualdad y el bienestar de la población. Todo esto en un supuesto contexto de baja conflictividad sociopolítica.

Como consecuencia de lo anterior, para estos autores, estamos frente a la presencia de políticas sociales redistributivas, paliativas y correctivas de los efectos negativos (para algunos) generados por el "natural" y "necesario" desarrollo capitalista, por la "modernización". Políticas públicas planificadas en el ámbito político y ejecutadas por profesionales preocupados con el bienestar social, con el bien común, con el combate a la miseria. Nos topamos entonces con los *asistentes sociales*, profesionales vinculados a la viabilización de estas políticas sociales redistributivas, que aparecen, en esta tesis, como los instrumentos organizados y eficientes de sus antiguas acciones filantrópicas.

Partiendo, por lo tanto, de esta perspectiva de *sociedad*: "naturalmente" desigual y del *Estado* como promotor del "bien común", y de las *políticas sociales* como instrumento de "reequilibrio", disminución de desigualdades y por lo tanto, de redistribución; se visualiza entonces lógicamente el vínculo con la tesis que sostiene la *génesis del Servicio Social* como la profesionalización de la filantropía y su legitimidad puesta en la "especificidad" de su práctica.

Efectivamente, si las políticas sociales son vistas como instrumentos de combate a la miseria y de reducción de las desigualdades sociales, nunca podría verse al asistente social como un actor (ligado a la ejecución de las políticas sociales) conformado y legitimado por un proyecto político-económico de la clase hegemónica, de abaratamiento de la fuerza de trabajo, de disminución de los conflictos sociales, de legitimación del sistema.

Desde una perspectiva "endogenista" y particularista se ve al Servicio Social como una etapa más desarrollada (organizada y

tecnificada) de la caridad y la filantropía. *Esta profesionalización de la filantropía implicaría, como sujeto, la constitución de la profesión del asistente social, y como práctica, la ejecución de políticas sociales.*

• Así, **Helena Iraci Junqueira**, caracterizando la realidad social como desigual en relación a las oportunidades que ofrece, concibe a las políticas sociales como objeto de intervención del asistente social. En ese sentido, la autora define estas últimas como

“conjunto orgánico de directrices que orientan la acción gubernamental en lo referente:

- a) a la atención de las necesidades básicas del hombre;
- b) a la optimización de los niveles de vida de la población;
- c) a la ecualización de oportunidades;
- d) a la adecuación o reformulación de las estructuras, instituciones y sistemas, con la intención de responder a las exigencias de la efectivación de la propia política” (in Batista, 1980: 50).

• Por otro lado, los documentos del **CBCISS** (*Centro Brasileiro de Cooperação e Intercâmbio de Serviços Sociais*), fundamentalmente a través de los trabajos de Ottoni Vieira, reflejan cómo son pensadas en esta perspectiva las políticas sociales en el Servicio Social. Estas son vistas como

“conjunto de programas y medidas cuyo objetivo es asegurar el bienestar social, tal como definido por determinada sociedad, tanto a corto como a largo plazo, y que refleja ciertas prioridades y valores tenidos como importantes para la referida sociedad” (CBCISS: “*Formas de consulta e as necessárias prioridades para implementar Políticas Sociais adequadas*”; in Ottoni Vieira, 1979: 14).

• Esta conceptualización de las políticas sociales es complementada por **Balbina Ottoni Vieira**, quien establece que las mismas tienen por finalidad

“alcanzar el bienestar para toda la población”. Y agrega, “es difícil definir el bienestar social: designa una situación, una condición, un estado, un conjunto de medidas, capaces de proporcionar a los individuos y a las familias condiciones normales de vida y oportunidades para tornar la vida siempre más feliz, en todos sus aspectos” (Ottoni Vieira, 1979: 25).

Estas dos últimas posiciones, reflejan la concepción abstracta del bienestar humano perseguido, según estos autores, por las políticas sociales. Este bienestar es pensado como un estado relativo, o sea, como una situación que varía de una sociedad para otra y que al mismo tiempo proporcionará al individuo (perfectible, único, particular, digno etc.) felicidad dentro de la familia (entendida como la célula básica de la sociedad).

El vínculo entre esta concepción de políticas sociales (como redistributivas) y la tesis sobre la génesis/legitimidad del Servicio Social (como profesionalización de la caridad y la filantropía) resulta por lo tanto lógico y coherente.

De esta forma, en tal perspectiva, el asistente social, dice Yamamoto, se convierte en un mensajero de la “ideología del trabajo”, confirmando

“la condición del trabajo asalariado como elemento constitutivo del orden social ‘natural’, al mismo tiempo en que propone como objetivo hacer de la práctica profesional un instrumento de reconocimiento de la persona del trabajador, en tanto ‘sujeto’. Los efectos de la explotación capitalista del trabajo son reconocidos y transformados en ‘problemas sociales’ justificadores de la acción profesional; pero no son colocadas en cuestión las razones históricas de esa explotación” (Yamamoto, 1997: 171-172)⁵³

3.2. Contrariamente a lo anterior, aquellos profesionales que enfatizan los aspectos políticos y político-económicos de las políticas sociales tienden a entender la génesis del Servicio Social vinculada a un proyecto político, donde el profesional asume un papel de ejecutor de políticas sociales (segunda tesis).

De esta forma, en la medida que las políticas sociales son vistas, más allá de su función social, como *mecanismos de articulación tanto de procesos políticos* (que procuran el consenso social, la

53. Con esta reflexión, la autora trata del “Servicio Social conservador” que, sin identificarse completamente, entendemos que nos aporta igualmente elementos para entender la significación de esta perspectiva sobre las políticas sociales.

aceptación y legitimación del orden social, la integración/desmovilización de la población, la manutención de las relaciones, la reducción de conflictos etc.), *cuanto económicos* (contratendencia al subconsumo, reducción de los costos de manutención y reproducción de la fuerza de trabajo, favoreciendo la acumulación del capital) (ver *infra*), y si el Servicio Social surge como una profesión vinculada a la ejecución de estas políticas sociales, entonces, confirmando nuestra hipótesis, el asistente social se legitima como actor a través del desempeño de las mismas funciones: la prestación de servicios (función *social*), que mismo siendo real se presenta como función aparente que encubre las otras dos funciones: la *económica* y la *política*. Esta funcionalidad del Servicio Social, derivada de la funcionalidad de las políticas sociales, sólo puede ser develada siempre que se supere la perspectiva endogenista, procurando entender la profesión a partir de la lucha de clases en el momento en que el Estado toma para sí las respuestas a la "cuestión social".

Las políticas sociales así comprendidas, tienen como meta las secuelas de la "cuestión social", es decir, aquel conjunto de problemáticas sociales, políticas y económicas que se generan con el surgimiento de la clase obrera, dentro de una sociedad capitalista; su objetivo, por lo tanto, es el de asegurar las condiciones necesarias para el desarrollo del capitalismo monopolista y las consecuentes concentración y centralización del capital, y no la mera corrección de los efectos negativos de esos procesos.

a) De esta forma, con acentuado énfasis en los aspectos *políticos*, las políticas sociales son pensadas como *mecanismos de legitimación del Estado capitalista* y de ese modo contribuyen indirectamente para la *legitimación del orden sociopolítico vigente*, suponiendo ser el Estado, por éstas legitimado, un *instrumento de dominación y control de un grupo sobre otro*.

En esta óptica se relaciona la génesis de las políticas sociales, tanto a un aspecto legitimador del orden, como a la regulación y control de los conflictos sociales por parte del Estado.

• Así, Wanderley Guilherme dos Santos (1987), al realizar un estudio histórico de la intervención gubernamental en la regulación social en Brasil afirma, según el análisis que de este autor hace

Werneck Vianna, que "el surgimiento de la política social [está relacionado] a la necesidad de regulación estatal de los conflictos generados por la forma industrial de producción y acumulación capitalista" (*in* Werneck Vianna, 1989: 9).

Aquí se ve claramente el vínculo estrecho, establecido por el autor, entre las políticas sociales y los procesos de legitimación social y de eliminación de la conflictividad, de las tensiones etc., en un cierto período del capitalismo monopolista.

Aunque esta interpretación sea correcta, es necesario tener presente otros elementos (tanto económicos como políticos) que dan una idea más amplia de dicha problemática. Al pensar las políticas sociales exclusivamente como acciones desarrolladas por el Estado capitalista tendientes a la regulación y control de la clase (o fracción de clase) hegemónica sobre las otras, se descuida el papel desempeñado por éstas dentro de los procesos económicos en la producción y en la distribución de los bienes sociales y la importancia social que tienen. Entendemos que un análisis más preciso sería aquel que tuviera en consideración la presencia tanto de los aspectos económicos como políticos y sociales.

Por otro lado, el autor analiza las políticas sociales a partir del Estado, y por fin, del punto de vista del capital, descuidando en sus estudios la perspectiva de la sociedad, de los trabajadores, de los usuarios de estas políticas sociales. Percibidas de esa forma, éstas sólo pueden ser entendidas como acciones del Estado tendientes al control, hegemonía y legitimación, pero nunca como producto de conquistas populares o incluso como un mecanismo vinculado al aspecto económico-político, de socialización de los costos de producción (desplazando la responsabilidad del capitalista sobre la reproducción de la fuerza de trabajo para la sociedad civil como un todo) y de acumulación del capital (que compensa la caída tendencial de la tasa de lucro).

Es basado en esta forma de pensar las políticas sociales, y específicamente, su génesis, que Santos estructura su concepción de "ciudadanía regulada":

"por ciudadanía regulada entiendo el concepto de ciudadanía cuyas raíces se encuentran, no en un código de valores políticos, sino en

un sistema de estratificación laboral, y que además, tal sistema de estratificación laboral es definido por norma legal. En otras palabras, son ciudadanos todos aquellos miembros de la comunidad que se encuentran localizados en cualquier ocupación reconocida y definida por la ley" (Santos, 1987: 68).

De esta forma, el autor intenta explicar el mecanismo por medio del cual el Estado consigue institucionalizar y regular la vida de la población, encuadrarla institucionalmente, y conjuntamente con ella, a la participación social, los conflictos, las reivindicaciones e incluso las probables crisis derivadas del proceso de acumulación capitalista.

• También **Aldaíza Sposati** exalta la función política de las políticas sociales. Ella, al analizar las políticas de asistencia social, afirma que

"las políticas de asistencia social contienen un efecto político que compone su apariencia y operación: brindan un rostro humanitario de bien y de bondad a sus gestores y un ocultamiento, por la dependencia y subalternidad, a la capacidad política de sus usuarios. Así, mientras los gestores aparecen como benefactores, 'doctores caritativos', (...), la población mecánica y burocráticamente incluida en tales servicios, transforma su pobreza económica-financiera en pobreza social y política" (1988: 40).

Esta autora sin dejar de reconocer la función económica de estas políticas sociales, dará un mayor énfasis a la cuestión política, o sea, a aquellos elementos que hacen referencia a la dominación social, a la legitimación del orden social establecido y a la fragmentación de los sectores subalternos; para Sposati

"la 'atención' a la 'pobreza', (...) es más bien una acción para contener las sublevaciones sociales y no una de las formas de los servicios estatales que aseguren los derechos de los más pauperizados (...). Vistos como enemigos públicos del orden, las masas empobrecidas son estratégicamente mantenidas en la exclusión, lo que refuerza su impotencia y desorganización. Con esto, el poder político dominante, además de impedir su reconocimiento como clase y su participación en los grupos institucionalizados, la mantiene como blanco de promesas y demagogia populista" (*ídem.*: 39-40).

Sposati, al hacer esta afirmación en relación a las políticas sociales pensándolas como mecanismos que enfrentan la "cuestión social" derivada de la contradicción capital/trabajo, deja trasparecer su concepción de que éste es un movimiento multidireccional, o sea, desde el Estado hacia la sociedad y viceversa. Así, en este doble movimiento, el Estado para mantener la exclusión económica y política de los subalternos debe al mismo tiempo atender algunas de sus demandas y reivindicaciones. Es aquí donde la autora sitúa las leyes laborales.

De esta forma, las políticas sociales serán pensadas principalmente desde la óptica política, como mecanismos que contribuyen para la *legitimidad* de los grupos en el poder, promoviendo el *control* y la subordinación "tranquila" de los sectores subalternos.

b) Por otro lado, desde una perspectiva de totalidad, enfatizando los aspectos *económico-políticos*, las políticas sociales son vistas como *mecanismos de reducción de los costos de manutención y reproducción de la fuerza de trabajo y como contratendencia al subconsumo, favoreciendo la acumulación y valorización del capital y frenando la caída tendencial de la tasa de lucro*, además de ser instrumentos de legitimación del orden y de reducción de conflictos.

• Es así que **Vicente de Paula Faleiros** define a las políticas sociales como "formas de manutención de la fuerza de trabajo, económica y políticamente articuladas para no afectar el proceso de explotación capitalista y dentro del proceso de hegemonía y contrahegemonía de la lucha de clases" (1986: 80).

Desde la óptica del autor (pionera dentro del Servicio Social), las políticas sociales son percibidas como formas o mecanismos de relación entre aquellos *procesos políticos* y los *procesos político-económicos*. Así Faleiros (relativizando su concepción, anteriormente expuesta), agrega que

"las políticas sociales del Estado no son instrumentos de realización de un bienestar abstracto, no son medidas buenas en sí mismas, como suelen presentarlas los representantes de las clases dominantes y los tecnócratas estatales. No son tampoco, medidas malas en sí mismas, como algunos apologistas de izquierda suelen decir, afirmando que las políticas sociales son instrumentos de manipulación y de

formas de esconder la realidad de explotación de la clase obrera" (1991: 55).

Para Faleiros, las políticas sociales cumplen diversas funciones: *ideológica*, donde, "al mismo tiempo que estigmatiza y controla, esconde de la población las relaciones de los problemas sentidos con el contexto global de la sociedad" (*idem.*: 58); *de contratendencia a la caída tendencial de la tasa de lucro*, asumiendo el Estado inversiones no rentables o que exigen elevado volumen de capital, estimulando el capital privado con recursos públicos (crédito, subvenciones), dotando al capital de infraestructura para su circulación etc. (*idem.*: 59-60); *de valorización y validación de la fuerza de trabajo*, manteniendo un ejército industrial de reserva, cualificando al trabajador y otorgando condiciones para su manutención (*idem.*: 63-67); *de reproducción de las desigualdades*, creando una "perversidad" social mediante un ciclo vicioso de explotación y manutención del trabajador (*idem.*: 68) y *de manutención del orden social*, a través de su legitimación política (*idem.*: 69-72).

Las políticas sociales desde el variado punto de vista de Faleiros, sólo pueden ser entendidas como un producto histórico concreto, dentro del contexto de la estructura capitalista en la edad de los monopolios.

• Las reflexiones de José Paulo Netto avanzan más al destacar que

"el capitalismo monopolista, por su dinámica y contradicciones, crea condiciones tales que el Estado por él capturado, *al buscar legitimación política* a través del juego democrático, *es permeable a demandas de las clases subalternas*, que pueden hacer incidir en él sus intereses y sus reivindicaciones inmediatas (...).

Es solamente en estas condiciones que las secuelas de la 'cuestión social' (...) pueden tornarse objeto de una intervención continua y sistemática por parte del Estado" (Netto, 1997: 18-19) (grifos nuestros).

Para este autor, es necesario pensar las políticas sociales desde una óptica económica y política, es decir ni meramente económica (y aun menos si se restringe, como lo hacen en la perspectiva anterior, a los aspectos redistributivos), ni exclusivamente como

mecanismo político, sino como producto de la articulación de ambos aspectos⁵⁴.

Netto entiende la política social como imbricada y ciertamente responsable por la socialización de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo. Así, para él,

"en el capitalismo de los monopolios, tanto por las características de la nueva organización económica cuanto por la consolidación política del movimiento obrero y por las necesidades de legitimación política del Estado burgués, la 'cuestión social' como que se *internaliza* en el orden económico-político: no es sólo el expandido excedente que llega al ejército industrial de reserva que debe tener su manutención 'socializada'; no es solamente la preservación de un padrón adquisitivo mínimo para las categorías apartadas del mundo de consumo que se pone como imperiosa; no son apenas los mecanismos que deben ser creados para que se dé la distribución, por el conjunto de la sociedad, de los gravámenes que aseguran los lucros monopolistas — es todo esto que, llegando al ámbito de las consideraciones *generales* para la producción capitalista monopolista (condiciones externas e internas, técnicas, económicas y sociales), articula el enlace ya referido, de las funciones económicas y políticas del Estado burgués capturado por el capital monopolista, con la efectivización de esas funciones realizándose *al mismo tiempo* en que el Estado continúa ocultando su esencia de clase" (1997: 19).

Apuntando con ello al cumplimiento de dos objetivos: por un lado "la funcionalidad esencial de la política social del Estado burgués en el capitalismo monopolista se expresa en los procesos referentes a la *preservación y al control de la fuerza de trabajo*", por otro lado, "son instrumentos para contrarrestar la tendencia al subconsumo" (*idem.*: 20-21). Aparece así de manifiesto su verdadero sentido pues, como afirma Netto: "el peso de estas políticas sociales es evidente, en el sentido de asegurar las condiciones adecuadas al desarrollo monopolista" (*idem.*: 21).

54. "Es la política social del Estado burgués en el capitalismo monopolista — como dice Netto — (...), configurando su intervención continua, sistemática, estratégica sobre las secuelas de la 'cuestión social', la que ofrece el más canónico paradigma de esa indisociabilidad de funciones económicas y políticas que es propia del sistema estatal de la sociedad burguesa madura y consolidada" (1997: 19-20).

Otorgan el soporte necesario al orden sociopolítico, ofrecen respaldo para crear una imagen de Estado como "social". La política social, por otro lado, es fragmentada en "políticas sociales" debido a la segmentación de la "cuestión social" como "problemas sociales" parciales (tal vez como "disfunciones"), quedando apenas la posibilidad de atacar las refracciones, y no las causas, de la "cuestión social" (ver Netto, 1997: 21-22).

• En una perspectiva semejante, **Marilda Vilella Yamamoto** analiza el significado de los servicios sociales desarrollados a través de las políticas sociales, tanto para los usuarios como para los sectores responsables de su implementación. Así, dice Yamamoto

"del punto de vista de las clases trabajadoras, estos servicios pueden ser encarados como complementarios, aunque necesarios para su sobrevivencia, ante una política salarial que mantiene los salarios inferiores a las necesidades mínimas históricamente establecidas para la reproducción de sus condiciones de vida (...). Sin embargo, a medida que la gestión de tales servicios escapa por entero al control de los trabajadores (...) las respuestas a sus necesidades de sobrevivencia tienden a ser utilizados como medio de subordinación de esa población a los padrones vigentes.

(...) Del punto de vista del capital, tales servicios constituyen medios de socializar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo (...). Son encarados por lo tanto como 'salario indirecto' (...). Se tornan medio de reducir los costos de reproducción de la fuerza de trabajo. También son uno de los medios de manutención del ejército industrial de reserva" (1992: 97).

De esta forma quedan evidenciadas las *funciones económica y social* que cumplen estas políticas públicas. Pero la autora enfatizará que éstas cumplen otra función no menos importante, es decir, una función política. Así, haciendo referencia al asistente social como uno de los ejecutores terminales de estas políticas sociales, dirá, como ya fue expuesto anteriormente, que

"el asistente social es solicitado no tanto por el carácter propiamente 'técnico-especializado' de sus acciones, sino, antes y básicamente, por las funciones de cuño 'educativo', 'moralizador' y 'disciplinador' que, mediante un soporte administrativo-burocrático, desempeña sobre las clases trabajadoras (...). Radicalizando una característica de todas

las demás profesiones, el asistente social aparece como *el profesional de la coerción y del consenso*, cuya acción recae en el campo político" (Yamamoto, 1997 :145).

Este análisis de Yamamoto permite observar cómo las políticas sociales son depositarias de una dualidad contradictoria. Ellas muestran a los beneficiarios una imagen "redistributiva", reparadora, entretanto desempeñan para las clases dominantes un papel económico de disminución de los costos de manutención y reproducción de la fuerza de trabajo, socializando lo que antes era una carga exclusiva del empleador.

— Partiendo así del presupuesto de que las políticas sociales deben ser pensadas a partir de una *perspectiva de totalidad, estructural e histórica*, entendemos necesario analizarlas como instrumentos que desempeñan no una, sino tres funciones básicas⁵⁵.

* Por un lado, las políticas sociales cumplen una *función social*.

Tienen una clara y real función de generar una cierta redistribución de parte de los recursos sociales. En primer lugar, prestan servicios sociales y asistenciales necesarios para la población (urbanización, atención sanitaria, educación, subsidios al transporte etc.), y en segundo lugar, otorgan un complemento o sustituto salarial a través del traspaso, directo o indirecto, de dinero a las poblaciones carentes. Sin embargo, en realidad esta función enmascara y encubre las funciones esenciales que las políticas sociales desempeñan.

Estas políticas sociales, por su vez, contienen un doble proceso contradictorio y complementario que implica el pasaje de lo público a lo privado y de lo privado a lo público, dependiendo de la óptica de análisis. Así, desde la *óptica del usuario*, la atención a demandas populares por intermedio de las políticas sociales genera un proceso que implica un *pasaje de lo público* (donde los individuos son pensados como sujetos activos, que participan activamente en el mundo, como ciudadanos poseedores de derechos que ellos mismos conquistaron) a lo privado (donde estos sujetos son pensados en

55. Un análisis más detallado de las funciones de las políticas sociales, in Pastorini, 1995.

cuanto individualidades, con sus problemáticas personales y como clientes del Estado y beneficiarios de las políticas sociales). Por otro lado, analizando este proceso desde la *óptica del proveedor*, o sea del Estado prestador de servicios, se genera un *movimiento de lo privado* (de la figura del capitalista como único responsable de reproducir y capacitar su fuerza de trabajo en condiciones adecuadas para la producción) a *lo público* (los costos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo son socializados, salen parcialmente de la responsabilidad privada del capitalista y pasan en gran parte a ser responsabilidad del Estado y de la sociedad en su conjunto). Con la implementación de las políticas sociales, el Estado pasa a encargarse de las lagunas dejadas por el mercado; ahora es el Estado (y no el capitalista exclusivamente) quien será responsable, por un lado, de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, y por otro, por la facilitación de la satisfacción de las necesidades básicas de aquellos sujetos carenciados, excluidos del mercado de trabajo.

Iniciamos nuestro análisis de la funcionalidad de las políticas sociales por la función social por considerar que ésta constituye la realidad visible, aparente, "fenoménica" de las políticas sociales; es el velo que encubre las funciones esenciales que éstas contienen. Esto de ninguna manera implica desconocer la importancia que esta función posee para la población destinataria de tales servicios (especialmente por tratarse también de *conquistas* populares). Así, Yamamoto nos ayuda a develar este dilema, cuando entiende que

"tales servicios, públicos o privados, no son más que la devolución a las clases trabajadoras de la porción mínima del producto creado por ellas pero apropiado, bajo un nuevo ropaje: la de los servicios o beneficios sociales. Sin embargo, al asumir esta forma, aparecen como si fueran donados u ofrecidos al trabajador por el poder político directamente o por el capital, como expresión de la fase humanitaria del Estado o de la empresa privada" (Yamamoto, 1997: 107).

Lo que queremos destacar aquí es que las políticas sociales se presentan frente a los individuos como aquellos mecanismos tendientes a disminuir las desigualdades sociales, redistribuyendo sus recursos escasos en un sentido contrario al del mercado: quien

menos tiene será quien más recibirá de las políticas sociales (y esto es hoy más visible a través de la "focalización" de éstas). Pero en realidad, este sistema de "solidaridad social" sobre el cual se levantan las políticas sociales no es otra cosa que la "cáscara", la superficie que recubre y encubre el "carozo", el centro de la cuestión, en este caso sus funciones política y económica.

De esta forma, destacamos la real importancia que tiene la función social. Por eso es necesario partir de ella, o sea tomar como punto de partida la realidad visible, aparente de las políticas sociales (su función social) como forma de poder develar su médula, ya que sólo es posible llegar a la esencia desde que se parta de los fenómenos concretos. Como afirma Kosik en su *dialéctica de la totalidad concreta*, "las formas fenoménicas de la realidad (...) son diferentes y muchas veces absolutamente contradictorias con la ley del fenómeno, con la estructura y por lo tanto con su núcleo interno esencial y su concepto correspondiente". En este sentido, "el mundo de la pseudoconcreción es un claro-oscuro de verdad y engaño. Su elemento propio es el doble sentido. *El fenómeno indica la esencia y al mismo tiempo la esconde*" (Kosik, 1989: 10-11). O, en las palabras de Marx, la realidad concreta "es para el pensamiento un proceso de síntesis, un resultado, y no un punto de partida, a pesar de ser el verdadero punto de partida y por lo tanto, igualmente el punto de partida de la observación inmediata y de la representación (Marx, 1977: 218-219), dado que, como expresa el mismo pensador nonocentista, "si esencia y apariencia coincidieran, la ciencia sería superflua"

Esto significa que la esencia puede ser develada a partir del mismo elemento que la esconde: el fenómeno; este último al mismo tiempo en que permite llegar hasta la esencia la esconde; esto porque los fenómenos se comportan de forma dialéctica y contradictoria.

* En lo que atañe a su *función económica* se entiende, en esta concepción, que las políticas sociales del Estado capitalista contribuyen a *contrarrestar el subconsumo*, al *abaratamiento de la fuerza de trabajo* y consecuentemente al *aumento de la acumulación ampliada del capital*.

Esta función se concretiza por medio de la transferencia, directa o indirecta, de bienes, dinero, bonos etc. (vale decir, complementos salariales) del Estado a los sectores más carenciados, o a través de la prestación de servicios sociales, como son la salud pública, los seguros sociales etc.

Estas medidas alternativas que se presentan sobre la forma de salario indirecto o complemento salarial, tienen por objetivo compensar la caída del salario real. Es decir, las políticas sociales contribuyen al abaratamiento de los costos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo (por lo tanto, de los costos de producción de mercaderías), en la medida en que ahora el capitalista no tiene exclusivamente la obligación de atender por sí solo las necesidades de supervivencia y reproducción de la fuerza de trabajo, como era su cometido hasta el siglo XIX. Hoy, parte importante de estos costos son retirados de las empresas y son llevados a la órbita estatal, donde se pasa a complementar las insuficiencias salariales y cubrir las necesidades básicas insatisfechas (fundamentales a la sobrevivencia del trabajador).

Los mecanismos para esto son las políticas sociales, las cuales se financian a través de los recursos tributarios, vale decir, socializando sus costos. Hoy es toda la población (y cada vez más los propios usuarios) quien financia las políticas sociales, las cuales sirven como complemento salarial. Antes, apenas el capitalista tenía el cometido de, a través del salario, cubrir las necesidades de sobrevivencia y reproducción de la fuerza de trabajo.

En otras palabras, cuando el salario recibido por el trabajador a cambio de su trabajo realizado no es suficiente para satisfacer las necesidades básicas, entran en escena los complementos salariales, las políticas sociales. Son estas transferencias una de las formas más típicas asumidas por las políticas sociales, y por ende, una de las formas más eficientes de socializar los costos de producción de la fuerza de trabajo, hecho que tiene como contraparte una privatización de los lucros de esa misma producción. Como afirma Lojkine,

“la intervención estatal es la forma más elaborada, más desarrollada, de respuesta capitalista a la necesidad de socialización de las fuerzas productivas”, lo que posibilita “dar una primera definición de las

políticas urbanas de los Estados capitalistas desarrollados: son ‘contratendencias producidas por el propio MPC [Modo de Producción Capitalista] para regular y atenuar los efectos negativos’ del capitalismo sobre la población (y sobre los equipamientos urbanos, como apunta Lojkine) (1981: 168-169).

Entretanto, otra forma de abaratamiento de la fuerza de trabajo, a la vez que revierte la tendencia al subconsumo, es desarrollada mediante los subsidios y subvenciones que el Estado realiza sobre ciertos productos o servicios que afectan la sobrevivencia del trabajador: transporte, alimentación etc.

Con esto, la población trabajadora puede tener mejores condiciones de acceso a bienes y servicios, revirtiéndose así la tendencia al subconsumo (ver Netto, 1997: 20-21).

De esta forma, las políticas sociales, sus programas de “ayuda social” (como las transferencias de bienes y servicios), los subsidios y subvenciones etc., tienen como uno de sus objetivos principales el de contribuir con la reproducción de la fuerza de trabajo. Pero esas políticas sociales son financiadas con recursos públicos, obtenidos mediante impuestos y tributos pagados por toda la población. Es así que todos — y no apenas aquellos privilegiados en el proceso de producción/comercialización — subsidian y contribuyen para la producción de los recursos que serán destinados a la reproducción de los trabajadores.

Se debe reconocer el papel que el Estado desarrolla como factor anti-crisis. El Estado (que es una garantía del mantenimiento de las condiciones necesarias para la producción y reproducción del capital) interviene con la intencionalidad de establecer un *contrapeso a la caída tendencial de la tasa de lucro*. Para eso, él asume las inversiones no rentables para el capital (inversiones de infraestructura, equipamientos físicos de consumo colectivos etc.).

* Llegamos finalmente a la *función política* que tienen las políticas sociales.

Estas primeramente deben ser pensadas dentro de un contexto de luchas entre clases contradictorias y opuestas — por lo tanto, no pueden ser vistas ni como “simples” concesiones de las clases dominantes para los subalternos, ni como fruto exclusivo de las presiones y reivindicaciones de los sectores populares.

Desde el momento que el Estado es pensado desde una "concepción ampliada" (ver Coutinho, 1994: 44 y ss.) éste se convierte en un espacio de disputas de intereses entre clases, no siendo más un mero instrumento de la burguesía. Así, en esta óptica, el Estado y las políticas sociales son expresiones de la correlación de fuerzas y de las luchas presentes en la sociedad civil; esto tampoco significa que las políticas sociales sean conquistas absolutas de los sectores subalternos — por el contrario, es la resultante de las reivindicaciones y presiones populares y las concesiones de los grupos mayoritarios en el poder con el objetivo de obtener legitimidad y control social.

Las políticas sociales, de la misma forma que el Estado, no pueden ser analizadas estrictamente como mecanismos que contribuyen para la acumulación del capital (como mecanismos de producción y reproducción del orden capitalista). Por el contrario, deben ser pensadas como una relación entre clases, como una mediación entre la sociedad civil y el Estado, que refleja su doble característica de coerción y consenso, de concesión y conquista⁵⁶.

Es así que, contradictoriamente, si por un lado ellas operan, a través de la prestación de servicios, como un mecanismo de elevación de los niveles de vida de la población, por otro lado, generan las condiciones, no sólo de acumulación ampliada de capital, sino también de aceptación y legitimación del orden social vigente ante las clases populares. Esto trae consecuencias directas y significativas revirtiendo la insatisfacción y movilización de la población, desestimulando la participación popular, lo cual le otorga al Estado y a los sectores más hegemónicos un cierto control sobre las clases subalternas de la sociedad civil.

Las políticas sociales son entendidas, en segundo lugar, como uno de los mecanismos por medio de los cuales se busca *garantizar*

56. Para nosotros, en lugar de hablar del binomio "concesión-conquista", sería más correcto referirnos a un proceso que se inicia con la reivindicación de demandas de los sectores populares, lo que implica (debido al carácter contradictorio del sistema) una lucha entre sectores y clases contradictorias, y donde se establece una negociación entre las partes (negociación que implica ganancias y pérdidas de ambos lados) y que tiene como punto de llegada el otorgamiento, vía políticas sociales, de "concesiones" para alguna de las demandas de los sectores subalternos. Esta temática se encuentra analizada más detalladamente en Pastorini, 1997.

la integración de los ciudadanos al orden social, el sentimiento de pertenencia, adhesión y las lealtades necesarias para la preservación de la estabilidad sociopolítica. Es decir, para evitar la "salida" y controlar la "voz", el Estado debe buscar la "lealtad" de los miembros de la sociedad, diría Hirschman (1977).

Así, los avances en el espacio de la ciudadanía y de la democracia (mismo que formales), es decir, en los derechos civiles, políticos y sociales, no pueden ser entendidos ni como un resultado natural, ni apenas como una concesión de los sectores dominantes; muy por el contrario, es el *resultado fundamentalmente de largas luchas sociales*. Pero, por otro lado, tampoco no es posible desconocer que *esa participación formal es una forma más de legitimar el orden social, político y económico* a través de la integración vinculante, y al mismo tiempo *es un medio de controlar y manipular la participación de los ciudadanos en la vida pública*.

Por esta vía se obtiene una *mayor integración* de los sectores subalternos a la vida política y social, y por lo tanto al orden socioeconómico, estableciendo padrones de participación, instancias donde participar etc., lo que no hace más que limitar la real participación, al mismo tiempo en que elimina y genera una mayor *adaptación al orden establecido*; obteniéndose de esta forma un sentimiento de *pertenencia y lealtad* de los sujetos para con el sistema del cual ellos mismos fueron parte y bajo el cual ellos "deciden".

A nuestro entender, éste es un mecanismo para encuadrar, limitando institucionalmente, la participación (democrática); o sea que se pretende por medio de la integración y adaptación de los individuos al sistema, conjuntamente con las alianzas entre los diferentes sectores, contraponer el avance de los subalternos como forma de ampliar el control social.

Así, finalmente, las políticas sociales participan de la reproducción de la estructura política, económica y social (reproducción de las condiciones de dominación y subordinación y de las desigualdades sociales) y contribuyen para obtener la *aceptación* y la *legitimidad* necesarias para mantener el orden social.

El Estado se presenta frente a los individuos como si fuera neutro, por encima de los intereses de clases, como mediador y

amortiguador de los conflictos sociales. De esta forma, al mismo tiempo en que da respuesta a algunas de las necesidades de los trabajadores (o sea, al mismo tiempo que crea las condiciones — mínimas — de sobrevivencia de los individuos) contribuye para reproducir su situación de clase subordinada y las desigualdades inherentes al sistema capitalista.

De esta forma, la cuestión de las desigualdades sociales no aparece más como una cuestión vinculada a la esfera productiva, pasando a ser un problema de distribución, donde la solución sería una mejor (re)distribución, que debe ser resuelta fuera de la instancia productiva.

Para obtener tal legitimación es necesario que el Estado, por intermedio de las políticas sociales, atienda parte de las demandas de la población, ya que sólo así podrán ser controlados y contenidos los eventuales conflictos sociales, económicos y políticos. O sea, estas políticas sociales operan como un “colchón” amortiguador de los conflictos (potenciales o reales) derivados de las condiciones del proceso de producción capitalista.

Para tornar esto posible, se requiere de técnicos y profesionales que se encarguen unos de la formulación y otros de la ejecución de las políticas sociales. En este sentido, como sostiene Netto, “en cuanto profesión, el Servicio Social es indivorciabile del orden monopolista — éste crea y funda la profesionalidad del Servicio Social” (1997: 69).

Esta búsqueda de legitimación y consenso es canalizada a través de las políticas públicas y específicamente a través de las acciones desarrolladas por los asistentes sociales, en cuanto ejecutores de éstas. Así, por un lado se tiende al establecimiento de una especie de “acuerdo” entre los sectores sociales, entre las clases, como forma de mantener el orden, atendiendo algunas demandas puntuales de los sectores subalternos. Por otro lado, parece necesario el control social, la desmovilización mediante la disminución de la insatisfacción.

Este doble carácter subrayado: la coerción y el consenso, es reproducido por las políticas sociales y consecuentemente por el asistente social, uno de los profesionales encargados de su ejecución (ver Yamamoto, 1997: 145-146).

Digamos que es perfectamente lógica y coherente esta concepción de política social con la segunda tesis sobre la génesis del Servicio Social. Efectivamente, si partimos de la consideración de que estas políticas públicas representan, en una doble lógica de *consenso y coerción*, el desarrollo de *tres funciones*: una *social* (la prestación de servicios y la transferencia de recursos sociales a la población carenciada — “redistribución”), una *económica* (la reducción al capitalista de los costos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo, y su socialización, la contratendencia al subconsumo y la creación de condiciones para propiciar la acumulación ampliada de capital) y otra *política* (la disminución de la insatisfacción popular, tendiente a la desmovilización y al control social, logrando así la legitimación y aceptación del Estado y del sistema político-económico); partiendo de estas consideraciones, pues, es lógica y teóricamente coherente considerar la génesis del Servicio Social, no como un desarrollo, organización y profesionalización de la filantropía (heredada desde lejano tiempo en la historia), sino como un profesional creado y legitimado a partir de su participación como ejecutor de estas políticas sociales.

CAPÍTULO II

La reproducción de la naturaleza y legitimidad del Servicio Social

Aunque los análisis realizados en el capítulo anterior se refieran a las diferentes tesis comprensiones sobre los fundamentos y funcionalidad del Servicio Social y su vínculo con las políticas sociales, éstos se remiten apenas a su génesis, al momento de creación de la profesión. Sin embargo es necesario distinguir génesis de estructura, surgimiento de evolución.

El desarrollo profesional y político del Servicio Social muestra diferencias substanciales entre esta emergencia y la situación posterior a ella, especialmente a partir del movimiento reconceptualizador.

Hoy tenemos una profesión cuya masa crítica (intelectual) aparece como ciertamente consciente de la naturaleza, funcionalidad, del papel socioprofesional y de los fundamentos políticos del Servicio Social; un profesional que proviene de diversos estratos socioeconómicos; que masivamente posee ciertas destrezas y conoce una serie de técnicas, desarrolladas muchas veces, a partir de opciones teórico-metodológicas explícitas. La masa intelectual del Servicio Social contemporáneo, ya hace algún tiempo, presenta elementos de interlocución en el debate de las ciencias sociales y en las áreas donde el profesional trabaja interdisciplinariamente. En el ámbito profesional hay una producción sustantiva de investigaciones, no apenas sobre la práctica profesional, sino también sobre la realidad

social y sus manifestaciones objetivas (actuales y emergentes), habiéndose consolidado una producción bibliográfica propia (especialmente en el contexto brasileño post '80). En la producción de mejor calidad el *debate teórico-metodológico* substituye los análisis "metodologistas" al mismo tiempo en que se abandonó la perspectiva "epistemologista" para adoptar una *visión ontológica del ser social*. El colectivo profesional en el Brasil, viene desarrollando un Currículum común mínimo, ha instaurado, desde el '70, los posgrados en sentido estricto (Maestría y Doctorado), cuenta con la existencia de instituciones como ABESS (*Associação Brasileira de Ensino de Serviço Social*) y CEDEPS (*Centro de Documentação e Pesquisa em Políticas Sociais e Serviço Social*) organizando y coordinando debates e investigaciones del colectivo profesional. En el resto del continente se cuenta con diversos cursos de posgrados — iniciado con la Maestría latinoamericana en Honduras desde 1979, pero que se extiende a Argentina, Chile, Costa Rica, Puerto Rico, Uruguay, Venezuela y diversos países que están en proceso de montaje —, la relevancia político-profesional de la Asociación latinoamericana (ALAETS), así como diversas asociaciones profesionales en los distintos países.

Sin ninguna duda, nuestra profesión ha evolucionado y se ha distanciado en muchos aspectos de los fundamentos propios de su génesis. Hoy el Servicio Social no es el mismo. Sin embargo, esta profesión y estos profesionales desarrollan, ellos mismos, una *dinámica (auto)reproductora* de sus aspectos genéticos, que refuerzan la razón de ser impresa en su surgimiento por el proyecto político-económico que la concibió. Efectivamente, el Servicio Social, mismo habiendo evolucionado y distanciado de su génesis, mismo habiendo cuestionado y criticado diversos elementos que marcan los orígenes de la profesión, no consiguió romper con su lógica fundacional. Ni siquiera la contundente crítica desarrollada en el movimiento más importante de la profesión en América Latina desde su creación, la Reconceptualización, consiguió romper de una vez con su tradición y con su fundamento genético.

Esta dinámica "auto-reproductora", a veces hasta perversa, recrea en la actualidad ciertos aspectos que provienen de su origen, de su génesis, sin permitir un desarrollo profesional de mayor relevancia. Así, "el tratamiento crítico [al considerar la génesis del

Servicio Social] del pasado, desmitificando las apariencias humanitarias universalistas vehiculizadas en la cultura profesional, es parte constitutiva e indisoluble de ese esfuerzo de ruptura con la pretendida 'ingenuidad epistemológica e ideológica' que encubrió históricamente el fuerte tenor conservador de la cultura teórico-práctica del Servicio Social, cuyas marcas, bajo un nuevo visual, aún hoy sobreviven" (Iamamoto, 1997: XXIII). Obviamente esto no identifica el Servicio Social en su origen y en la actualidad, sin embargo ciertos aspectos son reciclados, como en una "calesita", y constituyen los elementos intrínsecos que impiden una ruptura más sólida con los elementos de subalternidad, acriticidad y funcionalidad instrumental para mantener el *statu-quo*, propios de su surgimiento.

Esta gran dificultad de romper con la lógica conservadora que marcó la génesis del Servicio Social, en el caso brasileño, se fundamenta esencialmente en el hecho de que, hasta fines de los años '70, como indica Iamamoto,

"frente al clima represivo y autoritario, fruto de los cambios políticos de la década de los '60, los Asistentes Sociales se refugian cada vez más en una discusión de los elementos que supuestamente otorgan un perfil peculiar a la profesión: objetos, objetivos, métodos y procedimientos de intervención, enfatizando la metodología profesional" (Iamamoto, 1997: 176) (subrayado nuestro);

O como afirma Netto, "en otras palabras: imposibilitado de cuestionarse *socialmente*, el Servicio Social brasileño se cuestionó *metodológicamente*" (Netto, in Iamamoto, 1997: 176). En consecuencia, "la tecnificación eufemiza el paternalismo autoritario presente en la acción profesional" (Iamamoto, 1997: 176).

Esto significa que, el contexto político autoritario de los años '60, '70 e inicio de los '80 en el Brasil, restringe las posibilidades de que el Servicio Social se cuestione política y socialmente, que discuta su lugar en la división sociotécnica del trabajo, su papel político como reproductor de las relaciones sociales. Apenas le es permitido (o posible) perfeccionar su instrumental técnico-metodológico, o sea, solamente puede tornarse más eficiente *en lo que hace sin cuestionar por qué lo hace y para quién lo hace*.

De esta forma, fundamentalmente en países donde la represión de un golpe militar de Estado no llega sino hasta la década de los

'70, un conjunto de profesionales que — en otra perspectiva teórica e ideológica, y hasta con otro origen de clase (trabajadores de clase media y media baja) y tradición política (en muchos casos vinculados a partidos políticos de izquierda, a sindicatos y/o con participación en el movimiento estudiantil, o en otros movimientos populares, y en la "izquierda cristiana") — procuran la ruptura con la tradición profesional, con su herencia conservadora, no consiguieron, sin embargo, obtener éxito en su intento.

Efectivamente, inspirados en y/o vinculados al Movimiento de Reconceptualización, estos profesionales critican el "metodologismo", superando el mero análisis de las técnicas y la perspectiva modernizadora de la profesión. Ellos asumen la realidad política de la profesión, el papel que ella desempeña como adaptador y moralizador, buscando "ponerse objetivamente al servicio de los intereses de los usuarios, esto es, de los sectores dominados de la sociedad" (Iamamoto, 1997: 180).

Sin embargo, este movimiento no consigue pasar de una "búsqueda de ruptura con la herencia conservadora" (*idem*: 178 y 204), de una mera "intención de ruptura" (Netto, 1991: 247) sin suceso contundente, y quedando por lo tanto, atados a su herencia, a ciertos aspectos de la tradición que marcó la génesis de la profesión y desarrollando una práctica ambigua de innovación/conservación, de cambio/permanencia, de ruptura¹/continuidad². "El trabajo del Asistente Social se inserta en una relación de compra y venta de mercancías donde su fuerza de trabajo es mercantilizada. Ahí se establece una de las líneas divisorias entre la actividad asistencial voluntaria (...) y la actividad profesional" (Iamamoto, 1997: 100).

Trataremos, en el presente capítulo, tomando como referencia el contexto actual, apenas los aspectos internos a la profesión; sin

1. "La profesionalización — dice Netto — instauró idealmente un marco de referencia y de inserción práctico-institucional que cortó con las protoformas del Servicio Social" (1997: 97).

2. "La validación efectiva — agrega Netto — de estos pasos [metodológicos], además, permaneció ligada a la misma eficacia que convalidaba la práctica asistencialista — la eficacia en la manipulación de variables empíricas, en la rearticulación de la organización de lo cotidiano" (*ibidem*).

problematizar, por lo tanto, las presiones sociales, el proyecto político-económico actual de la clase hegemónica que refuncionaliza el Servicio Social, el presente contexto sociopolítico y económico (realidades sumamente necesarias para componer un cuadro completo del panorama y de la realidad profesional). Esto porque el objetivo de nuestro trabajo no es realizar un análisis sobre la actual funcionalidad/legitimidad de la profesión (sobre el cambio actual de la "base de sustentación funcional-laboral del Servicio Social" ver Montaña, 1997; véase también el contundente artículo de Netto, 1996). Nuestra intención ahora es colocar, no de forma autónoma, descontextualizada, sino analíticamente, algunos de los aspectos (*auto*)reproductores de la lógica genética del Servicio Social. Aquellos que, según entendemos, nos permiten comprender mejor este fenómeno; así: la *subalternidad funcional/profesional* del asistente social, la constante búsqueda de la pretendida *especificidad* profesional, en donde supuestamente recaería su legitimidad (la perspectiva *endogenista*), la idea, derivada de los anteriores, de que la práctica profesional inmediata constituye la fuente de su teoría (el *practicismo* del Servicio Social) y la necesidad de superar las dificultades para determinar e intervenir en *realidades emergentes*.

Procuraremos relacionar cada punto con la reproducción de algunos de los aspectos considerados en el capítulo anterior.

1. EL CARÁCTER DE SUBALTERNIDAD DEL SERVICIO SOCIAL

Uno de los factores que reproduce, mismo que diferencialmente, la lógica de la génesis del Servicio Social es su carácter de subordinación. Efectivamente, la profesión del asistente social se encuentra sustentada en diversos aspectos que la colocan en posiciones de limitada libertad y autonomía para romper con la lógica de su pasado; lógica que, como ya fue dicho, caracteriza al Servicio Social como una profesión vinculada a la ejecución terminal de las políticas sociales, que visan la reproducción de la fuerza de trabajo y la legitimación del orden capitalista.

De esta forma, el presente punto se vincula con la reproducción del carácter con que la segunda tesis sobre la génesis del Servicio

Social fundamenta el origen de esta profesión dentro de la división sociotécnica del trabajo.

Como veremos, el presente es el único aspecto que refiere a relaciones o condiciones que no dependen básicamente de las opciones, elecciones o voluntades de los protagonistas del propio Servicio Social; es por ese motivo que las cuestiones que serán tratadas aquí se relacionan con las consideraciones que hacen los autores que, en el capítulo anterior, situamos en la *segunda* tesis (los que sostienen el surgimiento de la profesión vinculado a un proyecto sociopolítico de la fracción de clase hegemónica, donde la legitimación de la profesión deriva de su funcionalidad socioeconómica y política y conceptuando las políticas sociales como instrumentos que desarrollan funciones, más allá de lo social-asistencial, también política y económica), mientras que las restantes consideraciones se vinculan a los análisis de los autores de la *primera* tesis (aquellos que entienden la *génesis* del Servicio Social constituida en la/por la organización y tecnificación de la filantropía y caridad, la *legitimación* de la profesión siendo atribuida a la/s especificidad/es, y que conciben las políticas sociales como instrumentos meramente redistributivos). Así, entre los variados aspectos vinculados a la subordinación y subalternidad del Servicio Social trataremos apenas de cuatro, considerados substantivos: la cuestión de género, el empobrecimiento del estudiante/profesional, la condición de funcionario público y la conceptualización del Servicio Social como tecnología y su relación con las "ciencias sociales".

1.1. La cuestión del género en el Servicio Social

Este aspecto será considerado brevemente, apenas para resaltar que su evidencia empírica no elimina su relevancia.

El Servicio Social como *profesión eminentemente femenina*, tiene en este hecho su primer *elemento de subalternidad*, en la medida que se inserta en sociedades marcadas y regidas por padrones patriarcales y "machistas".

Netto, tematizando los fundamentos y el estatuto "científicos" del Servicio Social, identifica una importante relación entre "la institucionalización profesional del Servicio Social y el fenómeno

universalizado e indiscutible de que éste se presente como 'profesión femenina'" (Netto, 1997: 84). Para el autor, esta cuestión es substantiva para la caracterización del estatuto profesional, substituyendo la afirmación de que éste se sustenta en el substrato "científico" de la profesión; siendo que esta condición reafirma el carácter subalterno del Servicio Social. Para él, "entre otros elementos, se compone ahí el cuadro, preñado de dilemas, de la afirmación socioprofesional de actores en este mismo ámbito (socioprofesional) profundamente marginalizados" (*ibídem.*); lo cual lo lleva a afirmar que "eso reproduce un cierto tipo de destino de la profesión" (*in* ABESS, 1993: 74)³. El hecho de la mujer ser "ejecutiva del asistencialismo", ligado a "un estatuto subalterno de mujer, a un estatuto verdaderamente de dominación" de esta sociedad, ya que "en nuestra cultura, el asistencialismo es predominantemente femenino", está vinculado y reproduce el "substrato asistencialista de la profesión" (*ibídem.*).

Por otro lado, distinguiendo el trabajo obligatorio (aquel que el trabajador es obligado a realizar para obtener un salario y proveer su propia subsistencia) del voluntario (búsqueda y donación de la subsistencia para otros), Faleiros identifica el pasaje del Servicio Social como práctica voluntarista — relacionada a la caridad y a la filantropía de las instituciones religiosas, burguesas etc., pertenecientes a la sociedad civil — a un desempeño profesional vinculado al trabajo obligatorio, asalariado, "cuando el Estado asumió ese servicio en la dinámica de sus relaciones con la sociedad, [y] fue transformando los servicios sociales en actividades estatales, incorporando, cooptando o subsidiando una serie de acciones que eran desarrolladas por la sociedad civil" (Faleiros, *in* ABESS, 1993: 76). Incluso así, para Netto, "la ruptura con el régimen del *voluntariado*

3. Para el autor, esta temática es tan importante en la afirmación de su estatuto profesional ya que en esta sociedad, "la mujer no debe cuidar de cosas muy importantes. Cuando ella sale de casa, si no es para tocar piano y bailar ballet, vamos a dejar que ella haga caridad, ese negocio menor, subalterno" (Netto, *in* ABESS, 1993: 74).

Algunos ejemplos ilustrarán lo que estamos diciendo: Nos hemos deparado diversas veces en nuestra vida profesional con asistentes sociales de enorme valor y capacidad; no obstante eso, no obtienen de sus esposos el reconocimiento de su importancia, dejando por lo tanto que ella se desempeñe profesionalmente apenas cuando las tareas del hogar estuvieran terminadas y siempre como un papel secundario.

no fue equivalente a la ruptura con la *subalternidad técnica* (y social) a la cual se destinaba y en la cual se alojaba la fuerza de trabajo femenina" (1997: 84).

Para el autor (que conformaba el panel de discusión donde él y Faleiros problematizaron estas cuestiones) es válida la hipótesis de que "por la vía de la profesionalización en el Servicio Social, contingentes femeninos conquistaron papeles sociales y cívicos que, fuera de esta alternativa, no les serían accesibles" (*idem.*: 85, nota nº 7). No obstante, si el Servicio Social se constituyó en un espacio de inserción social y ocupacional para las mujeres (tal como otras profesiones), éste no fue suficiente para colocar a la mujer en una posición de igualdad (social, laboral y política). Y circularmente la profesión del asistente social no pudo romper con su condición subalterna en relación con las "profesiones masculinas".

En estas condiciones el Servicio Social es estigmatizado como una *profesión auxiliar, de asistencia*. De *asistencia en un doble sentido*: por un lado, la asistencia que realiza a los sectores carentes de la población, a sus "usuarios"; pero también, por otro lado, aquella asistencia que dirige, como profesional subalterno y auxiliar, a otros profesionales — médicos, abogados etc.

Por lo tanto, el Servicio Social no es visto como una profesión que toma decisiones, que participa "productivamente" en la división del trabajo, que define los objetivos generales de las políticas sociales, los recursos a emplear, los beneficiarios de sus acciones, que tiene un dominio general de la realidad, un conocimiento universal sobre lo social. Por el contrario, el Servicio Social es identificado, en concordancia con el papel que las sociedades "patriarcales" atribuyen a las mujeres⁴, como una profesión que ejecuta

4. Mismo habiéndose alterado, a lo largo de los dos últimos siglos, la participación socioeconómica y política de la mujer (hoy ella puede elegir y ser elegida en la mayoría de los países, también 45% de los matriculados en el sistema educacional es de sexo femenino y 41% de la fuerza de trabajo en los países industrializados — y 35% a nivel mundial — se compone de mujeres), no obstante eso, 2/3 de la población analfabeta del mundo son mujeres, ellas ganan entre 30% y 40% menos que los hombres por igual trabajo, en 1993 apenas 10% de los cargos parlamentarios eran ocupados por mujeres (fuente: Brecha; Montevideo, 1/9/95, pg. 12 — sorpresivamente muchos de estos indicadores se mantienen prácticamente inalterados hasta la fecha; ver Jornal do Brasil; Rio de Janeiro, 13/11/97, pg. 26), sin descartar la violencia familiar y social a que está sujeta la mujer, el asedio sexual, la segregación en el trabajo etc.

las decisiones de otros (los "políticos"), que conoce la realidad social a través de la mirada de los otros (los "cientistas sociales") y que asiste a las poblaciones carentes, pero como auxiliar de otros profesionales.

Y esta representación, esta imagen, existe no sólo entre otros profesionales, sino entre los usuarios de los servicios sociales y mismo entre los propios asistentes sociales⁵.

1.2. El empobrecimiento del estudiante/profesional de Servicio Social

Especialmente a partir de los años '60 y '70, otra problemática que toca a las Universidades como un todo es la masificación de la educación terciaria. Conjuntamente con el aumento de la matrícula de todas las carreras universitarias — producto entre otras cosas del crecimiento de la población, de la migración campo/ciudad, del aumento del desempleo (que hace con que los jóvenes, no pudiendo ingresar al mercado de trabajo, tengan que prolongar sus estudios), de la inserción de la mujer en el mercado laboral (que la obliga ahora a prepararse para ello) y del desarrollo tecnológico (que crea la necesidad de especializar los profesionales, prolongar el período de estudios y aumentar el número de técnicos capacitados — una especie de "ejército profesional de reserva") — se crea una sobrepoblación en las Universidades que redundará en el ingreso de un abanico más amplio en el perfil socioeconómico de los estudiantes.

Además, las "*Rosa Luxemburgo*" constituyen verdaderas excepciones al impenetrable sexismo intelectual y académico, compuesto por franca mayoría masculina. Basta dar una rápida mirada en cualquier biblioteca de profesionales o Institutos académicos. La excepción es constituida por el propio Servicio Social donde la mayoría de sus interlocutores son mujeres.

Iamamoto destaca algunos "atributos" esenciales a las mujeres: "seriedad, modestia, gusto de servir, negación de sí misma (...), capacidad de 'entrar' en la vida ajena, de comprender a los otros, además de la fina intuición peculiar" (Iamamoto, 1997: 154, nota nº 134).

5. De la misma forma que el "ama de casa" responde cuando es entrevistada por un encuestador de opinión política: "no, sobre este tema es mi marido que entiende!", el asistente social parece afirmar: "no, sobre esta realidad es el sociólogo o el economista que entiende!" (esto será tratado en el ítem 1.4).

Efectivamente, por primera vez, jóvenes provenientes de estratos socioeconómicos medios bajos y bajos pueden (y a veces se ven obligados por ser la única forma de acceder al mercado de trabajo) ingresar a la Universidad.

Sin embargo esta realidad significa — o va acompañada de — un *empobrecimiento real* (socioeconómico y cultural) de los alumnos en ciertas carreras consideradas como “menos dispendiosas”⁶, como las ciencias sociales, la psicología, las disciplinas agrarias, entre otras, y específicamente el Servicio Social⁷.

Esto no representa un juicio de valor; nada más distante de nuestro pensamiento que criticar la “socialización” o “democratización” del saber; sólo destacamos este hecho por estar claramente vinculado a un aspecto de la segregación socioeconómica, política y también cultural de la profesión. Estos nuevos estratos universitarios tendrán un margen significativamente mayor de dificultades que los otros más abastados para concluir sus estudios e insertarse en el mercado de trabajo según sus expectativas. Especialmente aquellas profesiones donde la mayoría de los estudiantes provienen de clases sociales bajas y medias bajas, la profesión como un todo tendrá mayores probabilidades de ser estigmatizada como una “profesión de pobres”. En el caso del Servicio Social: “una profesión de pobres, para pobres”.

Este hecho que marca una diferencia sustantiva con el perfil de las generaciones anteriores de estudiantes/profesionales de Servicio Social — otrora mujeres de clase media alta, vinculadas a instituciones filantrópicas o caritativas y cuya práctica era más voluntarista⁸, sin

6. Para el caso del Servicio Social, Netto distingue dos fenómenos: “(1) un perceptible cambio en el perfil socioeconómico del conjunto de los alumnos, cada vez más reclutados en los estratos urbanos medio bajos y bajos; 2) un visible empobrecimiento del universo cultural del alumnado” (1996: 110).

7. “Si bien en sus inicios los pioneros tenían un origen de clase definida: los sectores abastados de la sociedad, con la evolución de esta institución, las fuentes de reclutamiento se amplían, y al mismo tiempo ocurre un proceso de secularización relativa y de ‘purificación profesional’, o profesionalización” (Iamamoto, 1997: 153).

8. Como indica Iamamoto, “Asociaciones Asistenciales y del militancia católica constituyen las bases organizacionales y humanas más importantes para el surgimiento de la profesión en Brasil ...” (*idem.*: 161 — nota n° 142).

contribuir significativamente en el presupuesto de sus familias —, no elimina, al contrario, apenas reformula, su *segundo elemento de subalternidad profesional*.

Efectivamente, los cambios sociales, políticos y económicos sucedidos en los últimos 30 años permitieron a los estratos medios y bajos el ingreso a las Universidades; inclusive a los cursos de Servicio Social. Esto condujo a la profesión, antes más voluntarista, más asistencialista, a un proceso de constante y ascendente nivel de (si se me permite decir) “*asalariamiento*” del asistente social. Sucede que el voluntarismo de mujeres que no precisan de su salario para mantener sus padrones de vida es sustituido por trabajadores/as con una profesión determinada, con una relación de empleo y un salario necesario para este nuevo perfil de profesionales. En este sentido, el asistente social pasa

“a percibir un salario, precio de su mercancía fuerza de trabajo a cambio de servicios prestados, determinado como el precio de cualquier otra mercancía, ingresando su actividad en el reino del valor. Una de las precondiciones para tal ingreso es la transformación de su fuerza de trabajo en mercancía y de su trabajo en *actividad subordinada a la clase capitalista* (Iamamoto, 1997: 100).

Así, la relación de asalariamiento — y el hecho de este salario constituirse en medio de consumo de ese profesional — coloca al asistente social en situación política, económica y funcionalmente subordinada en un doble sentido: por su precaria situación económica y por su carácter salarial. Aparece como un funcionario que, por sus características, se encuentra más próximo de la realidad socioeconómica de los sectores con los cuales trabaja (por ese motivo es reclutado, es por eso que él aparece como necesario para hacer ese vínculo, ese puente, esa mediación entre las políticas sociales y sus destinatarios).

Sin embargo, esta proximidad del asistente social con las clases populares que, por un lado facilita inmensamente su capacidad de empatía, contribuye también a conformar la autoimagen de identidad entre este profesional y los estratos más empobrecidos. Ésta, a pesar de que en el plano socioeconómico personal pueda tener fundamento, fetichiza la relación profesional con el usuario de las políticas sociales, llevando al asistente social, en muchos casos, a ignorar su

funcionalidad y significación social, pensándose "intelectual orgánico" de las clases trabajadoras.

1.3. El asistente social como *funcionario público y empleado del capital*

Como ya vimos, el asistente social surge como un profesional cuya funcionalidad se expresa en la ejecución terminal de las políticas sociales; aquellas que procuraban la reproducción de la fuerza de trabajo y la legitimación y consolidación del orden.

De esta forma se constituye la fuente privilegiada de empleo del asistente social: el Estado. Este profesional es reclutado para ocupar puestos tanto en las instituciones de salud pública, en aquellas que atienden la cuestión de la infancia, en juzgados, en centros educacionales públicos, en dependencias de los Ministerios de Trabajo, en las municipalidades e intendencias, como también en las instituciones públicas que ocupan un importante número de trabajadores.

Como consecuencia de este hecho, el asistente social se convierte por vía de regla en un *funcionario público*, regido como el resto por normas burocráticas y subordinado jerárquicamente según escalafones político-institucionales y no necesariamente técnico-políticos.

Como expresa Netto, al referirse al "anillo de hierro" que aprisiona al Servicio Social: además de las "resultantes empíricas" y de las "valoraciones sociales, intelectuales e institucionales" del asistente social, "se suman la subalternidad técnica y el *trato ejecutivo (administrativo) de la problemática social*". Para el autor, "todo eso influyó sobre la práctica profesional y sus agentes, que se ven requeridos para un papel social cuyo contenido difuso sólo puede ser completado a través de una aparente polivalencia que elimina cualquier diferenciación práctica profesional" (Netto, 1997: 103) (subrayado nuestro).

Como indica Faleiros, "el Asistente Social es antes que nada un *funcionario público* y aún no debidamente clasificado en la función pública, al lado de otras profesiones de nivel superior, aunque actualmente ya haya una lucha del colectivo profesional para mejorar su clasificación" (1985: 36). Para él, "la autonomía

de ese profesional en la atribución de recursos y en la prestación de servicios es limitada ..." (*ibídem.*).

Estas cuestiones traen diversas consecuencias en el desempeño profesional, subordinando también aquí su práctica, pues "el débil e insuficiente desarrollo teórico-metodológico de la profesión la hace más vulnerable a la manipulación política por parte de los empleadores" (Vv. Aa., 1991: 59).

Pero esta tendencia a un débil desarrollo y desactualización teóricos⁹, no se explica apenas por la existencia de profesionales formados con planes de estudio ya desfasados teórica y técnicamente, en función de la importante evolución que ha sufrido la formación de los asistentes sociales. Tampoco podemos atribuir esta tendencia al poco interés o preocupación de los profesionales a actualizarse. Todo esto puede ser comprobado en muchos casos; no obstante, no explica el fundamento de la tendencia profesional a la subcualificación/especialización/desactualización.

El elemento fundante para entender la esencia de este fenómeno, una vez más, está relacionado a la demanda social/organizacional hecha al asistente social.

¿Quién consultaría un cardiólogo descualificado o desactualizado? Lo que sucede es que el médico es requerido (por la organización y por el paciente) para responder a demandas que exigen una elevada cualificación/especialización/actualización.

Entretanto la demanda (organizacional) generalmente dirigida al asistente social está fundamentalmente relacionada a la gestión *final*, a la "ejecución *terminal* de las políticas sociales segmentadas" (ver Netto, 1997), a las actividades *inmediatas*.

Con esto percibimos, en primer lugar, que la demanda encaminada al asistente social usualmente no exige una importante preparación teórica y actualización, y sí buen sentido, amplio conocimiento de técnicas y manejo de informaciones sobre los recursos

9. La insuficiencia teórica se vincula a la divergencia (casi que rivalidad) entre los profesionales "de campo" y los "académicos". Divergencia fundada en la idea de un divorcio "campo-academia": quien está preocupado con la teoría no conseguiría vincularse a la práctica de campo, y quien trabaja en esta última, no podría (o mismo, no debería) preocuparse con la teoría.

organizacionales y sobre la población atendida, con la cual establezca una buena relación empática; se le pide al asistente social desempeño en actividades de selección, derivación, informes, comunicaciones y divulgación de actividades, coordinación de grupos etc.

Sin embargo el profesional cualificado, comprometido y crítico no se conforma con tales demandas inmediatas y rutinarias. Busca ir más allá de ellas y desarrolla otro tipo de práctica — que incorpore las demandas pero que las trascienda.

Aquí surge la segunda cuestión. No sólo el asistente social en general *no precisa* de profundos y actualizados conocimientos teóricos para responder a las demandas que le son planteadas por la organización, sino que, para esta última, él *no debe* poseerlos. Un profesional crítico, teóricamente sólido y actualizado es un actor que cuestiona, que propone, que tiene autonomía relativa (política e intelectual), y fundamentalmente es un profesional que no responde "*inmediatamente*" a las demandas finalistas e inmediatas de la organización. Desde la demanda hasta la respuesta, este profesional interpone reflexión crítica, análisis de realidad, organización y/o participación de los usuarios. O sea, este profesional desarrolla una *respuesta crítica y mediata* (sobre la categoría de mediación en el Servicio Social, ver Pontes, 1995). Dos características que el organismo demandante puede no estar requiriendo. Y en este caso, la organización opondrá su burocracia contra esta actitud profesional, incentivando y premiando la rápida (y más "eficientes") respuesta, alienada y terminal (inmediata), desestimulando y castigando al profesional "lento" que media su respuesta con reflexión crítica y participación popular.

Aún más, si se analizan en el actual contexto, los presentes modelos de Estados regidos por principios neoliberales conducen a una profundización de la subordinación del Servicio Social. Efectivamente, en ellos se enuncia (y ejecuta) la drástica disminución y minimización del Estado, de los recursos destinados a las políticas sociales¹⁰. Las palabras de orden son privatización, Estado mínimo,

10. Donde el concepto de justicia social es contrapuesto al de "libertad" (Hayek, 1985: 86-87), donde el mercado aparece como un aspecto tan democrático cuanto el voto universal (ver Alford y Friedland, 1991: 73).

"libertad" de mercado, reducción del gasto público, control de la inflación, reforma tributaria. Se pretende reducir (aunque no eliminar¹¹) las inversiones estatales destinadas a atender la cuestión social y retirar para el mercado sus impactos. Esto significa no apenas la tendencia a la *reducción del número de asistentes sociales contratados* por el Estado — y la paralela *tercerización* de los mismos —, sino fundamentalmente, *la disminución del financiamiento y de recursos con los cuales estos ejecutan las políticas sociales* y desarrollan su trabajo de campo. Esto aumenta la subordinación de los asistentes sociales, ahora con menos recursos a su disposición — y con menor demanda organizacional —, por ser uno de los ejecutores de estas políticas sociales, algunas de las cuales ya son, para estos Estados, prescindibles o descartables¹².

Desde dos perspectivas diversas esto puede ser comprobado aunque también enfrentado e incluso alterado, pues la subordinación del asistente social es un fenómeno histórico y no natural, por lo tanto así como esta es construida también puede ser destruida¹³.

a — El asistente social trabaja fuertemente presionado por "expectativas institucionales de papeles" y demandas ambiguas y hasta contradictorias. En un *análisis estratégico a nivel organizacional* (ver Crozier, 1981 y Friedberg, 1987) se ve cómo la situación de

11. Las funciones del Estado, para los neoliberales, consisten en "promover una estructura para el mercado, y proveer servicios que el mercado no puede ofrecer" (Hayek, *in* Merquior, 1991: 191).

12. Según Diego Palma, "la administración de servicios sociales es la base material en la cual [el asistente social] ... desarrolla el proceso educativo" (Palma, 1985: 104). Es a partir de esta idea que Serra entiende que en el presente contexto se comprueba "una crisis en la materialidad" del Servicio Social (Serra, 1987: 148). Como ya manifestamos (Montaño, 1997), entendemos que la complejidad de esta "crisis" nos obliga a pensar en las repercusiones a nivel de la *legitimación* de la profesión, de su *funcionalidad* y *significación social*, de su *situación ocupacional* etc., superando la mera "materialidad". A nuestro entender, esta "crisis de materialidad" no deriva en una "hipertrofia de la función socioeducativa"; esta última también está en crisis en medio de la real crisis en la "base de sustentación funcional-laboral". Para un análisis de las consecuencias del actual contexto en el Servicio Social, ver Netto, 1996, Yamamoto, 1995 y Montaño, 1997.

13. El Código de Ética Profesional reza que el asistente social debe "contribuir para la alteración de la correlación de fuerzas institucionales, apoyando las legítimas demandas de intereses de la población usuaria" (CFESS, 1994: 16).

un actor en el seno de una organización y su comportamiento no están, mismo que parezca, totalmente determinados; existe lo que Crozier llama de "zona de incertidumbre" donde él puede ser más libre. Así para beneficiar la relativa libertad de que dispone, para privilegiar su estrategia de acción y su poder de negociación, este actor depende básicamente de cuatro recursos: 1) el saber y la pericia, 2) la información coyuntural, 3) el dominio de la regla institucional y 4) el control del entorno institucional (ver Crozier, 1981). En el caso del asistente social podríamos concluir que su fuente privilegiada de poder recae en su contacto con el medio social, con los beneficiarios, con el entorno de la institución, o sea, depende fundamentalmente de su "situación de *frontera institucional*"¹⁴; elemento generalmente insuficiente como para enfrentar victoriosamente tales presiones institucionales. Así estas expectativas de papeles, los objetivos burocráticos, los escasos recursos, llevan frecuentemente a *limitar y subordinar la libertad del profesional, a rutinizar sus funciones y a burocratizar su práctica profesional*.

A pesar de eso no podemos caer en la visión fatalista de que nada es posible hacer dentro de las "amarras de las organizaciones burocráticas", proponiendo un "Servicio Social contrainstitucional"¹⁵. Ya Faleiros, criticando la "brechología", indicaba el carácter conflictivo de las relaciones organizacionales donde el asistente social es un actor más, y por lo tanto con posibilidades de aumentar su poder en la organización y donde "las instituciones [aparecen] como lugar de lucha" (Faleiros, 1985: 36). Para el autor, "en el ámbito institucional 'la guerra de posiciones' implica luchas por el poder de decisión y de manipulación de recursos" (*idem.*: 37). Según él, "al mismo tiempo en que son control y manutención, los mecanismos institucionales son mediaciones de estrategias de sobrevivencia, objeto de reivindicaciones sindicales, de movimientos sociales, de presiones de varios segmentos sociales" (*idem.*: 35); siendo que el asistente social puede (y debe), a través del análisis de la coyuntura — social y organizacional — establecer estrategias y tácticas para

14. Concepto acuñado originalmente por el chileno Rafael Estevez (1985).

15. Lima Santos afirma que "ni los organismos estatales o los particulares son fortalezas inexpugnables de la ideología dominante, ni las comunidades o los grupos populares transmiten, infaliblemente, el punto de vista proletario" (1993: 117).

fortalecer el polo popular de la relación organización-usuario, procurando cambiar la correlación de fuerzas mediante la facilitación del saber, de los recursos y del poder de decisión a las poblaciones atendidas. Evidentemente esta vía exige del profesional el fortalecimiento de los cuatro recursos anteriormente mencionados (en Faleiros son: saber, recursos y poder de decisión, 1985: 38), lo que significa mayor cualificación profesional y nivel de información, más allá de su situación fronterera.

Para Errandonea, — siguiendo la idea de Weber de que para que la autoridad burocrática goce de legitimidad debe haber un mínimo de aceptación y obediencia del subordinado reflejando una relación desigual pero bilateral y normativizada —, el propio límite de la legitimidad del poder es móvil, pudiéndose ampliar o contraer las áreas de autoridad y aumentando o disminuyendo el poder del líder y de los subordinados (Errandonea, 1985), tanto como para cualquier miembro de la organización.

b- Por otro lado, desde un *análisis histórico-estructural a nivel societal*, el asistente social se presenta como un "*profesional de la coerción y del consenso*" (ver Yamamoto, 1997: 143-159), debatiéndose ambigua y contradictoriamente entre los intereses institucionales y las necesidades populares. Siendo él un empleado asalariado y teniendo poco margen de acción, poco poder de negociación y una función social dentro de la división sociotécnica del trabajo, el asistente social cumple un papel "básicamente instrumental, de difusión de teorías e ideologías, de articulación de las clases trabajadoras en la órbita de las instituciones del poder de la clase dominante" (*idem.*, 1997: 158). Parece ser un profesional cuyo papel no es tanto definido por la disputa con la burocracia institucional, sino por una función social, determinada macroscópicamente. Se trata por lo tanto, como afirma Yamamoto, "de un intelectual *subalterno*, de un profesional de la coerción y del consenso" (*idem.*: 159); lo que lo coloca en una tensión inmanente a su práctica.

Esta tensión que vive todo profesional en su actividad de campo aparece como más marcada en la realidad del asistente social (especialmente en la empresa, en el Estado, pero también en las ONGs y las demás instituciones públicas y privadas) en la medida en que generalmente este profesional es contratado por una clase

(o representante de esta), categoría social, segmento, para intervenir en la realidad de otra clase etc. O sea, él es contratado por una categoría social con intereses específicos y demandando del asistente social funciones determinadas, pero su intervención se desarrolla entorno de la realidad de otra categoría social, con intereses generalmente contrarios a los del contratante, y demandando otras funciones (y opciones) del profesional. Tal tensión, que marca la práctica profesional del asistente social se da a partir de que él se desempeña profesionalmente entre los diferentes intereses, entre las necesidades y demandas diversas que provienen de categorías distintas: la del contratante (del asistente social) y la del "usuario" (de los servicios que presta en su intervención). Es por ese motivo que la legitimación del asistente se articula, como ya mencionamos, en dos niveles: funcional o institucional y social.

Sin embargo, como afirma Yamamoto en el análisis que hace sobre la constitución del espacio profesional como producto histórico, se debe considerar "la práctica profesional como *resultante de la historia*, y al mismo tiempo, como *producto teórico-práctico de los agentes que a ésta se dedican*" (1997: 189-190), siendo que, para la autora,

"aprehender el movimiento contradictorio de la práctica profesional como actividad socialmente determinada por las condiciones histórico-coyunturales, reconociendo que éstas son mediatizadas por las respuestas dadas por el colectivo profesional — dentro de los límites establecidos por la propia realidad —, es condición básica para aprehender el perfil y las posibilidades del Servicio Social hoy, las nuevas perspectivas del espacio profesional" (*idem.*: 190).

Así ella entiende el espacio profesional como "conjunción de esos factores contradictorios": como resultante histórica tanto de la "lucha por la hegemonía que se establece entre las clases fundamentales y sus respectivas alianzas" y "las respuestas teórico-prácticas, cargadas de contenido político, efectuadas por el colectivo profesional"; pudiendo de esta forma concebir el cambio de la funcionalidad de la profesión, de su papel político, permitiendo visualizar un profesional crítico y preparado para conocer e intervenir eficazmente en la realidad social, un profesional comprometido con las clases populares.

Para Yamamoto,

"el espacio profesional no debe ser visto apenas desde la óptica de la demanda profesional ya consolidada socialmente [de la expectativa organizacional de papel y del papel efectivamente desarrollado]: se trata, teniendo como base un distanciamiento crítico del panorama ocupacional, de apropiarse de las posibilidades teórico-prácticas abiertas a la profesión por la propia dinámica de la realidad." (Yamamoto, 1997: 191).

El profesional debe, según esta autora, "a partir del *juego de fuerzas sociales* presentes en las circunstancias de su trabajo, *reorientar la práctica profesional* al servicio de los intereses y necesidades de los segmentos mayoritarios de la población, consolidando junto a ellos *nuevas fuentes de legitimidad* para el Servicio Social" (Yamamoto, 1997: 138-139) (subrayado nuestro). Así, para Yamamoto, "a medida que el contingente profesional se expande, pasando a ser reclutado fundamentalmente en los 'estratos medios' de la sociedad, quienes sufren los golpes de una política económica ampliamente desfavorable a los sectores populares", se torna posible "una *ruptura* de parte del medio profesional con el papel tradicionalmente asumido, en la búsqueda de sumarse a las fuerzas propulsoras de un nuevo proyecto de sociedad. A eso se alía la búsqueda de fundamentos científicos más sólidos que orienten la actuación, sobrepasando la mera actividad técnica." (*idem.*: 139).

De esta forma, Yamamoto supera la postura "fatalista"¹⁶ (ver Yamamoto, 1997: 186 y ss.), depositaria de una visión "perversa" de la profesión, de que nada se puede hacer en la órbita del Estado (por ser éste el "comité de la burguesía"), en las empresas (espacios de dominación y explotación económica), en las Iglesias (semillero de un saber místico) desde que el vínculo con estas instituciones

16. El fatalismo, dice Yamamoto, es "inspirado en análisis que naturalizan la vida social, traducido en una visión 'perversa' de la profesión. Como el orden del capital es entendido como natural y perenne, a pesar de las desigualdades evidentes, el Servicio Social se encontraría atrapado por las redes de un poder, visto como monolítico, y sin que nada pueda hacer. Como máximo podría perfeccionar formal y burocráticamente las tareas que son atribuidas a los cuadros profesionales por los demandantes de la profesión" (1997: 186).

se da en la base de un contrato salarial, y por lo tanto, de la sumisión a los objetivos organizacionales.

Contrariamente a esta postura, Yamamoto defiende la idea de que es posible y necesaria la lucha de los profesionales visando la ruptura con las tradicionales funciones del Servicio Social. Esto significa aceptar que la identidad de los profesionales no es (como sugiere Martinelli) meramente atribuida desde fuera del Servicio Social, sin ninguna participación (tanto para su afirmación como para su rechazo) de los agentes profesionales. Recae en el compromiso con la mejor capacitación y cualificación de los asistentes sociales, en la investigación crítica y creadora sobre los objetos a partir de una perspectiva de totalidad de la realidad, en el descubrimiento de la realidad política y del papel político que contiene el ejercicio de la profesión; recae entonces en ellos la posibilidad de ruptura con la condición subalterna y subalternizante, dentro de las condiciones históricas.

Por lo tanto, el profesional tiene un compromiso y obligación *ético-política*¹⁷: *estar consciente de esta tensión, saber exactamente por donde ella perpassa* (lo que demanda del asistente social un conocimiento de la realidad socioeconómica y política en general, de las categorías teóricas con las cuales se enfrenta en su práctica cotidiana, pudiendo entonces comprender la funcionalidad y el verdadero significado de fenómenos directamente relacionados a su intervención, tales como: políticas sociales en general, tercerización, vales y tiquets como salarios indirectos, calidad total, privatizaciones, incentivos a despidos voluntarios etc.), lo cual demanda que el asistente social *asuma una postura, una opción político-profesional* que, dentro de este campo de tensión, participe profesionalmente con claras perspectivas ideopolíticas y teórico-metodológicas.

17. Compromiso a cuatro niveles: en primer lugar como trabajador que vive de su salario; por lo tanto, en segundo lugar, con quien lo contrata; en tercer lugar, con el/los sujetos con los cuales y para los cuales va dirigida su intervención; finalmente con la profesión y su normativa ética.

1.4. El Servicio Social visto como "tecnología" y su relación con las "ciencias"

Cuando es entendido el Servicio Social como una "tecnología", en sus diversas versiones¹⁸, no le correspondería la producción de conocimientos científicos, apenas la importación del acervo teórico de las "ciencias" y su aplicación práctica. Esta separación radical y positivizada entre disciplinas que producen conocimientos científicos y disciplinas que los aplican en la práctica (o que los "transforma" en conocimientos instrumentales), constituye la base de lo que llamamos de "*praticismo*" del Servicio Social.

Esta relación polarizada: ciencia/técnica, teoría/práctica, determina una *cuarta subalternidad del asistente social*¹⁹; esta vez en relación, sea al "cientista" como persona, a las "ciencias" tomadas como profesiones o a los conocimientos científicos como orientadores de su práctica profesional.

Como señala Yamamoto, siguiendo a Gramsci,

"en la actividad intelectual se puede distinguir diferentes grados: 'los creadores de los valores, de las ciencias, artes y filosofía' y los 'administradores y divulgadores de la riqueza intelectual existente,

18. En el Documento de *Araxá* se considera al Servicio Social "como una *técnica social*, porque influencia el comportamiento humano y el medio, en sus interrelaciones" (Vv. Aa., 1986: 23); mientras en el Encuentro de *Sumaré* "El Servicio Social se caracteriza como *práctica o disciplina profesional en virtud de actuar en realidades sociales concretas*" (*idem*: 139). Por otro lado, para *Kisnerman*, el Servicio Social constituye "una *ocupación profesional* que, estudiando las situaciones-problemas, traduce las necesidades sociales en acciones concretas" (*Kisnerman*, 1980: 123). Otro autor de relevancia en la profesión a nivel latinoamericano, *Boris Lima*, asocia "el concepto de ciencia técnica al de *tecnología social* [y ahí sitúa] ... el nuevo Trabajo Social" (Lima, 1986: 41). Ya en otra perspectiva, se entiende que "la práctica profesional tiene un *carácter técnico*, subordinado a su dimensión política" (Leila Lima, *in* Palma, 1986: 105).

19. "La subalternidad técnica, según Netto, (...) derivó (...) en marginalidad teórica" (1997: 147). Para él, "situándose (...) como una especie de desagadero de las producciones de las ciencias sociales, el Servicio Social se vulnerabilizaba doblemente: primero, porque se le atrofiaba la capacidad crítica para sopesar la naturaleza, la funcionalidad y el sentido de aquellas producciones, cuyo procesamiento se le escapaba; segundo, porque quedaba a merced de los movimientos institucionales que otorgaban, o no, a aquellas producciones el estatuto de 'cientificidad'" (*idem*: 149).

tradicionalmente acumulada'. El Asistente Social, que en su calidad de intelectual tiene como instrumento básico de trabajo el *lenguaje*, podía ser caracterizado en ese segundo grupo²⁰. Históricamente, la producción de conocimientos científicos no constituye la actividad preeminente para ese colectivo profesional. Emerge y se afirma en su evolución como una profesión volcada para la *intervención en la realidad*, utilizando los conocimientos socialmente acumulados y producidos por otras ciencias, aplicándolos a la realidad social para subsidiar su práctica.

La consideración del Asistente Social como *un intelectual subalterno* sitúa, necesariamente la reflexión de su papel profesional en una dimensión eminentemente política ...” (Iamamoto, 1997: 103).

Las alternativas en la definición del perfil del asistente social, como caracteriza Netto, son entonces; la de “*técnico* entrenado para intervenir en un campo de acción determinado con la máxima eficacia operativa”, o la de “*intelectual* que, habilitado para operar en un área particular, comprende el sentido social de la operación y la significancia del área en el conjunto de la problemática social” (Netto, 1996: 125-126).

Si consideramos la “producción teórica” del Servicio Social podremos observar algunos aspectos comunes²¹. Estamos hablando fundamentalmente (aunque no exclusivamente) de la *sistematización de la actividad de campo y su consecuente búsqueda de elaboración teórica*. Al intervenir en una realidad y luego sistematizar su práctica, en esencia no se produce un conocimiento teórico (científico); en realidad, lo que ocurre es:

1) se elabora un “marco teórico” a partir de la adopción (y no de la incorporación crítica²²) de las teorías ya elaboradas por las “ciencias sociales”;

20. Desde que la división entre los dos grados (o grupos) se realice entre profesionales y no al interior de cada una de ellas (ver el punto 2-II de este capítulo).

21. Obviamente esto no puede ser generalizado a todo el colectivo profesional, sólo a una mayoría que muestra una tendencia preocupante. Las importantísimas excepciones constituyen el ejemplo a seguir.

22. Entiéndase por *actitud crítica* aquella que: a) procura con la teoría, la reproducción de la realidad misma, b) mantiene relación, interlocución y diálogo polémico con autores de diversas corrientes, lo que permite, c) un profundo análisis de los pro-

2) se aplica la teoría (y se contrasta) en la práctica;

3) “comprobandose” lo expuesto en el marco teórico, el asistente social llega a entender que “surgió de la práctica” un nuevo y original conjunto de saber teórico: “la teoría propia del Servicio Social”.

Con este proceso:

(a) el Servicio Social está condenado a producir poco de nuevo, poco conocimiento teórico original; apenas reproducirá, en otro lenguaje, con dimensión instrumental y con clara a-temporalidad, lo que ya circula entre las llamadas “ciencias sociales”.

(b) el Servicio Social está condenado a caminar siempre atrás, en la retaguardia de aquellas “ciencias”, del debate ya superado o ya desarrollado sin su participación y contribución²³. Y esta profesión tiene mucho para aportar en esos debates.

(c) se reproducen los criterios de veracidad empiricista (comprobación) y/o popperiano (falseabilidad).

(d) sin embargo se cree que la “fuente” de aquella “teoría” proviene (como que mágicamente) de esa “práctica”.

Es necesario cambiar esta lógica perversa que impregna la investigación en el Servicio Social y que subordina a la profesión, y reconocer esta realidad significa dar el primer paso para tal superación. Es necesario desarrollar cada vez más (siguiendo una senda ya iniciada en el medio profesional) una investigación creadora, innovadora y original, en el ámbito del Servicio Social; que piense los objetos con los cuales trabaja y no apenas sus formas prácticas, su metodología, que piense en definitiva, la realidad social “desde” el Servicio Social y no sólo la realidad “sobre” la profesión; se debe desarrollar antes la investigación “de la” profesión (aquella

cesos sociales contemporáneos y d) una selectividad del conocimiento teórico (de los productos, de los procesos y de los criterios que llevaron a su elaboración), e) esto en un marco de participación político-social.

23. Esta afirmación no se aplica a la investigación que, fundamentalmente desde la academia, asistentes sociales realizan con una clara sintonía con las cuestiones de la actualidad histórica y en simetría con el debate en desarrollo en las diversas profesiones sociales en general. Particularmente, el debate en el Brasil a partir de la segunda mitad de los años '80 es un claro ejemplo.

que los asistentes sociales realizan sobre los *objetos* o fenómenos con los cuales trabaja) que la investigación "en la" profesión (aquella realizada sobre los *objetivos, prácticas, métodos, técnicas* del Servicio Social).

En este sentido, se destaca que, además de la predominante idea del "practicismo" (tematizado en el ítem 3), hay en el Servicio Social un fundamento "endogenista". Efectivamente, el asistente social se preocupa más con su auto-análisis, con la investigación de sí propio, y a partir de sí mismo, como un objeto autónomo (de su "método específico" y de su "teoría propia"), que con el estudio científico de la realidad social²⁴. Esto en la medida que este último es considerado patrimonio de las disciplinas con *status* "científico", sobrando para el Servicio Social apenas el estudio de su endogenismo — del método propio, de la práctica específica, de la "teoría" instrumental —; lo que estaría definiendo la "especificidad" de esta profesión (estos aspectos serán tratados a seguir).

Finalmente, la consecuencia lógica de este proceso es llevar al Servicio Social a *aferrarse a los campos tradicionales de intervención*, dejando de esta forma las nuevas demandas sociales, las problemáticas emergentes, generadas por y en una sociedad altamente dinámica y compleja, para otros profesionales, (este tema será objeto del análisis del punto 4).

2. BUSCANDO LA "ESPECIFICIDAD" PROMETIDA

El 'endogenismo' del Servicio Social

Un segundo elemento reproductor de la lógica generadora del Servicio Social o de la razón de ser de su génesis, se vincula a la autopercepción de los profesionales en relación a la consideración de cuál es la "especificidad" que caracteriza diferenciadamente la profesión.

24. A partir de una investigación sobre Tesis de Maestría y de Doctorado en Servicio Social en Brasil, apoyada por CNPq y coordinada por Kameyama, Netto observa "el peso de las preocupaciones con la 'internalidad' del Servicio Social"; un 44,5 % (Netto, 1996: 107).

Este punto, por su vez, se vincula a la (auto)reproducción de la idea que desarrolla la primera tesis sobre la legitimidad del Servicio Social²⁵.

2.1. La "especificidad" del Servicio Social

Efectivamente, uno de los temas, casi obsesivo, preferidos en los debates de los asistentes sociales está vinculado a la *búsqueda de su "especificidad"*²⁶, de su diferencia con las restantes disciplinas sociales, de su estatuto teórico²⁷. Parecería que sin un "saber específico", sin un "campo específico de intervención", sin "sujetos propios", sin "métodos y técnicas específicas", sin "objetivos exclusivos", la profesión, por un lado, no tendría motivo de existir y/o, por otro lado, ella quedaría extremadamente vulnerable e indefensa frente a las restantes profesiones que eventualmente compartan estas características.

25. Netto entiende que "la apelación a diferentes ciencias sociales (...) para subsidiar prácticas y representaciones que desbordan el límite de cada una" se presenta para el Servicio Social como "una estructura reiterativa" (1997: 151). Igualmente, entiende que mantenida la pretensión de una teoría y una metodología "propia y autónoma" "y, con ella, subrepticamente, *las incidencias de la tradición positivista (y neopositivista)* —, la renovación del Servicio Social reitera el eclecticismo" (*ídem.*: 154).

26. Yolanda Guerra argumenta esta procura en el sentido de que "ocupando [el Servicio Social] una posición terminal en la trama del proceso de organización de las políticas sociales, sus acciones adquieren un carácter polivalente, indefinido, imponiendo al conjunto del colectivo profesional la *preocupación en encontrar la 'especificidad' de la profesión*" (1995: 138).

27. Según Netto, algunos de los temas más presentes en los debates del Servicio Social desde su propia institucionalización como profesión tiene como telón de fondo "la clarificación del *estatuto teórico* del Servicio Social y la localización de su especificidad como *práctica profesional*". Considerando, el autor, que "el tratamiento distinto de ellas es una exigencia básica para iluminar convenientemente las peculiaridades de cada una, y en especial, para infirmar la equivocada relación causal que la tradición profesional fue estableciendo entre ambas, consistente en derivar la legitimidad de la práctica profesional a partir de sus fundamentos pretendidamente científicos. Y mucho más significativamente, porque permite remitir el análisis de la problemática teórico-cultural del Servicio Social a su terreno fundamental — aquel que se pone en el ámbito de las relaciones entre proyecto de intervención y rigor teórico posible en el conocimiento de lo social, en los marcos de la sociedad burguesa" (Netto, 1997: 82).

¿Cuál es el fundamento de esta peregrinación profesional en la procura de una legendaria especificidad?²⁸

Veamos. El concepto de "especificidad" refiere a la cualidad que cierta especie posee y por la cual esta última se torna especial, diferente de las otras. Así, el carácter de específico de alguna cosa atribuye dos condiciones: primeramente, esta característica por ser específica, debe reflejarse, *debe estar presente en todos los miembros de esta especie*, teniendo una *dimensión inclusiva*; en segundo lugar, ella *no puede existir en miembros de otras especies*, lo que muestra su *dimensión exclusiva*²⁹; quiere decir: *lo que nos diferencia de*

28. Dos investigaciones, de magnitud diferente, sobre el estudio de la especificidad del Servicio Social deben ser destacadas, por su precursor intento en desmitificar ciertos aspectos de esta problemática:

• Primeramente la obra de Josefa Batista, de enorme significación para el Servicio Social: *"Objeto e especificidade do Serviço Social. Pensamento latino-americano"*, donde los autores que trabajan estas dos problemáticas dentro del Movimiento de Reconceptualización son agrupados en tres tendencias (*de la integración social*: José Lucena Dantas, Helena Iraci Junqueira y Tecla Machado Soeiro; *de la liberación social*: Vicente de Paula Falcões y Boris Alexis Lima y la *perspectiva mixta*: Ricardo Hill, Natálio Kisnerman y Antolin López Medina) y analizadas críticamente sus propuestas. Aquí la autora propone la innovadora idea de que *"la especificidad no es así exclusividad"* (Batista, 1980: 30). (Para su consideración, ver *infra*).

• En segundo lugar, una investigación sobre la *"Especificidad del Servicio Social"*, donde Teixeira Caldas y D'Auria realizan entrevistas con profesionales del área y de otras disciplinas, encontrando que los asistentes sociales entienden la "especificidad" de su profesión en los siguientes aspectos: "objeto, objetivos, naturaleza, valores, ideología, conocimientos y la propia práctica profesional" (1981: 54). Aquí las autoras entienden que, para evitar detenerse "en discusiones infructíferas en el sentido de encontrar una exclusividad", su "preocupación no estaba en abordar los elementos que irían a determinar la especificidad del Servicio Social, y si en encontrar lo que hay de común en la acción de todos los asistentes sociales" (Teixeira Caldas y D'Auria, 1981: 55).

• Más recientemente, un trabajo, — en este caso elaborado fuera de Brasil, en México —, sobre *"Especificidad y papel en el Trabajo Social — curriculum, saber y formación"*, realizado en 1990 por García Salord, entiende los elementos constitutivos de la especificidad profesional localizados en los sujetos, en el objeto y en el marco de referencia (objetivos específicos, función social) y procedimientos metodológicos; mientras las *dimensiones* de esta especificidad estarían conformadas por el saber especializado, por el ejercicio profesional, por el mercado de trabajo, por la identidad y por el *status* profesional (ver García, 1990: 19-21). Sobre los análisis más detallados de estas consideraciones ver *infra*.

29. Si la especificidad de los mamíferos es que éstos poseen mamas, todos ellos y sólo ellos deben tener tales características.

*los otros y lo que nos identifica como cuerpo*³⁰. En otras palabras, aquellos supuestos elementos que conforman la "especificidad" del Servicio Social deben permear todos y cada uno de los profesionales de este colectivo profesional, así como en ningún sujeto que no integre el cuerpo profesional del Servicio Social podrán existir tales atributos, constituyéndose, como dice Netto, en un "demarcador profesional" (ver Netto, 1997: 95). Estos deben ser exclusivos y abarcar a los miembros del Servicio Social.

Pero, procurar la "especificidad" del Servicio Social en la división sociotécnica del trabajo, significa determinar su "especialidad" — o si se prefiere, determinar la especialización del Servicio Social³¹. Así, al estudiar "la división social del trabajo", Lukács muestra como para los anticapitalistas románticos

"la especialización cada vez más estrecha es el 'destino' de nuestra época, un destino del cual nadie puede escapar. De acuerdo con esta concepción, se adopta frecuentemente el argumento de que la extensión de la ciencia moderna alcanzó una amplitud tal que no permite más que la capacidad de trabajo de un solo hombre domine enciclopédicamente todo el campo del saber humano" (Lukács, 1992: 122).

Para Lukács, Weber es el representante más conspicuo del saber especializado³² y este último se expresa en las "ciencias sociales particulares". Así, por ejemplo, la sociología³³

30. Por este motivo, muchos análisis sobre especificidad son enfocados bajo la forma de "identidad".

31. Cuando la especialización es inter-profesional ella tiende a sustituir la cualificación; se transforma en el elemento diferenciador de cada profesión en la división sociotécnica del trabajo. Así surgen las disciplinas "especializadas" en diversas áreas. Es diferente el caso de la especialización intra-profesional, siempre posterior a la cualificación y en armonía con una perspectiva de totalidad. (Sobre esto ver el punto 3 de las Conclusiones).

32. "Weber era economista, sociólogo, historiador, filósofo y político. En todos esos campos tenía a su disposición conocimientos profundos, superiores al promedio, y además, se sentía cómodo en todos los campos del arte y de su historia. Sin embargo, no existe en él cualquier sombra de un verdadero universalismo" (Lukács, 1992: 122-123). Y aún más, heredero de la filosofía neokantiana, existe en Weber una "ausencia de relaciones entre pensamiento y acción, entre teoría y praxis." (*idem.*: 124).

33. El análisis que Lukács realiza para el surgimiento de la sociología puede ser extendido a todas las "ciencias sociales particulares", que surgen a partir de los acon-

"surge como ciencia autónoma porque los ideólogos burgueses pretenden estudiar las leyes y la historia del desarrollo social *separándolas de la economía*. La tendencia objetivamente apologética de esta orientación no deja lugar a dudas. Después del surgimiento de la economía marxista, sería imposible ignorar la lucha de clases como hecho fundamental del desarrollo social, siempre que las relaciones sociales sean estudiadas a partir de la economía. Para huir de esta necesidad, surgió la sociología como ciencia autónoma; cuanto más ella elaboró su método, más formalista se tornó, más substituyó la investigación de las reales conexiones causales en la vida social por análisis formalistas y vacíos razonamientos analógicos³⁴. (...) Así, como la sociología debería constituir una 'ciencia normativa', sin contenido histórico y económico, del mismo modo la Historia debería limitarse a la exposición de la 'unicidad' del decurso histórico, sin llevar en consideración las leyes de la vida social" (Lukács, 1992: 123)³⁵.

Como consecuencia, según este contundente teórico húngaro, "al burgués medio, su actividad profesional le parece ser un *pequeño engranaje en una enorme maquinaria* de cuyo funcionamiento general no puede tener la mínima idea" (*idem.*: 125).

Entre estas actividades profesionales se encuentra evidentemente la del Servicio Social, como profesión fundamentada en la acción, en la intervención desconectada del conocimiento veraz de la realidad, y donde "la sociedad aparece como un místico y oscuro poder, cuya objetividad fatalista y deshumanizada se contrapone, amena-

tecimientos desencadenados entre 1830 y 1848; también es extensivo al conjunto de disciplinas ("técnicas") sociales.

34. Cualquier semejanza entre el formalismo de la sociología y la preocupación del Servicio Social con su método (o su "metodologismo") no es mera coincidencia.

35. Agrega Lukács, en otro texto, que "el nacimiento de la sociología como disciplina independiente hace que el tratamiento del problema de la sociedad deje de lado su base económica; la supuesta independencia entre las cuestiones sociales y las cuestiones económicas constituye el punto de partida metodológico de la sociología." (Lukács, 1992:132). Así, las crisis generadas por la disolución de la escuela ricardiana y del socialismo utópico "ponen fin a la economía burguesa en el sentido de los clásicos, o sea, en el sentido de ciencia fundamental para el conocimiento de la sociedad. Por un lado, nace la economía burguesa vulgar (...); por otro lado, nace la sociología en cuanto ciencia del espíritu desvinculada de la economía." (*idem.*: 132) y así nacen otras "ciencias sociales particulares" y "disciplinas técnicas".

zadora e incomprensida, al individuo" (*ibídem.*), por lo tanto, sin posibilidad de comprensión y transformación.

La hegemonía del sistema capitalista consolidado se mantiene no apenas con la coerción sino que precisa de cierto grado de aceptación general (ver Weber), de consenso (ver Gramsci). Así, la ideología, los valores y normas burgueses deben ser incorporados por el conjunto de la población como "cultura oficial"³⁶, lo que

36. Como manifiestan Marx y Engels en la *Ideología Alemana*, "las ideas (*Gedanken*) de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes, esto es, la clase que es la fuerza *material* dominante es al mismo tiempo su fuerza *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios de producción materiales tiene al mismo tiempo los medios de producción espiritual, lo que hace que a ellas sean sometidas, al mismo tiempo y promedialmente, las ideas de aquellos a los cuales les faltan los medios de producción espiritual. Las ideas dominantes no son más que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por lo tanto, la expresión de las relaciones que tornan una clase en la clase dominante: por lo tanto, las ideas de su dominación. Los individuos que constituyen la clase dominante poseen, entre otras cosas, también consciencia, y por esto, piensan; en la medida que dominan como clase y determinan todo el ámbito de una época histórica, es evidente que lo hagan en toda su extensión, y consecuentemente, entre otras cosas, también domine como pensadores, como productores de ideas; que regulen la producción y distribución de ideas de su tiempo y que sus ideas sean, por eso mismo, las ideas dominantes de la época" (Marx y Engels, 1977: 72).

En la tradición marxista, Lefebvre también trata de esta cuestión: "En la medida en que no existe sociedad basada en la pura violencia, es la ideología que obtiene el consentimiento de los oprimidos, de los explotados. La ideología los representa de manera tal que les arranca, además de la riqueza material, la aceptación y mismo la adhesión espiritual" (Lefebvre, *in* Yamamoto, 1997: 125 — nota de pie de página n° 115).

Tematizado por Yamamoto, "el control social y la difusión de la ideología dominante constituyen recursos esenciales, complementando otras maneras de presión social apoyadas en la violencia, para la obtención de consenso social. (...) la ideología dominante es un medio de obtención del consentimiento de los dominados y oprimidos socialmente, adaptándolos al orden vigente" (*ibídem.*); siendo que para la autora, "el modo capitalista de reproducir y el de pensar son inseparables, y ambos se expresan en el cotidiano de la vida social" (*idem.*: 126).

Para Martins, "el modo capitalista de producción (...) es también un modo capitalista de pensar (...). En cuanto modo de producción de ideas, marca tanto el sentido común como el conocimiento científico (...). No se refiere estrictamente al modo como piensa el capitalista, sino al modo de pensar necesario a la reproducción del capitalismo, a la reelaboración de sus bases de sustentación ideológicas y sociales" (Martins, *in* Martinelli, 1997: 70).

obliga a la clase hegemónica a dos artificios: la "naturalización" y el *ocultamiento* o incluso fetichización de aquellos. Los valores y normas "naturalizados" y "fetichizados", son entonces *deshistoricizados* (véase por ejemplo, las consideraciones de Netto, 1997: 55 y ss.; también Lessa, 1996); en ese sentido, son vistos como naturales e incomprensibles o indescifrables, por lo tanto, inmutables. La forma de hacer eso es desarrollando un tipo de racionalidad que sea al mismo tiempo segmentadora y manipuladora de lo real.

Como expresa Lukács, al analizar las leyes que rigen el sistema capitalista,

"esa 'ley' (...) tendrá que ser [por un lado] una ley de las 'contingencias' que reaccionan recíprocamente y no la de una organización realmente racional. Por otro lado, este sistema de leyes no apenas debe imponerse a los individuos: *nunca podrá tampoco ser susceptible de un conocimiento integral y adecuado*, porque el conocimiento integral de la totalidad aseguraría al sujeto de ese conocimiento una tal posición de monopolio que tanto bastaría para suprimir la economía capitalista" (Lukács, 1974: 117).

De esta forma el *positivismo* se presenta como la racionalidad hegemónica de la cultura "oficial" del mundo occidental, dada su funcionalidad con el orden burgués. Así, segmentada la realidad en "esferas" autonomizadas: *la económica* (como siendo el campo de las relaciones entre actores que ocupan lugares diferentes en el proceso productivo; sin clases, ni luchas de clases, ni intereses contrapuestos — *despolitizando* este espacio, convirtiendo la "economía política" en "economía vulgar", casi identificable a la contabilidad, a la ingeniería industrial y a la administración), *la política* (como siendo el espacio de las luchas de intereses, pero que, por ser *deseconomizados* — retirada la conexión económica, de las clases, en relación a esos intereses —, ellas son entendidas como estando operadas en la órbita del Estado, y no de la producción, y entre "actores sociales" y/o partidos políticos, y no clases sociales; son los movimientos sociales extra-clases y la lucha parlamentaria del sistema democrático que institucionaliza, descaracteriza y controla — minimiza y normatiza — los conflictos) y *la social* (como siendo la interacción entre individuos en su espacio cotidiano, *despolitizado* y *deseconomizado*), se opera por lo tanto la *deshistoricización* de

lo social: el "sistema" no puede más ser alterado en su totalidad; la revolución y la transformación desaparecen como opción o posibilidad histórica; sólo es posible alterar, controlar o manipular "variables", "disfunciones", "partes" del todo, permaneciendo el sistema en su "natural equilibrio".

Para esto, la forma de conocimiento producido sobre esta "historia natural de la sociedad" debe ser fragmentaria y fenoménica: surgen y se desarrollan las ciencias sociales particulares como disciplinas que reparten entre sí el *conocimiento* (parcial y fenoménico) de los "retazos de realidad" y la *intervención* (manipulación) "correctiva" de variables de estas fracciones de la realidad (o "realidades"). El Servicio Social tiene su génesis en este contexto histórico y en esta perspectiva y racionalidad; segmentadora y manipuladora de esos segmentos de la realidad³⁷.

Es así que la búsqueda de la "especialización"³⁸ del Servicio Social es emprendida a partir de una perspectiva de *pulverización*

37. "La filiación teórica del Servicio Social — dice Netto — es indesmentible: viene precisamente en el proceso de consolidación de las ciencias sociales [particulares]" (1997: 147); Netto entiende que la perspectiva que pretende una teoría y un método de Servicio Social está ligada "a la concepción positivista (...) de suponer que puedo cortar un fenómeno de la realidad, abstraerlo, estudiarlo en sí y luego remitirlo, reenviarlo a la totalidad social" (1993: 54).

En concordancia, Iamamoto entiende que "el Servicio Social nace y se desarrolla en la órbita de ese universo teórico [de la "tradición conservadora del pensamiento europeo del siglo XIX]. Pasa de la influencia del pensamiento conservador europeo, franco-belga, en sus orígenes, para la sociología conservadora norteamericana, a partir de los años '40" (1997: 169).

También Ammann concluye que "a lo largo del proceso de construcción del conocimiento predominó históricamente la tendencia que postula la definición apriorística de un objeto exclusivo para cada ramo de las ciencias. Fundada en el corte positivista que separa los que piensan de los que actúan, los que producen conocimiento de los que aplican esos conocimientos, tal tendencia respondía a intereses sociales y relaciones de poder reforzadores de la división social del trabajo en el seno de la sociedad. De tal postura — que separa ciencia y técnica, disciplinas que producen de disciplinas que aplican el conocimiento — derivó la clasificación de las áreas, siendo el Servicio Social caracterizado como disciplina de aplicación. Entonces, en su proceso de institucionalización éste está marcado por el pragmatismo e impedido de pensar los fenómenos sociales sobre los cuales interviene ..." (Ammann, 1984: 144).

38. Vale la pena señalar que "Marx y Engels consideraban la *especialización* como *limitadora* y *perjudicial* a todos los trabajadores, tanto intelectuales como manuales" (in Bottomore, 1988: 194).

obliga a la clase hegemónica a dos artificios: la "naturalización" y el *ocultamiento* o incluso fetichización de aquellos. Los valores y normas "naturalizados" y "fetichizados", son entonces *deshistoricizados* (véase por ejemplo, las consideraciones de Netto, 1997: 55 y ss.; también Lessa, 1996); en ese sentido, son vistos como naturales e incomprensibles o indescifrables, por lo tanto, inmutables. La forma de hacer eso es desarrollando un tipo de racionalidad que sea al mismo tiempo segmentadora y manipuladora de lo real.

Como expresa Lukács, al analizar las leyes que rigen el sistema capitalista,

"esa 'ley' (...) tendrá que ser [por un lado] una ley de las 'contingencias' que reaccionan recíprocamente y no la de una organización realmente racional. Por otro lado, este sistema de leyes no apenas debe imponerse a los individuos: *nunca podrá tampoco ser susceptible de un conocimiento integral y adecuado*, porque el conocimiento integral de la totalidad aseguraría al sujeto de ese conocimiento una tal posición de monopolio que tanto bastaría para suprimir la economía capitalista" (Lukács, 1974: 117).

De esta forma el *positivismo* se presenta como la racionalidad hegemónica de la cultura "oficial" del mundo occidental, dada su funcionalidad con el orden burgués. Así, segmentada la realidad en "esferas" autonomizadas: *la económica* (como siendo el campo de las relaciones entre actores que ocupan lugares diferentes en el proceso productivo; sin clases, ni luchas de clases, ni intereses contrapuestos — *despolitizando* este espacio, convirtiendo la "economía política" en "economía vulgar", casi identificable a la contabilidad, a la ingeniería industrial y a la administración), *la política* (como siendo el espacio de las luchas de intereses, pero que, por ser *deseconomizados* — retirada la conexión económica, de las clases, en relación a esos intereses —, ellas son entendidas como estando operadas en la órbita del Estado, y no de la producción, y entre "actores sociales" y/o partidos políticos, y no clases sociales; son los movimientos sociales extra-clases y la lucha parlamentaria del sistema democrático que institucionaliza, descaracteriza y controla — minimiza y normatiza — los conflictos) y *la social* (como siendo la interacción entre individuos en su espacio cotidiano, *despolitizado* y *deseconomizado*), se opera por lo tanto la *deshistoricización* de

lo social: el "sistema" no puede más ser alterado en su totalidad; la revolución y la transformación desaparecen como opción o posibilidad histórica; sólo es posible alterar, controlar o manipular "variables", "disfunciones", "partes" del todo, permaneciendo el sistema en su "natural equilibrio".

Para esto, la forma de conocimiento producido sobre esta "historia natural de la sociedad" debe ser fragmentaria y fenoménica: surgen y se desarrollan las ciencias sociales particulares como disciplinas que reparten entre sí el *conocimiento* (parcial y fenoménico) de los "retazos de realidad" y la *intervención* (manipulación) "correctiva" de variables de estas fracciones de la realidad (o "realidades"). El Servicio Social tiene su génesis en este contexto histórico y en esta perspectiva y racionalidad; segmentadora y manipuladora de esos segmentos de la realidad³⁷.

Es así que la búsqueda de la "especialización"³⁸ del Servicio Social es emprendida a partir de una perspectiva de *pulverización*

37. "La filiación teórica del Servicio Social — dice Netto — es indesmentible: viene precisamente en el proceso de consolidación de las ciencias sociales [particulares]" (1997: 147); Netto entiende que la perspectiva que pretende una teoría y un método de Servicio Social está ligada "a la concepción positivista (...) de suponer que puedo cortar un fenómeno de la realidad, abstraerlo, estudiarlo en sí y luego remitirlo, reenviarlo a la totalidad social" (1993: 54).

En concordancia, Iamamoto entiende que "el Servicio Social nace y se desarrolla en la órbita de ese universo teórico [de la "tradición conservadora del pensamiento europeo del siglo XIX]. Pasa de la influencia del pensamiento conservador europeo, franco-belga, en sus orígenes, para la sociología conservadora norteamericana, a partir de los años '40" (1997: 169).

También Ammann concluye que "a lo largo del proceso de construcción del conocimiento predominó históricamente la tendencia que postula la definición apriorística de un objeto exclusivo para cada ramo de las ciencias. Fundada en el corte positivista que separa los que piensan de los que actúan, los que producen conocimiento de los que aplican esos conocimientos, tal tendencia respondía a intereses sociales y relaciones de poder reforzadores de la división social del trabajo en el seno de la sociedad. De tal postura — que separa ciencia y técnica, disciplinas que producen de disciplinas que aplican el conocimiento — derivó la clasificación de las áreas, siendo el Servicio Social caracterizado como disciplina de aplicación. Entonces, en su proceso de institucionalización éste está marcado por el pragmatismo e impedido de pensar los fenómenos sociales sobre los cuales interviene ..." (Ammann, 1984: 144).

38. Vale la pena señalar que "Marx y Engels consideraban la *especialización* como *limitadora* y *perjudicial* a todos los trabajadores, tanto intelectuales como manuales" (in Bottomore, 1988: 194).

y segmentación de la realidad en "cuestiones sociales" (ver Yamamoto, 1992: 76-86 y Netto, 1992: 15-30) y de una diversificación compartimentada de los estudios y respuestas a estos problemas particulares (ver Netto, 1992: 136). Efectivamente, surge, vinculada al orden burgués — especialmente a lo que Lukács denomina de "decadencia ideológica de la burguesía", que se instaura fundamentalmente a partir de 1848, "frente a la disolución del hegelianismo", en el momento en que la clase burguesa pierde su carácter crítico-revolucionario frente a las luchas proletarias³⁹ (Lukács, 1992: 109 y ss.) —, un tipo de racionalidad que, procurando la mistificación de la realidad, crea una imagen fetichizada y pulverizada de ésta⁴⁰. El conocimiento segmentado de la realidad condiciona la segmen-

39. La decadencia ideológica de la burguesía, dice Lukács, "tiene inicio cuando la burguesía domina el poder político y la lucha de clases entre ella y el proletariado se coloca en el centro del escenario histórico. Esta lucha de clases, dice Marx, 'significó el doblar de las campanas por la ciencia económica burguesa. Ahora no se trata de saber si éste o aquel teorema es verdadero, sino si es útil o perjudicial para el capital'" (Lukács, 1992: 110). Para Coutinho, "la distinción actual entre varias ciencias sociales particulares, cada una constituyendo una 'especialidad' dotada de un pretendido objeto propio (...), surge en el momento en que se da ese eclipse de la reflexión totalizante [e historicizante] sobre lo social. Y ese eclipse tiene lugar (...) en el momento en que la burguesía deja de ser una clase revolucionaria" (Coutinho, 1994: 95-96).

40. Siguiendo la crítica de Marx y Engels, Lukács entiende que "antes de 1848, Guizot es uno de aquellos notables historiadores franceses que descubrieron científicamente la función de la lucha de clases en la historia del origen de la sociedad burguesa. Después de 1848, Guizot pretende demostrar a cualquier precio que el mantenimiento de la monarquía de julio es un imperativo de la razón histórica y que 1848 fue solamente un gran equívoco (...). Así, bajo la influencia de la revolución de 1848, uno de los fundadores de la ciencia histórica moderna se transformó en un apologeta mistificador" (Lukács, 1992: 112). Según el autor, frente a las agitaciones proletarias, "ahora también huyen los ideólogos de la burguesía, prefiriendo inventar los más vulgares e insípidos misticismos en lugar de encarar de frente la lucha de clases entre burguesía y proletariado, de comprender científicamente las causas y la esencia de esta lucha. Metodológicamente, esa transformación en la orientación se manifiesta en el hecho de que (...) los teóricos evitan cada vez más entrar en contacto directamente con la propia realidad, colocando, al contrario, en el centro de sus consideraciones, las disputas formales y verbales con las doctrinas precedentes" (*ibidem*). Según Coutinho, "esta rígida división científica del trabajo (...) estimula la emergencia de un pensamiento fragmentario, favorable a los intereses particulares de la burguesía", concluyendo que "el nacimiento de las 'ciencias sociales' es uno de los momentos constitutivos de la actual ideología burguesa" que tiende a aceptar la realidad social "como un agregado de 'datos' insuperables" (Coutinho, 1994: 96).

tación de las respuestas y lleva a cambios parciales de la misma. Así, la segmentación de la realidad en "cuestiones sociales" propicia que éstas sean tratadas a través de instrumentos parciales y compartimentados: *las políticas sociales segmentadas y puntuales*.

En este sentido, siguiendo a Guerra, "esta forma de concebir y explicar los procesos sociales, peculiar al 'racionalismo burgués moderno', puesta en las/por las políticas sociales, repercute en la intervención profesional de los asistentes sociales, ya que éstas se constituyen en la base material sobre la cual el profesional se mueve, y al mismo tiempo, atribuyen contornos, prescripciones y ordenamientos a la intervención profesional" (1995: 137).

De esta manera, si la racionalidad burguesa segmenta la realidad, "recortándola" según especializaciones correspondientes a las varias "perspectivas" o puntos de vista de cada profesión particular — la perspectiva "económica", la "sociológica", la "política", y también la del servicio social —, si las políticas sociales surgen como mediaciones político-ideológicas entre el Estado — hegemonizado por la clase burguesa y constituido por esta racionalidad —, y la población carenciada, y si el Servicio Social aparece como una profesión instrumental al proyecto político de la burguesía y vinculada a la ejecución terminal de estas políticas sociales compartimentadas — constituyendo estas últimas la "base de sustentación funcional-laboral" (ver Montaña, 1997) de este profesional —, se puede entonces concluir que el propio Servicio Social tiene tanto su génesis como su desarrollo íntimamente imbricados en esta racionalidad formal y pulverizadora de la realidad, asumiendo como "natural" la compartimentación de las profesiones, el divorcio entre conocimiento y acción, la segmentación de respuestas a micro-realidades "independientes"⁴¹, pertenecientes ellas a una globalidad que a los profesionales les parece incomprensible, y anclándose en el cómodo

41. Según Netto, "la división social (y técnica) del trabajo, en el plano intelectual, fue sustentada en la especialización y la positividad fue erguida como criterio empírico último para la prueba de la 'cientificidad'; la totalidad social concreta fue subsumida en la vaga noción de 'todo', con las 'partes' en él integrándose funcionalmente; el objeto de las ciencias sociales pasó a ser 'construido' no en función de su objetividad concreta, sino en la división social (e intelectual) del trabajo; el método (frecuentemente reducido a pautas de operaciones técnicas) se divorció de la teoría" (Netto, 1997: 146).

puerto de "no invadir para no ser invadido", que establece fronteras rígidas entre las diferentes profesiones que no pueden ser traspasadas.

Así, se consolida la estructura que, primeramente, separa profesiones científicas de profesiones técnicas (propuesta claramente positivista de la división del trabajo; ver Comte, 1988: 22 y Durkheim, 1983: 4 y ss.) y que, en segundo lugar, divide el trabajo en profesiones particulares e independientes, con "perspectivas" puntuales (y "específicas") sobre objetos parciales (sobre particularidades del todo real concreto), creando "campos de saber especializados" que no consiguen aprehender la totalidad real⁴².

Por lo tanto, hay quien sostiene que la falta de especificidad del Servicio Social — la inexistencia de un cuerpo teórico propio, la carencia de un método único, la ausencia de objetos, de cuestiones sociales particulares a éstos —, hace de éste una profesión prescindible, sustituible por otros profesionales (sociólogos, psicólogos sociales, antropólogos etc.) o técnicos (animadores socioculturales, terapeutas familiares, gerentes sociales etc.), y por lo tanto, no tendría sentido de existir como profesión autónoma.

Contra esa visión, pero basados en la misma idea de que sin especificidad ninguna profesión tiene sentido, otros intentan, con la preocupación de justificar su existencia, encontrar esta "tierra prometida": ¿qué supuestamente habría de "específico" en el Servicio Social?⁴³ Se han invertido horas preciosas, años, décadas, en esta empresa.

De esta forma, tal como reconoce Yamamoto, el profesional de Servicio Social "ansía tener un *campo 'propio'* de trabajo, un *área 'específica'* que le atribuya *status* y facilite su reconocimiento profesional" (1997: 145)(grifos nuestros).

42. Para la crítica de esta "división especializada" del trabajo, además del ya indicado, ver los estudios de Lukács sobre "la decadencia ideológica" y "el nacimiento de la sociología"; Lukács, 1992: 109 y ss. y 132 y ss.

43. En García (1990) aparece que la ambigüedad estructural (que coloca a la profesión como "un sentido común ilustrado" — definido por "un saber y un hacer especializado conformado por una 'interdisciplinariedad indeterminada'", inherente a la especificidad profesional (*idem.*: 5 y 54), tiende a generar desprofesionalización en el Servicio Social (*idem.*: 59). En este sentido, la autora invierte en la búsqueda de la especificidad profesional proponiendo la creación y consolidación de una "teoría de la intervención" propia de la profesión (ver *infra*).

Así, la necesidad de establecer esa tal "especificidad" es procurada casi obsesivamente debido a la creencia de que en ella recae la razón de ser de la profesión, su *legitimidad* (ver capítulo I, 2.1), pudiéndose también observar ornamentos que podríamos llamar de paranoicos por estar ligada a la necesidad de cerrar las fronteras a los profesionales de afuera, cayendo en un "*endogenismo*"⁴⁴ del Servicio Social: "*no invadir para no ser invadido*", como forma de garantizar los espacios profesionales y laborales, sin necesidad de elevar el nivel de cualificación del Servicio Social, dada la ausencia de competencia (en los campos laborales "específicos") con otros profesionales.

Esta estrategia comodista (y conformista) encuentra su fundamento en la idea de que hay especificidad/es en el Servicio Social; efectivamente, si todos los asistentes sociales y exclusivamente ellos son depositarios de ciertas funciones, métodos, teorías etc., ningún otro profesional podrá invadir ese espacio funcional sin que esto atente contra el principio de preservación de la "propiedad privada", alma del sistema social en el cual se desarrolla. Y si para eso la condición de "no ser invadido" es "no invadir", el canje les parece justo. Nada más positivista, nada más subalternizante, nada más conformista y comodista que este principio.

Buscando, pues, respuestas a esta problemática es que surgieron diversos intentos:

* existen análisis que derivan la *particularidad* de la profesión del tipo de inserción institucional y del lugar que éste ocupa en la división sociotécnica del trabajo⁴⁵; derivado de la segunda tesis sobre la legitimación del Servicio Social;

44. Este "endogenismo" se expresa en el intento de explicar la existencia y el desarrollo del Servicio Social a partir de sí mismo — tal como Natálio Kisnerman, que busca comprender la historia del Servicio Social evaluando "*su propio destino*" (1980: 11) — y no a partir del orden social que lo funda y la fundamenta: el sistema capitalista en la era de los monopolios.

45. Yamamoto, por ejemplo, realiza "más que un análisis centrado en los elementos constitutivos que dan un perfil peculiar al Servicio social, en relación a otras profesiones"; por el contrario, su "esfuerzo se orienta en el sentido de aprehender las implicancias sociales que forman parte de las condiciones de ese ejercicio profesional en la sociedad actual" (1997: 85).

* no obstante, la abrumadora mayoría de los debates en torno de esta cuestión vincula la *especificidad* del Servicio Social al objeto (de intervención y de estudio), método, objetivos y sujeto "propios" de la profesión: postura vinculada a la primera tesis sobre la legitimación.

Trataremos cuatro de los principales elementos con que los autores definen la "especificidad" del Servicio Social:

I. Buscando legitimar la profesión, pero también procurando revertir la subalternidad generada por la separación positivista entre "ciencia" y "técnica", algunos autores intentan encontrar la "especificidad" profesional pensando en la existencia de *un saber "específico"*, en el sentido de *una "teoría" propia*⁴⁶. Aquí distinguimos tres tendencias.

1. Primeramente, aquellos que entienden que efectivamente existe un "campo de conocimiento científico", *un objeto social propio* del Servicio Social. En este caso, generalmente se llega a la idea que el Servicio Social constituye *una ciencia*.

En la investigación desarrollada por Teixeira Caldas y D'Auria, "dos asistentes sociales afirmaron que la especificación de una ciencia consiste en la determinación de su objeto y lo definieron como 'condiciones internas en el interior de las clases dominadas'" (1981: 48), siendo que para otro entrevistado, el objeto de investigación del Servicio Social estaría en "investigar e interpretar las necesidades y potencialidades de la población" (*idem.*: 53).

Esta perspectiva, fuertemente difundida por algunos reconceptualizadores, es falsa; ¿cuál sería este objeto social que sólo es

46. Netto, al analizar los fundamentos "científicos" y el estatuto profesional, afirma que los asistentes sociales, para cortar con el tipo de ejercicio profesional de sus protoformas, construyeron una *autoimagen* que ligara el "atribuido (o supuesto) fundamento 'científico' del Servicio Social y su estatuto profesional" (Netto, 1997: 82-83). Para el autor, esta "inversión generalizada en la construcción de la autoimagen del Servicio Social" supone que "la raíz de la *especificidad* profesional (o de parte sustantiva de ella) adviene de un *stock* 'científico'" (*idem.*: 84). Según él, "la llamada teorización del Servicio Social se desarrolló en dos líneas principales: o la *constitución de ese saber de segundo grado*, con el eclecticismo operando en su base, o la *sistematización de la práctica profesional*, según cánones interpretativos subordinados inmediatamente a las ciencias sociales y mediatamente al referencial ideológico del horizonte profesional" (*idem.*: 152).

estudiado por el asistente social y que le estaría dando un "estatuto científico"⁴⁷? En realidad, esta concepción condice con la idea de que el Servicio Social conformaría una "ciencia social 'particular'", a partir de la ya analizada, segmentación, pulverización o fragmentación de la realidad, cabiendo uno de esos "fragmentos" a nuestra profesión, el cual conformaría el pretendido "objeto" específico. De esta forma se segmenta la realidad global en "partes" o sub-objetos y se atribuye a cada profesión una de esas "parcelas" de la realidad, creándose la falsa idea de que aquel objeto puede ser estudiado apenas desde tal o cual aspecto particular y autónomo.

2. En segundo lugar, están aquellos que determinan el "campo de investigación" que caracterizan el *objeto de conocimiento* "específico" del Servicio Social como siendo la propia práctica profesional, *la sistematización de su práctica*⁴⁸. Esta manera de concebir el propio espacio del saber profesional se funda en la idea de que la característica de este tipo de *investigación*, que sería propia del Servicio Social, es estar *orientada para la acción*; no siendo una investigación "pura", como aquella que comportaría las profesiones "científicas", sino un momento de la intervención de campo.

Así, el CELATS entiende que "la investigación es un instrumento que nos ayuda a desarrollar nuestro principal objetivo: intervenir en una situación para modificarla" (CELATS, 1983: 113).

Para Faleiros, "la sistematización [de la práctica profesional] significa el movimiento del conocimiento que se vincula a la construcción de categorías" (1993: 77).

47. Netto estudia la falsa idea de un "fundamento científico" del Servicio Social como demarcador de su "estatuto profesional" en relación a las protoformas y a las demás disciplinas sociales (ver Netto, 1997: sección 2.1).

También Martinelli, en una inflexión en relación a análisis anteriores — donde entendía que "solamente en el momento en que la profesión aprehende 'su identidad específica y distintiva' es que ésta alcanza su autonomía científica" (ver Martinelli, 1978: 16) —, afirma que la búsqueda de nuevas totalizaciones por parte de la profesión "ya no se dirige más teleológicamente para la 'autonomía científica' del Servicio Social, sino para su legitimación como práctica social de carácter popular ..." (Martinelli, 1997: 12).

48. Aquí nos estamos refiriendo a las prácticas profesionales singulares, no a la práctica del Servicio Social como un todo (su funcionalidad, su significación). Quiere decir, no es la investigación que trata al Servicio Social como su objeto, sino aquella que se desarrolla dentro de variados procesos de intervención singulares.

Mitjavila, por su vez, entiende el asistente social "no [como] un *cientista social*, sino [como] un *investigador social* de objetos teórico-prácticos" (1990: 11). Para ella este tipo de investigación se encuentra "bajo las exigencias teórico-prácticas de una intervención técnica en lo social" (*ibídem.*).

Para **Bosco Pinto**, el Servicio Social "como ciencia técnica es un área de aplicación cuyo objeto no difiere de las disciplinas matrices, pero se diferencia por sus objetivos prácticos, es decir, por el tipo de transformación específica del objeto (1986: 48); proponiendo así, la construcción de una "teoría del Servicio Social" no como "teoría de la sociedad" sino la "teoría del cambio social" (*idem.*: 51), "inserto en la propia práctica del asistente social" (*idem.*: 54).

En una publicación más reciente, **García Salord**⁴⁹, criticando la actual tendencia de la investigación de Servicio Social por estar "orientada por un interés sociológico" y por tener "un curso independiente de las problemáticas teóricas y metodológicas del saber y del hacer especializado" de la profesión (*sic*) (1990: 70), entiende que el Servicio Social, como "campo profesional", para avanzar en el desarrollo de su especificidad y de su profesionalización, debe procurar cada vez más la definición y consolidación de este "saber especializado", en el sentido de elaborar una "teoría de la intervención" (1990: 71).

La sistematización de la práctica profesional, y su pretendida metodología única y propia, no constituye un objeto específico de este profesional y no produce teoría (apenas un saber instrumental). En este sentido, será objeto de análisis cómo los "practicistas" intentan extraer de la práctica profesional inmediata lo que consideran la "teoría" propia del Servicio Social (ver ítem 3).

3. Finalmente, mismo marcando una distancia importante con las dos perspectivas anteriores, encontramos aquellos que, no con-

49. Con posterioridad a nuestra investigación, dos obras sobre esta cuestión aparecieron en el medio profesional. La primera, producto del Encuentro Académico Nacional de la FAUATS (Federación Argentina de Unidades Académicas de Trabajo Social) (Vv. Aa., 1996). La segunda, en la línea de determinar el "saber específico" del Servicio Social, de autoría de Ruth N. Parola (1997).

cibiendo la existencia de un objeto específico, propio y exclusivo del Servicio Social — ni un objeto social, ni la sistematización de la propia práctica profesional —, sin embargo, entienden que hay una "perspectiva" determinada, un cierto "mirar" o un determinado "recorte" específico de la realidad, del objeto social, propio de la profesión. En este caso, el Servicio Social es visto como *parte de un cuerpo interdisciplinario*.

En esta perspectiva, entiende **Ezequiel Ander-Egg**, según expresa Mitjavila, que "el trabajador social *construye un objeto propio* a partir de un *punto de vista interdisciplinario*" (*in* Mitjavila, 1990: 11). Para el autor, la originalidad de la profesión "radica en la capacidad y creatividad para lograr la integración de todos esos elementos [los conocimientos teóricos proporcionados por las ciencias sociales y las técnicas de investigación, planificación, intervención y evaluación comunes a otras profesiones] desde *la propia perspectiva operativa*" (*in* García, 1990: 52) (grifos nuestros).

La postura de este autor tan difundido durante la Reconceptualización — y que aún ejerce una influencia significativa en ciertos países latinoamericanos —, en verdad es una síntesis de las tres perspectivas: él concibe que efectivamente hay un *objeto propio* del Servicio Social, sin embargo éste es *construido* por el profesional a través de su *perspectiva interdisciplinaria*. Esto aparece basado en la hipótesis, defendida hasta hoy por el autor, de que el Servicio Social es en sí mismo una profesión internamente interdisciplinaria.

Desde otra perspectiva, **Josefa Batista**, en una precursora investigación sobre *objeto y especificidad del Servicio Social*, relega "cualquier hipótesis en el sentido de la apropiación por el Servicio Social, a nivel de lo 'real', de un fenómeno social que sea de su única y 'específica' competencia, como si fuera posible una 'división real de lo real'" (Batista, 1980: 73); enfatizando que su preocupación,

"en lo que se refiere al objeto y a la especificidad del Servicio Social, no es la búsqueda de un 'lugar al sol para el Servicio Social' [como, según la autora, aparece en Suely Gomes Costa], ni se propone una reducción de la realidad social, en el sentido de su fragmentación para definir el objeto y la especificidad del Servicio Social (...). Entendemos [dice ella] que la realidad social es una totalidad que (...) se opone a la fragmentación" (*idem.*: 16).

Sin embargo, siguiendo las recomendaciones de Bachelard⁵⁰, la autora acepta y defiende la idea de que “*el objeto es construido*” (*idem.*: 17) por cada profesión a partir de una determinada “perspectiva”, que le otorgaría su especificidad; de esta forma para Batista, “*la especificidad no es así exclusividad* adquirida por una disciplina en el dominio de un objeto ‘real’, a partir de los ‘fenómenos reales’ con los cuales establece relación. La especificidad consiste en las formas particulares asumidas por la disciplina en esta relación. Esta es el propio proyecto en su totalidad” (Batista, 1980: 30) (grifos nuestros).

En este sentido, la autora propone que esta perspectiva específica al Servicio Social, que “puede caracterizar y construir *su dominio* y en éste adquirir niveles de competencia en relación a la teoría que produce y a la acción interventiva que emprende” (*idem.*: 29), se determina en función del proyecto profesional “propuesto en la relación con los diversos fenómenos, atribuyendo *características especificadoras de perspectivas* que forman unidades o diversidades en el ámbito del Servicio Social” (*ibídem.*) (grifos nuestros). Es esta relación entre el proyecto profesional y los objetos la que estaría “configurando modos diferentes de encarar la realidad” (*ibídem.*), constituyéndose de esta forma “un cuerpo teórico determinado”⁵¹, o en otros términos, “es el contenido atribuido a esos fenómenos, a través de la relación establecida con estos, el que define la especificidad, y sólo identificándose la especificidad se identifica el objeto” (*idem.*: 30) (grifos nuestros); y aún más, entendiendo las realidades como resultantes de un proceso de construcción, en un doble sentido: “por un lado existen como producto

50. “Un objeto puede determinar muchos tipos de objetivación, muchas perspectivas de precisión, puede pertenecer a problemáticas diferentes. El estudio de una molécula química puede desarrollarse en la perspectiva de la química y de la espectrografía. De cualquier forma un objeto científico sólo es instructor al respecto de una construcción preliminar que debe consolidar” (Bachelard, *in* Batista, 1980: 17).

51. “Como elemento de la construcción del objeto, dice la autora, el método es aquí ‘comprendido como una relación que es parte de un conjunto de relaciones que especifican un cuerpo teórico determinado’ (Batista, 1980: 26) de la profesión, siendo que “es preciso que se atente, de inicio, que ya la propia formulación de cada método contiene una marca teórica, atribuyéndole especificidad” (*idem.*: 27).

de las relaciones sociales, y por lo tanto, construidas socialmente; por otro se tornan objeto del Servicio Social cuando éste le propone a éstas una relación de conocimiento y de intervención, siempre según una determinada perspectiva” (*idem.*: 73).

Sucede que, en la medida que se entienda que el objeto de estudio e intervención de una determinada profesión es construido a partir de una cierta “perspectiva” — definida ésta en función de la relación que el sujeto establece con la realidad, mediada por el proyecto profesional — y en la medida que se suponga que esta supuesta “perspectiva”, propia de cada profesión, demarca su “especificidad”, entonces se estará realizando también un “recorte” de la realidad. Recorte que podrá (en esta perspectiva), “reconstruir” la totalidad de la realidad desde que se trabaje *interdisciplinariamente*⁵².

Si bien Batista reconoce la diversidad de características al interior de la profesión — eliminando el carácter *inclusivo* de esta “especificidad” — e incluso negando su *exclusividad*, no obstante la autora acepta la existencia de una “especificidad” del Servicio Social, definida a partir de la delimitación de tal “perspectiva” propia de la profesión.

Entonces, ¿qué sería esta “especificidad” del Servicio Social que no es exclusiva de la profesión ni envuelve a todos los profesionales? Parecería existir una cierta ambigüedad en el tratamiento de la autora: a veces, cuando considera *el objeto real concreto*, éste no es ni exclusivo del asistente social ni incluye a todos los profesionales (ya que cualquier objeto social moviliza diversas profesiones y los miembros de cada una de ellas trabajan con realidades variadas), sin embargo, en otros pasajes, cuando trata *el objeto construido* por la “perspectiva” que la profesión tiene sobre lo real, ahí sí aparece la especificidad (inclusiva y exclusiva) del Servicio Social. Especificidad que significa la existencia de una

52. “El abordaje de esa realidad es por lo tanto interdisciplinario”, dice la autora, quien siguiendo a Japiassu, entiende que “es preciso que cada uno [de los estudiosos de las diversas disciplinas] esté impregnado de un espíritu epistemológico suficientemente amplio para que pueda observar las relaciones de su disciplina con las demás *sin negligenciar el terreno de su especialidad*” (*in* Batista, 1980: 11).

perspectiva especial sobre la realidad, y que en verdad, no deja de representar, en lo que concierne al tratamiento del objeto, la segmentación de lo real en "recortes" o "dominios" de cada profesión sobre la realidad social; incluso concibiendo que estos recortes eventualmente puedan reintegrarse en el momento del trabajo interdisciplinario.

— El hecho de haber analizado, en general, obras distantes en el tiempo no elimina la relevancia de estas consideraciones. Estas perspectivas tienen significativas repercusiones en el presente. Así análisis más recientes aún reafirman estos problemas. Es el caso de **Rodrigues On**, que entiende que "a pesar de la dimensión y de la *especificidad* de su propuesta profesional, el Servicio Social no asume el desafío de 'constituirse en una profesión productora de conocimientos', incluso resultando estos de las acciones más peculiares que desarrollan" (1995: 154)

Para la autora, "en esta perspectiva, la apropiación y la transformación de conocimientos subyacentes al quehacer profesional pueden representar un modo inédito de exteriorizar y sistematizar conocimientos ya elaborados, al mismo tiempo que la práctica, fundamentada en éstos, propicia la elaboración de otros" (*idem.*: 155). Y aún más:

"hay un espacio de construcción de *conocimiento para las llamadas 'ciencias aplicadas'*, que se da en la intermediación entre las 'ciencias puras' y una profesión de la práctica como es el Servicio Social. *Esos conocimientos están orientados para la comprensión de una praxis en tanto acción en la realidad.*

Si el Servicio Social no contribuye directamente para el avance de las teorías sociológicas o antropológicas entre otras, contribuye efectivamente para el avance de las formas prácticas de abordaje de la realidad. La originalidad [¿"especificidad"?] del 'conocimiento' construido en Servicio Social está, por lo tanto, en la forma como articula conocimientos y transforma esa articulación en mediaciones para *su acción específica*" (*ibidem.*) (grifos nuestros).

La autora entiende la existencia de un conocimiento específico y "construido" a partir de un método propio (de importación de teorías de las "ciencias puras", de elaboración de conocimiento a

partir de su práctica y la articulación de estos saberes) lo que demarca "la *legitimidad* de su configuración profesional" (*ibidem.*) y que se constituye en mediación de su intervención. Este saber "específico" sería el resultado de la "objetivación propia de su práctica profesional" (*ibidem.*).

Entendemos que la afirmación de la autora, de que "el Servicio Social no contribuye directamente para el avance de las teorías" sociales, como mínimo no consigue relevar la significación que investigadores / asistentes sociales tienen en el conjunto de las ciencias sociales: Iamamoto, Netto, Martinelli, Verdès-Leroux, en sus análisis sobre la sociedad capitalista en la era de los monopolios y el surgimiento de un actor determinado: el asistente social; Faleiros, Sposati, Yasbek, entre otros, con los estudios de un particular instrumento estatal: la asistencia y la política social; Netto, Quiroga y Simionatto, debatiendo sobre categorías y fundamentos de la tradición marxista; Mota, Iamamoto, discutiendo las alteraciones en el mundo del trabajo; y podríamos seguir citando varios otros.

En realidad, el Servicio Social *no posee un objeto de conocimiento propio*, por lo tanto *no produce teoría propia*⁵³ Posee, eso sí, un saber técnico-operativo autóctono, aunque sus objetos de investigación, su arsenal heurístico y sus teorías son comunes a otras profesiones sociales; por lo tanto él puede elaborar "*teoría de lo social*" y no "*teoría de Servicio Social*". Dicho de otra forma, el Servicio Social como un todo posee una "cultura profesional" propia, pero el "saber" que la compone es conformado por las particularidades de su historia, por su identidad y por su instrumental técnico-operativo⁵⁴; por otro lado, este profesional *sí puede producir*

53. Para Netto, con el Servicio Social "se levanta pues un sistema de saber que, siendo de segundo grado, es eminentemente *sincretico* — y, en la elaboración del saber, el sincretismo es la cara visible del *eclecticismo*" (1997: 151); siendo que, "la superación del eclecticismo teórico implica la interdicción de cualquier pretensión del Servicio Social de posicionarse como un sistema original de saber, como portador de una teoría particular referenciada a su intervención práctico-profesional" (*idem.*: 154).

54. Netto entiende que la práctica del asistente social, por su sincretismo, "demanda un conocimiento de lo social capaz de mostrarse directamente instrumentalizable. Antes que una reproducción veraz del movimiento del ser social, extraída del análisis concreto de formas sociales determinadas, lo que la intervención manipuladora reclama frecuen-

"teoría", pero ésta no es propia y sí teoría *de lo social*, que formará parte del acervo del conocimiento teórico sobre lo social⁵⁵.

En tal sentido, si bien esta perspectiva tiende a eliminar la separación positivista entre "ciencia" y "técnica" — igualando el *status* profesional del Servicio Social al de las restantes disciplinas sociales —, ella no consigue superar, sino más bien reproduce, la segmentación también positivista entre diferentes esferas autonomizadas de la realidad.

II. En otros casos se procura la "especificidad" del Servicio Social a partir de la pretendida existencia de una *metodología "propia": la práctica profesional específica*. Aquí se entiende el Servicio Social como una *tecnología*, como una profesión cuya esencia, cuyo fundamento, recae en la peculiar actividad interventiva, en la práctica de campo y cuyo método de intervención le es específico.

En este caso, si algunas propuestas pretenden superar la perspectiva segmentadora de la realidad, de clara orientación positivista, — proponiendo el espacio profesional como la práctica *re-integradora* de los diferentes saberes de las ciencias sociales, como una profesión en sí mismo "interdisciplinaria" —, no obstante eso, ellas reproducen la separación que el positivismo realiza entre conocimiento y acción, entre "ciencia" y "técnica", atribuyendo como específico del Servicio Social la práctica interventiva.

El CBCISS, fundamentalmente en sus documentos de *Teresópolis* (Vv. Aa., 1986) y de *Funciones del Servicio Social* (Vv. Aa., 1971), tematiza la "especificidad" profesional, en el primero, vinculada al método, en un momento en que, en las palabras de Martinelli, "se le atribuía [a éste] el papel de *elemento definidor* de la participación del Servicio Social en la división social del trabajo,

temente son paradigmas explicativos aptos para permitir una orientación de procesos sociales tomados segmentadamente"; y esto según el autor, "disponibiliza, de partida, el sistema de saber que referencia al Servicio Social a los más variados influjos empiricistas y pragmáticos" (Netto, 1997: 95).

55. Para Netto, si la producción teórica del asistente social "tiene efectivamente una naturaleza y un contenido teóricos, se insertará en el contexto de una teoría social — y trascenderá pues a la profesión como tal" (1997: 153).

y por lo tanto fundamental para *delimitar* los espacios ocupacionales de la profesión" (Martinelli, 1997: 16), mientras que, en el segundo caso, aquella es pensada fundamentalmente a partir de las funciones profesionales, llevando a Martinelli a descifrar que, "en realidad, lo que estaba en juego realmente era la cuestión de su '*identidad específica y distintiva*'" (*idem.*: 17) (grifos nuestros).

Más recientemente, García Salord entiende que "la especificidad del Trabajo Social radica en intervenir en los efectos que tienen las contradicciones estructurales de la sociedad en las condiciones de vida de las clases explotadas y oprimidas, estableciendo el vínculo entre los recursos y satisfactores, y las necesidades y las carencias involucrados en cada intervención" (García, 1990: 59). De esta forma lo específico de la profesión estaría en la "*intermediación*" que el asistente social establece entre estos recursos y aquellas necesidades (ver *idem.*: 4, 35 y 42). Sin embargo la autora reconoce que la especificidad del asistente social no recae en el hecho de intervenir en el terreno de las interacciones sociales vinculadas a las condiciones de vida, pues ahí actúan diversas profesiones; el asistente social, para la autora, no interviene directamente en el fenómeno colocado como problema (correspondería al médico, al abogado, al arquitecto etc. la intervención directa⁵⁶); el Servicio Social interviene en esos problemas (indirectamente)

"creando las condiciones propicias para la intervención directa del tratamiento especializado del médico, el abogado, el psicólogo, el arquitecto etc., o creando las condiciones adecuadas a la implementación de programas de desarrollo, políticas de bienestar social, proyectos autogestionarios etc.; así como para la organización y administración de servicios" (*idem.*: 39).

En este hecho, según la autora, estaría embutida la especificidad profesional.

Para la consideración de este punto, primeramente deberíamos diferenciar "especificidad" de "característica". Efectivamente *es ca-*

56. Esta afirmación estaría recolocando, de forma tácita, la caracterización del Servicio Social como una profesión paramédica, parajurídica, (y ahora también paraarquitectónica, ...).

racterístico del Servicio Social la actividad interventiva en la realidad, pero no todos los profesionales actúan aquí — hay asistentes sociales investigadores, docentes, vinculados a funciones político-administrativas que no desarrollan una “práctica de campo” — y ni siquiera esto es exclusivo de nuestra profesión — cada vez más existen sociólogos, antropólogos, psicólogos sociales, e incluso saliendo del “área social”, médicos, agrónomos etc. que lidian directamente con las “cuestiones sociales” —; por lo tanto, aun siendo característica la práctica interventiva *no es “específica”* del Servicio Social⁵⁷.

Por otro lado, observemos la diversidad de “métodos” formulados e implementados en la profesión. Los métodos tradicionales: de caso, de grupo y de desarrollo de la comunidad; los métodos de transición (ver Lima, 1986: 127-141): integrado, polivalente, básico, único etc.; los métodos pretendidamente dialécticos: Belo Horizonte (Leila Lima Santos), de intervención en la realidad (Boris A. Lima), sin olvidar las innumerables propuestas de diversos autores, tales como: Kisnerman, Faleiros, Ottoni Vieira, CELATS, Aylwin de Barros, CBCISS etc. ¿Cuál de todos estos sería el “específico”? ¿O será que todos lo son?

Es absurdo pensar que sea posible elaborar un método específico: apenas de los asistentes sociales, común para todos ellos y aplicable a todas las realidades. Pensar que la intervención de un profesional que actúa en una comunidad indígena o en una cooperativa de productores pueda (o deba) ser idéntica a la de aquel que se desempeña en un Hospital con enfermos terminales de cáncer o HIV, resulta de una alegoría del pensamiento, fantástica y divorciada de lo real. Los tiempos, los objetivos, los puntos de partida, los recursos, las necesidades y demandas de los sujetos, son esencialmente distintos.

Un método elaborado *a priori* de las realidades singulares con las que se enfrenta el profesional no hace más que aprisionar al

57. “No es cariz exclusivo del Servicio Social — dice Netto — esta funcionalidad, que él comparte con un creciente elenco de especializaciones profesionales (cientistas sociales de todo tipo que se dedican a ‘tareas prácticas’ a servicio del Estado y del capital, publicistas, *experts* en ‘relaciones industriales’ etc.)” (1997: 93).

asistente social, los sujetos y las realidades, a una moldura común (al estilo positivista: anterior, superior y exterior); la homogeneización del supuesto “método profesional” significa por lo tanto el intento de *padronizar la realidad social*: clasificarla, jerarquizarla y eternizarla⁵⁸.

Afirma Lukács, al estudiar los aspectos ontológicos de la obra de Marx, que

“el sistema en tanto ideal de síntesis filosófica contiene antes que nada el principio de la completitud y del acabamiento, ideas que son *a priori* inconciliables con la historicidad ontológica del ser (...). Pero tal *unidad estática* surge inevitablemente en el pensamiento cuando las categorías son ordenadas según una determinada conexión jerárquica. Y también esa aspiración a un orden jerárquico contrasta con la concepción ontológica en Marx” (Lukács, 1992: 102-103) (grifos nuestros).

El pretendido “método” único y específico del Servicio Social es un tipo de *sistema*, completo y acabado, producto de la síntesis de las sistematizaciones de las prácticas profesionales singulares, que estaría otorgando *un sentido* y *una racionalidad* al quehacer profesional, el cual se sostiene en la categorización, jerarquización y eternización del ser social y de los fenómenos a él ligados, y que por lo tanto, pasa a cumplir una función de *manual a priori* del “quehacer” profesional.

El asistente social se enfrenta con objetos singulares de diversa naturaleza y con particularidades variadas y variantes. La intervención en esta realidad no puede ser (y no es) nunca desinteresada; tanto el conocimiento de la realidad como la intervención en ella tienen

58. Guerra argumenta la necesidad que tienen los profesionales de encontrar un método único en el sentido de que “la ausencia de entendimiento sobre las representaciones de la conciencia, sobre todo de la base material que las produce y las mantiene, encamina al asistente social a *tomar los hechos, fenómenos y procesos, tal como aparecen a su conciencia y a buscar en modelos teóricos explicativos de la sociedad su referencial operativo de actuación* que, por la reincidencia de los problemas enfrentados tiende a cristalizarse en modelos de intervención profesional” (1995: 150) (grifos nuestros).

una orientación teleológica, una intencionalidad, y por lo tanto, están saturados de intereses⁵⁹.

La padronización de un método *a priori*, apto para conocer e intervenir en la realidad, cualquiera que ella sea, retira el substrato teleológico histórico del sujeto, diluye la intencionalidad llevándola a objetivos abstractos del tipo: "contribuir para el bienestar social de la población", "ayudar a la concientización del grupo para la comprensión de su realidad"⁶⁰, y rutiniza la práctica profesional.

Si *conocer* un objeto, en una perspectiva ontológica, significa desvendar su esencia partiendo de su apariencia⁶¹, de lo fenoménico, de la pseudoconcreticidad⁶², *intervenir* en esta realidad no debe significar una lógica diferente: *se debe partir de la realidad y construir, en función de ésta, de las condiciones histórico-materiales y de los intereses de los actores, la estrategia más adecuada*. Más que método único, el Servicio Social establece estrategias variadas, definidas *a posteriori* de su relación con el objeto.

En este sentido, el conjunto de procesos, de pasos y referencias que orientan la acción del profesional, en verdad no constituye un método, sino apenas eso, orientaciones, estrategias, procesos, intereses, para la intervención que, por centrarse en realidades diferentes y dinámicas, deben ser necesariamente flexibles, variados y *a posteriori* del contacto con la realidad⁶³. A lo sumo, lo que podemos constatar

59. Lukács muestra que "la especificidad de la relación entre esencia y fenómeno en el ser social pasa por el problema del *actuar interesado*" (Lukács, 1992: 102). Por otro lado, para Habermas el conocimiento no está exento de interés.

60. Y hasta "transformar la sociedad", lo que llevó a muchos asistentes sociales a atribuirse el papel de "agentes de cambio".

61. Es bien conocida la sentencia de Marx de que: "toda ciencia sería superflua si la esencia de las cosas y su forma fenoménica coincidieran inmediatamente" (Marx, in Lukács, 1992: 101).

62. Ver Kosik, 1989; quien afirma que "la destrucción de la pseudoconcreticidad significa que la verdad no es ni inalcanzable ni alcanzable de una vez para siempre, sino que esta se hace; luego, se desarrolla y se realiza" (1989: 19).

63. Guerra, entendiéndolo que la perspectiva de clase "define el nivel de racionalidad que se aproxima más o menos del conocimiento de la verdad", propone que *el método*, "en tanto mediación entre sujeto y objeto del conocimiento, indica la dirección del análisis, aunque, no obstante eso, *el movimiento del objeto apunta el camino a ser seguido por el método*. Por lo tanto hay diferentes métodos con mayores o menores

es una estrategia ya sistematizada y organizada que pueda, de cierta forma, ser padronizada para diferentes prácticas singulares en una misma área temática, de la misma institución, que persiguen idénticos objetivos y con una población que presenta características semejantes.

Por lo tanto, podemos afirmar que *el Servicio Social no posee un método, ni único y común para todos los asistentes sociales, ni exclusivo de la profesión; la idea de que existe un método profesional, por lo tanto, es falaciosa*⁶⁴. Apenas podemos afirmar que las prácticas de intervención en realidades comunes pueden mantener, con cierta estabilidad, un conjunto de procedimientos, de intenciones y de instrumentos operativos que conforman *una estrategia* determinada.

III. En tercer lugar, hay quien intente definir lo "específico" del Servicio Social en el *tipo de sujeto con el cual trabaja (su población meta): en la relación profesional-pueblo*. En este caso la profesión generalmente es vista como una especie de *militancia política* vinculada, orgánicamente o no, a un sujeto popular organizado: movimientos sociales, trabajadores sindicalizados, cooperativas populares, organizaciones comunales etc.

Sin embargo, este vínculo profesional-pueblo, como siendo propio del Servicio Social, no pasa de una pretensión que no es más que un desconocimiento de las prácticas de otros profesionales y técnicos. Ni el pueblo, ni el pueblo organizado se constituyen en población meta exclusiva de la práctica del asistente social. Pero esta pretendida especificidad deriva en otra:

IV. Aquellos que encuentran la existencia de un tipo de sujeto con el cual sólo el asistente social se vincula (población meta)

posibilidades y límites de expresar la realidad objetiva" (1995: 99) (grifos nuestros); de la misma manera, hay diversas estrategias de intervención profesional según las características particulares y singulares del objeto concreto.

64. Para Netto, "si *idealmente* la profesión colocó las bases para una *peculiar* intervención sobre las refracciones de la 'cuestión social', *fácticamente* esta intervención no se irguió como distinta. En otros términos: la forma de la práctica profesional, *en sus resultantes*, no obtuvo un coeficiente de eficacia capaz de *diferenciarla de otras prácticas*, profesionalizadas o no, incidentes sobre la misma problemática" (1997: 97-98). Así, "lo que resulta es que la *especificidad* profesional se convierte en incógnita para los asistentes sociales (y no sólo para ellos): la profesionalización permanece como un *círculo ideal* que no se traduce *operativamente* (*idem.*: 102).

generalmente tienden a identificar otra "especificidad" de la profesión en los pretendidos *objetivos propios* del Servicio Social: la concientización de las clases populares, la organización y la transformación social.

De esta forma, según **Boris Lima**, "la teleología del Servicio Social se encamina para liberar a las masas, situando su meta en la transformación de las relaciones sociales — mundo objetivo — y en el propio hombre, objeto de su acción" (*in* Guerra, 1995: 174).

En la investigación ya señalada, un asistente social define la especificidad profesional en el "proceso de conscientización del hombre; objetivando formas para que el hombre tenga más clara la dimensión crítica y analítica de la realidad" (Teixeira Caldas y D'Auria, 1981: 52).

García Salord, por su parte, entiende que los "objetivos específicos" corresponden a los modelos y niveles de intervención que constituyen la metodología específica del Servicio Social (García, 1990: 45)

En esta visión generalmente se tiende a concebir al asistente social como *conscientizador y/o agente de cambio*. Pretensión ésta que no consigue ver que todas las profesiones convocan, entre su cuadro profesional, a miembros que, sea en su condición de ciudadanos políticos o sea como profesionales, procuran involucrarse en objetivos de esta índole.

Según buscamos demostrar, *no hay por lo tanto una "especificidad" del Servicio Social; apenas características que atribuyen cierta identidad⁶⁵, cierta cultura profesional, cierta particularidad:*

65. Aquí, en el sentido de sentimiento de pertenencia de los profesionales al colectivo profesional.

Para Martinelli, preguntar sobre la *identidad* del asistente social significaba, en la corriente "modernizadora", preguntar sobre la *especificidad* de su práctica profesional; para los *fenomenólogos* era cuestionar sobre la *posición* del Servicio Social en tanto ser en el mundo; entretanto para las *concepciones histórico-críticas*, esta pregunta remitía al *papel* que desempeña la profesión en el proceso de reproducción de las relaciones sociales (Martinelli, 1997: 18-19).

la mayoría femenina, la intervención de campo como actividad más recurrente, la instrumentación en las refracciones de la "cuestión social", la manipulación de variables empíricas como límite de la mayoría de las intervenciones, las políticas sociales como campos más frecuentes de su actividad, el Estado como espacio privilegiado de empleo.

Características éstas que son históricas, y por lo tanto variables, y que no necesariamente están presentes en todos los miembros del colectivo profesional⁶⁶ y demarcando la diferencia con otras profesiones⁶⁷. Como afirma Yamamoto,

"reducir el análisis de los elementos constitutivos 'internos' — que supuestamente dan a la profesión un perfil específico: su objeto, objetivos, procedimientos y técnicas de actuación etc. — significa extraer artificialmente al Servicio Social de las condiciones y relaciones sociales que le dan inteligibilidad y en las cuales se torna posible y necesario. Significa privilegiar la *visión focalista y ahistórica* que permea muchos de los análisis institucionales" (Yamamoto, *in* Yamamoto y Carvalho, 1991: 15-16) (grifos nuestros).

66. Existen asistentes sociales que apenas se dedican a la investigación o a actividades de dirección institucional, existen algunos que no se vinculan a las políticas sociales e incluso algunos que no se emplean en el aparato estatal, la profesión no es exclusivamente femenina etc.

En la investigación anteriormente mencionada, las autoras acertadamente concluyen que primeramente "se torna difícil encontrar una *única* especificidad en la acción de los asistentes sociales"; en segundo lugar, para evitar detenerse "en discusiones infructíferas en el sentido de encontrar una exclusividad", su "preocupación no estaba en abordar los elementos que irían determinar la especificidad del Servicio Social y sí en encontrar aquello que hay en común en la acción de todos los asistentes sociales" (Teixeira Caldas y D'Auria, 1981: 55). Hasta ahí significó un gran paso dado por las autoras en la desmistificación de un *tabú* en la profesión; sin embargo a la hora de encontrar ese "elemento común", a pesar de no específico (en el sentido de *exclusividad*), ellas lo vinculan *inclusivamente* a la "prestación de servicios en el sentido de 'ayudar' a los hombres a satisfacer sus necesidades básicas", o sea, desconsiderando como actividad profesional todo aquello que no fuera "prestación de servicios": la investigación teórica, por ejemplo; lo cual reproduce la lógica positivista de profesiones técnicas y científicas.

67. Hay otras profesiones cuyo predominio también es femenino, o inclusive que se vinculan a la ejecución de políticas sociales. Hay profesionales de otras áreas que trabajan interventivamente en la realidad, directamente con la población carente etc.

El problema es no suponer que la falta de especificidad deslegitima el Servicio Social — como suponen quienes sostienen la primera tesis sobre la legitimidad. Este se legitima por la función sociopolítica y económica que cumple (y que no le es específica) y no por su supuesta especificidad.

En realidad, *para poder desempeñarse profesionalmente (sea como asistente social o desde otras profesiones) no se puede ni debe poseer una perspectiva parcializada de la realidad: la "perspectiva del Servicio Social", o de "sociólogo", o de "economista" etc., bien al antojo positivista.*

Estas perspectivas particulares (consideradas "específicas") significan, como ya fue mencionado, la especialización profesional como substitutiva de la cualificación (ampliaremos esto en el punto 3 de las Conclusiones), la compartimentación y pulverización de los campos de conocimiento, la separación de ciencia y técnica, lo que se traduce, para el Servicio Social, en subalternidad funcional, distanciamiento de la realidad global, pérdida de criticidad e incapacidad de dar respuestas substantivas a las realidades complejas.

La *perspectiva* a adoptar por parte del profesional (en el conocimiento y en la intervención), para poder tener una práctica crítica y transformadora, debe ser dada por el propio objeto, considerado como *totalidad*, procurando aprehender la realidad concreta en su complejidad y totalidad, no segmentando o "recortando" artificialmente el objeto en diversas "perspectivas", o en varias sub-áreas, o incluso en distintos niveles de la realidad social; por lo tanto, una perspectiva definida a partir del objeto, *a posteriori*, y no a partir de tal o cual profesión, *a priori*.

2.2. ¿Hay especificidades en las profesiones del área social?

Ahora bien, si el Servicio Social no posee propiedades específicas, ¿podría afirmarse que las otras profesiones del área social sí las poseen? ¿Cuales serían, en caso afirmativo, aquellos demarcadores que dotarían de especificidad a estas profesiones?

Cabría entonces preguntar: ¿es posible pensar hoy en una estructura sociotécnica del trabajo claramente diferenciada, compartimentada y definida?; ¿Sería posible encontrar hoy una relación lineal entre ciencia y profesión?; o sea, ¿a cada profesión corresponde uno y sólo un campo específico de saber, método propio de intervención y un sujeto específico? ¿Podemos, por lo tanto, afirmar que para existir una profesión es necesario la identificación de su "especificidad"?

En verdad, este esquema de cuestionamiento haría estremecer a las profesiones más sólidas y prestigiadas. Estas cuestiones llevarían a interminables congresos de arquitectos a debatir sobre donde queda la "especificidad" de sus saberes y técnicas frente a las construcciones de residencias, de hasta tres pisos, existentes en las *favelas* brasileñas y hechas en condiciones precarias y por personas que muchas veces no concluyeron ni siquiera los estudios primarios. Estas ideas harían que los médicos formaran innumerables ateneos para discutir su campo profesional "específico": la salud, teniendo en vista los conocimientos y las prácticas de quien manipula con "hierbas medicinales", de homeópatas, de acupunturistas y de tantas otras "profesiones paramédicas" cuyos resultados sanitarios muchas veces son sorprendentes, e incluso en ciertos casos en procesos siquiera comprendidos por la medicina científica.

Lo que sucede es que, en primer lugar, *hoy no se puede más* (si es que alguna vez fue posible) *demarcar claramente el "espacio profesional"*, los límites teórico-prácticos de cada disciplina, especialmente en el área social. Hoy no es más posible dividir las profesiones en compartimentos estancos. En realidad, en la medida en que las profesiones se desarrollan, creando nuevos saberes y profundizando los viejos, los campos de conocimiento se "especializan" intra-profesionalmente; quiere decir que se crean "sub-campos" y "especialidades" al interior de cada profesión: así por ejemplo, la sociología del *trabajo*, la economía *industrial*, la medicina del *trabajo*, el derecho *laboral*, y por qué no, el Servicio Social de *empresa*, de entre varios ejemplos posibles. *La especialización de los saberes, de los campos y sub-campos de estudio e intervención profesional, lleva cada vez más, a las profesiones, a establecer lazos de interacción e interconexión.* ¿Puede un abogado especializado en derecho laboral desempeñarse sin interconexión con el saber

producido por la sociología del trabajo, por la medicina del trabajo etc.? Es en este sentido que la discusión sobre ínter, multi y transdisciplinariedad comienza a posicionarse en el centro del debate referido a la división sociotécnica del trabajo⁶⁸. Y como afirma Netto, "el verdadero problema de la investigación de la totalidad social concreta fue substituido [tergiversadamente] por la 'interdisciplinariedad'" (Netto, 1992: 140).

No hay, de esta forma, *especificidad en los objetos de estudio e intervención para ninguna profesión del área social*⁶⁹; apenas, como para el Servicio Social, características (no inclusivas ni excluyentes) que generan una identidad interna en las categorías profesionales. Efectivamente, negar la existencia de especificidades en las profesiones sociales no significa desconocer que éstas posean características generadoras de una cierta auto-representación, sentimiento de pertenencia e identidad profesional.

68. Pero veamos que no se trata de afirmar que un abogado laborista, siguiendo nuestro ejemplo, precisa necesariamente del acompañamiento directo de un sociólogo de la misma área. De lo que precisa el primero es del saber producido por la sociología del trabajo.

69. Me permito, en este caso, discrepar con mi compañero, José Paulo Netto, quien afirmando la ausencia de especificidad del Servicio Social en los ítems anteriormente considerados, entiende sin embargo que "lo específico práctico-profesional del Servicio Social se presentaría en la fenomenalidad empírica como la *inespecificidad operativa*" (Netto, 1997: 102) (grifos nuestros); agregando que "la *polivalencia* aparente es la más nítida consecuencia de la peculiaridad operativa del Servicio Social — es decir, de su intervención indiferenciada" (*idem.*: 103). Quiere decir que: la *especificidad* de la profesión sería su propia *inespecificidad operativa*, su *sincretismo*. De esta manera, la afirmación estaría tácitamente aceptando que las otras profesiones sí poseen una *especificidad operativa*, lo que creemos no ser real.

Por otro lado, en García (1990) aparece que la ambigüedad estructural es inherente a la especificidad profesional (*idem.*: 5 y 54).

En realidad, la sentencia de que el Servicio Social posee una particularidad, como señala Netto, en su *sincretismo teórico y práctico*, es veraz. Sin embargo esta característica no es específica (en el sentido de exclusiva) del Servicio Social; *las profesiones del área social en su conjunto son copartícipes de esa inespecificidad operativa*.

Marx entendía que existe una única ciencia social — y por lo tanto apenas un objeto social — que es la *Historia*. El conocimiento de la realidad y la intervención en ésta desde una perspectiva de totalidad no pueden darse "recortando", para cada ciencia, un aspecto del todo y una intervención parcial: las pretendidas "perspectivas" sociológica, psicológica, económica, política, antropológica y del Servicio Social.

En segundo lugar, cada profesión no puede ser reducida a un área específica de saber, a un campo determinado de conocimiento, ni viceversa, cada ciencia no puede ser reducida a una profesión. O sea, *no existe, ni puede haber, una relación directa entre profesión y ciencia*.

¿Cuál es la ciencia propia de la profesión médica? ¿Cuál es la ciencia específica de la arquitectura?

Parece claro que las profesiones se sirven de varios campos de conocimiento humano. La medicina toma así elementos de la biología, de la química orgánica, de la anatomía y fisiología humanas etc. La arquitectura se vale de los conocimientos matemáticos, físicos, de la química inorgánica, de la mineralogía etc.

Pero este hecho no puede ser atribuido apenas a algunas profesiones (a aquellas consideradas "técnicas") excluyendo otras (las llamadas "científicas"). Estas consideraciones incluyen a todas las profesiones, especialmente sociales.

Es que en realidad, *las profesiones sociales son, cada vez más, formas de trabajo humano más o menos organizadas, más o menos diferenciadas y más o menos interligadas, que consisten en la aplicación de un conjunto más o menos delimitado de conocimiento teórico y técnico, cuyo objetivo es dar respuesta a un tipo o a una parcela más o menos determinada de la realidad global*.

Parece incluso que lo "propio", lo "específico" de cada profesión es su "*más o menos*" (cada vez menos que más) particular.

En última instancia, una profesión existe en tanto pueda aportar elementos para la satisfacción de determinadas demandas, para la solución de ciertas problemáticas; y sólo podrá mantenerse dentro de la división sociotécnica del trabajo en tanto pueda captar e interpretar situaciones y fenómenos emergentes, estudiarlos e investigarlos, valiéndose de todos los conocimientos y campos del saber que le sean necesarios, y elaborando propuestas de intervención que contribuyan para su solución⁷⁰.

70. Para Netto, "la afirmación y el desarrollo de un estatuto profesional (y de los papeles a él vinculados) se opera mediante la confluencia de un *doble* dinamismo: por un lado, aquél que es deflagrado por las demandas que le son socialmente colocadas; por otro, aquél que es viabilizado por sus reservas propias de fuerzas (teóricas y

El asistente social es un profesional que, partiendo de conocimientos históricos, sociológicos, económicos, estadísticos, demográficos, psicológicos, jurídicos, antropológicos, de administración etc., tiene como campo de acción (teórico y/o práctico) la "cuestión social" en sus diversas manifestaciones, interviniendo, cuando es el caso, fundamentalmente a través de un instrumento peculiar: la política social. De esta forma, comparten el campo de investigación con otros profesionales: sociólogos, terapeutas familiares, educadores, psicólogos sociales, economistas etc.; cada uno de ellos interviniendo (interdisciplinariamente o no) en función de su cualificación y de sus aptitudes.

Conviene aquí detenernos para aclarar nuestro punto de vista sobre algunas cuestiones:

1º) Ningún campo de saber teórico (o "ciencia"), es patrimonio exclusivo de cualquier profesión.

No se puede, mismo considerando la concordancia histórica en la génesis e incluso constatando la identidad en las denominaciones, identificar hoy una "ciencia" (mismo que particular) a una profesión, ecualizar un campo de saber teórico a una categoría o actividad profesional. Agrónomos pueden producir conocimiento teórico referido a la "sociología rural", arquitectos utilizan teorías sobre "sociología urbana", médicos se valen de la informática, sociólogos pueden crear teoría sobre relaciones económico-productivas, y así podríamos seguir indefinidamente. De esta forma, por ejemplo, el "campo de saber particular" que tiene como objeto las relaciones sociales (conocido como "sociología") no es patrimonio exclusivo, en una perspectiva ontológica (y no positivista), — ni en la producción teórica ni en el uso del conocimiento — de la profesión de "sociólogo", incluso y a pesar de que lleven nombre idéntico y de que hayan tenido una génesis simultánea. No son apenas sociólogos los que producen y usan el conocimiento "sociológico".

práctico-profesionales), aptas o no para responder a las requisiciones extrínsecas — y éste es, en definitiva, el campo en el que incide su sistema de saber" (1997: 85-86).

A pesar del hecho de que las profesiones consideradas "científicas" hayan surgido vinculadas al desarrollo de una determinada área parcial de conocimiento humano, este último nunca es desarrollado apenas por aquellos profesionales, sino que se suma por un conjunto de otros profesionales.

Los objetos de conocimiento (que componen la totalidad social concreta) no son "positivamente" subdivisibles, y por lo tanto no pertenecen exclusivamente a tal o cual profesión. Las relaciones sociales pueden ser (y son) también estudiadas por asistentes sociales, las relaciones económicas son analizadas incluso por científicos políticos, las relaciones de poder son investigadas también por sociólogos y así en más.

Sólo en una perspectiva pulverizada de la realidad, donde se autonomizan fracciones como "campos particulares del saber" (como ocurre en la perspectiva positivista), puede pensarse en cada uno de esos "campos autónomos" como constituyentes de objetos específicos de las distintas profesiones sociales particulares.

2º) Práctica profesional (como "campo de acción") no equivale a "práctica de campo".

Como derivación de lo anterior, no podemos "positivamente" separar "profesiones científicas" de "profesiones técnicas". No debemos considerar que hay unas que producen conocimiento teórico y otras que intervienen en la realidad valiéndose del saber creado por las primeras. Este tipo de división del trabajo apenas reproduce la jerarquización positivista que separa la acción política, el saber "neutro" y la intervención técnica e "ingenua" en la realidad. Y evidentemente en esta jerarquización el Servicio Social queda en el extremo inferior, subordinado a las otras funciones. Una cosa es distinguir el acto de producir conocimiento teórico — la investigación científica sobre un objeto ligado a una área determinada de conocimiento — del uso que de éste se hace para actuar sobre tal objeto; otra bien distinta es pretender que esa producción sea específica a algunas profesiones y que aquellas prácticas interventivas sean propias de otras, confirmando el divorcio comteano entre conocimiento y acción. La "práctica profesional" incluye tanto la

intervención en la realidad como su planificación y el conocimiento (la investigación) de esa realidad; pero no todas estas prácticas profesionales son desempeñadas por los mismos individuos.

De esta forma, por ejemplo, no es la Sociología la profesión exclusivamente encomendada para estudiar la "cuestión social" y la profesión de Servicio Social apenas encargada de intervenir en ella.

La posición que el Servicio Social ha históricamente ocupado en la organización sociotécnica del trabajo desde su génesis, si bien, por un lado, restringe la intervención del profesional a su herencia de subalternidad, por otro, posibilita un cierto distanciamiento, permitiendo que se dedique a identificar problemáticas y demandas sociales, manifiestas o emergentes, estudiarlas e investigarlas en profundidad, desvendando su esencia, con todo el rigor científico, definir pautas de intervención, y finalmente, poner en práctica todo aquello: desarrollar el "trabajo de campo".

El problema es que, en la mayor parte del debate en el Servicio Social, como ya fue señalado, se considera como específico de la profesión sólo el último punto: la práctica de campo, la dimensión operativa, dejando a los "cientistas" y "políticos" los puntos anteriores: el conocimiento de la realidad y la definición política de los objetivos que se persiguen en torno de ésta⁷¹.

Ninguna profesión exige de todos y cada uno de sus miembros, como en muchos casos ocurre en el Servicio Social⁷², la realización de todos los pasos, procedimientos, tareas o etapas de un cierto proceso profesional, preconcebido, definido como "método específico". Sin embargo, no se pretende negar que cabe a todos y a

71. Esto es lo que hace al asistente social desconocer su significación y papel político, y lo coloca en una posición subordinada y subalterna en la división sociotécnica del trabajo; haciendo de él, en estas condiciones, un agente prácticamente prescindible, sustituible.

72. Netto afirma que "en el centro de esta modalidad de intervención [la del Servicio Social] se sitúa, con invulgar ponderación, la manipulación de variables empíricas de un contexto determinado, (...) toda operación suya que no se corona con una alteración de variables empíricas (...) es tomada como *inconclusa*, a pesar de que se valoricen sus pasos previos y preparatorios. El curso de la intervención profesional está dirigido para tal efecto y *debe* resultar en eso. No por fortuna, el trazo de *intervención* del Servicio Social es frecuentemente identificado con una tal alteración — que la formulación tradicional subsumió en la rúbrica del "tratamiento" (1997: 94).

cada uno de los profesionales el conocimiento de la realidad que lo convoca y un cierto dominio del proceso de trabajo tanto a nivel teórico como práctico.

En la arquitectura hay profesionales que sólo dibujan lo que otros proyectan, mientras la supervisión de la obra recae en un tercero. No todos los arquitectos realizan en su práctica profesional el proceso completo de construcción, desde la concepción, la elaboración del proyecto hasta la fase final de la realización de la obra⁷³.

En la medicina hay quien atiende pacientes enfermos, existe quien solamente se dedica a la investigación de las causas sociales, biológicas, ecológicas etc. de los procesos de enfermar y su propagación, otros investigan el organismo humano, experimentan las reacciones animales de ciertos reactivos, e incluso están aquellos que se concentran en la investigación sobre fármacos. Ninguno de ellos deja, por ese motivo, de ser médico, ni su práctica pierde el carácter de actividad profesional. La medicina es una profesión, y como tal no es una ciencia, sin embargo ella es impensable sin el avance de la ciencia, de la producción e incorporación del conocimiento teórico de la biología, de la química, de la física, de la informática etc.; así como estas ciencias son impensables sin las contribuciones de diversos médicos. Ni se excluyen los aportes científicos de ninguna área de conocimiento necesaria a su práctica, ni se marginaliza al médico dedicado a la mera investigación y a la producción de conocimiento científico por no tener una "práctica de campo", una relación directa con el paciente. La medicina no es una ciencia, pero el médico que investiga y produce conocimiento teórico, él sí es un cientista.

No hay, por lo tanto, en una perspectiva ontológica del ser social, *profesiones científicas* sino *prácticas o actividades científicas*; y éstas pueden ser desempeñadas por algunos miembros de las diversas profesiones.

Sin embargo, en el Servicio Social muchas veces se exige de todos y cada uno de los profesionales la realización de todo un

73. Sin embargo todos ellos deben conocer el proceso completo, lo ya hecho y la proyección de las fases siguientes.

proceso metodológico definido *a priori* como "el" proceso y aplicable a todas las circunstancias. Quién no realiza un diagnóstico de la realidad no podría planificar; quién no planifica no podría tomar decisiones para la acción; quién no actúa no podría "sólo" investigar (pues ésta sería una "investigación pura", y ella estaría reservada a los "cientistas").

Noten que no estamos sosteniendo que para el Servicio Social actuar como profesión en una realidad no necesite del diagnóstico de ésta. Lo que afirmamos es que todas estas fases de un proceso de intervención sobre una determinada realidad, desde el conocimiento de ésta hasta la acción directa, no tienen por que ser realizadas por el mismo profesional, por la misma persona.

En el fondo, lo que estamos proponiendo es la ruptura con la clásica división positivista del trabajo que distingue algunas profesiones científicas y otras técnico-operativas. Para nosotros, tal distinción, no debe ser *inter-profesiones* sino *intra-profesiones*. En realidad, hay y debe haber división de trabajo al interior de cada profesión⁷⁴, sus miembros hacen (y deben hacer) cosas diferentes, en lugar de todos recorrer, como un calvario, el mismo ritual.

En el Servicio Social parecería entonces que aquella es su "*especificidad prometida*": la procura de la *homogeneidad profesional*. Todos deben hacer todo aquello que forma parte del proceso de intervención profesional preestablecido.

Así, en el caso del asistente social que "apenas" investiga la realidad social, no es, por regla general, reconocida su actividad profesional como propia del Servicio Social, y por oposición, un sociólogo que "apenas" trabaja "en campo" no es considerado, en general, por nuestro colectivo profesional, como práctica sociológica y sí como una invasión del espacio específico del Servicio Social. En esta concepción, estaría reservado al sociólogo la investigación y al asistente social la práctica de campo. Así, cada cual conserva el dominio de su "chacra".

74. Netto sostiene que la "división de trabajo" o "especialización" al interior de cada profesión es "propia de las profesiones maduras". En este sentido, el Servicio Social, con "la creación de un segmento directamente vinculado a la investigación y a la producción de conocimientos" tiene, en los años 80, su madurez (ver Netto, 1996: 112).

Sin embargo, esta separación no refleja la realidad actual. La división técnica del trabajo es cada vez más difusa, más interligada e interdependiente. Ya no hay compartimentos estancos rígidos y plenos de visibilidad; y el Servicio Social debe percibir esto con toda claridad, para no sucumbir en una "muerte anunciada", en el intento de continuar la búsqueda de la "especificidad prometida"⁷⁵. Hay sociólogos, psicólogos, antropólogos, agrónomos, médicos, y tantos otros profesionales realizando actividades otrora consideradas como específicas del Servicio Social; en concordancia, hay que reconocer, e incluso estimular, la actividad investigativa dentro de nuestra profesión; investigación que cree *teoría sobre lo social* y no apenas conocimiento sobre la práctica profesional. El problema es que esta investigación, incluso aquella realizada en espacio y tiempo diferentes del trabajo de campo, debe permear esta práctica e integrar la formación profesional. El conocimiento de los diversos y variados fenómenos con los que el profesional de campo se enfrenta debe subsidiar la formulación de su estrategia interventiva, ésta *a posteriori* del contacto con el objeto, en una perspectiva ontológica e histórica, no concibiendo un método *a priori* y rutinizado para todas las prácticas.

El Servicio Social debe reconocer como práctica profesional no sólo aquello cuyo proceso completo es realizado por el mismo individuo. El proceso debe ser desarrollado por la profesión como un todo y no necesariamente por cada profesional particular. No se debe despreciar la actividad del "profesional de campo" por considerarla limitada teóricamente, ni se debe deslegitimar las elaboraciones teóricas de un "profesional académico" acusándolo de no estar sostenidas en la experiencia práctica. Este enfrentamiento mutuo trajo experiencias nocivas al Servicio Social, reproduciendo la lógica positivista de su génesis, donde la producción de conocimiento es cuestión de las "ciencias" y al asistente social corresponde su aplicación en la práctica.

Como primera instancia en la división sociotécnica del trabajo podemos identificar diversas profesiones. En un segundo plano de

75. Como aclama Lucien Febvre: "Historiadores, sean geógrafos, sean juristas también, y sociólogos y psicólogos. *Derrumben los compartimentos.*" (in Fiori, 10/5/1996).

esta división encontramos, *dentro de cada profesión*, la actividad científica y la actividad interventiva. *Ciencia* es la denominación que se da a la actividad investigativa realizada sobre objetos reales de una cierta realidad y que procura reproducirla en el plano ideal; otra cosa es lo que llamamos de *profesión*, siendo caracterizada por un conjunto de actividades, dentro de las cuales se encuentra la científica, y que envuelve tanto el nivel teórico-científico como técnico-instrumental y práctico-interventivo.

Por lo tanto, ningún profesional es científico por sí solo, por el tipo de profesión o formación que tenga⁷⁶. No es la profesión determinada la que otorga el carácter de científico a un profesional. Éste se convierte en científico desde que desarrolle investigación científica, desde que produzca conocimiento teórico sobre la realidad. No es científico por "aplicar" los conocimientos ya elaborados, no importa de donde vengan, el profesional hace ciencia desde que se dedique a la actividad científica⁷⁷.

*El carácter de científico de una persona no le es dado mecánicamente por la profesión que tiene, sino por la actividad científica, de investigación, que desempeña*⁷⁸.

76. Un físico, por ejemplo, que trabaja "apenas" interventivamente, aplicando sus conocimientos, no es, por el mero hecho de tener una formación en física, un científico. Un arquitecto que se dedica a la construcción no realiza una actividad científica, por lo tanto no es un científico. Un médico cuya actividad es clínica no hace ciencia. Un sociólogo que desempeña actividades de asesoría o de encuestador, no produce conocimiento científico. Un asistente social que se dedica a la práctica de campo tampoco se constituye en un científico.

77. El físico que investiga nuevos fenómenos, el arquitecto que por medio de una investigación creadora desarrolla nuevos conceptos arquitectónicos, el médico que investiga sobre el cáncer o el HIV, el sociólogo que estudia los nuevos fenómenos sociales de los años 90, y el asistente social que estudia la "cuestión social", en tanto crea nuevo saber científico, mientras produce conocimiento teórico, tiene una actividad científica, se desempeña como científico.

78. ¿Cuáles fueron las formaciones o profesiones de Marx, Weber o Comte? En realidad, las ciencias se desarrollan por el conocimiento creado a respecto de determinada área de la realidad y no dependen exclusivamente de la profesión, de la formación que el investigador tenga.

Marx no tenía formación universitaria de economista, sin embargo la ciencia económica es impensable sin la contribución marxiana. Comte no era sociólogo sino abogado, no por eso se puede desconocer que él le dio a la sociología un *status* oficial. Freud era un médico, sin embargo es creador de un nuevo campo de saber psicológico.

Por lo tanto, tampoco se le puede retirar el carácter de científico a aquel profesional que desarrolla una actividad teórico-científica, apenas por poseer tal o cual formación, por ejemplo, de médico o de asistente social.

De la misma forma que no se puede decir que todo físico, todo biólogo, todo sociólogo, etc., por el simple hecho de tener determinada formación profesional, sea un científico, independientemente de crear o no conocimiento teórico, igualmente no se puede afirmar que un asistente social que produzca saber teórico original no sea, por el hecho de poseer esta formación profesional, un verdadero científico⁷⁹. *El Servicio Social* — como todo colectivo profesional que integra la división sociotécnica del trabajo — *no es una ciencia sino una profesión*. Sin embargo, *el asistente social que produce saber científico (no apenas instrumental)*, así como todo profesional que se vincula a la producción de conocimiento, *es un científico social*.

De esta forma el saber científico no es propiedad ni especificidad de ciertas profesiones. El conocimiento aportado por sociólogos, antropólogos, asistentes sociales, economistas, psicólogos sociales, politólogos etc. es un saber común a las ciencias sociales; forma parte de la *teoría sobre lo social*, utilizable por todas las profesiones sociales. No hay *teoría de Servicio Social* (tal vez apenas un saber

79. Para Yamamoto, "el Servicio Social en su trayectoria no adquiere el *status* de ciencia, lo que *no excluye la posibilidad y necesidad del profesional de producir conocimientos científicos*, contribuyendo para el acervo de las ciencias humanas y sociales, en una línea de articulación dinámica entre teoría y práctica" (1997: 103-104).

Por otro lado, en Netto, si bien "la filiación teórica del Servicio Social a las ciencias sociales de extracción positivista no es un dato irreversible", y si igualmente "su vinculación al pensamiento conservador no es un componente inevitable"; no se puede pensar que la profesión pueda tener *una teoría específica o una metodología particular* (Netto, 1997: 153). Para el autor, "en cualquier hipótesis el Servicio Social no se instaurará como núcleo productor teórico específico — permanecerá *profesión*, y su objeto será un complejo heteróclito de situaciones que demandan intervenciones sobre variables empíricas"; sin embargo, continúa, "esta argumentación no cancela ni la *producción teórica de los asistentes sociales* (que no será la 'teoría' del Servicio Social y que naturalmente, supondrá la sistematización de su práctica, pero sin confundirse o identificarse con ella) ni el *establecimiento formal-abstracto de pautas orientadoras para la intervención profesional*" (*ibidem.*). (Los grifos son nuestros).

instrumental) sino *teoría de lo social* (sobre la sociedad como un todo).

Parece conveniente, a esta altura, desmitificar la idea que pudiera permanecer aún, de que, en una perspectiva crítica, lo exclusivo (y específico) del Servicio Social sea su función manipuladora y controladora de los sectores populares y legitimadora del orden burgués (tal como fue analizado desde la reconceptualización hasta nuestros días). En esta perspectiva, los asistentes sociales progresistas, comprometidos con las causas populares, deberíamos abandonar el barco del Servicio Social por ser éste un instrumento de dominación de la clase hegemónica, y transbordar para otras prácticas (profesionales) no funcionales al *statu-quo*⁸⁰.

Si es verdad la funcionalidad del Servicio Social con el orden social que lo instituye como profesión, es falso pensar que ésta es una característica exclusiva de nuestra profesión⁸¹; basta hacer un análisis que coincida con la perspectiva histórico-crítica (de la segunda tesis) — rompiendo con análisis “endogenistas” y con la perspectiva de la “sociología de las profesiones” — del conjunto de las profesiones para observar la adecuación y funcionalidad de todas ellas con el orden social (ver la nota de pie de página n° 11 del capítulo I).

Esto no quiere decir que todos los profesionales sean intelectuales orgánicos de la burguesía (sobre esto ver las conclusiones generales). La fracción hegemónica de la clase burguesa creó (y/o determinó) *las profesiones* según los modelos de racionalidad y manipulación que la beneficiaban (una racionalidad segmentadora e instrumental de la realidad), sin embargo no crea (y/o determina) enteramente a todos y cada uno de *los profesionales*, su razón, orientación ideológica y práctico-profesional.

80. Netto afirma que “la hipótesis de un Servicio Social corriendo por afuera del marco institucional” “a mediados de la década de setenta ganó cuerpo entre segmentos renovadores de la profesión” (1997:71 — nota n° 136).

81. Como señala Yamamoto, “radicalizando una característica de todas las demás profesiones, el asistente social aparece como *el profesional de la coerción y del consenso*, cuya acción recae en el campo político. Esta es pues, una característica, que *no siendo exclusiva del asistente social*, aparece en él con mayor intensidad ...” (Yamamoto, 1997: 145) (grifos nuestros).

3. EL “PRACTICISMO” PROFESIONAL

Una crítica al análisis de la *relación teoría/práctica* en el Servicio Social

Estas consideraciones, en realidad, son extensiones del punto precedente, pues se refieren al análisis de la relación, no de cualquier teoría y práctica, sino de aquellas consideradas (por los practicistas) como propias del Servicio Social.

De esta forma, este punto refiere también a la (auto)reproducción de la primera tesis sobre la legitimidad profesional.

Es notorio cómo en los medios profesionales el asistente social hace una apología del practicismo. Comúnmente éste tiende a rechazar la producción teórica realizada desde la profesión si ésta no “parte” de la “práctica profesional”. Se estigmatiza al asistente social que investiga sin desarrollar una actividad de campo como “*teórico puro*”. Se cataloga a su investigación de “*abstracción*” o de “*conocimiento no orientado para la acción*”. Simultáneamente, estos mismos asistentes sociales se encantan con los productos teóricos elaborados por sociólogos, psicólogos sociales, antropólogos, pedagogos, economistas.

Evidentemente, esto es resultado de la necesidad de encontrar la “especificidad” de la profesión y, partiendo de ahí, dividir las aguas, demarcar claramente los espacios de cada profesión. *No invadir, para no ser invadido.*

Así, “positivísticamente”, el “espacio”, la “especificidad” del Servicio Social, a partir de la división de ciencia y técnica, conocimiento y acción, parecería ser la práctica⁸². Si fuera así, el asistente social que produce teoría y “solo” eso, no estaría realizando una actividad profesional “específica” del Servicio Social y no estaría

82. “Todos los trabajos humanos, son especulaciones o acciones. Así la división más general de nuestros conocimientos reales, consiste en distinguirlos en teóricos y prácticos” (Comte, 1988: 22). De este modo la ciencia es para prever y la previsión para actuar (*idem.*: 23).

El Servicio Social sería, en esta perspectiva, una actividad exclusivamente práctica, curativa y preventiva.

respetando el "acuerdo" con los "cientistas sociales"; éstos sí productores de teoría. Ahora bien, este acuerdo reposa sobre la tesis de una "teoría" "propia" del Servicio Social. Se percibe así una clara correlación, y hasta identidad, entre la "práctica profesional" y la "actividad de campo".

De esta forma, con tal concepción de "teoría": específica, propia, y con esta idea de "práctica profesional": la actividad de campo, se llega a la convicción de que "la práctica (profesional) es fuente de teoría"⁸³.

Ésta es una bandera levantada por la abrumadora mayoría de los profesionales reconceptualizadores, en las década de 60 y 70, pero con enorme repercusión y vigencia hasta nuestros días⁸⁴. Inclusive por aquellos que pretenden, apoyados en este argumento, en estas conceptualizaciones de teoría y de práctica, criticar y refutar dicha concepción positivista de separar ciencia y técnica, teoría y práctica. Lejos están ellos de su objetivo y lo que no perciben es que este postulado, distante de herir de muerte el concepto positivista, lo revitaliza y recrea.

83. * En el *Método Belo Horizonte*, se postula que: "el pensamiento teórico se torna posible únicamente basado en los datos sensibles" (Lima Santos, 1993: 23), y "la construcción teórica se hace por la sistematización y abstracción de los datos provenientes de las experiencias prácticas" (*idem.*: 27); "la práctica es productora de conocimientos. Éstos, organizados y sistematizados, constituirán el conocimiento teórico" (*ibidem.*).

* Boris Lima, identificando "fundamento" con "fuente", afirma que "la práctica es fundamento de la teoría, y por ser su fuente es prioritaria en relación con ésta" (Lima, 1986: 35).

* Faleiros dice que "el redimensionamiento teórico del trabajo social sólo se realizará a partir de la práctica teórica" (Faleiros, 1993: 83).

* "El conocimiento es un hecho social — dice Kisnerman — que surge de la práctica" (Kisnerman, 1980: 31), su "punto de partida" es "la percepción" (*idem.*: 32).

84. Existe una producción teórica, resultado de investigación, de tesis de posgrado, en fin, una extensa bibliografía de Servicio Social post '80, fundamentalmente producida en Brasil, que trasciende la mera sistematización de la práctica profesional, la mera reflexión técnico-instrumental, alcanzando análisis teóricos de los objetos, de los fenómenos sociales, lo que nos obliga a relativizar esta afirmación.

No obstante, fundamentalmente en los países hispanoamericanos, aún existe cierto predominio, en la formación profesional, de la bibliografía elaborada anteriormente a los '80, donde se postula con enorme fuerza el "principio profesional" de la "práctica como fuente de teoría".

¿Qué fundamento tiene entonces considerar la práctica como fuente de teoría? ¿Cuáles son las implicaciones contenidas en esta afirmativa?

Surgen aquí dos cuestiones:

- Por un lado, el concepto de "práctica" (y por lo tanto, de "teoría").
- Por otro lado, el concepto de "fuente" (de teoría).

3.1. Los conceptos de "práctica" y de "teoría" contenidos en la perspectiva del practicismo

Para tratar esta cuestión — cómo se entiende la "práctica" que se postula como "fuente" de "teoría" y de qué tipo de teoría se habla — consideremos algunos de los textos más representativos que de esta manera la proclaman⁸⁵.

Veamos primeramente los documentos sobre la "relación teoría/práctica", elaborados en Belo Horizonte en el período '72 a '75 a partir de los trabajos de Leila Lima Santos y colaboradores, conocidos como "MÉTODO B. H."⁸⁶. Allí se postula, en una separación espacio-temporal de los momentos sensible y abstracto del proceso de conocimiento, que: "esta forma rudimentaria de aprehensión mental de la realidad objetiva [la del momento sensible⁸⁷] constituye el punto de partida para la elaboración de conocimientos ..." (Lima Santos, 1993.: 19).

85. Tomaremos inicialmente análisis propios de la Reconceptualización. Esta elección puede parecer ilógica; debatir y criticar trabajos tan distantes en el tiempo y ya criticados y hasta autocriticados (cf. Netto, 1991: 276-289 y Lima Santos, 1993: 107-150 — también publicado en "Acción Crítica n° 2; pgs. 15-41). Sin embargo, el tratamiento de estos textos, se hace en la medida en que todavía estos escritos ejercen, directa o indirectamente, total o parcialmente, una influencia importante que perpassa la generalidad del colectivo profesional (ver nota anterior).

De esta forma, podemos decir que la Reconceptualización continúa marcando, directa o indirectamente, el eje del debate profesional en América Latina.

86. "La relación 'teoría/práctica' en el trabajo social: método B. H." (Lima Santos, 1993), texto elaborado por Leila Lima en colaboración con Ana María Quiroga.

87. "El momento sensible incluye tanto datos sensibles (sensaciones, percepciones) [que 'reflejan las propiedades particulares de los objetos', y de los 'objetos íntegros',

Aquí, claramente aparece el "punto de partida" como "fuente" (ver *infra*).

Este "*momento sensible*" implica la instancia del conocimiento que se vincula a una *experiencia*, a la *práctica*. Así el conocimiento práctico, sensible, aprehende los efectos, no las causas, lo cuantitativo, lo particular y lo singular, no lo general. Es, por lo tanto, "conocimiento incipiente" (Lima Santos, 1993: 18-19). Se podría decir que este momento corresponde, para usar un concepto de Kosik⁸⁸, al "mundo de la pseudoconcreticidad", aquel que se presenta

"como el campo en que se ejercita su actividad práctica sensible, sobre cuyo fundamento surgirá la inmediata intuición práctica de la realidad. En el trato práctico-utilitario con las cosas (...) el individuo 'en situación' crea sus propias representaciones de las cosas y elabora todo un sistema correlativo de nociones que capta y fija el aspecto fenoménico de la realidad" (Kosik, 1989: 10).

De esta forma, para superar este momento "incipiente" de conocimiento de lo "externo", de lo "particular"⁸⁹, de lo "aparente", se pasa al "*momento abstracto*", donde "es necesario elevarse de la contemplación sensitiva al conocimiento racional o abstracto" (Lima Santos, 1993: 19)⁹⁰.

Así, mediante "conceptos", "juicios" y razonamientos⁹¹, en este momento se da "el *pasaje de la experiencia sensorial al pensamiento*

respectivamente] como elaboraciones mentales (representaciones) [imágenes sensoriales de los objetos que no ejercen una acción en el momento actual]" (*idem.*: 18). Concepciones claramente influenciadas por los escritos de Mao.

88. Ver Kosik, 1989: Cap. I; aunque los autores de los textos en cuestión no tengan en Kosik un referencial teórico.

89. Aquí claramente hay un distanciamiento (si no contradicción) con las concepciones marxianas. Para Marx lo concreto es la totalidad, la unidad de la diversidad. Se llega al particular por medio de la abstracción. Evidentemente, no es el mismo "particular" que el Método B. H. postula para el "momento sensible".

90. En clara alusión a la frase de Marx sobre el "método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto" (Marx, 1977: 219), pero incurriendo en un equívoco substantivo: en Marx la "elevación" es "de lo abstracto a lo concreto" y no "de lo sensible a lo abstracto". El proceso propuesto, por lo tanto, es exactamente lo contrario de lo que Marx postula.

91. Partiendo aquí claramente de Mao Tsé-tung. Entretanto, los autores se refieren a "conceptos", "juicios" y "deducciones". Ignoramos este último término y asumimos

abstracto (...), del conocimiento de objetos y fenómenos aislados para el conocimiento de la conexión interna entre ellos y las leyes que rigen su desarrollo y cambios" (*idem.*: 20).

Para los autores de Belo Horizonte, "los conceptos", mágicamente, "reflejan la esencia de los fenómenos"; entretanto, "los juicios", también idealísticamente, "revelan el contenido objetivo de los conceptos" (*idem.*: 21). Así, este pasaje de un momento para el otro, mecánicamente, estaría señalando el pasaje de la práctica a la teoría, de la apariencia a la esencia. *Como si el simple hecho de pensar la práctica, de reflexionar sobre los datos sensibles, generara mecánicamente teoría, conocimiento de la esencia* o, como ellos postulan, "el contenido objetivo de los conceptos"⁹².

Observemos que, por definición, no hay nada más subjetivo que las "construcciones del pensamiento" (conceptos, juicios y razonamientos)⁹³. Por lo tanto, el simple pasaje del "momento sensible" al "abstracto", la mera abstracción, que Marx critica en los economistas políticos como limitada⁹⁴, es lo que en el Método B. H. constituye la "*teoría*", es lo que revelaría la "esencia de los fenómenos", el "contenido objetivo" de los conceptos.

Si este proceso, este pasaje, siempre generara teoría y si esta teoría siempre llegara a la esencia, al objetivo, siendo este pasaje un proceso del pensamiento, subjetivo, esto nos llevaría necesariamente a una cuestión problemática: cada persona que piensa (que

el propio empleado por Mao: "razonamientos", de lo contrario deberíamos apuntar la tautología de hablar de "deducciones deductivas" y la contradicción de las "deducciones inductivas" (Lima Santos, 1993: 20-21).

92. Para Netto (1991: 281), "esta estructura teórico-metodológica es montada a partir de una reflexión francamente epistemológica"; teniendo una "concepción del conocimiento directamente inspirada en la teoría leninista del reflejo".

93. Para Habermas, no hay "juicios de hechos" dislocados de "juicios de valor", no hay conocimiento sin interés. No existe, en otras palabras, el "conocimiento desinteresado", neutro, puro; éste siempre está saturado de interés para Habermas; al contrario de Durkheim (quien separa los juicios de hecho de los de valor) y de Weber (para quien los valores deben ser explicitados de tal forma de ser separados y controlados).

94. "La primera vía [de lo concreto sensible a lo abstracto] fue la que, históricamente, la economía política adoptó (...). Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por una totalidad viva: la población, Nación, Estado (...); pero *terminan siempre por formular, a través del análisis, algunas relaciones generales abstractas determinantes* ..." (Marx, 1977: 218).

abstrae) su práctica, cada sujeto que elabora conceptos, juicios y razonamientos sobre sus actividades prácticas, siempre llegaría a lo esencial, al conocimiento del objeto, a las "leyes que rigen su desarrollo y cambio". Esto conduce necesariamente, y mismo que no sea su intención, a una visión pulverizada (ya hasta posmoderna) de la realidad: existen tantas "esencias objetivas", y de esta forma tantos fenómenos, como personas pensando los objetos de su práctica. Todas las interpretaciones sobre la realidad serán, en esta visión, igualmente válidas, sin importar el grado de fidelidad al objeto.

Esta observación, entretanto, es relativizada con la afirmación de los autores de Belo Horizonte sobre la existencia de una "verdad objetiva". Ésta es definida como producto de la "reflexión adecuada de la realidad objetiva en la conciencia del hombre, en sus representaciones y conceptos" (Lima Santos, 1993: 24). "La práctica, por lo tanto, no apenas es el medio de vinculación entre el hombre y el mundo objetivo como también es a través de ella que se da el proceso de conocimiento y el descubrimiento de la verdad objetiva" (*ibídem.*).

Los autores consideran que esta "verdad objetiva" es alcanzada en el pasaje de lo sensible a lo abstracto, siempre que se parta de un "método científico". Entretanto, este método es constituido por "modos y procedimientos" (*idem.*: 22). Así, la "verdad objetiva" es fácilmente (y mecánicamente) alcanzada por todo aquel que "se eleve" del momento sensible al abstracto, siguiendo una serie de pasos y procedimientos, lo que le daría el *status* de "conocimiento científico". Nada menos dialéctico que esto, nada más funcionalista que esto.

De esta forma, paradójicamente, mismo postulando "la práctica como fuente de teoría" y por lo tanto, la primacía de la primera sobre la segunda, parten de las características del método dialéctico (de conocimiento) — y de sus "leyes y categorías" que rigen los procesos, los fenómenos, el movimiento real —, para elaborar el método profesional. Así, los autores de Belo Horizonte transforman leyes inherentes a la realidad y por lo tanto, vinculadas al conocimiento teórico, en leyes de acción profesional⁹⁵, en un método

95. "Ley de la relación recíproca y de la conexión universal", "ley de la transformación universal y del desarrollo incesante", "ley del cambio", "ley de la contradicción universal" (*idem.*: 28-35).

de acción. "Con el objetivo de elaborarse un método científico, el método profesional se fundamentó en las relaciones, principios y leyes inherentes al conocimiento y a la propia realidad. (...) el método profesional está directamente ligado a la teoría científica y a la realidad histórica" (Lima Santos, 1993: 47).

A partir de estas "leyes del método profesional", en un proceso de "movimiento de aproximaciones con la realidad y realimentación teórica" (*idem.*: 67), se determinan los "momentos metodológicos" (*idem.*: 66) de la intervención profesional.

La paradoja del Método B. H.⁹⁶ es, por lo tanto, proponer la primacía, el privilegio de la práctica sobre la teoría y sin embargo, construir un conjunto de procedimientos técnico-operativos, que denominan de "método profesional", fundamentalmente interventivo (en la práctica), a partir de la adopción de un "método (dialéctico) de conocimiento teórico-científico, de interpretación y conocimiento de la realidad

- Con idéntica preocupación y en una perspectiva semejante, Boris Alexis Lima elabora su "Método de intervención en la realidad" (Lima, 1986).

Así, partiendo también de Althusser, de Mao Tsé-tung y de Lenin, aunque incorporando, en este caso, autores como Kosik y Sánchez Vázquez, Boris Lima va a definir el "método de lo abstracto a lo concreto". El problema es que nuevamente el método dialéctico y estos pensadores críticos, Kosik y Sánchez Vázquez, son "positivizados"⁹⁷ mediante las simplificaciones de Mao, de Althusser y hasta de Lenin⁹⁸.

96. Y Boris Lima, como veremos a seguir.

97. Un análisis crítico sobre la "invasión positivista en el marxismo" se encuentra en Quiroga, 1991.

98. Boris Lima utiliza de Lenin apenas el texto "Materialismo y empiriocriticismo", elaborado previamente a la lectura de la dialéctica hegeliana y que él mismo después supera.

Así "con esta filiación — dice Netto [refiriéndose al Método B. H., que nosotros hacemos extensivo a Boris Lima] — por más que se insista en la 'interrelación entre sujeto y objeto de conocimiento' (...), se torna muy difícil aprehender las especificidades del conocimiento sobre el ser social y escapar a directrices (neo) positivistas" (Netto, 1991: 281 — Nota de pie de página n° 362).

Boris Lima también considera la “*verdad objetiva*”, pero ésta parece contener un carácter “absoluto” y uno “relativo”: según él,

“la verdad *es relativa* — relatividad dialéctica, que no es relativismo — por cuanto reproduce la realidad, pero de forma parcial (...). Pero esta verdad, al mismo tiempo, contiene un carácter *absoluto*, porque el conocimiento lo es en el espacio y en el tiempo. La dialéctica del conocimiento reside en esta unidad de lo absoluto y lo relativo” (Lima, 1986: 33).

Esta conceptualización, pretendidamente opuesta a las concepciones que proclaman la falsedad del conocimiento por ser éste relativo e incompleto, no hace otra cosa que reproducir la misma lógica. En un sentido contrario pero conservando el mismo parámetro, Boris Lima, al afirmar que el conocimiento válido es también “absoluto”, parte de la misma concepción: sólo es válido si es absoluto. El punto de partida entonces es el mismo: el conocimiento relativo no es verdadero ni objetivo. La diferencia es la conclusión; para unos no existe conocimiento veraz y por lo tanto acaban en el relativismo y, en el extremo, en el irracionalismo; para los otros el conocimiento solo es veraz si es absoluto.

Si se considera que sólo existe verdad cuando ella es absoluta siempre se caerá en una de las dos concepciones:

- en el *relativismo* (o en el agnosticismo) que entiende que no hay verdad.
- en el *absolutismo*, que considera que es posible y hasta necesario, alcanzar la verdad absoluta.

Lo que se trata aquí de afirmar — considerando que la práctica, la realidad, es siempre más rica, más saturada de determinaciones de aquello que la teoría puede aprehender — es que la *verdad es siempre relativa*, porque *es histórica y compleja*. Pero ella no deja, por el hecho de ser relativa, de constituirse en verdad, pues afirmar lo contrario significaría caer en el relativismo. Uno y otro, relativismo y absolutismo, parten del mismo error de equalizar:

- conocimiento absoluto a verdad, y
- conocimiento relativo a falsedad.

Con estos errores, el pasaje de uno para otro, del absolutismo al relativismo, resulta sumamente fácil y común. En realidad, hay

ahí embutidas dos contradicciones dialécticas que no pueden ser identificadas:

- por un lado: “*absoluto/relativo*”
- por otro lado: “*verdadero/falso*”

Hecha esta distinción, es perfectamente posible (así como necesario e inevitable) un *conocimiento relativo, procesual y veraz*, mientras que es imposible el conocimiento absoluto.

De la misma forma que la propuesta anterior, Boris Lima parte de las nociones de “sensaciones”, “conceptos”, “juicios” y “razonamientos”, siendo entonces el conocimiento “una unidad dialéctica entre lo ‘*sensible*’ y lo ‘*racional*’” (Lima, 1986: 150)⁹⁹. Nuevamente se entiende, pretendiendo atribuírsele a Marx, creador de este “método de elevación de lo abstracto a lo concreto”, la *abstracción como generalización* (*idem.*: 151). (ver *infra*)

Finalmente, criticando los métodos tradicionales de caso, grupo y desarrollo y organización de la comunidad, y las “metodologías de transición”¹⁰⁰, Boris Lima también desarrolla, sustentado en el “método de lo abstracto a lo concreto”, de un *método de conocimiento*, su “Método de intervención en la realidad”, su *metodología profesional*.

Partiendo de una mera “estructura lógica del método” (*idem.*: 159)¹⁰¹, identifica seis fases (*idem.*: 159-204). Éstas, por partir de una transformación de categorías, “pasos” y procedimientos del método de conocimiento, son sumamente semejantes a los momentos del Método B. H. Así, estas dos “nuevas” propuestas no consiguen superar y romper con los métodos tradicionales y “transitorios”, mismo partiendo de perspectivas teórico-metodológicas distintas en lo que refiere al conocimiento (ver el cuadro siguiente).

La innovación de estas propuestas¹⁰², en términos estrictamente metodológicos, está en la *incorporación de un momento* (o un

99. Los niveles “sensible” y “racional” son exactamente los mismos momentos “sensible” y “abstracto” del Método B. H., ya tratados.

100. El “Método Integrado” norteamericano; el “Método Polivalente” de Puerto Rico (1969); el “Método Básico” de Santiago de Chile (1969); el “Método Único” de Concepción-Chile (1971) etc. (Ver Boris Lima, 1986: Caps. 3 y 4).

101. Recordemos que Engels lo caracterizaba de “*dos modos: el histórico y el lógico*” (Marx y Engels, 1977).

102. Nos referimos a los Métodos B. H. y Boris Lima.

procedimiento) de apropiación de lo real por parte de la población: "investigación participante", "discusión y difusión del diagnóstico" etc. Evidentemente una innovación substantiva, pero insuficiente para llegar a la procurada ruptura con los métodos tradicionales¹⁰³.

MÉTODO BÁSICO ¹⁰⁴	MÉTODO B. H.	MET. BORIS LIMA
A. Investigación.	1º Momento: aproximación I	1ª Fase: sensitiva
	2º Momento: investig. significativo	2ª Fase: de información
B. Diagnóstico.	3º Momento: interpret. diagnóstico	
	4º Momento: aproximación II	3ª Fase: investig. participante
		4ª Fase: determinación
C. Planificación.	5º Momento: programación	5ª Fase: modelo de acción
D. Ejecución.	6º Momento: ejecución del proyecto	6ª Fase: ejecución y
E. Evaluación.	7º Momento: revisión/sistematización	control

En realidad, hay elementos de *ruptura y continuidad*.

Es que estas propuestas metodológicas innovadoras, mismo partiendo de una pretendida perspectiva dialéctica, no consiguen superar la segmentación positivista entre ciencia y técnica, la naturalización de la realidad (sobre esto, ver Quiroga, 1991) y el apriorismo metodológico (ver una importante autocrítica del "metodologismo" in Lima Santos, 1993: 138-140). Estas contribuciones están aprisionadas, por lo tanto, como afirma Netto, en un "anillo

103. Estas propuestas se constituirán en alternativas globales al tradicionalismo. Mismo así, no dejan de ser caracterizadas por Netto (él se refiere a la propuesta de Belo Horizonte, nosotros incluimos Boris Lima) como una "intención de ruptura" no efectivizada (Netto, 1991: 276-278).

104. Tomaremos éste como representativo de un conjunto de propuestas ya indicadas. Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica de Santiago de Chile (mimeo); Santiago, 1969.

de hierro" que no le permite consolidar la ruptura reproduciendo la esencia de las prácticas tradicionales; así,

"a pesar de cortar con las prácticas de sus protoformas, no se legitima socialmente por resultantes muy diversas. Su práctica, orientada por un sistema de saber e insertada institucionalmente en el espectro de la división social (y técnica) del trabajo, no va mucho más allá de prácticas sin estos atributos.

El límite (...) no es endógeno al Servicio Social. (...) Sin embargo, aquél se presenta como si fuera endógeno al Servicio Social, en la medida en que éste tiene su funcionalidad socioprofesional explicitada en el tratamiento (...) de las refracciones de la 'cuestión social'" (Netto, 1997: 101-102).

Para este autor, "los moldes formal-abstractos desarrollados por la profesión — expresados, por ejemplo, en la tricotomía caso/grupo/comunidad, o en la secuencia estudio/diagnóstico/terapia/evaluación (continua) — se muestran inevitablemente unilaterales y unilateralizantes" (1997: 92).

Así, estas propuestas metodológicas, que parten de la idea de que "la práctica es la fuente de la teoría", participan de ciertos errores substanciales, referidos al concepto de práctica, de teoría y del método de conocimiento e intervención que las relaciona. Errores que consideraremos en seguida.

3.1.1 En primer lugar, se confunde "práctica profesional" (inmediata) con "práctica social" (histórica). La práctica profesional, siendo parte de la última, entretanto no la agota.

La práctica profesional significa el ejercicio remunerado de la profesión, donde hay un empleador, una demanda de trabajo y una retribución salarial por los servicios prestados, en el ejercicio de la profesión. La práctica profesional es, por lo tanto, una práctica institucionalizada. Se trata de una práctica con una cierta particularidad: es una práctica que tiene una base de conocimiento científico y un sustento técnico-operativo y teórico-metodológico.

Esta particularidad no sólo hace de la práctica profesional apenas un aspecto de la práctica social, como un aspecto diferenciado

del resto. Aquí, en la "práctica profesional", la unidad teoría/práctica, conocimiento/acción, es una cuestión esencial.

La *práctica social*, la vida cotidiana, las relaciones socioeconómicas, la participación social (en el sentido más amplio) están impregnadas de sentido común, de alienación, de cultura dominante¹⁰⁵. Por lo tanto, la confusión, la identificación de una con la otra, siempre lleva a reducir los aspectos teóricos, cognitivos, de la práctica profesional, a subordinar (como ocurre en la práctica sociopolítica) la teoría a la acción. Así, dice Sánchez Vázquez,

"lo práctico — entendido (...) en un sentido estrictamente utilitario — se contrapone abstractamente a la teoría (...). En vez de formulaciones teóricas, tenemos así el punto de vista del 'sentido común' (...), tenemos toda una red de preconceptos, verdades estereotipadas y en algunos casos, supersticiones de una concepción irracional (mágica o religiosa) del mundo" (Sánchez Vázquez, 1990: 210).

Aquí, en esta absurda confusión, el "sentido común" de la práctica cotidiana substituye, sin que nadie lo perciba, el "buen sentido" necesario a la práctica profesional. Y como dice Sánchez Vázquez (*ibídem.*), "el 'sentido común' es el sentido de la práctica". "Por eso — agrega el autor — el punto de vista del sentido común es el del practicismo: práctica sin teoría" (*ibídem.*: 211)¹⁰⁶.

El "sentido común", el "saber popular", es el mismo tipo de saber que el de un *empirista longevo*: él conoce por la experiencia acumulada los fenómenos que se presentan directamente en la práctica. No consigue, por lo tanto, salir de lo aparente, de lo superficial, de la "pseudocoherencia". Éste es el trágico destino del "practicista", que postula la práctica como fuente de teoría.

105. Obviamente no es sólo eso, pero sí está saturada de eso.

106. Es en este sentido que Nobuko Kameyama afirma que "esa cuestión [la confusión entre práctica social y práctica profesional] se acopla a la confusión que se hace (cuando se lee Gramsci) entre la práctica y el sentido común. Ella permea hoy toda la educación popular en la medida en que hoy el criterio de verdad es la práctica.

Así el pueblo sabe. Y los asistentes sociales nada tienen para hacer. Se cae en el basismo. Eso permea también toda la investigación-acción (...) [que] no es nada más que una sistematización de la práctica. Ella sólo puede llegar a ser una investigación si define un objeto de investigación dentro de un conjunto de acciones. *El desarrollo y el análisis de la práctica precisa de la teoría para explicarla*" (Kameyama, 1989: 104).

3.1.2 En segundo lugar, se confunde "teoría" con "abstracción", con "generalización" y/o con "sistematización".

Como ya vimos, el Método B. H. postula que "el contenido de la teoría es constituido por la generalización y abstracción de los datos y hechos obtenidos por el proceso práctico" (Lima Santos, 1993: 26).

Se nota aquí una clara concepción de la teoría como "abstracción" y "generalización".

* En el primer caso: "teoría = abstracción", se verifica un error en relación al método dialéctico.

Para Marx, lo *concreto* es "la síntesis de múltiples determinaciones, luego, unidad de la diversidad" (Marx, 1977: 218). Lo *concreto*, es por lo tanto, el "todo", lo *complejo*, es el punto de partida, pero también el resultado del proceso de conocimiento (*ibídem.*: 218-219). Y es precisamente esta afirmación que, incorrectamente interpretada, es tomada como "fundamento marxiano" del postulado de la "práctica como fuente de teoría" y del proceso "práctica-teoría-práctica": P - T - P' (cf. Lima, 1986: 30).

Es que identifican el "concreto" marxiano con la "práctica". Hecha esta identidad: "práctica = concreto", derivado de lo anterior, parece fácil ver en Marx — en su propuesta metodológica: del "concreto sensible" (práctica para los practicistas) a lo "abstracto" (teoría para los practicistas), volviendo nuevamente al "concreto" pero esta vez "inteligido", (práctica realimentada teóricamente para los practicistas) — el fundamento del postulado que consideramos. Así, la cuestión parece "legitimada" por Marx.

Parece, pero no lo es.

En Marx, ni lo concreto es necesariamente la práctica, ni lo abstracto es la teoría. Por el contrario, Marx critica los economistas políticos (clásicos) por no conseguir superar el nivel abstracto. Los que postulan la práctica como fuente de teoría, hablan de la *elevación de lo sensible (práctico) a lo abstracto (teórico)*¹⁰⁷. Éste sería apenas el primer camino (el seguido por los economistas políticos), el que

107. "Es necesario elevarse de la contemplación sensitiva al conocimiento racional o abstracto" (Lima Santos, 1993: 19).

"redujo la plenitud de la representación a una determinación abstracta" (Marx, 1977: 219). Pero Marx define el "método científicamente correcto" (*idem.*: 218) como aquel que se eleva de lo abstracto a lo concreto (*idem.*: 219). La teoría, para Marx, no es por lo tanto lo abstracto, y sí el "concreto pensado", como "síntesis de muchas determinaciones" y como reproducción ideal del movimiento de la realidad. Para Kosik,

"el método de elevación de lo abstracto a lo concreto es el método del pensamiento; en otras palabras, es un movimiento que actúa en los conceptos, en el elemento de la abstracción. La elevación de lo abstracto a lo concreto no es un pasaje de un plano (sensible) para otro plano (racional): es un movimiento en el pensamiento y del pensamiento" (Kosik, 1989: 30).

En realidad, todos estos errores se deben al uso de la terminología y de las categorías marxianas, empleadas con los contenidos, con los conceptos, dados por el "sentido común"¹⁰⁸ — el que refleja la racionalidad burguesa y que está saturada de ideología dominante. Para el "sentido común", lo concreto es lo simple, es lo singular, es la práctica. Mientras que lo abstracto es, en esa óptica, lo general, lo complejo, lo teórico. Se encuentra aquí el fundamento de estas confusiones: teoría como abstracción y práctica como concreto.

* En el segundo caso: "teoría = generalización", la base es también el "sentido común".

Éste entiende la *generalización* como la elaboración de leyes aplicables a todos los fenómenos de igual naturaleza. Por lo tanto se opone al singular, que es, en el "sentido común", lo específico, lo concreto.

Partiendo de estas ideas, propias del empirismo y del "sentido común": *general = ley*, y *singular o particular = concreto*, específico,

108. Debemos, en este caso, enfatizar nuestra crítica al hecho de que un profesional, especialmente si se trata de una disciplina social con una fuerte característica interventiva y un fuerte vínculo con la realidad social, y por eso con el nivel de complejidad del Servicio Social, pueda apelar al "sentido común" con un saber válido para sus análisis teóricos, mezclando términos provenientes de las teorías sociales (marxiana, weberiana, durkheimiana, foucaultiana, habermasiana, etc.) en una especie de eclecticismo.

se llega también, en un proceso pretendidamente marxista, al método de: "inducción / deducción".

Así, parecería fácil también identificar el "análisis" de Marx con la *inducción*: de lo particular (concreto de Marx) a lo general, a la ley (abstracto); y la "síntesis" marxiana con la *deducción*: de la ley general (abstracto marxiano) a lo particular (concreto)¹⁰⁹.

En realidad, identificar el proceso marxiano de análisis/síntesis a los métodos de inducción/deducción, sólo puede ser entendido si partimos de los equívocos ya señalados, confundiendo categorías marxianas con conceptos empiristas y del "sentido común".

Para Netto, las corrientes que podríamos catalogar como *empiristas*, inspiradas en la tradición neo-kantiana¹¹⁰, conciben el conocimiento del ser social "como operación lógico-formal que confiere a los fenómenos una legalidad que la razón — la base del análisis de ellos — les atribuye" (Netto, 1989: 144). Aquí, esta legalidad es entendida como una "formulación lógico-abstracta (universal) de un modelo o paradigma comprensivo de los procesos que ellos señalan, de sus tendencias y regularidades" (*idem.*: 143).

La ley es aquí entendida como una "abstracción", como lo "universal" que ilumina todos los casos concretos. La teoría sería una *construcción* ideal¹¹¹, un "constructo" de la razón, un "recorte" subjetivo del objeto real.

En esta concepción lógico-empirista, la teoría se constituye en un proceso de *inducción*¹¹². Sería mediante la comprobación empírica,

109. Siguiendo Lenin, para quien la dialéctica marxiana implica "un análisis a dos niveles, deductivo e inductivo, lógico e histórico" (*in* Mandel, 1982:8) Kameyama afirma que "el método de conocimiento, además de ser un método analítico sintético, se utiliza de la *inducción* y de la *deducción* (...). Es en ese proceso inducción/deducción que se puede abordar lo particular, en la medida que se va de lo general con la teoría o las leyes generales, a analizar una especificidad" (Kameyama, 1989: 103).

110. El empirismo lógico, el comprensivismo weberiano, entre otros.

111. Un "tipo ideal" para usar el concepto weberiano.

112. En matemática, la inducción es el proceso mediante el cual una relación demostrada para varios casos singulares es establecida como ley general. Hay otras formas de inducción: aristotélica, baconiana, completa. En la lógica, ella es "una forma de raciocinio que va de lo particular a lo general, o sea, que procede a generalizaciones a partir de repeticiones y de la observación de una regularidad de ciertos números de casos" (Japiassu y Marcondes, 1991: 132-133).

factual, de ciertas hipótesis, en diversos casos, que se elaboraría teoría, extrapolando estas comprobaciones singulares y "construyendo" una ley, un modelo, un tipo ideal¹¹³. El camino inverso, la *deducción*, implica extraer conclusiones sobre fenómenos singulares a partir de la ley general, de la teoría. Así, *en el lenguaje empiricista, teoría es una abstracción*, pues es una *generalización ideal*, no concreta.

Contrariamente, *en la vertiente crítico dialéctica*, el proceso de conocimiento

"también arranca de la expresión empírica para ganar la procesualidad que la disuelve y resuelve, en la búsqueda de sus tendencias y regularidades; entretanto, en esta perspectiva, la sistematización del material empírico no provee el cuadro a partir del cual se constituye un modelo — antes, constituye un elenco de determinaciones simples que permite el movimiento inmanente del proceso objetivo" (Netto, 1989: 143).

Nada tiene que ver, por lo tanto, el análisis de Marx con la inducción del empirismo.

En esta perspectiva, se concibe la elaboración teórica "como movimiento a través del cual la razón extrae de los procesos objetivos su legalidad intrínseca" (*ídem.*: 144)¹¹⁴.

Así, *no es la misma cosa la elaboración de leyes (tendenciales e inmanentes al objeto) para Marx que la formulación de éstas en el empirismo.*

Nada tiene que ver, por lo tanto, la deducción empirista (de lo general, de la ley, a lo singular y particular) con la síntesis marxiana (de lo abstracto a lo concreto, al todo pensado).

113. "La resultante de la elaboración teórica, dice Netto, el producto teórico por excelencia, es un modelo que la razón elabora y crea a partir del objeto empíricamente dado" (pg. 143). Aquí, "la naturaleza de las categorías es puramente lógica (...) y la relación entre sistematización y elaboración teórica aparece como un continuo" (Netto, 1989: 145).

114. Y cita Netto: "del punto de vista ontológico — dice Lukács — legalidad significa que, en el interior de un complejo o en la relación recíproca de dos o más complejos, la presencia factual de determinadas condiciones implica necesariamente, a pesar de que apenas como tendencia, determinadas consecuencias" (Lukács, *in*: Netto, 1989: 144). Lo complejo es aquí, lo concreto, no lo general.

Aquí, contrariamente, no se "construye" un objeto; la teoría, en realidad, "reconstruye el proceso del objeto históricamente dado. El resultado de la elaboración teórica, *el producto teórico* por excelencia, *es* [en esta perspectiva] *una reproducción ideal de un proceso real*" (*ídem.*: 143).

Lo que la teoría, tal como es concebida por Marx, nos permite desentrañar de nuestros objetos singulares, lo que nos ilumina para reflexionar, entenderlos y explicarlos, no es lo mismo que para el empirismo — que los entiende como especificidades de lo general y por lo tanto, comprende lo singular, lo específico, a través de la "aplicación" de la ley, de lo general¹¹⁵. Es, por el contrario, a través de la comprensión de ciertas particularidades (abstractas), ya tratadas por la teoría social, que en el marxismo se alcanza la explicación de las relaciones entre estos elementos simples, particulares y por lo tanto, se reconstruye el concreto, lo real, en el pensamiento. En esta perspectiva, "la naturaleza de las categorías es básicamente *ontológica* [y no epistemológica o apenas reflexiva y lógica] y la relación entre sistematización y elaboración teórica aparece como la relación entre un momento pre-teórico y el momento teórico [y no como un continuo]" (Netto, 1989: 145).

Estas dos perspectivas, tal vez dos polos de un espectro más amplio, son teórica, lógica y metodológicamente diferentes e incluso antagónicas. Para Netto, "la primera posición [tiene] lineamientos nítidamente *epistemologistas* y *metodologistas*", entretanto la segunda se comporta "como tendencia claramente *orientada a la ontología del ser social*" (*ídem.*: 144)¹¹⁶.

De esta forma, mezclar una perspectiva empiricista, sus métodos inductivo/deductivo y su espectro conceptual: particular (como concreto, como singular), abstracto (como general, como ley, como teoría), con categorías marxianas — totalidad, particularidad y singularidad, abstracto, concreto y su proceso de abstracción (aná-

115. Y cuando no se encuadra lo específico en lo general, es considerado como "una excepción que confirma la regla".

116. Teniendo la *ontología* como la teoría del ser; entretanto la *epistemología* es la teoría del conocimiento (independientemente del ser concreto).

lisis) y síntesis, ontología del ser social, praxis — representa, como mínimo, un enorme eclecticismo.

Parecería que los errores de los practicista derivan básicamente de la utilización del instrumental marxista, pero redefinidos a la luz del sentido común y del empirismo¹¹⁷. Estas impregnaciones del "sentido común" se deben a la conceptualización de la razón apenas como "razón instrumental", como ocurre, por ejemplo, en el positivismo¹¹⁸.

* Esto nos lleva a considerar otra falsa identificación: "teoría = sistematización"; teniendo la teoría el carácter de teoría "específica", propia, de la profesión.

Así, el Método B. H., refiriéndose a la teoría (como "generalización" y "abstracción") proclama que, "tal sistematización, por su vez, orienta de un modo o de otro las investigaciones y experiencias prácticas posteriores. En este sentido, la teoría es el momento inicial con relación a la experiencia siguiente" (Lima Santos, 1993: 26). De esta forma trata la sistematización como teoría.

Para Faleiros, siempre hablando de sistematización en el lugar de teoría, "la sistematización significa el movimiento de conocimiento que se vincula a la construcción de categorías" (Faleiros, 1993: 77); así, continúa diciendo, "el proceso de sistematización busca traducir, en el plano analítico, la complejidad, la riqueza, la multideterminación de la realidad. Ese proceso no es lineal, depende de una evolución de la aprehensión sensible de lo real hasta su revelación en conceptos y juicios" (*idem.*: 79).

En este caso, si entendiéramos la teoría como la "sistematización de la práctica", parecería argumentada, por si misma, la afirmación de la práctica como fuente de teoría. Para poder observar cómo

117. Para Netto, "es perfectamente factible insertar en una moldura epistemologista todo un conjunto temático pertinente a la inspiración ontológica original de Marx — obviamente abastardándolo" (Netto, 1989: 144).

Lo mismo ocurre con la inserción, en una moldura "inductivista/deductivista", de las categorías marxianas de abstracción (análisis) y síntesis.

118. Sobre las "invasiones positivistas en el marxismo" del Servicio Social reconceptualizado, ver Quiroga, 1991. Sobre los límites de la "razón instrumental", ver el debate trabado en la Escuela de Francfort; para un debate dentro del Servicio Social, ver Guerra, 1995.

esta identidad es problemática debemos ver *qué es la "sistematización"*. Ella resulta del proceso de selección, ordenamiento, priorización y categorización de los datos extraídos de una práctica localizada y singular.

La sistematización coincide, así, con el *Diagnóstico* (Social o Interventivo)¹¹⁹; siendo éste último el punto de partida, el inicio del proceso metodológico de intervención profesional y su punto final (se habla de "investigación-diagnóstica" y de "evaluación-diagnóstica"). Efectivamente, pocos asistentes sociales piensan en desarrollar un proceso en una determinada realidad sin haberla diagnosticado. Este diagnóstico es la primera sistematización, ya que éste es elaborado fundamentalmente a *partir de la práctica*. Diríamos aquí que, en realidad, "la práctica es la fuente del diagnóstico".

Si éste es una *sistematización* y como tal, en esta tercera identidad, esta última es concebida como *teoría*, "ergo", quedaría autofundamentado el postulado en cuestión: "la práctica es la fuente de la teoría".

Veamos entonces *qué es el "diagnóstico"*. Según Scarón (1985: 26), "el diagnóstico es un juicio comparativo de una situación dada con otra situación dada (...). Por lo tanto el diagnóstico es, en esencia, una comparación entre dos situaciones: la presente, que llegamos a conocer mediante la investigación, y otra ya definida y supuestamente conocida que nos sirve de pauta o de modelo".

En función de las características de los "modelos" se puede distinguir, "tres tipos o sistemas de comparación:

- a) con una situación semejante, análoga, ya conocida previamente en nuestra experiencia profesional, [*diagnóstico por analogía*];
- b) con una situación real o imaginaria, vivida por nosotros, que podemos evocar o suponer en sus motivaciones o en sus consecuencias, [*diagnóstico por comprensión*];
- c) con un 'modelo' de situación, implícitamente formulado de acuerdo a normas y valores personales, o explícitamente formulado

119. Entendiéndolo como la sistematización de los conocimientos iniciales de la realidad sobre la cual se va a intervenir, como el control de la intervención profesional y como la evaluación final del proceso profesional y la situación final alcanzada.

por la teoría de la profesión, [*diagnóstico por modelos*]” (Scarón, 1985: 28)¹²⁰.

Estos “modelos”, sean ellos objetivos o subjetivos, reales o ideales, futuros, presentes o remotos, immanentes o externos, siempre se comportan, a los efectos del diagnóstico, como “reglas”, *parámetros de medición, de comparación y de contrastación: “modelo” / “situación”*¹²¹.

En realidad, *el diagnóstico no produce teoría: él apenas busca dirigir acciones según una racionalidad que emana del sujeto que se pretende interventor*¹²². El diagnóstico implica una investigación, pero como ya señalamos ésta apenas presenta datos sobre la realidad para manipularla, no para crear teoría.

Esta idea de contrastar lo real con lo ideal, de la medición, o valoración de la realidad con la “regla” ideal, tiene más que ver con la concepción weberiana de teoría, de “tipos ideales”, que con la concepción marxiana de teoría, como reproducción ideal del movimiento de la realidad. Para Weber,

120. El primer tipo es aquel que se funda en la experiencia profesional del asistente social; esto lleva a una comprensión que parte de la experiencia personal, del “sentido común”, más que a un razonamiento, (Scarón, 1985: 29-34)

El segundo tipo, también llamado “Verstehen”, exige el “marco referencial teórico” ya que parte del principio de la “individualidad” del cliente, de su singularidad e irrepetitividad, lo que escapa a todo procedimiento de análisis científico. Según Abel, este tipo no tiene valor como medio de descubrimiento, sino sólo en la confirmación de lo ya conocido (*idem.*: 34-40)

El tercer tipo compara la situación presente con una situación ideal, quiere decir, con un modelo de situación, el “deber-ser”, construido teórica y científicamente, que sirve de parámetro (*idem.*: 41-48)

121. En el Método B. H., el momento de la interpretación diagnóstica “se constituye en el primer movimiento de fusión y síntesis de las etapas anteriores. En él se realiza la primera *realimentación teórica*, a través de la *contrastación de los datos de la realidad obtenidos anteriormente con las referencias teóricas iniciales*. Aquí, los datos provenientes de la experiencia práctica son coordinados, interpretados y generalizados” (Lima Santos, 1993: 55-56).

122. Parece claro si hablamos de un ejemplo particular: el médico, para tratar su paciente, parte siempre de un diagnóstico; éste es elaborado a partir de la comparación de síntomas y signos con su conocimiento teórico. Una vez comprendida cual es la enfermedad (a veces sin siquiera saber las causas) define el tratamiento. Todo este proceso se hace sin que en ningún momento el médico cree conocimiento nuevo, mucho menos teoría.

“el método científico que consiste en la *construcción de tipos*, investiga y expone todas las conexiones de sentido irracionales, afectivamente condicionadas, de comportamiento que influyen en la acción, como ‘desvíos’ de un desarrollo de la misma, ‘construido’ como puramente racional según fines determinados (...). La construcción de una acción rigurosamente racional según fines determinados, sirve en estos casos a la sociología — en razón de su evidente inteligibilidad y (en cuanto racional) de su univocidad — como un tipo (tipo ideal), mediante el cual se puede comprender la acción real, influenciado por irracionalidades de toda especie (emociones, errores), como un desvío del desarrollo esperado de acción irracional” (Weber, 1974: 107)¹²³.

Esta concepción de “tipos ideales” es perfectamente compatible con la otra fórmula “típica”, frecuentemente usada por aquellos que postulan la práctica como fuente de teoría: “Teoría 1 - Práctica - Teoría 2”¹²⁴.

De esta forma, por un lado, si la teoría es, para los practicistas, identificada con la sistematización y si ésta sólo llega al nivel del diagnóstico, entonces la investigación que el asistente social desarrolla no podría nunca, para ser considerada dentro del proceso profesional del Servicio Social, superar el mero diagnóstico, la mera sistematización de la práctica. Ésta es, para los practicistas, *la especificidad de la investigación “propia” del Servicio Social*; entendiéndose entonces, *la “teoría del Servicio Social”* como a) el conocimiento de una realidad específica, singular, inmediata (con la cual se vincula el profesional): *investigación-diagnóstico o sistematización primera*; b) del proceso de intervención: *control de la práctica y del método profesional y c) de la realidad transformada: evaluación-diagnóstica o sistematización final*. Esta concepción, por lo tanto, condena al Servicio Social a la subordinación en relación a otras disciplinas sociales, lo condena a producir apenas un saber profesional instrumental: el diagnóstico y la sistematización de “su” propia práctica.

Así, el proceso que se inicia en el diagnóstico y lleva, mediante la programación, a una acción profesional en campo, es siempre

123. Tal vez aquí resida el hecho del diagnóstico ser apenas comprensivo.

124. Ver: Lima Santos, 1993: 11 y Maguiña, A.; Palma, D.; Quiroz, T.; Urrutia, C.: 1987: 30.

un procedimiento interventivo. Se estaría aquí excluyendo toda la investigación que un asistente social pueda realizar sin orientar directamente la acción o sin partir de ella. Siempre se exalta, entre los asistentes sociales, el acto de "conocer para actuar"¹²⁵, como si el "simple" hecho de "investigar para conocer" no permitiera, a corto, mediano o largo plazo una acción más fundamentada, más racional, más eficiente. Es un error suponer que sólo la "investigación-acción" tiene el objetivo de la transformación social, mientras que la "investigación-pura" sólo procura conocer por conocer, como un fin en sí mismo. Tal vez, en el extremo, mientras una tiene en la acción directa o inmediata su fundamento, la otra provee elementos para una acción más mediata o indirecta, a mediano o largo plazo¹²⁶.

¿Hay algo *menos* "activo" — en el sentido de la intervención directa en la "investigación-acción" — que las investigaciones de Marx? Ellas no buscan generar acciones inmediatas, directas, "apenas" conocer su objeto: el orden capitalista. Pero, por otro lado, ¿que "más activa" que las investigaciones del autor de "El Capital"?, en la medida en que los productos de éstas permitieron (y todavía permiten) un mejor conocimiento de la realidad capitalista y, a partir de ahí, orientar acciones (insurgencias proletarias, organizaciones obreras, revoluciones) con más fundamentos y mayor eficacia.

Así, en esta lógica practicista, el círculo se completa:

- por un lado, la teoría debe partir de la práctica
- por otro lado, la teoría debe volver y (re)orientar la práctica.

En realidad, la fórmula: "P-T-P" es, en esencia, la misma fórmula: "T₁-P-T₂".

El fundamento es la práctica como fuente de teoría y por lo tanto, la teoría como racionalización de aquella. *La práctica*, entonces, no sólo aparece como la *fuentes de la teoría*, en la concepción

125. Kisnerman separa la investigación en "básica o pura", "cuyo fin es generar conocimiento", y la "operativa o aplicada" "cuya finalidad es resolver problemas concretos de la realidad". (Kisnerman, 1980: 82). Esta última siendo la propia del Servicio Social.

126. "Una determinada experiencia, dice Sánchez Vázquez — las realizadas en agronomía, por ejemplo — puede tener *consecuencias prácticas*, pero no directamente sino a través de la teoría que procura probar". (Sánchez Vázquez, 1990: 199).

practicista, como también sería el *criterio de verdad*. Veamos esto más detalladamente.

3.2. La relación teoría/práctica para los practicistas

3.2.1 ¿Qué entienden los "practicistas" por "fuente" (de teoría)?

En el Método B. H. se postula claramente que la práctica "constituye el punto de partida para la elaboración de conocimientos [teóricos]" (Lima Santos, 1993: 19). Así, "el conocimiento racional depende de lo sensorial y proviene del mismo (...). El pensamiento teórico se torna posible *únicamente basado* en los datos sensibles" (*idem.*: 23). (grifos nuestros)

Faleiros, por otro lado, dice que "la sistematización sugiere un acto de conocimiento que hace con que una problemática *parta* del universo del comportamiento vivido al universo de los temas estructurados por un pensamiento dialéctico, para de nuevo reorientar la acción, esto es, retomar la práctica teóricamente orientada. La vivencia, las problemáticas, las situaciones, se tornan *materia prima* para la reflexión y una elaboración sistemática" (Faleiros, 1993: 78). (grifos nuestros)

Como se observa, el criterio que se tiene de "fuente" es el de la *práctica* ser el "punto de partida", la "base", la "materia prima" de la teoría. Con esto, sólo se podrá producir teoría en tanto se *parta* de la práctica.

En realidad, la práctica parecería ser, en la perspectiva practicista, el punto inicial del proceso de conocimiento, siendo por lo tanto, parte integrante del propio proceso de conocimiento teórico. La práctica suministraría los datos que constituyen la materia prima de la teoría¹²⁷. Estos datos sólo serán obtenidos, para los practicistas, en la práctica profesional directa e inmediata.

127. Para Sánchez Vázquez el "objeto o *materia prima* [de la teoría] son las *sensaciones* o *percepciones* — o sea, objetos psíquicos que sólo tienen una existencia

¿Cuáles son las implicaciones de esta perspectiva?

1. Esta concepción practicista, *excluye la posibilidad de un conocimiento teórico y científico que no surja de lo sensible, de lo vivido, de la práctica.*

Si ésta fuera la única fuente de datos sobre lo real, sólo sería posible, si se quiere evitar el idealismo, partir de la práctica para generar un conocimiento teórico. De esta forma, un estudio sobre el desarrollo industrial en el Brasil, realizado por Mandel, o sobre los movimientos sociales latinoamericanos, realizado por Touraine, por ejemplo, no podrían ser considerados, por no partir de su experiencia práctica y sí fundamentalmente de información secundaria, como conocimientos teóricos. De la misma forma, el descubrimiento de un planeta, después llamado Plutón, realizado mediante cálculos matemáticos, y no por un contacto práctico-directo, no significaría un descubrimiento teórico-científico¹²⁸. Por otro lado, Marx, a partir de la tesis de que el trabajo muerto (capital constante) tiende a predominar sobre el trabajo vivo (capital variable), llega a anticipar teóricamente la "automatización del trabajo". Esto, claro, sin partir de la actividad práctica; "pura especulación teórica" que los practicistas no reconocerían como válida. El propio Marx, al estudiar el capitalismo en Inglaterra, dijo a sus coterráneos alemanes: "*De te fabula narratur*"¹²⁹ (Marx, 1980: 5 Prólogo a la 1ª edición de *El Capital*)

2. Parecería, en este sentido, que *para ser fiel al objeto, a la realidad, se debe partir del contacto directo, sensible, con el objeto.*

Se entiende muy mecánicamente la relación sujeto/objeto. Sin embargo, en Marx, la fidelidad con el objeto no está en la práctica. Ella es, por un lado, una forma posible (no única) de aprehender

subjetiva — [pero también] (...) los *conceptos, teorías, representaciones o hipótesis* que tienen una existencia ideal" (Sánchez Vázquez, 1990: 203).

128. "El objeto concreto — dice Marx — permanece en pie antes y después, en su independencia y fuera del cerebro al mismo tiempo, esto es, el cerebro no se comporta sino especulativamente, teóricamente". (Marx, 1977: 131). In Marx, K.: "A ideologia alemã e outros escritos". Zahar Ed.; Rio de Janeiro, 1965.

129. "Es también de ustedes de quienes hablo" cuando estudio el capitalismo en Inglaterra.

el objeto (o incluso, se constituye en una dimensión de él) y por otro lado, la práctica (la práctica social e histórica, no la profesional directa) se constituye en la fuente de verificación, en criterio de verdad.

En este sentido, la práctica no es el "punto de partida" del conocimiento teórico-científico, pero tampoco es el objetivo de la teoría. La práctica no es el fundamento de la teoría por partir de ella ni es su objetivo por retornar a ella¹³⁰.

3. Por otro lado, quien defiende la práctica como fuente de teoría entiende que *cualquier racionalización de la práctica, cualquier sistematización, cualquier diagnóstico, es suficiente para constituir un conocimiento teórico*¹³¹. Y esto lleva a la *desprofesionalización del Servicio Social.*

La mera reflexión sobre lo vivido crearía, en aquella concepción, conocimiento teórico. Así, el "saber popular" el "sentido común", por el simple hecho de ser una racionalización de la vida cotidiana, de la práctica cotidiana, sería (al estilo posmoderno) un saber teórico, tan válido como el científico¹³². Esta reducción de la teoría, del conocimiento teórico, a niveles de mínimo rigor y criticidad, al nivel de la mera racionalización, de la sistematización de la práctica, trágicamente lleva a la "desprofesionalización" del asistente social¹³³. De la misma forma que la ilusión reconceptualizadora de "trabajar para ser un desempleado", aquí el Servicio Social, tendería a

130. Ya vimos que quien postula la práctica como fuente de teoría siempre llega a defender la tesis, por tratarse de la misma lógica, que rechaza la investigación "pura" que no "vuelve" a la práctica.

131. "Se interpreta falsamente esa unidad entre la teoría y la práctica — dice Sánchez Vázquez — cuando se niega la autonomía relativa de la primera. Así ocurre cuando se piensa que *la práctica se vuelve por sí misma teórica*, partiendo del presupuesto de que la práctica deja trasparecer por sí sólo [como en el espiritismo] su racionalidad o su verdad" (Sánchez Vázquez, 1990: 234).

132. En el extremo de esta línea de pensamiento hay quien llegó a interpretar, como Fals Borda, el saber científico como propio de la clase dominante y el saber popular, alternativo, propio de las clases populares.

133. "Esa sistematización objetiva, pues, desprofesionaliza y establece una alianza entre el saber técnico y el saber popular" (Faleiros, 1993: 83).

desaparecer como profesión, con la progresiva apropiación de este "saber" por parte de la población.

Claro, si entendemos la "teoría" (y el "saber científico") como una simple sistematización, mecánicamente alcanzada por la mera racionalización, entonces, este "saber teórico" sería fácilmente alcanzado por la población¹³⁴. De ahí que, si la población no tiene obstáculos (temporales, intelectuales, informativos, técnicos, metodológicos, subjetivos y de implicancia etc.) para apropiarse y hasta producir conocimiento teórico, el asistente social dará el impulso inicial (o contribuirá a dar) para que la población inicie este camino. Así, siendo esta concepción de teoría tan simple, tan fácilmente alcanzable, el Servicio Social ya no tendrá, una vez iniciado este proceso por la población, nada más que hacer. De ahí, tiende a "desprofesionalizarse", a desaparecer como profesión.

En realidad, esta concepción de la "teoría" "propia" del Servicio Social no está pensando en el "*saber teórico*" (categorías que explican lo real) sino en el "*saber instrumental*" (conocimientos operativos) y/o "*saber profesional*" (métodos y técnicas, también operativas e instrumentales, de una dada profesión)¹³⁵.

4. Finalmente, aquella concepción practicista *no permitiría, no aceptaría, la acumulación de conocimiento*¹³⁶.

134. Lo que lleva a la pretensión del CELATS y de Diego Palma, de considerar un Servicio Social que pase "de transmisor de contenidos a [mero] transmisor de una metodología que permita a los sectores populares producir [sus propios] contenidos" (Vv. Aa., 1983: 114 y Palma, 1985: 104 — Nota n° 17).

135. La "teoría del vínculo", por ejemplo, constituye un "*saber teórico*"; pero, la profesión, operativamente, se funda en ella para desarrollar la "técnica de entrevista", un "*saber instrumental*" y "*profesional*".

Un "operador PC" tiene incorporado una serie de "saberes instrumentales" para desempeñarse profesionalmente. Pero no sabe por qué la secuencia de teclas que oprime produce cierto resultado. No conoce la lógica de la computadora, no posee el "saber teórico" del "programador".

"Se interpreta falsamente esa unidad entre la teoría y la práctica — dice Sánchez Vázquez — cuando se niega la autonomía relativa de la primera. Así sucede cuando se piensa que la práctica se torna por sí misma teórica, partiendo del presupuesto de que la práctica deja trasparecer por sí sola [como en el empirismo] su racionalidad o su verdad" (Sánchez Vázquez, 1990: 234).

136. Mismo postulando, en el Método B. H., que "evidentemente (...) este pasaje [del momento sensible al abstracto] solamente puede efectuarse con base en la *acumulación*

Si los datos necesarios para la investigación sólo surgen de la práctica, nunca se debe partir del conocimiento acumulado. Cada teórico debe, aplicando ya no la "duda metódica" sino que la "negación metódica", olvidar, ignorar o descartar el conocimiento teórico acumulado. Él debe partir de su práctica específica, singular. Debe partir siempre de "cero".

En realidad, la acumulación de conocimiento teórico es sumamente necesaria para las ciencias sociales, como en las otras ciencias. Si cada matemático tuviera, antes de elaborar sus teorías, que partir de la demostración de los axiomas más básicos, esta ciencia no hubiera avanzado, no hubiera ido más allá de estos mismos postulados básicos. Si una persona precisara comprobar, para saber que un automóvil a 80 km/h. puede atropellarlo y matarlo, ciertamente él no iría a transmitir su "experiencia práctica" a otros. Si para entender los conflictos obreros en una determinada Fábrica no pudiéramos valernos del conocimiento previo, acumulado, sobre economía política, sindicalismo, relaciones de poder, otras experiencias semejantes etc., siempre se volvería, "científicamente", al inicio de un ciclo cerrado. No habría, en verdad, avances científicos.

Entretanto, incluso el "saber popular" es acumulativo. Cuando se afirma: "*viento del este, lluvia como peste*", hay varias generaciones de observación sistematizada y acumulada. Claro, se me podría decir que: "estos conocimientos provienen, en última instancia, de la *práctica* acumulada.

No. No lo es.

Es práctica "*transmitida*". Es, en verdad, el conocimiento *generado en una práctica original* y luego transmitido de generación en generación. Es, por lo tanto, el *conocimiento* de esa práctica y no *la* práctica, lo que se transmite. Quien hoy dice: "*viento del este, lluvia como peste*", no creó su conocimiento a partir de *su* práctica, sino proviene del conocimiento que los más viejos le transmitieron. Tal vez, en su práctica él tuvo, como máximo, la

de datos cuantitativos sobre los objetos y sus propiedades" (Lima Santos, 1993: 20), esta perspectiva conduce a la negación de la acumulación teórica, en la medida en que postula apenas la "acumulación de datos *cuantitativos*" (¿estadísticos?).

oportunidad de comprobar aquel dicho. Es que, en verdad, práctica y teoría no son dimensiones aisladas. Conocimiento no es algo independiente de la acción¹³⁷.

"La actividad teórica en su conjunto (dice Sánchez Vázquez) — como ideología y ciencia — considerada también a lo largo de su desarrollo histórico, sólo existe por y en relación con la práctica, ya que en ella encuentra su fundamento, sus finalidades y su criterio de verdad" (Sánchez Vázquez, 1990: 202).

Nuestra crítica a los "practicistas", sin embargo, no es incongruente con nuestra concordancia con el pensamiento de Sánchez Vázquez y las tesis marxianas sobre Feuerbach. ¿Cómo criticar entonces la "práctica como fuente (punto de partida) de teoría" y "como objetivo (directo) de la teoría" y al mismo tiempo defender la idea de la práctica ser el "fundamento" y "finalidad" de la teoría? Es que en realidad:

- * la práctica no es la "fuente", sino el "fundamento" de la teoría.
- * la práctica, por otro lado, no es el "objetivo" (directo), sino la "finalidad" (mediata) de la teoría¹³⁸.

Así, "la práctica en su sentido más amplio, y particularmente la producción, evidencia su carácter de fundamento de la teoría en la medida en que ésta se encuentra vinculada a las necesidades prácticas del hombre social" (Sánchez Vázquez, 1990: 222). La práctica no es necesariamente la "fuente", el punto de partida de

137. "El defecto fundamental de todo materialismo anterior — inclusive el de Feuerbach — está en que sólo concibe el objeto, la realidad, el acto sensorial, sobre la forma de objeto o de la percepción, pero no como actividad sensorial humana, como práctica (...)" (Tesis I).

"... Es en la práctica que el hombre tiene que demostrar la verdad ..." (Tesis II) (Marx, 1975: 118).

138. Para Sánchez Vázquez, "la finalidad inmediata [el objetivo inmediato] de la actividad teórica es elaborar o transformar idealmente, y no realmente [en la práctica] esa materia prima [sensaciones, percepciones y conceptos, teorías, hipótesis]" (Sánchez Vázquez, 1990: 203). Muchas veces la teoría procura (o puede) transformar la realidad material sólo como finalidad mediata.

la teoría, pero la teoría se desarrolla "en función" de las necesidades y posibilidades prácticas (sociohistóricas y productivas)¹³⁹.

Por otro lado, "la práctica es fundamento de la teoría, ya que determina el horizonte de desarrollo y progreso del conocimiento" (ídem.: 215).

Debemos, por lo tanto, diferenciar "fundamento" de "fuente".

Quien proclama la práctica como fuente de la teoría está pensando que teoría se hace siempre que y sólo cuando ésta parte de la práctica directa, de los datos sensibles del propio "practicante/teorizador". La práctica del otro no es, a los efectos de la investigación, actividad práctica (directa), sino información secundaria. La práctica es, para los practicistas, "fuente" de teoría mientras sea práctica desarrollada por el propio investigador, no por otros. Esto, tal vez, se base en el entendimiento de que la "especificidad" del Servicio Social sea, para ellos, la actividad práctica. Así, ellos obligan a todos los asistentes sociales a "partir" y "volver" siempre a la práctica directa. De lo contrario su investigación sería "pura"; y eso es, para los practicistas, "específico" de las "ciencias". Volvemos al viejo principio: "live and let live".

Para nosotros, la práctica es el "fundamento" de la teoría. Esta última se desarrolla históricamente a partir de la práctica; de la "práctica histórica", representada en el conocimiento teórico acumulado y sistematizado. Nuestra perspectiva, no "practicista" ni "teoricista", no puede ser ni idealista, ni contemplativa, es materialista-dialéctica. Tampoco puede negar el conocimiento teórico que se funda (y hasta que parte), total o parcialmente, en el análisis de conocimientos teóricos ya elaborados¹⁴⁰.

139. "A un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas — hipotetiza Sánchez Vázquez — serán menores las exigencias que se presenta a la ciencia, y por consiguiente ésta se desarrollará más débil y lentamente" (1990: 216). Agregando que "las ciencias que producen más rápidamente son aquellas cuyo desarrollo constituyen una condición necesaria del progreso técnico impuesto por la producción" (ídem.: 217-218).

140. Como recuerda Sánchez Vázquez (1990: 219), la geometría no euclidiana surgió de la negación de la geometría euclidiana.

Por otro lado, Marx y Engels construyen su teoría de la revolución no sólo a partir de sus actividades práctico-políticas, sino también basados en las teorías previas

"La ciencia en general, no se reduce a un reflejo pasivo o calco de la naturaleza y sí se constituye construyendo conceptos nuevos siguiendo diversos caminos, entre ellos, como afirma I. Toth, la negación concreta de los conceptos existentes [o su utilización crítica]" (Toth, *in* Sánchez Vázquez, 1990: 219). Quiere decir, no siempre la teoría surge de las necesidades de la práctica. La teoría puede gozar de *cierta autonomía* en relación a las necesidades prácticas, mismo que una autonomía relativa (*ídem.*: 238). La teoría puede ser relativamente autónoma de las *necesidades* prácticas (y teóricas), pero no de las *posibilidades y limitaciones* (teóricas, tecnológicas y prácticas) históricas¹⁴¹.

La teoría no es una mera instancia intermedia entre dos prácticas: *P - T - P'*. Esta idea es la que hace con que los practicistas transformen un método dialéctico de conocimiento (concreto-abstracto-concreto) en un método de intervención profesional¹⁴². La teoría tiene su importancia, no por partir de la práctica directa, ni por "iluminar" la práctica inminente. Ella es importante, independientemente de la práctica inmediata, por permitir conocer la realidad. Ahí reside la relevancia de la teoría. Ahora bien, la teoría es y no es un fin en sí mismo. Ella lo es en la medida en que es importante conocer mejor la realidad, independientemente de la práctica directa. Ella no lo es mientras el conocimiento de lo real siempre, a corto, mediano o largo plazo, nos permite actuar sobre la realidad. Así, "el conocimiento de lo real es útil en la medida en que es verdadero, y no inversamente, verdadero porque útil, como afirma el pragmatismo" (Sánchez Vázquez, 1990: 213).

(de ellos y de otros) y en el *análisis (teórico) de la coyuntura* (en el estudio de la actividad práctico-revolucionaria de los obreros alemanes, ingleses y franceses), obteniendo los datos no sólo por la observación, sino principalmente por la información secundaria.

141. "El conocimiento científico-natural progresa en el proceso de transformación del mundo natural en virtud de que la relación práctica que el hombre establece con él, mediante la producción material, le coloca *exigencias que contribuyen para ampliar tanto el horizonte de los problemas como el de las soluciones*" (Sánchez Vázquez, 1990: 215).

142. Ver el punto 3.1.2: "teoría=abstracto" y "práctica=concreto".

3.2.2 ¿Que entienden, los "practicistas", por "criterio de verdad"?

Los autores del Método B. H. consideran que "es a través de la actividad práctica que el hombre consigue separar el conocimiento verdadero del falso, en la medida en que por ella el hombre podrá verificar si sus conocimientos concuerdan o no con el objeto con el cual está en contacto o para el cual está dirigida la actividad" (Lima Santos, 1993: 24-25).

Así, esta concepción de práctica como "criterio de verdad", basada en la segunda tesis marxiana sobre Feuerbach¹⁴³, incurre en un equívoco conceptual a partir del error de interpretación ya señalado. Si, para los practicistas, *práctica es la práctica profesional, localizada, específica y singular*, y si la *teoría* debe tener en "esta" práctica el criterio de verdad, entonces estaríamos pensando, necesariamente, en una teoría como "*saber instrumental*" (no como reproducción ideal del movimiento de la realidad) que debe ser "*aplicado*" a esta práctica. Si es así, la teoría es falseada cuando no es útil a "esta" práctica.

En realidad, ahí radica el grave error de interpretación, *Marx piensa la práctica histórico-social como un todo*, no como una "actividad" singular — como interpretan los practicistas. Es por este motivo que Sánchez Vázquez pregunta, "¿cómo es que puedo afirmar que la práctica prueba una verdad, mientras otra demuestra la falsedad de una teoría?" (1990: 156). Así, dice este autor,

"es necesario evitar interpretar esa relación entre verdad y aplicación feliz, o entre falsedad y fracaso, en un sentido pragmático, como si la verdad o la falsedad fueran determinadas por el éxito o fracaso. Si una teoría puede ser aplicada con éxito es porque era verdadera y no inversamente (verdadera porque fue aplicada eficazmente)" (*ibídem.*).

Es que la verdad no depende de la aplicabilidad que en una práctica singular pueda tener una teoría determinada. Una teoría,

143. "Es en la práctica que el hombre tiene que demostrar la verdad". Tesis sobre Feuerbach N° II (Marx, 1975: 118).

para que pueda ser "aplicada" a una realidad específica, depende de las particularidades de esa realidad, de las condiciones contextuales y de las características interventivas de esa práctica, esto quiere decir, de los sujetos que intervienen en la realidad. Así, la teoría es que enuncia que—"a menor nivel de instrucción, mayor *tendencia* a encontrar enfermedades epidémicas", permite encontrar casos específicos donde esto no se verifica.

¿Deberíamos, entonces, falsear la teoría? ¿Deberíamos entender estos casos como las "excepciones que confirman la regla"?

No, apenas debemos entender la teoría como "*tendencia*", o incluso como posibilidad y probabilidad.

El conocimiento de la sociedad no puede ser monocausal, pues lo social depende de "múltiples determinaciones". *La verdad teórica implica la fiel reproducción ideal del movimiento de lo real*¹⁴⁴ y no la aplicación de la teoría en la realidad. Así, el criterio de verdad, en nuestra perspectiva, que parte de Marx y se expresa en Sánchez Vázquez, no coincide ni con el criterio de verdad del idealismo, ni del empirismo y por lo tanto, del practicismo.

3.3. Conclusión: la práctica como "fundamento" y "finalidad" de la teoría

Así, como afirma Sánchez Vázquez, cuando se habla de la *práctica como "fundamento" y "finalidad" de la teoría*, se debe entender:

a) que *no se trata de una relación directa e inmediata*, ya que una teoría puede surgir — y eso es bastante frecuente en la historia de la ciencia — para satisfacer directa e inmediatamente exigencias teóricas, esto es, para resolver dificultades o contradicciones de otra teoría;

b) que, por lo tanto, *sólo en última instancia y como parte de un proceso histórico-social* — no a través de segmento de la práctica —,

144. "El criterio de verdad, dice Sánchez Vázquez, está en la práctica, pero sólo se lo descubre en una relación propiamente teórica con la práctica misma" (Sánchez Vázquez, 1990: 157).

la teoría corresponde a necesidades prácticas y tiene su fuente en la práctica" (*idem.*: 233-234).

En realidad, el "procedimiento previo y necesario a la reflexión teórica" (Netto, 1989: 141), lo que se constituye en *punto de partida del conocimiento*, no es la sistematización de la práctica, sino la "*sistematización de datos*" (cuantitativos y cualitativos). Estos pueden ser empíricos y provenir de la práctica, o teóricos, estadísticos etc. y provenir del conocimiento acumulado.

Pensar la práctica (específica, singular e inminente) como fuente de teoría, impide "dislocarse" de lo factual, superarlo. De esta forma, la concepción practicista legitima análisis que no superan el nivel de la apariencia, fenoménico, por ejemplo, la teoría de la "cultura de la pobreza", que entiende que un conjunto de comportamientos ("disfuncionales") son propios de las capas "pobres" de la población.

En realidad, ella confunde *causa* con *consecuencia*. Estos "comportamientos desajustados" de ciertas personas, no son la causa de su "pobreza" y sí consecuencias de ella. En fin, los practicistas, postulando el principio en cuestión no hacen más que reproducir esta lógica en el tratamiento teórico. Así,

* *no consiguen salir de lo factual y*

* *confunden causas con consecuencias*

Aquí se reduce y se subordina la teoría a la práctica, se "pragmatiza" la teoría. Se verifica *una concepción pragmática*. En verdad, esta concepción entiende el "*conocimiento teórico*" apenas como un *saber instrumental y/o un mero diagnóstico de situación*. Así, *pensar la teoría como derivación directa y localizada de la práctica implica caer en un pragmatismo, en un utilitarismo*: sólo es verdadero lo que es aplicable y útil a esta práctica singular. *Pensar también la práctica (específica y singular) como objetivo directo de la teoría, elimina cualquier teoría y toda investigación que no tenga, en la práctica inminente, inmediata, su intencionalidad directa. Pensar la práctica (específica y singular) como criterio de verdad, implicaría la inexistencia de toda teoría que no fuera apenas un "conocimiento instrumental", aplicable empíricamente.*

Efectivamente, si para verificar una teoría ella debiera ser "comprobada" en cada práctica concreta, singular, específica, entonces no quedaría teoría en pie. No hay teoría que se "compruebe" en todos los casos. Así,

* no habría teoría social

Sólo podrían aceptarse aquellas teorías que en las "prácticas", concebidas como "manipulaciones" de lo real, pudieran ser "aplicadas". Aquí hay una reducción de la práctica a la teoría perdiéndose la riqueza de la realidad (siempre más rica que la teoría). Partiendo de una *razón instrumental* se "positiviza" la práctica. En realidad, esto expresa una concepción de *teoría y de ley*, no como tendencia¹⁴⁵, sino como *regla de comportamiento "aplicable" a todas las realidades de una misma naturaleza*. Cuando no se aplica a una, ella es popperianamente "falseada".

Se piensa, por lo tanto, la *práctica como una instancia experimental*, como un laboratorio y/o como un espacio *singular, específico*; mientras que Marx piensa la práctica social como un todo. Se piensa la verdad residiendo en el suceso de la práctica, no en la fidelidad de la teoría. Aquí lo útil es verdadero¹⁴⁶. La "verdad" estaría "dada" por la utilidad y eficacia en la práctica específica y no por la fidelidad al objeto. Aquí, en la concepción practicista, la función de la teoría sería sistematizar los procedimientos verificados en las prácticas como útiles y eficaces.

En fin, esta forma practicista de pensar la práctica, la teoría y su mutua relación conciben:

- * la práctica (social) solamente como práctica profesional directa, localizada, específica y singular.*
- * la teoría como mera clasificación, tipologización y sistematización de datos empíricos obtenidos en esta práctica.*
- * la generalización teórica y la ley como la previsión y el control de esta práctica.*
- * el criterio de verdad como lo útil y eficaz para tal control y manipulación de lo real.*

145. Tal como es entendida por Marx.

146. Y no inversamente, lo verdadero es útil por ser verdadero.

En cuanto a nosotros, afirmamos que *la práctica es el fundamento, finalidad y criterio de verdad de la teoría*. Pero no aquella "práctica" y aquella "teoría" tal como son entendidas por los "practicistas"¹⁴⁷, sino la práctica social histórica, entendida como un todo, y la teoría (social) como categorías que reproducen, idealmente, el movimiento de la realidad.

4. EL ASISTENTE SOCIAL, LOS CAMPOS TRADICIONALES Y LAS NUEVAS DEMANDAS SOCIALES

El último aspecto a considerar en este trabajo, como reproductor de ciertos elementos de la lógica que caracteriza la génesis del Servicio Social, está vinculado al hecho de esta profesión no desvendar las problemáticas emergentes en la actualidad, de no estudiar ni intervenir sistemáticamente en las nuevas demandas sociales, conservando prácticamente inalterado el campo de intervención relacionado a las áreas con las que se deparaba en el momento de su constitución como profesión.

Este elemento, por lo tanto, se vincula con la reproducción de los aspectos que fundamentan la primera tesis sobre la caracterización de las políticas sociales y el papel que el Servicio Social desempeña en relación a éstas.

Efectivamente, en cuanto predomine la forma de entender las políticas sociales como meros instrumentos de redistribución de la renta (primera tesis), que buscarían alcanzar el reequilibrio social afectado y alterado por la dinámica del mercado, en la medida que sean consideradas apenas como la búsqueda, por parte del Estado, del bienestar social de las personas carentes, y mientras los servicios y la asistencia social (en los cuales participa este profesional) estén centrados en las áreas vinculadas a la reproducción de la fuerza de

147. En una especie de fusión (eclectica) entre empirismo, sentido común, positivismo y pragmatismo (y utilitarismo).

trabajo (salud, educación, transporte, habitación, relaciones de trabajo)¹⁴⁸ e interviniendo también en algunos de los aspectos que ponen en "jaque" a la sociedad y al sistema (drogas, alcoholismo, delincuencia, abandono); partiendo por lo tanto de esta concepción de política social y de su imbricación genética con el Servicio Social, estas áreas de intervención pasan a ser consideradas directa e invariablemente como los propios *campos ("específicos") de acción de la profesión*. Podríamos decir, casi que exclusivamente. Y dentro de éstas, las funciones tradicionales de competencia del asistente social son congeladas y reproducidas casi que ritualmente. Son escasos los estudios sobre preservación del *medio ambiente y ecología; micro-empresas; catástrofes naturales* y sus repercusiones sociales; Servicio Social de empresa frente a la *tercerización*, a los Programas de Despidos Voluntarios o de Calidad Total; Estado y políticas sociales en el *neoliberalismo*, la actual mundialización o *globalización* de las relaciones político-económicas; Servicio Social y *economía informal*; y tantas otras temáticas, más generales o específicas, más desarrolladas o emergentes.

De esta forma, las áreas tradicionales de intervención son "naturalizadas" y permanecen a lo largo de la historia del Servicio Social, casi invariables: ni se modifican estos "campos tradicionales", ni se incorporan nuevas demandas sociales, ni nuevos objetos de intervención profesional.

Como afirma Netto, el asistente social se enfrenta con el "tejido heteroclito en que se mueve su profesionalidad" pues "la tela en que se ve enredada se entreteje de hilos económicos, sociales, políticos, culturales, biográficos etc., que, en las demandas que debe atender, sólo son posibles de desvinculación mediante procedimientos burocrático-administrativos"; procedimientos éstos que, según el autor, "*reproduce reiterativamente* la demanda de la intervención del

148. Netto, demarcando la frontera entre el Servicio Social profesionalizado y sus "protoformas", afirma que ella se procesa "de la primera codificación de los procedimientos diagnósticos a la especialización en la formación profesional y a la circunscripción de campos profesionales" (1997: 96); evidenciando que esos campos se vinculan a los temas de: "familia, minoridad, escolar, psiquiátrico, médico-social, correccional, grupo y comunidad" (*ibidem*).

profesional" (Netto, 1997: 91), congelando y rutinizando los campos de intervención del asistente social¹⁴⁹.

De modo contrario, como ya indicamos en otra oportunidad (ver Montaña y Lema, 1993), en lugar de la perpetuación de la lógica y de los campos de tradicionales de intervención profesional,

"1) el Servicio Social debe abrirse nuevos espacios profesionales. 2) Para ello debe detectar nuevas demandas, o demandas potenciales, no tradicionales, y conocer (investigando) su génesis y su proceso. Sólo así podrá formular propuestas profesionales racionales y operativas de intervención. 3) En muchos casos solamente podrá investigar estas nuevas realidades; lo cual no debe despreciarse por considerarlas 'sin aplicabilidad', 'puras', o mismo 'inespecíficas' al Servicio Social. En verdad, es falso pensar que pueda existir conocimiento sin aplicabilidad; siempre, aunque más no sea a mediano plazo, el conocimiento puede ser útil" (*ibidem*: 99),

partiendo de la consideración de que es útil porque es verdadero y no viceversa, verdadero por ser útil (como suponen los pragmatistas).

Toda profesión se constituye y legitima a través de las *respuestas* que consigue dar a diversas necesidades que determinan un conjunto de *demandas* sociales. Por lo tanto, si una profesión se constituye a partir de respuestas cualificadas e institucionalizadas a demandas sociales, y si de ahí emana su legitimidad, entonces la *alteración de esas demandas* o el *surgimiento de nuevas demandas* debe promover el espacio para la necesaria *alteración y adecuación de las respuestas profesionales* o para la incorporación de *nuevas propuestas interventivas*. El Servicio Social debe trascender la práctica

149. El autor continúa, afirmando que "sin embargo, mismo en el centro de la (formal) 'homogeneización' que los procedimientos burocrático-administrativos realizan institucionalmente (con la delimitación de los 'problemas', del 'público-meta' y de los 'recursos' que serán asignados), persiste la ineliminable heterogeneidad de las situaciones". Ésta sería, según Netto, la explicación al por qué el asistente social, "aprisionado en la lógica jerárquica y en la mecánica establecida en el juego institucional" termina remitiendo para "otras instancias" la problemática de las refracciones de aquellas "cuestiones sociales" que "no están contempladas en sus 'atribuciones', prescritas en los límites de los 'servicios' institucionales"; lo que se constituye en la "razón objetiva de buena parte de las funciones de 'selección' y 'derivación' atribuidas institucionalmente a los asistentes sociales" (ver Netto, 1997: 91).

rutinaria desarrollada en torno de viejos campos, debe incorporar para el espacio profesional el estudio y las (nuevas) respuestas tanto a las demandas ya existentes como, y fundamentalmente, a las demandas emergentes.

Lo que el Servicio Social puede (y debe) hacer para alterar/actualizar su legitimidad, su "base de sustentación funcional-laboral" (Montaño, 1997), es: 1º) captar nuevas demandas o demandas emergentes (así como las nuevas determinaciones de aquellas ya tradicionales a la práctica profesional) y 2º) cualificarse para dar respuestas a estas demandas.

Esto es *posible* porque las profesiones no son meramente "determinadas externamente" — el Servicio Social puede y debe intervenir para, a partir de las condiciones históricas, participar más activamente en la alteración de su "base de sustentación funcional-laboral" —; entretanto, la profesión no se construye apenas internamente, por la "exclusiva voluntad de sus miembros" (como para los autores de la primera tesis), — lo que nos muestra el justo límite para la autonomía profesional que el contexto histórico-social le coloca. Eso es *necesario* porque sólo pueden sobrevivir, a lo largo de la historia, aquellas profesiones que consiguen captar demandas emergentes, comprender su esencia y desarrollar nuevas respuestas pertinente y efectivas. Por lo tanto, la profesión que no invierta en la investigación de la realidad, de los nuevos fenómenos (o mismo de las nuevas determinaciones de fenómenos ya existentes), estableciendo tendencias sobre el devenir social, desarrollando a partir de ahí nuevas propuestas interventivas y nuevas respuestas, no conseguirá reproducirse en cuanto tal, cuando el contexto social y las demandas cambien. La investigación social, de la realidad socioeconómica y política y de sus fenómenos concretos, no apenas sirve para fundamentar la práctica inmediata, sino fundamentalmente para *visualizar las tendencias de la sociedad y las demandas emergentes*, pudiendo de esta forma establecer nuevas propuestas interventivas, nuevas respuestas (y por lo tanto, nuevas prácticas y campos profesionales) y tal vez una nueva racionalidad, funcionalidad y legitimación.

La apuesta para romper con el inmovilismo operativo, con la realidad subalterna y subalternizante del Servicio Social, con su

lógica y su razón de ser presentes desde la génesis de la profesión, está en la incorporación de nuevas demandas surgidas de problemáticas emergentes, de forma tal que los nuevos desafíos convoquen nuevas alternativas de intervención y estudios rigurosos y críticos desencadenando la preocupación profesional por aprehender estos fenómenos, investigando, dialogando y debatiendo con quienes producen conocimiento original desde las diversas disciplinas sociales. Es en estas nuevas realidades, cuyas prácticas todavía están desprovistas de los vicios tradicionales que recae la posibilidad de alterar la base de sustentación funcional-laboral del Servicio Social. Tal como afirma Yamamoto,

"es preciso aprehender las *demandas potenciales* gestadas históricamente, contribuyendo así a recrear el perfil profesional del Asistente Social, indicando y anticipando perspectivas, a nivel de la elaboración teórica, de la investigación o de la intervención profesional, perspectivas capaces de responder a las exigencias de un proyecto profesional colectivamente construido e históricamente situado." (1997: 191).

Para ella, "a medida que las nuevas situaciones históricas se presentan, la práctica profesional, como componente de las mismas, también es obligada a redefinirse" (Yamamoto, 1997: XXIX).

En este sentido, la autora se refiere a un proyecto profesional que, condicionado por la realidad histórica, sea capaz de dar respuesta a las nuevas demandas tanto desde la lógica del mercado de trabajo dentro de organizaciones de carácter patronal, como "de reconocer y conquistar nuevas y creativas alternativas de actuación, expresión de las exigencias históricas presentadas a los profesionales por el desarrollo de las sociedades nacionales" (*ibidem.*).

Con semejante preocupación, Guerra propone

"distinguir las intervenciones profesionales orientadas a las *situaciones inmediatas*, de aquellas que se encuentran abiertas a los *fenómenos emergentes*. En el primer caso, al actuar a nivel de lo *inmediato*, la acción profesional se puede limitar a la manipulación de variables del contexto empírico, ya que los resultados esperados no extrapolan la perspectiva de recuperar el índice de 'normalidad' necesario al (re)establecimiento del 'orden' social vigente. A este nivel (de la empiria) el análisis no supera la apariencia de los fenómenos (...).

En el segundo, para atender a los fenómenos emergentes, la intuición, la sensibilidad, la repetición de experiencias, la utilización de modelos no bastan. El significado semántico de la palabra nos indica que 'emergente' contempla la necesidad de (re)conocer los procesos que se insinúan, que se encuentran latentes a los fenómenos, (...), para lo cual el asistente social tiene que contar con un conjunto de saberes que extrapolen la realidad inmediata y le permitan aprehender la dinámica coyuntural y la correlación de fuerzas manifiestas u ocultas. Aquí, las acciones profesionales tienden no apenas a atender las necesidades inmediatas, como también a vincularse a los proyectos sociales de las clases que mediatiza." (Guerra, 1995: 200).

En este sentido, el primer paso para quebrar el conservadurismo en el campo de la intervención profesional, asumiendo la responsabilidad y el desafío de enfrentar las demandas nuevas y emergentes, es saturarse de conocimiento crítico sobre la dinámica de la realidad sobre la cual y con la cual se interactúa; realidad ésta que debe ser el verdadero motor y sentido de la profesión. En este conocimiento de la realidad el diálogo con las teorías sociales en general debe ser fluido y constante. Y para mantener una relación horizontal con las demás disciplinas sociales, el Servicio Social como un todo¹⁵⁰ también debe producir conocimiento teórico-científico, debe aportar elementos al debate y no apenas recibirlos de los otros (como ha sucedido en las áreas tradicionales de intervención del Servicio Social desde su génesis), debe producir conocimiento crítico sobre la dinámica de la realidad social.

Sin embargo, la práctica del asistente social, por ser sincrética¹⁵¹, por segmentar la realidad en "cuestiones sociales", toma para sí, como siendo un campo de intervención propio, algunas de esas (micro) problemáticas fragmentadas, dejando para otras profesiones la realidad "macro". Nuevamente, en la lógica de "no invadir para no ser invadido", se (re)produce no sólo una ruptura entre áreas

150. Y no se debe confundir "el Servicio Social como un todo" con "todo el Servicio Social".

151. Netto entiende que "la problemática que demanda la intervención operativa del asistente social se presenta, en sí misma, como un conjunto sincrético; su fenomenalidad es el sincretismo — dejando en la sombra la estructura profunda de aquella que es la categoría ontológica central de la propia realidad social, la totalidad" (1997: 92).

de conocimiento — como si la realidad concreta fuera posible de ser pulverizada en "micro-realidades" parciales —, como también una segmentación entre profesiones científicas y técnicas, y se verifica inclusive una compartimentación en las áreas de intervención, como que repartiendo entre las profesiones "interventivas" campos de actuación "específicos" a cada una.

El desafío no es simple, pero ya ha sido asumido por diversos profesionales, especialmente después de la segunda mitad de los años 80. En esta empresa se va el futuro de la profesión. Sin embargo no recae en la investigación el único factor determinante del desarrollo profesional. Esta debe repercutir en la formación profesional más cualificada, — o sea, profesores y alumnos de Servicio Social deben incorporar el producto de aquella en la actividad docente — y en el reciclaje y actualización de los profesionales de campo. De muy poco sirve la investigación original y rigurosa de fenómenos emergentes si ésta no pasa a formar parte del acervo real (no exclusivo) de la profesión, actualizando el conocimiento de los asistentes sociales y acrecentando elementos en la formación de los estudiantes.

CONCLUSIONES GENERALES

1. En el contexto profesional actual — donde, a pesar de las diferencias substantivas en relación a las características y condiciones de su génesis, hay claros y fuertes aspectos auto-reproductores de la lógica de su constitución — se han desarrollado varios intentos de ruptura o, al menos, de distanciamiento con los aspectos que marcan su origen. Estas búsquedas se han dado en torno de diversas perspectivas. Dentro de éstas, dos posturas extremas merecen consideración: por un lado, el intento de una determinación total y a priori de las opciones del desempeño del colectivo profesional, y por otro lado, la búsqueda de libertad absoluta de cada miembro del colectivo en la elección de sus horizontes profesionales. En relación a esta cuestión podemos registrar, por lo tanto, dos propuestas extremas:

- a. Aquella que entiende que la profesión debe estar, como un todo, orientada a priori en sus objetivos, direccionada apenas a

un tipo de sujeto popular, y predeterminada en sus métodos, llevando a la profesión a una especie de militantismo.

Esta postura se vincula claramente a una *perspectiva renovadora*, donde las organizaciones profesionales asumen mayor control de la formación y la práctica de los asistentes sociales. También ella parte (explícita o implícitamente) de la existencia de elementos "específicos" del Servicio Social — por lo menos en lo que se refiere a su carácter inclusivo — que deben ser definidos *a priori* para todos los profesionales. En este caso, si hay especificidad para todos los miembros de la profesión, resultaría mejor, en esta propuesta, que ésta sea construida y predeterminada por y desde el Servicio Social, de tal forma de aliarse a las clases populares, que ser definida y atribuida desde afuera por las clases dominantes.

Por lo tanto, los *objetivos* (pre establecidos) buscarían mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, su *sujeto* (pre determinado), así como también acondicionar su situación política mediante la *organización* del movimiento obrero (como eje "del" movimiento popular organizado), de la "concientización" del pueblo y la *planificación* en función de los objetivos profesionales. Las formas o *métodos de intervención* también serían definidos *a priori*.

Estas posturas que se vinculan a la idea de que en la órbita del Estado — por ser éste un instrumento de dominación y control ejercido por la clase hegemónica —, nada puede ser hecho excepto reforzar el carácter alienador y dominador del sistema, y que tuvo una importante incidencia en el movimiento reconceptualizador de la profesión, — especialmente entre aquellos que conceptualizaban al asistente social como "agente de cambio"¹⁵² —, repercuten con cierta fuerza en las décadas de '80 y '90. Es el caso de la propuesta del "Trabajo Social Alternativo" (elaborado en el CELATS en 1988) y su "Proyecto Pedagógico" (ver Maguiña, 1988).

152. "La hipótesis — dice Netto — de un Servicio Social corriendo por afuera del marco institucional — que a mediados de la década de setenta ganó cuerpo entre segmentos renovadores de la profesión, contando entonces inclusive con nuestra parcial adhesión —, independientemente de su inspiración teórica e ideológica, lo convierte, en el extremo, en una modalidad de intervención que sólo puede sustentarse en un *militantismo* fundado en soportes extra profesionales" (1997: 71-72 — Nota n° 136).

Este proyecto, criticado por Yamamoto y Netto (*in* Yamamoto, 1992: 131-158), establece que "el Servicio Social Alternativo parte del reconocimiento de que la '*alternativa*' es la *colocada por el proyecto popular* frente al proyecto social que hoy es dominante" (ver *ibídem*: 134 — Nota n° 6 — y 154-155) (grifos nuestros). Así, continúan los autores del CELATS, "el Servicio Social sólo puede proponerse como '*alternativo*' en la medida que se constituya como parte de una alternativa popular para el orden social" (*ibídem*).

De esta manera, en la propuesta brevemente presentada, por un lado, hay una clara visión de *unidad y homogeneidad sobre la categoría "popular"*, considerada además como organizada y movilizadora: *el* movimiento obrero, *el* proyecto popular. Por otro lado, aparece una fuerte intención de *vincular el Servicio Social*, como miembro orgánico, al "*proyecto popular*" y al "*movimiento obrero*". Finalmente, tal proyecto muestra, como diría Yamamoto (ver 1997: 183-189), una *visión "fatalista" del Servicio Social*, que deriva, en cuanto a su propuesta política, en una *perspectiva "mesianica"* sobre la profesión¹⁵³.

153. Esto muestra cierta semejanza entre el presente proyecto y la propuesta desarrollada por Martinelli para romper con la alienación que se origina de su "identidad atribuida".

Para la autora, "el tercer capítulo [de su libro "*Servicio Social. Identidad y alienación*"] (...) sitúa el movimiento de negación de la identidad atribuida (...) para la construcción colectiva de una dinámica identidad profesional, producida por un colectivo profesional políticamente asumido, participante de la '*clase para sí*'" (1997: 12). De esta forma parecería que Martinelli concibe el "deber ser" del Servicio Social en su propuesta profesional, — *alternativa* a la identidad atribuida por las clases dominantes —, como una profesión, en cierta forma, homogeneizada y determinada internamente: aquí el asistente social, "portador de un proyecto profesional común", debería "ingresar en el universo de la '*clase en sí*' y de la '*clase para sí*' del movimiento obrero", construyendo su propia identidad, no más "atribuida" por la burguesía sino ahora a partir de su opción por la inserción en la lucha de clases, participando como un cierto intelectual orgánico vinculado a la práctica política de la clase obrera (ver Martinelli, 1997: 12, 177 y 192). Todo indica, por lo tanto, que para la autora, el camino para que el Servicio Social rompa con su "identidad atribuida" está en que la profesión, como un todo, participe "de la práctica política de la clase obrera" (*ibídem*: 12) definiendo internamente su propia identidad profesional.

Así, el sólido carácter ontológico que permea el análisis de Martinelli en los dos primeros capítulos (cuando va a estudiar la génesis del capitalismo y del Servicio Social) parece ser substituido por un cierto idealismo cuando, en el capítulo tres, va

En este sentido, los análisis que Yamamoto y Netto hacen del Servicio Social Alternativo (ver Yamamoto, 1992: 131-158 y 1997: 208-214) son un subsidio importante para indicar algunas críticas a la postura desarrollada en este proyecto:

- * en primer lugar, Yamamoto entiende que existe una "dificultad para calificar el *pueblo* y lo popular: en esa formulación *tienden a ser homogeneizados en una identidad ideal en torno de un proyecto social alternativo* de cuño socialista revolucionario, dejando en segundo plano la heterogeneidad del campo popular. Pero, el campo popular (...) contiene tensiones internas que no pueden ser fácilmente reducidas a sus componentes anticapitalistas, y más aún, ellos no pueden ser identificados con una propuesta socialista revolucionaria. El pueblo¹⁵⁴, en sí, como una totalidad, no es

a proponer la ruptura con la identidad atribuida. Tal vez por esto la autora para mantenerse fiel a la dialéctica, tuvo que recurrir, en este último caso, a Hegel más que a la dialéctica materialista marxiana. Lo que sucede es que Martinelli, partiendo de categorías marxistas, incorpora el "método dialéctico" pero (fundamentalmente en el capítulo III) *en una perspectiva hegeliana* (la cual, según expresa Marx en el Epílogo a la 2ª edición de *El Capital*, partía de la idea para concebir lo real); perspectiva que la lleva a entender que "los hombres producen la existencia de acuerdo con su conciencia" (Martinelli, 1997: 176) (postura opuesta a Marx, quien expresa que "su ser social es que determina su conciencia"; Marx, 1977: 301).

Es en este sentido que su presentador Antônio Joaquim Severino va a referirse a este pasaje del libro de Martinelli de la siguiente forma: "En los términos en que la autora se propone especificar la identidad profesional del asistente social, o sea, en cuanto categoría socio-histórica, superando así las perspectivas de una concepción idealista de la misma, el problema que aparece es que ésta no podrá más ser constituida sin que sea contrapuesta a la luz del proceso social como un todo. Ahí tal vez se encuentre la gran dificultad de la argumentación filosófica y de la demostración histórica de la autora, pues la nueva identidad, desalienada, no queda claramente viabilizada si tenemos en consideración la resistencia de la sociedad del capital que permanece inalterada, imponiendo su propia e inflexible causación. ¿Será que el rescate de una identidad profesional, en cuanto reconstrucción histórica, de la reconciliación con la vida y con el movimiento, fuente de la propia vida, no presupondría simultáneamente una transformación más profunda de la sociedad? ¿Qué nos garantizará, mientras actuemos en las tramas de las relaciones sociales del capitalismo, que no continuaremos víctimas de la ilusión de servir, sirviendo justamente a aquellos que dominan? María Lúcia no vuelve, sin duda, al 'cielo de los idealistas', pero tampoco deja clara y concretamente indicados los caminos que deben trillar, en la tierra del realismo histórico, los nuevos profesionales del Servicio Social" (in Martinelli, 1997: 5).

154. Un análisis inicial sobre el concepto de "pueblo" y la heterogeneidad de lo "popular" se encuentra en Montaña, 1992.

revolucionario" (Yamamoto, 1997: 209-210). "Está lejos de ser pacífico que de este denominador común (subalternidad y funcionalidad [al capitalismo]) emerja un mismo proyecto anticapitalista" (in Yamamoto, 1992: 135).

- * en segundo lugar, "la idea de un proyecto social popular, que se opone a un proyecto dominante en el ámbito latinoamericano (...) [genera] el peligro de hacer tabla rasa de las particularidades nacionales" (Yamamoto, 1997: 210).
- * también existe una "pérdida de frontera entre profesión y partido político, entre ejercicio profesional y militancia", identificando así al asistente social con un "intelectual orgánico del proletariado" (ibídem.).
- * en cuarto lugar, es necesario entender que "el proceso de desarrollo capitalista y las formas que él asume son también un proceso cultural, con derivaciones en la constitución del modo de vida de las diferentes clases y sus segmentos" (ibídem.: 211).
- * finalmente, se hace abstracción "de la inserción sociolaboral del asistente social en la estructura de la división social y técnica del trabajo" (Yamamoto, 1992: 158), o sea, el profesional *se retiraría del mercado real de trabajo*, volcándose ahora a las organizaciones populares o de la clase trabajadora.

La idea de que los intelectuales — en este caso, los asistentes sociales — pueden ser vistos — dentro de este proyecto rápidamente presentado — como "autónomos e independientes del grupo social dominante (...) revestidos de características propias" (Gramsci, in Simionatto, 1995: 53), lleva a Simionatto a afirmar que, "a pesar de que se proclamen autónomos porque se sienten fuertemente organizados, estos intelectuales poseen 'espíritu de cuerpo'. Forman una casta. El gran peligro es cuando esta autonomía tiende a afirmarse ideológica y políticamente a través de un proyecto idealista" (ibídem.) sin sustento real; lo cual fragiliza el proyecto de "ruptura". Tal es lo que sucedió con la propuesta del "Trabajo Social Alternativo".

b. La segunda postura, que pretende originalidad en relación a la tradición del Servicio Social, entiende que la intervención profesional debe recaer exclusiva y libremente según el criterio de cada asistente social, convirtiendo al Servicio Social en una profesión liberal.

En esta alternativa, *liberal y con derivaciones conservadoras*, cada asistente social sería dueño y libre de realizar sus opciones metodológicas, técnicas, definir objetivos, fines, público-meta, comportamiento ético etc.

Aquí es tan válida la práctica profesional que busca, por ejemplo, combatir el desempleo de un grupo de personas con la finalidad de mejorar su calidad de vida, o que actúa en la organización de grupos de interés, que aquella donde el profesional, atrás de su escritorio particular y con su "cartera de clientes", se desempeña procurando la manutención del orden y la conservación del sistema, buscando adaptar e integrar a los sujetos con los cuales trabaja según los padrones socialmente establecidos.

De esta forma, si en la primera alternativa *deriva en un Servicio Social como militancia política* (con vínculos partidarios o sindicales), en esta segunda perspectiva *se identifica al asistente social con un profesional absolutamente liberal*. Esta tendencia se ve reforzada a partir del proceso de tercerización que se verifica en aumento para nuestra profesión

Sin embargo, como afirma Yamamoto, "el Servicio Social en Brasil, a pesar de haber sido reglamentado como una *profesión liberal*,¹⁵⁵ no tiene una tradición de práctica peculiar de las profesiones liberales en la acepción corriente del término. El Asistente Social no ha sido un *profesional autónomo*" (1997: 94) (subrayado nuestro). En caso contrario, la profesión perdería o tornaría ambiguo su perfil, su identidad, su control sobre el desempeño ético del ejercicio profesional y mismo su papel social y su lugar en la división sociotécnica del trabajo. Claro, "rompería" con la herencia de su génesis, pero lo haría de una manera "parcializada", individual,

155. "El Acto Administrativo N°35, de 19-4-1949, del Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio, encuadra el Servicio Social en el 14° grupo de profesiones liberales" (Yamamoto, 1997: 94 — nota n° 92).

manteniendo la profesión como un todo su funcionalidad sistémica. Así, para Yamamoto, "el análisis sociológico de la profesión y de sus agentes no puede limitarse a considerar el "Servicio Social y el Asistente Social desvinculados de los organismos institucionales" (1997: 147).

Incluso en el proceso vivido por el colectivo profesional, marcado por una cierta tendencia a la "tercerización" de los cargos del Servicio Social, se mantiene generalmente el vínculo con las mismas instituciones que empleaban estos profesionales. Básicamente lo que cambia es el tipo de contrato (ya no como asalariado sino como empresa prestadora de servicios) continuando generalmente el mismo profesional vinculado (de diferente forma) a la misma institución; cambia la persona jurídica, pero se mantiene la persona física.

Esta propuesta, además de descaracterizar la profesión, acepta la tercerización como el camino válido para la liberalización profesional, desconsiderando también la real base de sustentación funcional-laboral del Servicio Social. Masivamente el asistente social no vende los servicios que presta, sino que vende su fuerza de trabajo para poner en movimiento los servicios ofrecidos por el Estado y otros organismos (y conquistados por las clases trabajadoras). La liberalización de la profesión contribuye así a la "re-filantropización" (ver Netto, 1996 y Montaña, 1997), reforzando la tendencia privatista y focalista de las políticas sociales. Si los servicios sociales y asistenciales prestados por las políticas sociales son realmente producto de una relación de presión-concesión, conteniendo conquistas de demandas populares (sobre esto ver Pastorini, 1997), entonces la "compra" de esos servicios a un profesional liberal significa una verdadera involución en ese proceso de luchas y conquistas de las clases trabajadoras.

En realidad, el Servicio Social, como colectivo profesional, no se constituye como una profesión liberal, indeterminada, donde cada individuo decide *per se* su comportamiento profesional, con total libertad e independencia y sin tener que rendir cuentas al colectivo profesional. La medicina, la abogacía y tantas otras profesiones, mismo en sus prácticas liberales, no podrían ser pensadas sin códigos de ética, sin reglamentos profesionales. El Servicio Social no es la excepción, éste perdería identidad (mismo en la diferencia), coherencia

(mismo en la heterogeneidad), unidad (mismo en la diversidad) y sentido de ser, si queriendo romper con su herencia tradicional no tuviera estas *cartas magnas* de la profesión¹⁵⁶.

Por otro lado, no puede pensarse el Servicio Social como una profesión "robotizada", "hiper-reglamentada", totalmente determinada *a priori*, pues el complejo y contradictorio sistema capitalista genera un interminable número (y siempre crea nuevas formas) de situaciones y fenómenos problemáticos que afectan, mismo que de forma diferenciada, a diversos grupos y categorías socioeconómicas.

Como analiza Yamamoto, si la liberalización del Servicio Social

"no viene siendo históricamente una característica básica de la profesión, ella no excluye integralmente ciertos trazos que marcan una práctica 'liberal' entre los cuales se podría señalar: la reivindicación de una deontología (Código de Ética), el carácter no rutinario de la intervención, posibilitando a los agentes especializados un cierto margen de maniobra y de libertad en el ejercicio de sus funciones institucionales. (...) [También,] la existencia de una relación singular en el contacto directo con los usuarios (...) refuerza un cierto espacio para la actuación técnica, abriendo la posibilidad de reorientar la forma de intervención, de acuerdo con la manera de interpretar el papel profesional" (1997: 94-95)

De esta forma, el Servicio Social no puede ni debe, en cuanto colectivo profesional, definir *a priori* y rígidamente el sujeto al cual va dirigida su intervención, su público-meta, ni establecer un proyecto político-profesional totalmente predeterminado. La creatividad, la diferencia, la heterogeneidad de cada profesional son esenciales para el desarrollo de la profesión. Para Netto, "en el mundo contemporáneo es ingenuo suponer profesiones como bloques homogéneos y/o identitarios — prácticamente todas están marcadas por enormes diversidades, tensiones y enfrentamientos internos" (Netto, 1996: 89); según este autor,

"la imposibilidad de eliminar la dimensión ideopolítica de la profesión reside precisamente en la articulación de su significado social objetivo

156. "El código de ética profesional del Asistente Social" de 1993 y la "Ley 8662/93" que reglamenta en Brasil la profesión, tienen antecedentes en el código de 1965.

con los proyectos sociales (puestos por la voluntad política de los sujetos) que en él inciden. Así, la cultura profesional — principios, valores, objetivos, concepciones teóricas, instrumentos operativos — juega un importante papel en la delimitación de la compatibilidad entre ejercicio profesional y una hegemonía política dada. Por eso mismo, en un orden social con reglas democráticas, *una profesión siempre es un campo de luchas*, donde los diferentes segmentos del colectivo profesional, expresando la diferenciación ideopolítica existente en la sociedad, buscan elaborar una *dirección social estratégica* para su profesión." (Netto, 1996: 115-116).

Dirección ésta que se debe constituir en hegemonía, no en dominación-eliminación. La cuestión de si el Servicio Social, como colectivo profesional, implica en un "*intelectual orgánico*" de la *burguesía o del proletariado* es, en verdad, un falso dilema. No se puede pensar, y Gramsci no pensó así, en intelectual orgánico de una u otra clase a partir de un colectivo profesional como un todo¹⁵⁷. Esto significaría pensar en una profesión homogénea y con sujetos política e ideológicamente idénticos. Para Gramsci, el intelectual puede ser tanto orgánico del proletariado como de la *burguesía*¹⁵⁸. En este sentido, afirma Simionatto, "el intelectual orgánico no es aquel que se yuxtapone a una clase, a un grupo o a una empresa; la empresa, el grupo, la clase son quienes crean sus intelectuales" (1995: 57)¹⁵⁹.

De esta forma podemos afirmar que la condición de organicidad con las clases dominadas o dominantes tiene más que ver con opciones ideopolíticas personales y con origen de clase que con la

157. No se puede pensar que la Medicina sea una profesión de intelectuales orgánicos de la *burguesía*, mientras que la Psicología lo es del *proletariado*, o que la Abogacía pueda ser aliada de la clase dominante mientras que el Servicio Social se conforma por intelectuales orgánicos de las clases populares.

Coutinho critica la "tendencia a concebir al intelectual orgánico como igual al intelectual proletario revolucionario y al intelectual tradicional como igual al intelectual conservador." (in Simionatto, 1995: 52 — nota n° 14).

158. "Ese nexo orgánico — afirma Macciocchi — puede establecerse no solamente con la clase reaccionaria, sino — y ese es el objetivo de Gramsci — con el *proletariado*" (Macciocchi, 1976: 193).

159. "Los intelectuales en cuanto tal no forman una clase independiente, sino que cada grupo social tiene su propio conjunto de intelectuales o busca crear uno" (Gramsci, in Macciocchi, 1976:192).

profesión a la cual se pertenece¹⁶⁰; recordemos que, según Netto, en Marx la opción del cientista (o profesional) "implica simultáneamente un *vínculo de clase* y un *elemento de autonomía relativa*" (1997: 136). Para Gramsci,

"alguien puede tornarse intelectual orgánico del proletariado sea por 'asimilación' y 'conquista ideológica' — cuando un intelectual burgués adhiere al programa del proletariado y a su doctrina, se basa en ella, participa de su esencia y se vuelve parte integrante de él —, sea surgiendo 'directamente de la masa' — a la cual él está orgánicamente ligado" (in Macciocchi, 1976: 194).

Por lo tanto se debe pensar, cuando hablamos de "intelectual orgánico", en un individuo determinado, en un sujeto específico y no en una profesión, ni en una disciplina como un todo (mismo que la naturaleza de la profesión sea funcional al sistema¹⁶¹). *No es la condición de intelectual* (o de miembro de tal o cual profesión) *lo que define la condición de orgánico* a cierta clase social, no es el área de conocimiento o la formación universitaria particular los que le otorgan el carácter de "*orgánico*"; lo que ellas en realidad dan es el carácter de "*intelectual*" (y de ahí deriva la confusión). Por el contrario es la opción política que el intelectual particular

160. Como máximo podríamos encontrar una cierta tendencia del Servicio Social hacia clases subalternas, dada la proximidad en la relación profesional, que garantiza la "legitimidad social" del asistente social; sin embargo, como ya observamos, su "legitimidad funcional", contradictoriamente, le es conferida a través del contrato de trabajo (dado por el Estado o por la clase burguesa directamente).

Tal como expresa Mandel: "los trabajadores intelectualmente calificados envueltos con el proceso directo de producción o reproducción, o aquellos cuya función social no entra necesariamente en conflicto con los intereses de clase de los asalariados — por ejemplo, los médicos de firmas de seguros contra enfermedades o los *asistentes sociales* empleados por una autoridad local — tienden mucho menos a identificarse subjetivamente como los intereses de clases del capital, y a alinearse mucho más con los intereses de clase del proletariado" (Mandel, 1982: 186-187).

161. Por este motivo, donde no media una opción explícita del asistente social por las clases populares, y en la ausencia de cualificación teórico-práctica y/o de poder político-institucional (*status* profesional y jerárquico, respectivamente) la acción profesional del asistente social, por la significación social y funcionalidad de su profesión, acaba por desarrollar una práctica que reproduce las relaciones repercutiendo favorablemente en los intereses de las clases hegemónicas.

hace por una organización, por una clase social y por un proyecto político lo cual lo convierte en intelectual militante de ésta o de aquella clase. Es la síntesis entre "especialista y político" (ver Gramsci, in Simionatto, 1995: 61) lo que lo define como orgánico a una clase social.

2. Una segunda observación que queríamos traer a la reflexión nos remite a la discusión de la pretendida "especificidad" del Servicio Social. Efectivamente, dicha especificidad, que contiene la actitud comodista de *no invadir para no ser invadidos* sus espacios laborales por otros profesionales, lleva al asistente social a entender que ciertas funciones (y por lo tanto, ciertos campos de trabajo) sólo pueden y deben ser realizadas por este profesional.

En este sentido hemos presenciado innumerables veces la indignación del asistente social al ver que un sociólogo, por ejemplo, desempeña tareas y ocupa espacios que tradicionalmente le pertenecían (como específicos) al Servicio Social.

Este sentimiento, en primer lugar, condice con la compartimentación positivista de profesiones particulares especializadas, cada una dueña de un "recorte" específico de la realidad y con respuestas parciales. En segundo lugar, se piensa que la legitimidad de una práctica profesional que crea la demanda de trabajo puede (o debe) ser derivada de una *actitud corporativa* (interna a cada profesión) de compartimentar rígidamente la división sociotécnica del trabajo (en una perspectiva endogenista), en lugar de percibir que una profesión se legitima en la medida que congregue, dentro de su cuadro, profesionales competentes que den respuestas viables y positivas a las diversas necesidades y demandas de la realidad; y en muchos casos, esto puede ser realizado por miembros de diversas profesiones. En tercer lugar, en la perspectiva endogenista, la preocupación por la calidad y resultados de la respuesta no es central; parece más importante preservar el campo de trabajo como específico del Servicio Social, que alguien de otra profesión consiga dar respuesta positiva a las demandas.

En realidad, nuestra preocupación y compromiso político y ético-profesional debe ser antes con la transformación de la realidad, con el cambio de la sociedad, con la calidad de vida de los sujetos,

y concretamente, con la respuesta a las demandas. *Es por eso que se trata antes de un compromiso político que de una opción corporativa.*

Contrariamente, en el caso de subordinar la acción profesional y su incidencia en la realidad a una orientación corporativa, derivaríamos en la mera defensa de los espacios laborales de los asistentes sociales sin una preocupación con la cualificación y la capacidad de dar respuestas substantivas a una realidad determinada. En esta perspectiva lo más importante parece ser la necesidad de mantener los espacios laborales de la profesión, impidiendo esa "peligrosa" invasión de agentes de otras profesiones; aquí la calidad de la respuesta, siempre que se preserven estos espacios laborales corporativamente, resulta secundario.

Si un psicólogo, por ejemplo, estuviera mejor preparado que un asistente social para intervenir en una determinada realidad, pues entonces que al primero se le confiere la tarea. La defensa de los puestos de trabajo para asistentes sociales, sin partir de una postura corporativa pero sí política y comprometida con la realidad, sólo se debe fundamentar en la igual o mejor cualificación del profesional. Claro, esto obliga a la mejor formación de los asistentes sociales (lo que no condice con la denunciada postura comodista, sino con un esfuerzo, individual y colectivo, de mejor preparación, en la formación, actualización y especialización — ver los puntos 1.3 y 4 del capítulo II).

En realidad, esta postura no corporativa, comprometida con la realidad social, nos debe llevar a la "*desendogeneización*" del Servicio Social, a la necesidad política de elevar los niveles de cualificación profesional. Así, si el compromiso primero es con la realidad, entonces que los puestos de trabajo sean ocupados por los profesionales más competitivos y preparados; y esto debe valer no apenas al interior de la profesión sino en la competencia entre profesionales de áreas diferentes. Que los puestos de trabajo sean ocupados por los más capacitados (y no siguiendo una perspectiva corporativa, apenas entre los asistentes sociales), que la competencia por los puestos de trabajo sea realizada en función de las capacidades (y no de su título profesional) son imperativos impostergables. Esto

nos exige un doble esfuerzo: mejorar permanentemente la intervención en los campos tradicionales, y fundamentalmente, incorporar a partir de la investigación nuevos fenómenos de la realidad, respuestas efectivas a demandas que surgen¹⁶².

Sin embargo, del mismo modo que no se debe beneficiar a un asistente social menos cualificado que a otro de un área diversa, tampoco el colectivo profesional debe escatimar esfuerzos en la defensa del asistente social y en el enfrentamiento de la discriminación de la cual pueda ser objeto un colega perjudicado cuando, igual o más preparado que profesionales de otras áreas (que puedan estar siendo beneficiados por sus colegas, con una visión corporativa o por la organización contratante), intenta competir para ocupar un puesto de trabajo (o desempeñarse en él) mismo que estos cargos no sean tradicionales del Servicio Social.

3. Esto nos lleva a una tercera cuestión: la relación *cualificación-especialización* en la formación profesional.

Efectivamente, en diversas oportunidades se debate sobre la alternativa entre una y otra; si la especialización, entendida como necesaria por el grado de desarrollo del conocimiento humano, debería substituir la cualificación como conocimiento del todo concreto; si el conocimiento de la totalidad podrá sobrevivir al especializado ...

162. Netto propone "que los conflictos de atribuciones ahí localizados (pensemos en las 'fronteras profesionales' contemporáneas y prácticas entre Servicio Social y por ejemplo, Psicología Social, Sociologías Aplicadas, Administración de Recursos Humanos y Educación) no pueden ser ecualizados en función de reglamentos formales o reivindicaciones corporativas. Absolutamente comprensible en la dinámica de la división sociotécnica del trabajo, ellos sólo pueden ser enfrentados positivamente con el desarrollo de nuevas competencias, sociopolíticas y teórico-instrumentales. En esta doble dimensión es que se pueden promover (re)legitimaciones profesionales, con el ensanchamiento del campo de intervención ('espacio profesional') de las profesiones." (Netto, 1996: 109).

Para el autor, las "nuevas competencias remiten, directa pero no exclusivamente, a la investigación, a la producción de conocimientos y a las alternativas de su instrumentalización — y en el caso del Servicio Social, eso quiere decir conocimiento sobre la realidad social" (*ibidem*); siendo que, para Netto, "lo que es central en la articulación de las nuevas competencias aludidas reside en sus parámetros teóricos e ideopolíticos (que igualmente repercuten en el plano de la formación) (...) Las nuevas competencias pasan, inevitablemente, por la *formación profesional*" (*ibidem*).

No negamos, como no niegan Iamamoto y Netto¹⁶³, la existencia y mismo la necesidad de la especialización al interior de la profesión (no obstante, no como demarcadores profesionales rígidos) para el conjunto de la división sociotécnica del trabajo; sin embargo, ésta no puede ocupar, al estilo taylorista (o mismo positivista) el lugar de la cualificación. El saber parcial no debe substituir el conocimiento del todo, sino que debe reforzarlo. Lo que sí debe existir, al interior de la profesión, es la formación especializada que produzca asistentes sociales con conocimientos altamente sofisticados sobre ciertos aspectos de la realidad; pero ésta debe ser necesariamente posterior a la cualificación del mismo.

La *cualificación* como formación básica de pregrado; la *especialización* como complemento final de la formación profesional o incluso como especialización de posgrados. En relación a esto Netto nos ilumina con la siguiente reflexión:

“Tales exigencias recolocan, en primer plano, el *problema de la formación*: la actual formación de grado, con su perfil generalista, será a corto plazo, insostenible para atender al mercado de trabajo. Esquemáticamente, dos alternativas (...) son posibles: 1) *encauzar los estudios de pregrado*, dirigiendo la formación desde su inicio para especializaciones (las diferentes áreas: salud, habitación, relaciones de trabajo y gestión de recursos humanos en las empresas, ‘poder local’, asesoría a movimientos sociales, minoridad y adolescencia, tercera edad etc.); 2) mantener el perfil generalista de la formación de grado, *institucionalizando la especialización como requisito para el ejercicio profesional* (ver el ejemplo de la residencia médica).

163. Para Iamamoto, “es innegable que la división del trabajo engendra *especialidades* y *especialistas*, más allá de fragmentar al hombre en el acto mismo de producir, tornándolo un trabajador parcial, una pieza de trabajo colectivo.” (1997: 104).

En Netto aparece la idea que en la década de los 80 “se desarrolló, en el interior del colectivo profesional, una ‘división de trabajo’ (una *especialización*) que es propia de las profesiones maduras: la creación de un segmento directamente vinculado a la investigación y a la producción de conocimiento” (Netto, 1996: 112). Para él, “visualizar el conocimiento teórico de lo social comporta claramente teorías sectoriales”, siendo “perfectamente legítimos los cortes en la realidad social, las abstracciones ...” desde que “esos cortes, esas teorías (...) sectoriales” estén subordinadas a la matriz teórica mayor (Netto, 1993: 52).

Esas dos alternativas no son apenas opciones ‘técnicas’ o ‘técnico-pedagógicas’ — en ella se embute el substrato ideopolítico anteriormente referido. La primera, además de abrir⁶ el flanco para la reducción de la formación profesional a un nivel puramente técnico-operativo, acabará expulsando de la formación los avances teóricos y analíticos que garantizan la comprensión del significado social del Servicio Social en la red de las concretas relaciones sociales; alejará la preocupación con toda investigación que no sea ‘aplicada’; convertirá la profesión en un elenco de tecnicidades vocacionadas para la intervención microlocalizada. La segunda delinea la única solución que me parece asegurar el desarrollo de la cultura profesional en un sentido congruente con la dirección social estratégica que se construyó a comienzos de los años noventa: puede asegurar la cualificación para la intervención localizada (acción focal) basada en una comprensión estructural de la problemática focalizada, y es en esta segunda alternativa, (dígase de pasaje) que se puede fundar consecuentemente la noción de una *formación profesional continua*.” (Netto, 1996: 124-125).

Según el autor, aquí se enfrentan *dos “paradigmas” de profesional*: por un lado el de “*técnico*”, entrenado para intervenir “sobre las demandas del mercado de trabajo tal como ellas se presentan” (*ibídem.*: 126), “con la máxima eficacia operativa” (*ibídem.*: 125) y donde la especialización es considerada “como objetivo de la formación” (*ibídem.*: 126); por otro lado, el de “*intelectual*”, quien “con cualificación operativa va a intervenir sobre aquellas demandas a partir de su *comprensión teórico-crítica*, identificando la significación, los límites y las alternativas de [su] acción focalizada” (*ibídem.*) y donde la especialización es vista “como resultado de criterios de intervención en áreas tomadas como prioritarias o relevantes a partir de una referencia totalizadora a las concretas relaciones sociales” (*ibídem.*).

4. Por último, resta todavía el desafío de consolidar la procurada ruptura con la herencia de la génesis profesional, con la lógica, la funcionalidad y la razón de ser que dio forma al Servicio Social en sus orígenes; reto éste que convoca a todos aquellos miembros del colectivo profesional que, desde sus diversas posturas políticas y opciones ideológicas, tengan como meta profesional la promoción de los sectores populares y subalternos.

Esto significa la posibilidad de protagonizar una (re)definición, dentro de las posibilidades y límites que ofrecen las luchas internas al colectivo profesional y el conjunto de las luchas sociales, de la "base de sustentación funcional-laboral del Servicio Social" (ver Montaña, 1997).

Esto es posible porque, como expresa Netto, "en lapsos diacrónicos variables, todos los papeles profesionales se ven en jaque — por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por el grado de agudeza y de explicación de las luchas de clase, por el surgimiento (o rearticulación ponderable) de nuevos padrones jurídico-políticos etc. En consecuencia, la original legitimación de un estatuto profesional se encuentra periódicamente cuestionada — y no le es suficiente la apelación a su fundamentación anterior, sino que se le pone con premura una reactualización que la compatibilice con las demandas que se le presentan" (Netto, 1997: 85).

Este desafío implica, nos parece, el análisis y el tratamiento de estos cuatro elementos reproductores: la necesidad de romper con la *relación de subalternidad*; la alteración de la *perspectiva "endogenista"*, que procura casi que obsesivamente su "especificidad", y de la *visión "practicista" de la profesión*; y la eliminación del *estancamiento en los "campos tradicionales" de intervención*, asumiendo el compromiso de incorporar las (e incorporarse a las) *nuevas demandas sociales*, o a los fenómenos emergentes. El tratamiento y alteración de estos cuatro aspectos (auto)reproductores aparecen como significativamente importantes, aunque en absoluto son suficientes para romper con la lógica y funcionalidad heredados desde la constitución del Servicio Social. Para ello, para alterar la "base de sustentación funcional-laboral" de la profesión, resulta imprescindible (de acuerdo con la segunda tesis) el análisis de los fenómenos coyunturales y estructurales actuales que permean las *luchas de clases*: globalización, reforma (neoliberal) del Estado, reestructuración productiva, racionalidad posmoderna; fenómenos éstos que se procesan con independencia de la mera voluntad interna de los profesionales de Servicio Social (sobre esto ver Netto, 1996; Montaña, 1997; Yamamoto, 1998).

Referencias bibliográficas

- ABESS. *O processo da formação profissional do assistente social*; in *Cadernos ABESS nº 1: "O processo da formação profissional do assistente social"*. São Paulo, Cortez Ed.; 1993.
- ALAYÓN, Norberto. *Hacia la historia del trabajo social en la Argentina*. CELATS Ediciones - Serie Cuadernos; Lima, 1980.
- AMMANN, Safira Bezerra. "*Produção científica do Serviço Social no Brasil*"; in *Revista Serviço Social & Sociedade nº 14*. São Paulo, Cortez Ed.; agosto de 1984.
- ANDER-EGG, Ezequiel et alii. *Del Ajuste a la Transformación: apuntes para una Historia del Trabajo Social*. Buenos Aires, Ed. ECRO; 1975.
- ALFORD, Robert y FRIEDLAND, Roger. *Los Poderes de la Teoría. Capitalismo, Estado y Democracia*. Buenos Aires, Ed. Manantial; 1991.
- BARBALET, J. M. *A Cidadania*. Temas de Ciências Sociais nº 11. Ed. Estampa, Lisboa, 1989.
- BARREIX, Juan. "*Historia del Servicio Social. Esquemas dialécticos para su elaboración e interpretación*"; in *Hoy en el Trabajo Social nº 19-20*. Buenos Aires, s.d.
- BATISTA LOPES, Josefa. *Objeto e especificidade do Serviço Social. Pensamento latino-americano*. São Paulo, Cortez Ed.; 1980.
- BOBBIO, Norberto. *O conceito de sociedade civil*. Rio de Janeiro, Ed. Graal; 1987.
- BOSCO PINTO, João. "*A pesquisa e a construção da teoria do Serviço Social*"; in *Revista Serviço Social & Sociedade nº 21*. São Paulo, Cortez Ed.; agosto de 1986.
- BOTTOMORE, Tom. *Dicionário do pensamento marxista*. Rio de Janeiro, Zahar Ed.; 1988.
- CELATS. *La práctica del Trabajador Social*. Guía de análisis; Lima, 1983.

- CFESS. *Código de ética profissional do Assistente Social e Lei 8662/93, que regulamenta a profissão de Assistente Social*. Conselho Federal de Serviço Social, Brasil, 1994.
- COMTE, Augusto. *Curso de filosofia positiva*. Coleção "Os Pensadores"; São Paulo, Ed. Nova-Cultural, 1988.
- COUTINHO, Carlos Nelson. *Marxismo e política. A dualidade de poderes e outros ensaios*. São Paulo, Cortez Ed.; 1994.
- CROZIER, Michel. *O fenômeno burocrático*. Editora Universitária de Brasília — Coleção "Sociedade Moderna" Vol. 2.; Brasília, 1981.
- DOS SANTOS, Wanderley Guilherme. *Cidadania e justiça. A política social na ordem brasileira*. Rio de Janeiro, Campus Ed.; 1987.
- DURKHEIM, Émile. *Da divisão do trabalho social*. Coleção "Os Pensadores"; San Paulo, Ed. Nova Cultural, 1983.
- ENGELS, Friedrich. *A "contribuição à crítica da economia política" de Karl Marx*; in Marx, K. e Engels, F.: "Textos" Vol. 3. São Paulo, Ed. Sociais; 1977.
- ERRANDONEA, Alfredo. *Sociología de la dominación*. Buenos Aires - Montevideo, Tupac Ed. - Nordan; 1985.
- ESTEVEZ, Rafael. *"Servir a dos o más señores: dilemas, conflictos y opciones del Trabajo Social en las organizaciones"*; in Revista de Trabajo Social; Santiago de Chile, s.d.
- _____. *"Los administradores de la frontera organizacional"*. Pontificia Universidad Católica de Chile-Santiago, Mimeo; 1985.
- FALEIROS, Vicente de Paula. *"Serviço Social nas Instituições — hegemonia e prática"*; in Revista Serviço Social & Sociedade nº 17. São Paulo, Cortez Ed.; 1985.
- _____. *O que é política social*. São Paulo, Ed. Brasiliense - Coleção Primeiros Passos; 1986.
- _____. *A política social do Estado Capitalista*. São Paulo, Ed. Cortez; 1991.
- _____. *Metodologia e ideologia do trabalho social*. São Paulo, Ed. Cortez; 1993. Versión brasileña, ampliada, de *Trabajo Social: ideología y método*. Buenos Aires, Ed. Ecro; 1972.
- FIORI, José Luis. *"Tempo, dinheiro e poder"*; in *Folha de São Paulo — Jornal das resenhas*; pg. 9. São Paulo, 10/5/96.
- FRANCO, Rolando. *"Lineamentos para una política social orientada a superar la crisis"*; in Revista Paraguaya de Sociología nº 73. Asunción, 1988.
- FRIEDBERG, Erhard. *"Análisis sociológico de las Organizaciones"*. CLAEH — ficha nº 66; Montevideo, 1987.
- GARCÍA SALORD, Susana. *Especificidad y Rol en Trabajo Social*. Buenos Aires, Ed. Humanitas; 1990.

- GRACIARENA, Jorge. *"Política social y de desarrollo: alternativas para su integración"*; in Revista del Servicio de Documentación Social - IES-CUBS; Montevideo, 1982.
- GUERRA, Yolanda. *A instrumentalidade do Serviço Social*. São Paulo, Cortez Ed.; 1995.
- HARVEY, David. *A condição pós-moderna. Uma pesquisa sobre as origens da mudança cultural*. São Paulo, Ed. Loyola; 1993.
- HAYEK, Friedrich August von. *Direito, legislação e liberdade — Vol. II*. São Paulo, Visão; 1985.
- HIRSCHMAN, Albert. *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*. México, Fondo de Cultura Económico; 1977.
- IAMAMOTO, Marilda Villela. *Renovação e conservadorismo no serviço social. Ensaio crítico*. São Paulo, Cortez; 1992.
- _____. *O debate contemporâneo da Reconceitualização do serviço social: ampliação e aprofundamento do marxismo*. Rio de Janeiro, Mimeo-U.F.R.J.; 1992b.
- _____. *"A formação profissional na contemporaneidade: dilemas e perspectivas"*. Conferencia pronunciada en el Taller Regional de ABESS - Región Este II. Mimeo - PUC-RJ; Rio de Janeiro, 1995.
- _____. *Serviço Social y división del trabajo. Un análisis crítico de sus fundamentos*. São Paulo, Ed. Cortez; 1997.
- _____. *Serviço Social na contemporaneidade: trabalho e formação profissional*. São Paulo, Cortez, 1998. (En imprenta)
- JAPIASSU, Hilton y MARCONDES, Danilo. *Dicionário Básico de Filosofia*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Ed.; 1991.
- KAMEYAMA, Nobuco. *"Metodologia: uma questão em questão"*; in Cadernos ABESS nº 3: "A metodologia no serviço social". São Paulo, Ed. Cortez; 1989.
- KISNERMAN, Natálio. *7 estudos sobre serviço social*. San Paulo, Ed. Cortez & Moraes; 1980. Versión brasileña de *Servicio Social — Pueblo*. Humanitas, Buenos Aires.
- KOSIK, Karel. *Dialética do concreto*. São Paulo, Ed. Paz e Terra; 1989.
- KRUSE, Herman. *Introducción a la teoría científica del servicio social*. Buenos Aires, Ed. ECR0; 1972.
- LESSA, Sérgio. *"A centralidade ontológica do trabalho em Lukács"*; in Revista Serviço Social & Sociedade nº 52. São Paulo, Cortez Ed.; agosto de 1996.
- LIMA, Boris Alexis. *Epistemología del trabajo social*. Buenos Aires, Ed. Humanitas; 1986.
- LIMA SANTOS, Leila. *Textos de Serviço Social*. São Paulo, Ed. Cortez; 1993.

- LOJKINE, Jean. *O Estado Capitalista e a questão urbana*. São Paulo, Ed. Martins Fontes; 1981.
- LUKÁCS, Georg. *História e consciência de classe. Estudos de dialética marxista*. Porto, Publicações Escorpião; 1974.
- _____. *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1975.
- _____. *Sociologia*; in Netto, José Paulo (org.). Col. Grandes Cientistas Sociais nº 20 - São Paulo, Ed. Ática; 1992.
- MACCIOCCHI, Maria-Antonietta. *A favor de Gramsci*. Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra; 1976.
- MAGUIÑA, Alejandrino; PALMA, D.; QUIROZ, T.; URRUTIA, C. "La investigación y el Trabajo Social"; in *Acción Crítica* nº 21, Peru - CELATS-ALAETS; 1987.
- MAGUIÑA, Alejandrino. *La búsqueda del Trabajo Social Alternativo como Fenómeno Histórico*. Lima, CELATS; 1988.
- MANDEL, Ernest. *O Capitalismo Tardío*. Os Economistas; São Paulo, Abril Cultural, 1982.
- MANRIQUE CASTRO, Manuel. *História do Serviço Social na América Latina*. São Paulo, Cortez/CELATS; 1993. Versión brasileña de *De apóstoles a agentes de cambio*. Lima, CELATS; 1982.
- MARSHALL, T. H. *Cidadanía, Classe Social e Status*. Rio de Janeiro, Zahar Ed.; 1967.
- MARTINELLI, Maria Lúcia. *Modelos de ensino de Serviço Social. Uma análise crítica*. São Paulo, Cortez & Moraes; 1978.
- _____. *Serviço Social. Identidad y alienación*. São Paulo, Ed. Cortez; 1997.
- MARX, Karl. "Teses sobre Feuerbach"; in Marx, K. e Engels, F.: "Textos" Vol. 1. São Paulo, Ed. Sociais; 1975.
- _____. *Introdução à crítica da economia política*. São Paulo, Ed. Martins Fontes; 1977.
- MARX, Karl y ENGELS, Frédrich. *A Ideologia Alemã (Feuerbach)*. São Paulo, Ed. Grijalbo; 1977.
- MERQUIOR, José Guilherme. *O liberalismo antigo e moderno*. Rio de Janeiro, Ed. Nova Fronteira; 1991.
- MITJAVILA, Miriam. *Metodologías de investigación y tecnología social*. CLAEH — série Promoción nº 9; Montevideo, 1990.
- MONTAÑO, Carlos Eduardo y LEMA, Gabriela. "La investigación sobre la pesca del camarón: aproximación a una nueva demanda y un nuevo campo de intervención para el Trabajo Social"; in *Demandas y oportunidades para el Trabajo Social. Nuevos escenarios y estrategias*. Montevideo, EPPAL; 1993.

- MONTAÑO, Carlos Eduardo. "Políticas sociales para quién? Conceptualización de lo 'popular'"; in *Cuadernos de Trabajo Social* nº 1. Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de la República Montevideo, 1992.
- _____. "O papel sócio-econômico da Pequena e Micro-Empresa. Uma alternativa de desenvolvimento ou uma estratégia de sobrevivência". Tesis de Maestría; Rio de Janeiro, mimeo-UFRJ; 1995.
- _____. "O Serviço Social na América Latina. A atual tendência à 'diversidade sem unidade'". Conferencia pronunciada en la PUC-SP con motivo de la conmemoración de los 60 años de la Escuela de Serviço Social y 25 años de su Posgrado. São Paulo, Mimeo; 1996.
- _____. "El Serviço Social frente al neoliberalismo. Cambios en su base de sustentación funcional-laboral". Conferencia pronunciada en el I Congreso Universitario Internacional de Trabajo Social en la Universidad de Costa Rica - San José, 1996, in: *Revista Serviço Social & Sociedade* nº 53; São Paulo, Cortez Editora; 1997.
- _____. "Globalização e reestruturação produtiva: duas determinantes para a proposta neoliberal de Estado e Mercado"; in *Revista Praia Vermelha* nº 2 - UFRJ; Rio de Janeiro, 1998. (En imprenta)
- NETTO, José Paulo. "Notas para a discussão da sistematização da prática e teoria em Serviço Social"; in *Cadernos ABESS* nº 3: "A metodologia no serviço social". São Paulo, Ed. Cortez; 1989.
- _____. *Ditadura e serviço social. Uma análise do serviço social no Brasil pós-64*. São Paulo, Ed. Cortez; 1991.
- _____. "A controvérsia paradigmática nas ciências sociais"; in *Cadernos ABESS* nº 5: "A produção do conhecimento e o serviço social". São Paulo, Ed. Cortez; 1992.
- _____. *Teoria, método e história na formação profissional*; in *Cadernos ABESS* nº 1: "O processo de formação profissional do Assistente Social". São Paulo, Ed. Cortez; 1993.
- _____. "Transformações societárias e Serviço Social - notas para uma análise prospectiva da profissão no Brasil"; in *Revista Serviço Social & Sociedade* nº 50; São Paulo, 1996.
- _____. *Capitalismo monopolista y Serviço Social*. São Paulo, Ed. Cortez; 1997.
- OTTONI VIEIRA, Balbina. *História do Serviço Social. Contribuição para a construção de sua teoria*. Rio de Janeiro, Liv. Agir Ed.; 1977.
- _____. *Serviço Social. Política e administração*. Rio de Janeiro, Liv. Agir Ed.; 1979.
- PALMA, Diego. *La práctica política de los profesionales. El caso del Serviço Social*. Lima, CELATS; 1985.
- PAROLA, Ruth N. *Aportes al saber específico del Trabajo Social*. Buenos Aires, Espacio Editorial; 1997.

- PASTORINI, Alejandra. "O Teatro das políticas sociais. Autores, atores e espectadores no cenário neoliberal". Dissertação de Mestrado; Rio de Janeiro, Mimeo-UFRJ; 1995.
- _____. "Quem mexe os fios das políticas sociais? Avanços e limites da categoria 'concessão-conquista'"; in Revista Serviço Social & Sociedade nº 53; São Paulo, Cortez Editora; 1997.
- PONTES, Reinaldo. *Mediação e Serviço Social. Um estudo preliminar sobre a categoria teórica e sua apropriação pelo Serviço Social*. São Paulo, Cortez Ed.-UNAMA; 1995.
- QUIROGA, Consuelo. *Invasão positivista no marxismo: manifestações no ensino da Metodologia no Serviço Social*. Cortez Ed.; San Paulo, 1991.
- RODRIGUEZ ON, Maria Lucia. "O Serviço Social e a perspectiva interdisciplinar"; in Martinelli, Maria Lúcia et alii (org.): *O uno e o múltiplo nas relações entre as áreas do saber*. São Paulo, Cortez Ed. - Educ; 1995.
- SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo. *Filosofia da práxis*. Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra; 1990.
- SERRA, Rose Mary Sousa. "A crise da materialidade do Serviço Social"; in Revista Serviço Social & Sociedade nº 41. São Paulo, Ed. Cortez; 1987.
- SIMIONATO, Ivete. *Gramsci: sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social*. São Paulo, Cortez Ed.; 1995.
- SCARÓN DE QUINTERO, Teresa. *El diagnóstico social*. Buenos Aires, Ed. HVMANITAS; 1985.
- SPOSATI, Aldaíza. *Vida urbana e gestão da pobreza*. São Paulo, Ed. Cortez; 1988.
- TEIXEIRA CALDAS, Alice e D'AURIA, Fátima. "Especificidade do Serviço Social"; in Revista Serviço Social & Sociedade Nº 5. São Paulo, Ed. Cortez; 1981.
- VV. AA. *El trabajo social em América Latina (balance y perspectivas)*. Lima, CELATS; 1983.
- VA. AA. *Teorização do Serviço Social. Documentos: Araxá, Teresópolis, Sumaré*. São Paulo, Agir - CBCISS; 1986.
- VV. AA. *Documento sobre funções do Serviço Social*. CBCISS; Rio de Janeiro, 1971.
- VV. AA. *Serviço Social crítico: problemas e perspectivas*. CELATS; Cortez Ed., São Paulo, 1991.
- VV. AA. *La especificidad del Trabajo Social y la formación profesional*. Buenos Aires, Espacio Editorial; 1996.
- WEBER, Max. "Economía e sociedade". Ed. Eldorado - "Introdução ao Pensamento Sociológico"; Rio de Janeiro, 1974.
- WERNECK VIANNA, Maria Lúcia. "A Emergente Temática da Política Social na Bibliografia Brasileira". in B.I.B. nº 28. Rio de Janeiro, 1989.

Nota sobre el autor

Oriundo de Uruguay, Carlos Montaña es *Master* en Servicio Social, actualmente concluyendo sus estudios de *Doctorado* en la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Desde 1989 es profesor en la Universidad de República (Uruguay) y actualmente es docente en la misma universidad carioca (Brasil).

Profesionalmente estuvo vinculado durante varios años a una ONG, en el área de asesoramiento, evaluación y crédito a la microempresa (Fundasol), coordinando un Proyecto interinstitucional de promoción a las pequeñas unidades productivas. También se desempeñó, en instituciones estatales, en las áreas de minoridad (INAME) y pesca artesanal (IMR).

Desarrolló diversos cursos, como profesor visitante, en El Salvador, Costa Rica, Argentina, México, así como Brasil y Uruguay, sobre temas como: *microempresa, globalización, cambios en el mundo del trabajo, neoliberalismo* y, claro, *historia del Servicio Social y análisis de la profesión en el actual contexto*.

Fue invitado como conferencista y ponente en diversos seminarios académicos y profesionales en Argentina, Brasil, Costa Rica, Chile, El Salvador, Guatemala, México, Puerto Rico, Uruguay.

Tiene ensayos y artículos publicados en periódicos y revistas especializados, en Brasil, Chile, El Salvador y Uruguay. Entre ellos: "La participación en organizaciones democráticas y autogestionadas" (CLAEH, Montevideo, 1992); "¿Políticas Sociales para quién? Conceptualización de lo popular" (Cuadernos de Trabajo Social nº 1 - Univ. de la República, Montevideo, 1992 y Rev. Serviço Social & Sociedade nº 45 - Cortez, San Paulo, 1996); "Neoliberalismo y Movimientos Sociales" (Rev. Nuestro Tiempo nº 1 - Univ. Luterana Salvadoreña, San Salvador, 1996); "O Serviço Social frente ao neoliberalismo. Mudanças na sua base de sustentação funcional-ocupacional" (Rev. Serviço Social & Sociedade nº 53, Cortez, San Paulo, 1997).

Es coordinador editorial de la *Biblioteca latinoamericana de Servicio Social*, habiendo traducido para el castellano diversas obras de autores consagrados.